

JACQUES MARITAIN

LA POESÍA Y EL ARTE

En esta obra fundamental, el ilustre filósofo francés expone su pensamiento sobre una materia que apasiona por igual al artista, al crítico y a cuantos se interesan por acercarse al misterio que rodea a toda obra de arte.

Para Maritain, el arte es una forma de creación o producción del espíritu humano, en tanto que la poesía es el proceso que liga entre sí al ser íntimo de las cosas con el ser íntimo del yo. De ahí su empeño por distinguir, primero, entre arte y poesía, y por mostrar, luego, la indisoluble relación que une a ambos.

Este libro no es un tratado de las artes. Su autor aclara que sus planteamientos son filosóficos, y si bien se vale de ejemplos que están al alcance de todos no hay que olvidar que esos ejemplos sólo constituyen un camino inductivo e instrumental para llegar a las ideas y para verificarlas.

Una vez más el filósofo se nos presenta aquí como el maestro en quien el rigor de pensamiento y la claridad de expresión se conjugan de manera incomparable para enseñarnos a penetrar en el mundo difícil de los conceptos estéticos.

Un volumen de 480 páginas, encuadernado en tela, con 68 reproducciones \$ 280.—

(De inminente aparición)

EMECÉ EDITORES, S. A.

SAN MARTIN 427

T. E. 32-3083-3084

BUENOS AIRES

F I C C I O N

REVISTA-LIBRO BIMESTRAL

dirigida por

JUAN GOYANARTE

Escriben Páginas

Ezequiel MARTINEZ
ESTRADA

La Cosecha 47

Francisco ROMERO
Diversiones 6

Miguel Angel ASTURIAS
¡Americanos todos!... 24

Elvira ORPHÉE
En la otra esquina 7

Bernardo VERBITSKY
Un noviazgo 24

Bonifacio LASTRA
El prestidigitador 22

Alfredo J. WEISS
Galas 2

Enrique ANDERSON
IMBERT

La Norteamericana 9

Luis Emilio SOTO
Stefan Zweig, devoto y
y víctima del "Mun-
do de Ayer" 11

Julio PAYRO
Amedeo Modigliani y el
expresionismo latino 15

Jorge D'URBANO
El bicentenario de Mozart 9

Silvina BULLRICH
Movimiento cinemato-
gráfico actual 7

NOTAS DE LIBROS: F. J.
SOLERO: "Cayó sobre su
rostro" de David Viñas - F.
J. S.: "Teléfono ocupado"
de Silvina Bullrich - Carlos
A. LOPRETE: "La muerte
de una madre" de Roger
Peyrefitte - C. A. L.: "Las
llaves de San Pedro" de Ro-
ger Peyrefitte.

1

MAYO - JUNIO

1956

BUENOS AIRES

REVISTA-LIBRO
FICCIÓN

PARAGUAY 479

T. E. 31-3694

Precios especiales de anuncios de libros o avisos relacionados con informaciones bibliográficas

	\$ $\frac{m}{n}$
1 página en papel subglacé	600.—
½ página en papel subglacé	350.—
¼ página en papel subglacé	200.—
Contratapa posterior	900.—
Solapa primera	700.—
Solapa posterior	500.—

REVISTA-LIBRO
FICCIÓN

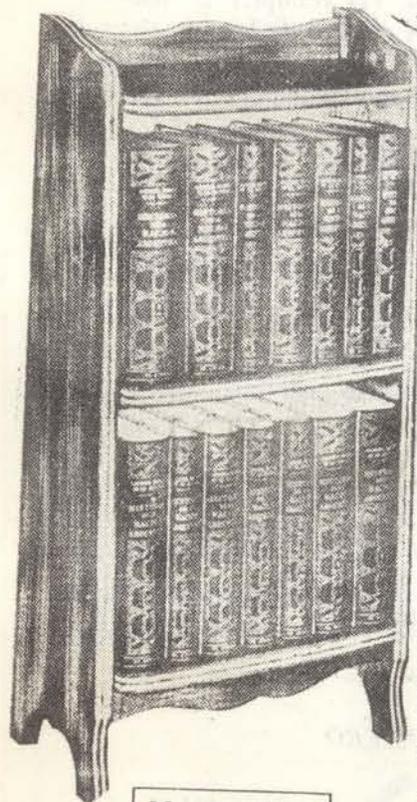
PARAGUAY 479

T. E. 31-3694

Buenos Aires

Para Usted!

98 famosos historiadores argentinos, americanos y españoles escribieron las
8200 páginas de los
14 magníficos volúmenes que forman la



Historia
 de la **Nación**
Argentina

Publicada con el auspicio de la ACADEMIA NACIONAL DE LA HISTORIA, bajo la dirección del Dr. Ricardo Levene, en una

Edición Monumental de "EL ATENEO"

Una historia magistral, amena ¡insuperable!

Téngala en su biblioteca mediante las facilidades que le brinda

LIBRERIA "EL ATENEO" EDITORIAL

Departamento de Créditos

14 magníficos volúmenes
 formato 18 x 24 cms.

encuadrados en cuerina con lomos grabados en oro fino. Se entrega, en un elegante mueble desarmable.

Sres. Librería "EL ATENEO" Editorial
 FLORIDA 340 • BUENOS AIRES • CORDOBA 2099
 Sirvanse remitirme folleto y condiciones de venta de la "HISTORIA DE LA NACION ARGENTINA"

Nombre.....
 Apellido.....
 Domicilio.....
 Localidad..... F. C. N.....

FONDO DE CULTURA ECONOMICA
INDEPENDENCIA 802 - BUENOS AIRES ARGENTINA
T. E. 23 - 9603

NOVEDADES

Borges y Bioy, <i>Poesía gauchesca</i> , 2 tomos	\$ 280.—
Sternberg, <i>¿Capitalismo o socialismo?</i>	„ 140.—
Gallegos, <i>Doña Bárbara</i> , (encuad.)	„ 135.—
Voltaire, <i>El siglo de Luis XIV</i>	„ 175.—
Henríquez Ureña, <i>Las corrientes literarias</i> (2ª ed.) ..	„ 91.—
Scott, <i>Curso elemental de economía</i> , (1ª reimpr.) ..	„ 35.—
Rautenstrauch, <i>El presupuesto en el control de las empresas</i>	„ 112.—
Nurkse, <i>Problemas de formación de capital</i>	„ 42.—
En circulación:	
<i>Cuadernos Americanos</i> , N° 1 año 1956	„ 44.—
<i>Trimestre Económico</i> , Nos. 86 y 87	c/u. „ 35.—
<i>Nueva Revista de Filología Hispánica</i> , Nos. 2 y 3 año IX	c/u. „ 61.50
<i>Breviarios</i> , Nos. 101 a 109.	

IMAGO MUNDI

REVISTA DE HISTORIA DE LA CULTURA

Publicación trimestral

Director:

JOSE LUIS ROMERO

Dirección y Administración:

Avda. Pte. Roque Sáenz Peña 832 (of. 309), Buenos Aires

Distribuidores: Fondo de Cultura Económica, Independencia 802

LIBROS ARGENTINOS

DE ULTIMO MOMENTO:

Ezequiel Martínez Estrada: <i>Tres Cuentos sin Amor</i>	\$ 23.— m/arg.
Bernardo Verbitsky: <i>El Noviazgo</i>	„ 34.— m/arg.
Bonifacio Lastra: <i>El Prestidigitador</i>	„ 29.— m/arg.

DE PROXIMA APARICION:

Miguel Angel Asturias: <i>“Week-end” en Guatemala.</i>	
Estela Canto: <i>El Estanque.</i>	
Silvina Bullrich: <i>Cuatro Cartas.</i>	
F. J. Muñoz Azpiri: <i>La Tierra Embarcada.</i>	
Juan Goyanarte: <i>Tres Mujeres.</i>	

ULTIMAS PUBLICACIONES

Silvina Bullrich: <i>Teléfono ocupado</i>	\$ 19.— m/arg.
Juan Goyanarte: <i>Fin de Semana</i>	„ 24.— m/arg.
Juan Goyanarte: <i>Lago Argentino</i> 3ª edición ..	„ 29.— m/arg.

EDITORIAL  GOYANARTE

PARAGUAY 479

T. E. 31-3694

NOVEDADES

PRIMER CUATRIMESTRE 1956

Novelas y Cuentos de la Isla

Las Dos Siciliás, por Alexander Lernet-Holenia.

Los Aristócratas, por Michael de Saint-Pierre (2ª edición).

La Mochila, por D'Arcy Niland.

Colección La Aventura del Hombre

El Público Nunca se Equivoca, por Adolph Zukor.

Los Tigres de Trengganu, por A. Locke.

Colección El Alfil Blanco

El Error de la Máquina, por G. K. Chesterton.

El Paraíso de los Ladrones, por G. K. Chesterton.

Colección Perspectivas del Mundo

Alcances de la Arquitectura Integral, por Walter Gropius.

Un Mundo Indivisible, por Konrad Adenauer.



DISTRIBUIDORES: EMECÉ EDITORES, S. A. BS. AIRES

NOVEDADES

LUIS JIMENEZ DE ASUA, *Tratado de Derecho Penal*.

Tomo V \$ 250.—

Encuadernado en tela „ 300.—

Quinto tomo de esta obra monumental que tan gran éxito ha alcanzado en los cuatro anteriores. Comprende el estudio de la teoría general de la culpabilidad, el dolo y la culpa.

VASCO PRATOLINI, *El barrio* \$ 30.—

El protagonista de esta novela es un barrio de Florencia, representado por sus diversos habitantes, con sus aspectos sentimentales, su pasión política y su vida toda.

PABLO NERUDA, *Nuevas odas elementales* \$ 45.—

Pablo Neruda amplía el tema de las *Odas elementales*, cantando las cosas sencillas del mundo, con una técnica deliberadamente simple.

PABLO NERUDA, *Canto general I y II* (Bca. Contemporánea núms. 86 y 87) c/u. \$ 15.—

Primera edición popular de este libro ya famoso. Toda América se vuelve sustancia poética para la inspiración de Neruda, una de las más apasionadas en la lengua española de nuestros días.

EDUARDO BLANCO-AMOR, *Las buenas maneras* \$ 35.—

Agudos análisis de la urbanidad, las cortesías y descortesías en la vida de relación, que hacen de este libro una sociología de lo cotidiano escrita con fino humorismo.

PEDRO CARLOS LUX WURM, *Manual jurídico-práctico de las sociedades anónimas* \$ 25.—

Contiene, de manera breve y metódica, el conjunto de normas que constituyen el régimen vigente en las sociedades anónimas.

NUEVAS EDICIONES

ALBERT CAMUS, *Teatro: El malentendido. Calígula. El estado de sitio. Los justos* (3ª ed.) \$ 35.—

J. B. PRIESTLEY, *Teatro: Ha llegado un inspector. Tres piezas sobre el tiempo: Esquina peligrosa. El tiempo y los Conway. Yo estuve aquí una vez* (2ª ed.) \$ 40.—

JEAN-PAUL SARTRE, *La suerte está echada. El engranaje* (2ª ed.) \$ 35.—

VASCO PRATOLINI, *Crónica de los pobres amantes* (2ª ed.) \$ 45.—

RICARDO GÜIRALDES, *Don Segundo Sombra* (2ª ed.) \$ 32.—

MIGUEL ANGEL ASTURIAS, *Viento fuerte* (2ª ed.) .. \$ 30.—

EDITORIAL LOSADA, S. A.

ALSINA 1131

BUENOS AIRES

URUGUAY

CHILE

PERU

COLOMBIA

NOVEDADES DEL SELLO NOVA

- LA RELIGION GRIEGA, por *Gilbert Murray*. Un estudio luminoso sobre la evolución de las divinidades clásicas desde sus oscuros orígenes orientales hasta su ascensión al Olimpo \$ 36.—
- PSICOANALISIS DE LOS SUEÑOS, por el Dr. *Angel Garma*. 3ª ed. muy aumentada e ilust. 542 págs. \$ 110.—
- INTRODUCCION A LA METAFISICA, por *Martín Heidegger*. El estudio vertebral del gran filósofo alemán. 240 páginas \$ 38.—
- ESTETICA Y ETICA EN LA FORMACION DE LA PERSONALIDAD, por *Sören Kierkegaard* \$ 28.—
- MEDICINA DEL TRABAJO E HIGIENE INDUSTRIAL, por el Dr. *Rutherford T. Johnstone*, profesor de la Universidad de California. Un vol. en formato mayor de 672 págs. encuad. en tela \$ 180.—
- LA CRISIS DE ORIGINALIDAD JUVENIL, por *Maurice Debesse* \$ 48.—
- LA ENSEÑANZA DE LA COMPOSICION, por *Raúl H. Castagnino*. Observaciones prácticas y examen de las experiencias realizadas en varios países acerca de la enseñanza de la redacción, en los ciclos primario y secundario \$ 10.—
- PROSERPINA Y EL EXTRANJERO. EL JARDIN DE CENIZA, dos piezas teatrales de *Omar Del Carlo*. La primera con música de J. J. Castro, laureada con el Premio Verdi 1954 \$ 19.—
- MUCHO DESPUES DEL VERANO, por *Robert Nathan*. La más sugestiva novela del autor de "El retrato de Jenie" aprox. \$ 20.—

EDITORIAL NOVA

PERU 613

BUENOS AIRES

II CONGRESO MEDICO - PSICOLOGICO IBERO - AMERICANO

19 a 25 de agosto de 1956

Buenos Aires

Inauguración a cargo de las autoridades oficiales y del Profesor **Bernardo Houssay**.

COMITE ORGANIZADOR
DE BUENOS AIRES

Temario:

Dr. Juan Cuatrecasas
Dr. Raúl Chevalier
Dr. Felipe A. de la Balze
Dr. Venancio Deuloseu
Dr. Germán H. Dickmann
Dr. Virgilio Foglia
Dr. Osvaldo Fustinoni
Dr. Angel Garma
Dr. Juan P. Garrahan
Dr. Pedro Landabure
Dr. Osvaldo Loudet
Dr. Roberto Mancini
Dr. Egidio Mazzei
Dr. Alejandro Pavlovsky
Dr. Roberto Pinto
Dr. Arnaldo Rascovsky
Dr. Juan Reforzo Membrives
Dr. Juan G. Romano Yalour
Dr. Marcelo Royer
Dr. Juan M. Tato
Dr. Jorge Vilar

- 1º Las enfermedades de adaptación
a) fisiopatología
b) stress emocional
c) enfermedades de adaptación en la clínica
d) terapéutica

- 2º Hacia la formación psicosomática del médico en Ibero-América

Relatores:

Virgilio Foglia, Angel Garma, Juan P. Garrahan, Roberto Mancini, Arnaldo Rascovsky (Argentina); W. Bernardinelli, Antonio Ulloa Cintra, Thales Martins, Duwal Marcondes, Decio Soarez de Souza (Brasil); Hans Selye, Erich Wittkower (Canadá), Antonio Ueros Coellar (Colombia), José Angel Bustamante (Cuba), Gregorio Marañón (España), Julio Endara (Ecuador), H. A. Thorner (Inglaterra), Francisco Gómez Mont (Méjico), C. Alberto Seguín (Perú), Rodolfo Iriarte Peixoto (Portugal), Musio Fournier (Uruguay), Louis Soffer, Sidney Margolin, Jules Masserman (USA).

Secretaría General:

Suipacha 1368, P. 1º, Buenos Aires - Argentina



MOZARTEUM ARGENTINO

BUENOS AIRES

El Mozarteum Argentino es una obra enteramente idealista. Si usted ama los buenos ideales, si cree que la vida artística e intelectual de nuestro país se vigoriza con la presencia de entidades destinadas a mantener el recuerdo y difundir la obra de algunos grandes espíritus que ha producido la humanidad, si estima que una de las tareas importantes de esta hora del mundo es volver firmemente los ojos a las dignas causas que a todos nos hacen mejores, si usted ama la música porque ella le ayuda a vivir, entonces le pedimos su colaboración. El Mozarteum Argentino se siente con derecho a solicitarla porque está destinado a festejar la memoria y la obra de Wolfgang Amadeus Mozart, es decir, que está colocado bajo el resguardo de uno de los músicos más puros y admirables que ha visto nacer la historia.

La colaboración que le pedimos es clara. No se necesita retórica para ocultar con alusiones lo que es natural y sencillo. El Mozarteum Argentino le pide que se haga socio, esto es, que sea un mozartiano más. Necesitamos socios porque no hay modo de llevar adelante una institución de este tipo si no se cuenta con un mínimo de recursos. Necesitamos socios también porque no hay manera de que una institución como la nuestra viva sin la presencia de las personas que la componen. No sólo nos es indispensable su apoyo económico sino tanto como él, el apoyo moral y la participación activa en los actos organizados por la entidad. Necesitamos que usted sea a la vez un contribuyente y un miembro del público. No hay manera de crear una verdadera corriente artística prescindiendo de las personas. La sociedad musical más rica económicamente es innecesaria si sus socios no acuden a escuchar música. Lo primero es un medio, lo segundo el auténtico fin. Para eso le pedimos su colaboración.

SOCIO ACTIVO: \$ 10.— mensuales

SOCIO PROTECTOR: \$ 30.— mensuales

ECUADOR 1250, 5º "C"

T. E. 78 - 3530

LUNES, MIÉRCOLES Y VIERNES, DE 14 A 16 HORAS.

FICCIÓN

PUBLICARA EN SUS PROXIMOS NUMEROS:

CARMEN GANDARA: El Ruido de las Ruedas.

ERNESTO SABATO: Un fragmento.

MANUEL MUJICA LAINEZ: El Retrato Amarillo.

VICENTE BARBIERI: La Poesía en dos o tres poemas.

ESTELA CANTO: El Estanque.

BEATRIZ GUIDO: Mary Mac Carthy o el encantamiento de una vida.

PABLO ROJAS PAZ: El Centauro Moribundo.

GLORIA ALCORTA: La tortura perfecta.

PATRICIA CANTO: Dostoievsky actual.

LUIS PICO ESTRADA: Paraguay y Talcahuano.

ENRIQUE SILBERSTEIN: El "Nuevo".

MIGUEL ANGEL ASTURIAS: "Week-end" en Guatemala.

FEDERICO PELTZER: Antes del Requiem.

ROLF SIMON: El Peregrino y la Diosa de Piedra.

ABELARDO ARIAS: El Maestro.

JUAN GOYANARTE: Tres Mujeres.

Librería Letras

VIAMONTE 472

T. E. 31 - 2612

Publicaciones de la Facultad Central de Venezuela

"Fragmentos Filosóficos de los Presocráticos", por J. D. García Bacca.

"Algunos poetas venezolanos contemporáneos", texto bilingüe de René Durand.

"Interpretaciones críticas de literatura venezolana" de E. Crema.

"Disputaciones Metafísicas", de A. Briceño.

"Martí".

"Archivos Venezolanos de Folklore".

"Nuevas Normas Ortográficas y Prosódicas de la Academia Española". A. Rosenblat.

COMENTARIO

REVISTA TRIMESTRAL

En el N° 10 (enero-febrero-marzo 1956) colaboran José P. Barreiro, Benno Weiser, Samuel S. Cohen, Dardo Cúneo, Eric Rouleau, Elkana Galli, Felisberto Hernández, Edouard Roditi, Julio Imbert, Aristóbulo Echegaray, Marcos Merchensky, Rodolfo A. Borello, Félix Coluccio, David Viñas, Jean Hadot, Juan Carlos Ghiano, Alberto Liamgot.

Publicación del

Instituto Judío Argentino de Cultura e Información

BIBLOS

INFORMATIVO BIBLIOGRAFICO DE
LA CAMARA ARGENTINA DEL LIBRO

Se envía gratuitamente a libreros,
editores, bibliotecas, instituciones, etc.
de Argentina y Latinoamérica.

SARMIENTO 528

BUENOS AIRES

DAVAR

REVISTA LITERARIA BIMESTRAL

Editada por la
SOCIEDAD HEBRAICA ARGENTINA

*Ensayos, trabajos, cuentos, poesías, teatro, crítica literaria,
música, artes plásticas, de interés judío y argentino.*

El N° 63 está en circulación

Tarifa de suscripción:

Socios: un año (6 números) \$ 30.—

No socios: un año \$ 40.—

Dirección y Administración

SOCIEDAD HEBRAICA ARGENTINA

Sarmiento 2233

47 - 7783

48 - 5740

Buenos Aires

BOLETIN

DEL INSTITUTO

AMIGOS DEL LIBRO ARGENTINO

Director

ARISTÓBULO ECHEGARAY

Sumario del N° 12. — ENERO-FEBRERO de 1956. — Germán Berdiales, "Pasemos por alto"; V. Ayala Gauna, "Libros, autores y paisaje"; Raúl Larra, "Sobre la crítica firmada"; Horacio Armani, "El libro"; Max Dickmann, "Pequeña crónica sobre las camarillas literarias"; Carlos Prelooker, "Meditaciones sobre un tema candente"; Alvaro Yunque, "Alabanza"; A. A. Moreira Rojas, "Una entrevista con Jorge Luis Borges"; César Tiempo, "Quiero una calle Antonio A. Gil"; Luro Bro, "El último libro de Fausto Fernández"; Ernesto Mario Barreda, "Una larga amistad"; Lázaro Liacho, "Fermín Estrella Gutiérrez, poeta"; Estrella Gutiérrez y Mujica Láinez, "Hablan para nuestro Boletín"; Narcizo Márquez, "Mitre y la República"; Dardo Cúneo, "Historia social de la Argentina". Bibliografía, Noticiario, De nuestra correspondencia.

El ejemplar \$ 5.— Suscripción anual (6 Nos.) \$ 25.— m/n.

BEAUCHEF 287

T. E. 43 - 7181

BUENOS AIRES - REPUBLICA ARGENTINA

*Lea
y Difunda*

"ERETZ ISRAEL"

única revista
ilustrada con material
original de Israel y
reportajes gráficos
auténticos de aquel país
tan lleno de problemas y de
recuerdos.

Dirijase a:

ERETZ ISRAEL

PASTEUR 341, 3er. piso

Aporte

*Revista Bimestral
Judeo-Argentina*

PASO 481

BUENOS AIRES

En venta, el N° 10
dedicado a José Ingenieros,
con colaboraciones de
Gregorio Bermann,
Leónidas Barletta y
Nicolás Besio Moreno.

Trabajos de Aníbal Ponce
sobre Barbusse y de
Tzalel Blitz sobre
Schalom Asch.

*En preparación el N° 11,
dedicado al levantamiento
del ghetto de Varsovia.*

POLICHINELA

ACTIVIDADES DE
INVIERNO Y VERANO

Grupos de Jardín de
Infantes

Grupos de Atelier:

Grupos de Atelier:
de 6 a 12 años

Mediante los juegos y ac-
tividades realizados en una
"comunidad de vida" infan-
til, los niños logran expre-
sarse en una atmósfera de
alegre espontaneidad.

Informes: 42-6942, 44-7737
y 72-9075

*Abierta la inscripción
todos los días en*

PALPA 2315 de 10 a 12 hs.

**Nuestro
prestigio como
impresores
de LIBROS**

se debe a la pulcritud y
perfección de cada obra que
sale de nuestras prensas y
al excelente servicio que
prestamos a los autores y
editores. Para ello conta-
mos con verdaderos técni-
cos, los que pueden proyec-
tar, modernizar e ilustrar
cada libro.

Más de 48 años de cons-
tante superación, nos per-
miten producir las mejores
ediciones a precios mode-
rados.

Consúltenos sin compromiso

Imprenta LOPEZ

al servicio del libro

PERU 666 - Buenos Aires

Books of Today — Livres d'Aujourd'hui —
Libri d'Oggi — Livros d'Hoje — Buecher von Heute

Libros de hoy

Director: RODOLFO SIMON

La colección completa de 24 ejemplares de esta revista de prestigio internacional dedicada a la información bibliográfica y literaria, constituye un panorama interesante y preciso de la evolución del movimiento literario y editorial de la Argentina y de otros países.

Precio de la colección \$ 150.— m/arg.

Se venden también en números sueltos

DIRECCION POSTAL

Casilla de Correo 699. Buenos Aires

ARGENTINA

SU ESPEJO LE DIRA, CUAL ES

La crema que le conviene



¿Cuántas veces habrá Vd. buscado una crema que evite, desde la mañana a la noche, ese brillo que malogra el buen aspecto de su cutis?

La estética moderna y las actividades de hoy, requieren una crema transparente y de efecto duradero que constituya una base firme y segura para los polvos y coloretes

LA CREME SIMON M. A. T.



Es un alimento activo que penetra en los tejidos internos de la piel, elimina la grasitud y proporciona al cutis un delicado **tono mate** de sana juventud y radiante frescura. Este nuevo producto de fina calidad resulta sumamente económico pues, siendo doblemente concentrado, solo es necesario extender sobre el cutis, en forma pareja, una pequeña cantidad que será suficiente para obtener un maquillaje discreto y natural.

CREME SIMON M. A. T.

es **Mate** * es **Activo** * es **Tónico**



FICCIÓN

REVISTA-LIBRO BIMENSUAL

Dirigida por
JUAN GOYANARTE

PARAGUAY 479

T. E. 31 - 3694

Condiciones de venta y suscripción

Número suelto \$ 15.— m/arg.

Suscripción Argentina y países
límtrofes

Otros países

1 año . . \$ 80.— m/arg.

1 año 4 dólares

2 años . . „ 145.— „

2 años 7 „

3 „ . . . „ 200.— „

3 „ 10 „

La continuidad de las entregas de la Revista FICCIÓN y sus envíos se hallan bajo la absoluta responsabilidad de la EDITORIAL GOYANARTE, Paraguay 479, Buenos Aires.

Sumario

La Cosecha, por Ezequiel Martínez Estrada	1
Diversiones, por Francisco Romero	48
¡Americanos todos! . . ., por Miguel Angel Asturias	54
En la otra esquina, por Elvira Orphée	78
Un Noviazgo, por Bernardo Verbitsky	85
El prestidigitador, por Bonifacio Lastra	109
Galas, por Alfredo J. Weiss	131
La Norteamericana, por Enrique Anderson Imbert	133
Stefan Zweig, devoto y víctima del "Mundo de Ayer", por Luis Emilio Soto	142
Amedeo Modigliani y el expresionismo latino, por Julio Payró	153
Mozart (1756-1956), por Jorge D'Urbano	168

LIBROS

F. J. Solero: "Teléfono ocupado", por Silvina Bullrich	177
F. J. S.: "Cayó sobre su rostro", por David Viñas	180
Carlos A. Loprete: "Las llaves de San Pedro", de Roger Peyrefitte	185
C. A. L.: "La muerte de una madre", por Roger Peyrefitte	189
Movimiento cinematográfico actual, por Silvina Bullrich	193

La
Cosecha*

EL mediodía encendía y arrojaba fuegos por todas partes. Los campos brillaban en reverberación metálica, fundiéndose la tierra y el cielo en un bloque de piedra preciosa. La cosechadora se descompuso de nuevo; era la cuarta vez desde que empezaron los trabajos de recolección del trigo. En la chacra de don Aparicio esos trabajos estaban muy demorados, pues muchos veci-

FICCION inicia su vida literaria con la publicación del cuento inédito "La Cosecha", de EZEQUIEL MARTÍNEZ ESTRADA. Es esta la primera obra de alguna extensión que Martínez Estrada publica en los últimos cinco años "perdidos", según él, por haber estado postrado por una enfermedad sumamente depresiva. Piensa terminar muchos libros interrumpidos y está trabajando en uno, que supone el último de los que dedicará al examen de su país, sobre etiología y diagnóstico del peronismo, considerado como fenómeno genuinamente argentino. Lo dedicará a los que ahora empiezan a aprender a leer la historia.

Nos complace presentar a nuestros lectores, como primicia y como inauguración, este cuento tan real y tan absurdo al mismo tiempo como la vida, y, particularmente como la vida de nuestros ignorados agricultores. Del autor, en cambio, poco tenemos que decir de nuevo. Hace treinta y ocho años que publicó su primer libro y, cumplidos los sesenta, comienza a conocerse y estimárselo en su país. Representa, sin ninguna duda, el valor más alto y limpio como pensador, prosista y ciudadano, tanto de aquí como de América; y esto vale decir del habla castellana. Después de "Facundo", su "Radiografía de la Pampa" y su "Muerte y Transfiguración de Martín Fierro" son las tentativas más serias y profundas de interpretación de nuestra realidad. Ha dicho: "Si Dios me ha devuelto a la vida es para que muera peleando en la calle y no sufriendo en la cama".

LA DIRECCIÓN

* Corresponde al libro "Tres Cuentos Sin Amor" que próximamente publicará la Editorial Goyanarte.

nos habían llevado ya las bolsas a la estación. El rendimiento fué excepcional este año con un promedio de veinte fanegas por hectárea. El campo de don Aparicio prometía más, a juzgar por la única vuelta entera que se pudo dar con la máquina.

El trigo, bajo los tórridos calores de los últimos quince días, maduró al punto de que muchas espigas, agitadas por un viento ígneo, se desgranaban en la opulenta doblez de su peso. Las cuatrocientas hectáreas sin cosechar formaban un lago de oro resplandeciente, aun en el sentido de que podría reportar un ingreso de ciento cincuenta mil pesos libres de todo gasto. De no mermar el rinde también doscientos mil. Todo dependía de que pudiera repararse pronto la descompostura de la máquina —algo en verdad insignificante— y que el tiempo ayudara otros quince días más. Era preciso apurarse, trabajar desde muy temprano, sin hacer caso de la humedad del rocío, hasta entrada la noche; cambiar los caballos y aceitar la máquina sin descansar y casi sin comer más que un bocado. Don Aparicio rehusó, al principio, aceptar el trabajo de otros vecinos por un tanto, seguro de que todo marcharía en debida forma. Consiguió dos peones, después de mucho lidiar con el sindicato, y su cosechadora era relativamente nueva, habiéndosela puesto en condiciones de funcionar eficazmente con bastante anticipación. Él conocía muy bien su funcionamiento y la rotura de una y otra pieza debían imputarse a la fatalidad. No podía perderse un minuto y encadenábanse los tropiezos de manera realmente absurda. Porque todo se complicaba y las sucesivas descomposturas de la máquina se relacionaban con el mal funcionamiento de otras maquinarias de hechos en que él ya no podía intervenir para su arreglo. Así al menos llegó a pensar. Ahora se había roto una pieza de la noria, que hubiera podido soldarse en la herrería del pueblo, a no mediar la circunstancia de que no llegó de Puerto del Caimán el tubo de oxígeno encargado un mes antes. Anteayer a la tarde, tras una espera angustiosa de seis días, llegó la pieza del motor, que hubo que pedir a Bajo de las Tortugas. La trajo un mecánico de la agencia —un individuo de no muy buena disposición para el trabajo— y se colocó, quedando el motor como nuevo. El percance de la noria se produjo en el momento mismo de salir la cosechadora al campo. De Bajo de las Tortugas telegrafiaron a Puerto del Caimán y así pasó una semana. Reparada aquella avería, el engranaje que acciona la cadena de la noria se partió en dos. De modo que al llevar don Aparicio al mecánico para que regresara, tuvo que pedir el engranaje

por teléfono. Los demás vecinos echaron los animales en los rastrojos y él tenía que hacer padecer hambre a los suyos —unos cientos cincuenta vacunos, doscientas ovejas y cuarenta caballos, en lotes raídos hasta el ras del suelo. Y, naturalmente, porfiaban por entrar a través de los alambres, al campo del trigo. Los vecinos conocían bien a don Aparicio, supieron las andanzas en que anduvo, por renitencia estúpida a las nuevas disposiciones que todos acataron de buen grado, y no se compadecían de él mayormente. Hasta cierto gozo secreto los henchía al sentirse seguros ya de todo riesgo eventual. “La cosecha se le va a levantar sola, con el viento”; “para este año no va a tener que sembrar”, eran los comentarios. Efectivamente, el trigo se caía de los tallos, reseco.

Era ya mediodía y Aparicio Fuentes no regresaba del pueblo. Acaso hubiera tenido que ir hasta Vizcacha Dura —seis leguas—, porque el herrero no había recibido el oxígeno y los almacenes estaban mal provistos de repuestos. El sol se derretía en níquel, en aceite, y lamía con lenguas de llamas el campo. Los dos peones —Zenón y Egidio— terminaron por caer en un estado continuo de fastidio, porque trabajaban a un tanto por bolsa y en catorce días no habían sacado ni para los cigarrillos, teniendo que renunciar a la posibilidad de encontrar ya otras ocupaciones. Era cosa del diablo perder los días tan estúpidamente. E iban acumulando enconos contra el patrón, con quien iba resultando difícil entenderse. Don Aparicio era caprichoso y de humor tan irritable que hacía pensar que los contratiempos le caían encima como castigos. Algunas dificultades, en efecto, lo habían deprimido en los últimos meses, sin doblegar su testarudez. A esa terquedad de su carácter atribuían la mujer y las hijas la causa de todos los problemas y conflictos en que se encontró envuelto, y los peones, por su parte, llegaron a la misma conclusión. Antes de estas peripecias de la cosechadora tuvo otras muy desagradables, porque había que inscribirse para obtener de la Junta de Control las bolsas vacías. Es cierto que don Aparicio realizó las averiguaciones, como todos, y que dió los pasos necesarios para inscribirse (en otro pueblo capital del partido), pero no procedió con la debida diligencia. Mejor dicho, lo hizo con manifiesta mala voluntad. Así le tomaron antipatía en las oficinas y hubo de resignarse a pagar más por los envases, comprándolos a los revendedores. En realidad, si se ha de ser justo, no entendió bien las instrucciones y lo hicieron ir inútilmente más de diez veces, a la Central Local de la Junta. Pues para inscribirse tenía que tener

los papeles en forma y él era tan descuidado en estas cosas, que necesitó hacer nuevos trámites para obtener constancias que había extraviado en los galpones donde guardaba desordenados los formularios, las facturas, las cartas, los boletos de haciendas y otros papeles. En su escritorio —una mesa con cuatro cajones— nadie de la casa ponía las manos. La inscripción se hizo en tiempo, pero ya estaba señalado como opositor y hubo de entenderse, por buenos oficios del secretario, hay que reconocerlo, con los revendedores. Esto no era fácil, porque la venta de envases se hacía clandestinamente y era necesario retirar los atados de bolsas de galpones o mejor dicho de sótanos, donde las escondían. Calculó que su cosecha daría unas doce mil bolsas y sólo le entregaron ciento cincuenta. De todos modos no hubiera podido retirar de la Junta más de tres mil, porque escaseaban, y decidió comprarlas todas a los revendedores, aunque tuviera que ir a buscarlas de noche y pagar el triple de su valor oficial. La boleta correspondiente a las tres mil bolsas vacías estaba extendida en forma, faltándole sólo el visado del Comité en donde lo demoraban con evasivas bien claras de que el presidente no quería recibirlo. Al fin consiguió, con recomendaciones, que los revendedores fueran entregándole a razón de quinientas bolsas por día, llevándose las a la chacra. Tenía apilados los paquetes en el galpón y resueltos los demás problemas de permisos e inscripciones. Los percances de la máquina no eran los más molestos, y una vez reparada la última avería sólo era cuestión de trabajar catorce horas por jornada, embolsar el excelente trigo y descansar un mes de tantos trajines.

En la casa esperaban ansiosas la mujer y las tres hijas, que oteaban desde las puertas y las ventanas, junto con los sobrinos que fueron para llevarlas a la Gruta. En el galpón, tomando mate y urdiendo planes de ataque, estaban los peones. Esa tarde se celebraba la fiesta anual de la Virgen de la Gruta, en las sierras, e irían todos los chacareros y los comerciantes, pues la fiesta se relacionaba con la recolección del cereal. Esto se hacía todos los años de buena cosecha, después de terminadas las faenas agrícolas, en acción de gracias. Consistía en una ceremonia religiosa muy sencilla, el paseo en andas de la Virgen alrededor de la ermita, una comida campesina y baile. Francisca —la mujer— y las hijas tenían ya todo arreglado y esperaban el consentimiento —más bien formal— de don Aparicio para ir con los sobrinos a la Gruta. Tenían todos el presentimiento de que llegaría hecho una madeja de rabia, pero no

comentaban la posibilidad de una negativa, pues bastantes preocupaciones tenía como para oponerse a un regocijo tan natural que era el de él, hasta que una larga tolvanera que se agrandaba en un desagrado que descuidaran. El hecho de que todavía ellos no hubiesen levantado la cosecha no invalidaba la verdad de que el cielo los había socorrido, como a todos, con un año de los mejores que se recordaban. Miraban ansiosamente hacia el pueblo, siguiendo la línea del camino señalado por los alambrados. Con frecuencia aparecían algunas nubes de polvo de coches que seguían de largo, es seguro que en dirección a la Ermita. Desde lejos ya sabían que no era el de él, hasta que una larga tolvanera que se agrandaba en un cono hacia atrás, les aseguró de que llegaba.

—Ahí viene.

Efectivamente, era él. Detuvo el coche en la tranquera y atravesó velozmente el cuadro donde la hacienda caminaba en busca de pasto, o empujaba con el pecho los alambres para pasar al trigal. Tuvo que ir hasta Coronel Focá, cinco leguas más allá de Vizcacha Dura, pero al fin traía el repuesto salvador. Fué directamente hasta la cosechadora, que estaba incandescente en cada chapa, en cada hierro, en cada lona. Los peones lo colocarían mientras él se lavara las manos y comiera un bocado. La noria estaba desarmada y los peones salieron a su encuentro.

—Buena hora de venir. Te esperábamos. Aquí están los chicos de Manuel. Tenemos que salir, ya sabes.

Don Aparicio no contestó en seguida. Sintió una quemadura de sangre en el rostro, en una ola que le subía desde el vientre. Estuvo por soltar una contestación brutal y dijo:

—Pueden irse ahora mismo —vendo a lavarse las manos en la canilla del patio. Mientras se enjabonaba dirigía su vista al campo y sintió una sedante satisfacción de haber vencido una vez más los obstáculos. Quedaba mucho trigo en las espigas, aunque se desgranara; las bolsas vacías estaban esperando para henchirse en el galpón, y ahora era asunto que él podría manejar, siempre que los peones —‘que andaban torcidos’— comprendieran que estaba en su propio interés el trabajar con decisión. En la cosechadora estaban ocupados en colocar el engranaje de la noria, bajo el sol que caía a plomo. La mujer permanecía en el marco de la puerta, uroíendolo con la mirada, las manos cruzadas en la cintura, contemplándolo como a un forastero. Las hijas sirvieron el almuerzo en la mesa de la cocina, sobre el hule. En un plato pusieron el fiambre, con en-

salada; en otro el puchero y hasta llenaron de vino el vaso, para que no perdiera tiempo. Aparicio se sentó a la mesa, aparentemente tranquilo. La mujer, las hijas y los sobrinos, desplegados en abanico a su alrededor, lo observaban con urgencia, empujándolo con los ojos a que almorzara de prisa.

—De modo que se van no más, a la procesión.

—Sí, tío: a ver si la Virgen le da un poco de ayuda para que termine pronto la cosecha.

—Después volvemos con las chicas —osó explicar la mujer, para que no se preocupase en el regreso.

—Únicamente que usted quiera ir un rato, y volveríamos juntos. Una vez que empiece a marchar la máquina, no hace falta que usted esté.

—Bastante ha trabajado hoy —agregó la mayor de las hijas.

Don Aparicio cortó la galleta y miró al sobrino, como si se sorprendiera, más que de oírlo, de que estuviese allí:

—Aquí está uno como un desgraciado, sin caballerizo, luchando con la máquina, con los peones y con la gran puta, todo junto.

Nadie le contestó. Las mujeres se miraron furtivamente, de reojo, como hacen las mujeres, sin mover la cabeza. Aparicio se notaba cercado por ellas y el ex abrupto —muy raro en él— lo dejó reconfortado, pues todo lo que tenía que decirles estaba ya dicho. Comía despacio, sin apetito, distraído en pensamientos insondables, con la cabeza agachada y como un perro que no come su presa porque sabe que cerca otros esperan un descuido para quitársela. La mujer miró su cabeza encanecida prematuramente, sin sentir ninguna conmiseración ni solidaridad con sus afanes. Le reprochó:

—Si fueras un poco más religioso, no te irían las cosas tan mal.

Don Aparicio bebió el resto del vino, empujó el plato sin violencia y salió. La gran mancha dorada del trigo se extendía con las espigas arqueadas, inmóviles como si el tiempo se hubiera detenido en el universo y él soñara. En el horizonte, levantándose hacia el cenit, enormes nubes de granizo se recortaban semejantes a moles de hielo y marfil. Ahí estaba, en las alturas, el fantasma que todos los chacareros temían siempre y del que no se atrevían a decir palabra, para no atraerla con el pensamiento. Antes de ir a la máquina trató de serenarse por completo, pensando cómo acabarían las cosas. Se encontraba como bajo el amago de una catástrofe imprevista y, no obstante, su corazón estaba satisfecho. Aquello del cielo era una tormenta de piedra que podría pasar. Tontamente pensó en la pe-

regrinación a la Gruta. En efecto, no tenía fe. Desde el fondo de su ser sintió que subía a su memoria el recuerdo de los tres días perdidos en diligencias inútiles. Oyó que los peones golpeaban, seguramente para ajustar la pieza al eje y pensó en un nuevo cariz del mismo multiforme desastre. Se apuró hacia ellos, gritándoles que esperaran. En efecto, los dos peones trataban de ajustar el engranaje, sin que hubieran avanzado mucho en el trabajo, desde que los dejó para almorzar. Ellos se incorporaron, mirándolo. Usaban de una madera para amortiguar los golpes, pues no había forma de ajustarle de otro modo. Primero la cotejaron con la pieza partida en dos sospechando, sin decir nada, que a Don Aparicio le hubieran dado un repuesto de otro modelo. Ambas piezas eran, sin embargo, exactamente iguales. Hecha la comprobación, a conciencia, se aplicaron a colocarla y en eso estaban cuando el patrón llegó.

—No hay que forzarla.

Don Aparicio retiró la pieza y la examinó.

—Vamos a esmerilar un poco el buje.

Zenón fué en busca de una hoja de papel de esmeril. Entre tanto, para no decir nada. Egidio acoplaba las dos mitades del engranaje roto como si quisiera pegarlas por presión. Don Aparicio miró con impavidez el cielo con los bloques de nubes, sólido, que iban condensándose más en un albor refulgente en los bordes. No corría la más leve brisa y el calor los envolvía asfixiante. Trató de colocar la pieza en el eje, sin hablar, como si estuviese solo, y notó que calzaba cabalmente. Le puso la chaveta, pero tuvo que retirarla para enganchar antes los eslabones del acarreador. Cuando llegó Zenón ya estaba colocada la cadena.

—¿Entró? —se limitó a inquirir con la hoja de esmeril colgada en un ángulo.

Don Aparicio no contestó. Sintió un fuego tibio subirle a la cara.

—Parece —fué toda la respuesta.

—El patrón tiene una mano especial para acertar con la embocadura —dijo Egidio, tirando a un costado el engranaje roto.

—Cuestión de suerte, por lo visto —agregó Zenón, ayudándolo a cerrar la caja de la noria, ajustando los tornillos. Los caballos estaban en el corral con las anteojeras y las pecheras puestas listas para engancharse. Aparicio vió que su mujer, las hijas y los sobrinos se iban a la peregrinación. Se enjugó la frente con el dorso de la mano, satisfecho, dejándose un tizne de grasa negra en la cara.

Mientras trabajaba en colocar las tuercas —eran como cincuenta tornillos, muchos de ellos se podían dejar sin poner— recordó, como una pesadilla felizmente disipada, las andanzas del permiso para la cosecha. Con la persistencia de una obsesión las recordaba con sus detalles, reviviéndolas, a pesar del esfuerzo por borrarlas para siempre de sus recuerdos. Inevitablemente se le presentaban las escenas, como si las tuviera que vivir de nuevo una y mil veces, hasta el fin de su existencia. Eran los tres días más desgraciados de los muchos que perdiera yendo de un lugar a otro, en averiguaciones y diligencias. Nadie en la casa ni en el pueblo supo, al menos de su boca, lo que entonces padeció. Sin embargo, era innegable que el hecho se había propalado por toda la comarca y que los vecinos lo conocían con pelos y señales. Muy posiblemente, también la mujer y las hijas. Y los dos peones que estaban ayudándole en ese momento. Porque su ausencia por tanto tiempo, sin avisar ni decir más tarde a qué se debiera, intrigó a todo el mundo.

Las cosas habían ocurrido así:

Le dijeron en el pueblo que tenía que sacar certificado de cosecha. Era un trámite muy sencillo: inscribirse en el registro que se abrió por disposición ministerial, obtener el carnet. Sin eso no conseguiría bolsas, ni combustible, ni peones. Para cualquier gestión relacionada con el levantamiento de la cosecha era preciso exhibir ese carnet; tan indispensable como el certificado de vacunación, el de residencia, el de censo agropecuario y todos los otros corrientes desde años atrás. Esa disposición era nueva; pero las oficinas se habían instalado con numeroso personal y era cuestión de presentarse a la mañana, con los documentos de identidad personal y los comprobantes de las inscripciones y del pago de las patentes.

Se levantó muy temprano aquella mañana, echó a los bolsillos sus papeles y se largó al pueblo vecino, cabeza de partido, que distaba doce leguas. De paso haría algunas diligencias y aprovecharía el viaje para liquidar menudos asuntos pendientes. Llegó a las siete y media y, con los datos de orientación que ya tenía, se encaminó a la oficina. Estaba a mitad de cuadra de la plaza. Una fila de dos en dos personas salía como una serpiente monstruosa de la puerta angosta, sobre la que había un escudo y un emblema, y se dilataba hasta rodear la plaza. Dejó el coche en un apostadero que se había habilitado a las afueras del pueblo —allí encontró alrededor de doscientos autos, un cuervo de cuidadores y una cantina—, y volvió para agregarse en el último punto de la cola.

—¿Atienden todo el día? —preguntó al que tenía delante.

—No sé; yo es la primera vez que vengo.

—Porque a toda esta gente no la van a atender ni en dos días. El interpelado no contestó.

—¿Hay mucho personal en la oficina?

—Había dieciocho empleados; pero ahora hay menos, porque algunos están con licencia y otros tienen el asueto hebdomadario.

—En cuanto lo atienden a uno lo despachan, ¿sabe usted?

—En seguida. Hoy vence el plazo.

—Supongo que han de dar prórroga.

—No se sabe; el delegado fué a entrevistar al ministro hace cosa de una semana y todavía ayer no había conseguido audiencia. Tal vez prorroguen. Yo, por las dudas, me vine temprano.

—Sí, pero le ha tocado uno de los últimos puestos.

—Porque hay muchos que están de antes. Los que pierden el turno pueden hacer una solicitud, y una vez aprobada, se les reserva para el otro día. Entonces pueden colocarse en el sitio que tuvieron, siempre que alguno que tenga boleta de prioridad no lo ocupe. En ese caso, se corre a la cola.

—Parece complicado el sistema.

El interpelado no contestó. Varias personas se volvieron para mirarlo y conversaron en voz baja entre sí. Hubo quienes sonreían y se daban con el codo.

—¿Trajo todos los certificados, los de la chacra y los personales?

—Me parece que sí.

—¿El de vacuna, el de censo agropecuario y los otros de inscripciones de herramientas y patentes?

—Todos, me parece.

—¿Usted está inscripto?

—¿Dónde?

—En el registro nuevo de habilitación para iniciar gestiones.

—Tengo el carnet de mi pueblo.

—No sé si le va a servir. ¿Está afiliado?

No supo qué quería decir y se limitó a contestar:

—En el pueblo no se exige.

—Pero aquí es la cabeza de partido. Son otras autoridades y aquí están en vigencia las mismas disposiciones que en la capital de la provincia.

La mañana era fresca, el cielo límpido. Una grande y apacible quietud matutina se extendía hasta un cerro matizado de colores

claros, en la distancia. Pasaban muy pocos vehículos y nadie transitaba por las calles. La enorme fila doble permanecía inmóvil y no avanzaba.

—¿Sabe qué número tiene?

—No.

—A usted le corresponde el ciento veintidós. Recuerde. Usted es el ciento veintidós. Y si llegara otro contribuyente, tiene usted a su vez que pasarle el número: ciento veintitrés. Eso se hace para ganar tiempo. Antes daban una tarjeta: pero muchos la perdían y era complicado. Ahora cada cual sabe su número, y cuando dan instrucciones por el altoparlante siempre se refieren al número.

Y, en voz más baja:

—Por ejemplo: el setenta y cuatro, vuelva mañana; el doce, tiene que traer otra fotografía. Hay más de mil. Pero muchos son procuradores, gestores o asesores, y los extranjeros deben acompañarse de seis testigos. Así, todo lo que hay que hacer. Esto está muy bien organizado.

—¿Yo tengo el ciento veintidós? ¿Y dónde está el altoparlante?

—Hay muchos. Algunos están instalados en los árboles de la plaza, otros en las cornisas de las casas y hay también ciclistas que van recorriendo otras calles, con un altavoz portátil, para que se enteren los que están en otros lugares.

—Pero ¿no tienen que estar todos aquí?

—Cuando formamos filas, sí; pero no cuando nos dispersan. Veo que es la primera vez que viene. Cuando tocan una trompeta: tra-lá; tra-lá-lá; tra-tra-tacatá, tacatá, hay que dispersarse. Recuerde: son cuatro toques. Si son tres o cuatro largos, hay que volver a la tarde.

Pensó que a las ocho abrían los negocios y que tenía algunas compras que hacer para la casa. Un género —trajo la muestra—, jarabe, agujas para el calentador. Llevaba la lista de cosas en el bolsillo. Efectivamente, en el bolsillo. Todavía era temprano. Después de unos minutos preguntó:

—¿Usted ha venido muchas veces, antes?

—Muchas; soy veterano, como se dice en la jerga de la fila.

—Cuando tocan tra-lá-lá, ¿nos volvemos a casa?

—Eso cada cual decide a su gusto; pero es perder tiempo. Nos dispersan porque es un ejercicio. Toda esta larga fila que usted ve se desparrama, y hay que buscar un apostadero: detrás de los árboles, o de los coches, o en los zaguanes. La cosa es que no nos

vean juntos. Lo importante es recordar el número, porque a cualquier llamado por el altoparlante hay que cumplir las indicaciones. Si no, está listo. ¿Trajo el certificado de salud habilitada?

—No.

—Tiene que hacerlo.

En ese momento se oyó una voz metálica y estentórea:

—Del setenta y seis al ochenta y uno; del ciento seis al ciento quince, y el ciento veintidós, al examen médico.

—¿Ve? Lo han nombrado. Vaya.

Todos los indicados en esa forma numeral se desprendieron de la fila y con paso apurado echaron a andar, doblando en la esquina de la plaza. Él los siguió. Llegaron a una oficina que tenía algunos letreros y emblemas y una cruz celeste en una gran placa esmaltada. Parecía una casa de negocio, con grandes ventanales y una ochava. Dentro había dos escribientes, en mesitas como las de bar, y cuatro enfermeras con uniforme blanco. Entraron todos y casi llenaron el local.

—No tienen que empujarse; se los va a atender en forma —dijo una enfermera—, esto no es un corral sino una oficina pública.

Los contribuyentes quedaron perplejos y nadie se atrevió a replicar.

Sobre las mesitas había grandes libros forrados con loneta. En las paredes, retratos en colores. No había otros muebles que las mesitas, excepto una salivadera con pie, de hospital.

—Ahora van a llegar los médicos. Pueden desnudarse.

Nadie se movió. Uno de los empleados explicó:

—Las ropas menores, hasta la cintura. Sáquense los pantalones y los calzoncillos. No pierdan tiempo, porque es peor para ustedes.

Se levantó un murmurio y los contribuyentes se miraban unos a otros, azorados. Se quitaron las ropas. El sol se había levantado sobre las casas y entraba, tibio, en el salón. La mañana resplandecía y muchas personas andaban ya por las calles. Numerosas mujeres, con cestas y bolsones se dirigían al mercado. Los chicos, con sus delantales blancos, semejantes a palomitas, iban al colegio. Todos, al pasar, se detenían un rato a mirar por las ventanas; otros pasaban echando una ojeada furtiva al interior del salón donde estaban los contribuyentes semidesnudos, con las ropas en el brazo.

—Ya empezó el examen, se decían los chicos. Las mujeres se detenían menos tiempo. Coincidió la hora del mercado y la del

colegio. El pueblo estaba en la calle. Era como si toda la población hubiera salido a la calle. Pero la impresión de tal multitud era ilusoria, si puede decirse así. Por lo general no eran más de setenta personas, a lo sumo ochenta, que pasaban y volvían a pasar, dando vueltas a la manzana. Era un espectáculo que todos los días presenciaban, siempre con la curiosidad de algo nuevo.

Los contribuyentes esperaban el examen. Una enfermera se acercó a él y le dijo:

—¿Tiene usted el carnet del censo de agricultores?

—Sí.

—¿Y pagó la cuota del sindicato?

—No sé qué es eso.

—Una contribución regional. Tiene que buscarla. Venga. Y lo llevó a un rincón. En las vidrieras había muchas personas curioseando la escena.

—Estos por lo menos son más decentes; se cubren con las ropas, —dijo una anciana que llevaba en brazos, como un niño, una enorme planta de apio—. Era un escándalo, ayer. —Y echó a caminar, para dar vuelta a la manzana.

La enfermera le dijo:

—Tiene que comprender. Es un impuesto obligatorio. Vaya a la delegación, que queda saliendo del pueblo por la calle de la iglesia, en una casa que tiene adelante un ciprés. La va a encontrar en seguida. Allí le darán el carnet y el recibo de la contribución voluntaria. Le aconsejo que no se muestre tacaño, si quiere que su expediente se mueva. El coronel está todo el día, porque vive allí mismo. Es un caballero. Vístase. Cuando tenga esos comprobantes, vuelva para el examen. Yo le hablaré al médico, para que no pierda tiempo. Porque imagino que usted tiene otras cosas que hacer y la mañana se va volando. Hace quince días que encargamos a los pintores que pintaran los vidrios, y ni siquiera han venido. Es un fastidio, la gente curiosa. Al principio los echábamos, pero era peor, porque simulaban que estaban esperando el ómnibus y se aglomeraban como ovejas. Ahora al menos circulan.

Se vestía sin contestar. Escuchaba, comprendiendo que toda esa charla sólo era para sacarle unos pesos. Decidió hacerse el desentendido. Luego lo hicieron pasar a un gabinete de observación, revestido de azulejos celestes, el piso de baldosas blancas, con un escritorio de metal y tabla de vidrio, en que había diversos instrumentos de medición y auscultación. Estaba desnudo, excepto la ca-

miseta que le llegaba hasta la cintura. Fué auscultado, examinado y anatométrizado por el médico y dos enfermeras. Estaban en esa operación cuando el asistente graduado abrió la puerta de vidrio que comunicaba con la sala general y dijo:

—Celina: venga; aquí tiene un caso de disimetría que quería conocer. Vale la pena por muchas razones.

Celina, que estaba apresada en un grupo de contribuyentes-pacientes, levantó la cabeza y respondió:

—Ah, ¿eso era? Ya me di cuenta. Pero en seguida que consiga zafarme de este amasijo iré. Trate que demoren un poco la prueba examinatória. Ya salgo.

Y forcejeaba inútilmente por librarse del apeñuscamiento. Los contribuyentes-pacientes cerraban círculo a su alrededor, adoptando un aire distraído, como si contemplaran algo en el techo o en las molduras del artesonado.

El asistente graduado mantenía abierta la puerta de vidrios esmerilados, en espera de que Celina llegara. Mas como advirtió que no le sería posible eludir a los sitiadores, que le hacían cosquillas produciéndole una risa nerviosa, volvió al gabinete de observaciones. Recordó que temblaba mientras le aplicaban algunas inyecciones y le estampaban los sellos de goma en las partes del cuerpo ya sometidas a examen. El escribiente llenaba la planilla impresa, con los datos que le dictaba el médico. Afortunadamente el examen no arrojó índices de configuración anatómopatológica y él salió a la media hora, con los sellos reglamentarios nítidamente estampados. El ordenanza del control, tomó nota de que el examen había sido completo y le dió una tarjeta amarilla con que tenía que presentarse en la Oficina de Contribuyentes Voluntarios, para abonar la cuota y poder realizar, luego, las demás gestiones —que eran sencillas. Excepto algunos pequeños inconvenientes en el Banco y en la Alcaldía Pedánea, el resto le fué facilitado.

La enfermera le dijo al despedirlo:

—Y no sea rebelde, es un buen consejo que le doy.

—¿Tengo que tomar por la calle de la iglesia? —dijo—. La casa del ciprés, ¿es una oficina pública o una casa particular?

—Vaya. Es una casa particular y una oficina pública. Hasta que terminen de construir el edificio, está instalada en la misma casa del coronel.

Salió y tuvo la impresión de que el aire le refrescaba los pulmones. Llegó un ómnibus atestado de pasajeros que bajaron en la

esquina. Mujeres con cestas y bolsones y chicos de delantal blanco, que iban a la escuela. Apuró el paso. Efectivamente, no era difícil hallar la casa que le indicara la enfermera. Quedaba un poco lejos, a las afueras del pueblo, en las quintas. No era una casa sino un rancho de adobes. Por la chimenea salía un humo blanco y espeso, que se elevaba a gran altura porque no había nada de viento, absolutamente nada. El ciprés, tan alto como la columna de humo, quedaba junto a la tranquera de entrada. Varios chicos mal entrazados, jugaban en el patio donde había muchas gallinas y un molino con el pozo sin brocal. Uno de los chicos salió a su encuentro.

—Venga, que lo están esperando.

Entró en la sala, que tenía piso de tierra. El humo la llenaba; y como venía del descampado, con toda la luz rebotando en las cosas, estaba como ciego. Permaneció un tiempo sin ver más que confusamente el interior de esa espaciosa habitación, a la que llamaban 'la sala'. En una hamaca, en calzoncillos y camiseta, estaba un hombre de cierta edad, tomando mate. Una chicuela desgredada y descalza lo cebaba, yendo y viniendo de la cocina. En el espaldar de una silla de paja, colgaba una chaqueta roja, con galones negros y dorados. Sobre el asiento, el kepi, galonado profusamente y con la visera de charol. El piso era de tierra, las paredes tenían un papelado de flores moradas. Colgaban en las paredes muchos retratos en colores de personajes de gobierno. Un trinchante y un aparador estilo Provençal, con bandejas de plata luciente y frutas, contrastaban con la mesa de pino, grande y sin carpeta. Sobre ella había unos libros enormes con tapas de loneta, un montón de ropa sin planchar, unas tenazas y la espada con empuñadura de oro y borlas seguramente de oro también. El coronel, con las piernas abiertas, envuelto en la nube de humo, le dijo:

—Vamos a tener calor, hoy. Pero esto es un paraíso. —Y a la sirvientita—: cambiale la yerba.

El advirtió que detrás de las puertas entreabiertas lo espían.

—Están haciendo empanadas —dijo el coronel—, y hay un poco de humo. A mí me gustan todas las cosas criollas. Por eso vivo aquí aunque en el pueblo tengo una casa moderna, con garage. Es para las recepciones.

Y cruzó las piernas. Estaba calzado con alpargatas, puestas como chancletas.

—No le digo que se siente porque comprendo que ha de estar

apurado. ¿Trajo el carnet del censo de agricultores y los documentos personales?

—Sí, señor.

—Bueno; me basta su palabra. ¿Qué diligencias lo traen? El escribiente no ha venido todavía. Supongo que no ha de tardar. Es un quebradero de cabeza con el personal civil. Él es el que lleva los registros.

—Estoy acá, mi coronel —dijo una voz en el interior de una de las piezas.

—No te vi entrar, alcornoque. Podías haber avisado. Este señor hace una hora que está esperando. Ayer tuvimos una fajina de órdago, caballero.

—Ahora lo van a inscribir en el sindicato regional. Son quinientos pesos, pero los va a pagar en la oficina de recaudaciones supernumerarias, al lado de la farmacia del Águila. Yo no toco dinero. Cosas de contabilidad no están en mi oficio. Se nos vino el trabajo de golpe.

Y descruzó las piernas, estirándolas como si se desperezara. La sirvientita trajo el mate y, en una bandeja de plata, con una servilleta de encajes, dos empanadas. El escribiente entró con una carpeta de hule bajo el brazo.

—Hacele firmar la solicitud. ¿Trajo fotografías?

—Siempre llevo unas cuantas, no sé si servirán.

—Fondo blanco, perfil de tres cuartos, sin anteojos, de cuatro y medio centímetros por cuatro y doce centímetros.

—Sí, son esas.

—Ahora se ha uniformado el asunto de las fotografías —dijo el coronel—. Esto facilita las gestiones de los contribuyentes. Porque era un engorro cuando para cada gestión había que presentar una fotografía de distinto tamaño, distinto fondo y distinto tres cuartos. Llenale vos la solicitud y hacele la ficha. Tomale las impresiones digitales, dale la boleta para el depósito en la valuación supernumeraria. Los documentos personales dejalos, me basta con su palabra. Lo que va a tener que presentar en la oficina que le dije es el certificado de vacuna, el de la viruela y el de la difteria. Los otros de las vacunas eventuales, los presentará en la oficina de salud habilitada. Ya sabe que ahí le entregarán la planilla completa de análisis, medidas de todas las partes orgánicas del cuerpo, peso, percusión torácica y los mil enredos que esos locos han inventado. Es personal civil que atiende esos trámites. ¿Y qué me

dice de las enfermeras? Son todas diplomadas en Buenos Aires, no cualquier cosa.

El escribiente llenaba los formularios, las tarjetas y las fichas. Anotó en el libro de tapas de loneta los datos personales, tomó las impresiones de los veinte dedos, y puso a la firma del coronel, sobre la carpeta de hule, todos los papeles.

—Ha tenido suerte, hoy. Es el único hasta ahora. Ayer teníamos una cola imponente.

—Es que hoy vence el plazo. Ya casi todos han cumplido su deber.

—Quedan los rezagados, que se empaacan al pedo. Las reglamentaciones hay que cumplirlas, y no lo digo por usted, caballero. Las cosas claras. Nosotros no obligamos, obligan la ley y la conciencia.

Todas estas observaciones, mientras el coronel firmaba dificultosamente, porque la carpeta era resbaladiza y los papeles eran muchos, constituía una especie de amonestación abstracta y filosófica.

Cuando volvió a la oficina de salud habilitada era mediodía. Los contribuyentes habían sido atendidos ya, y muy poca gente andaba por las calles. El sol desalentaba, de fuerte. Al entrar, la enfermera que antes lo atendiera, se le enfrentó como gallo de riña.

—Esperándolo. Si no era porque tenía que venir, ya estábamos almorzando. Van a ser las doce. Entre en el gabinete de anatometría y no se le ocurra contestarle al médico, porque está hecho una furia. No es para menos. Le van a tomar la medida de las partes digitales.

Todo se hizo bien, y al llegar a la oficina de Valuaciones Supernumerarias, encontró que los contribuyentes estaban dispersos. Unos detrás de los árboles, otros en los zaguanes, subidos en los camiones estacionados, tras los surtidores; en fin, desparramados y atisbando. Otros, disimuladamente, fingían que paseaban con las manos a la espalda. O metidos en las alcantarillas, leían revistas ilustradas.

—El ciento veintidós, el cientoveintidós, el cientoveintidós, el cientoveintidós. Pase por la puerta trasera de la calle Ministro Provisional, al despacho de Contribuyentes Retardados.

Después le ocurrieron otras cosas mortificantes y en todo se le fueron tres días.

Toda esa fastidiosa serie de diligencias las recordaba como si las estuviera reviviendo, mientras procuraba ajustar el canjilón de la noria. Ahora estaba ahí, terminado casi el arreglo, por suerte, de la cosechadora. Los tres hombres permanecían en silencio, cada cual en su tarea. Trabajaban quemándose las manos. Al apretar una de las últimas tuercas, ya el trabajo estaba terminado, el engranaje de la noria se rompió en dos pedazos. Zenón arrojó la llave inglesa contra el suelo profiriendo una blasfemia.

—Eso es trabajar a la bruta —comentó escuetamente Don Aparicio.

—¿A la bruta? Es que iba a trabajar con la tuerca bailando.

—Pero ¿no ve? —Y tras una breve pausa—: Patrón: yo me voy, déme el vale.

Egidio, un peón cosedor que tomó la semana anterior, pero que había trabajado solamente unas horas, decidió así la situación.

—¿Y a dónde te vas a ir si en todas partes ha terminado la cosecha?

—Estoy cansado de aguantar. Esto no es cosecha con esta máquina de porquería.

—Porquería serás vos, que no sabés trabajar y te metés en todas partes. Ya te voy a dar el vale.

Don Aparicio se quedó sin saber qué hacer. Zenón aflojaba las tuercas para retirar la pieza rota.

—Vea si será trompeta. Ahora quiere irse.

—No me insulte, patrón. Déme el vale.

—Ya te voy a pagar. Para lo que has trabajado.

Fué a la pileta e hizo correr el agua de la canilla sin darse cuenta de lo que hacía. Egidio esperaba afuera, al rayo del sol, sin moverse. Zenón llegó trayendo en la mano los dos pedazos del engranaje.

—La culpa la tengo yo —irrumpió Don Aparicio— por traer a la chacra cualquier cosa.

—Este hombre no tiene la culpa, don —terció Zenón—. La máquina es un cachivache que no va a funcionar. Yo se lo dije con tiempo.

—No va a funcionar porque no hay gana de trabajar como la gente.

—Eso no, patrón —respondió Zenón y dejó caer los dos trozos de la pieza junto a sus pies—. Yo también me voy. Arrégleme la cuenta.

Los tres hombres estaban solos en la chacra. El silencio los circundaba como la pared de un horno. Las mujeres ya iban muy lejos, hacia la Ermita.

—¿Y quién los va a llevar al pueblo?

—Usted que nos ha traído —contestó firmemente Egidio.

—Yo tengo mi caballo y no necesito de nadie —agregó Zenón, que salió al corral para ir a buscarlo.

—¿Cuánto ganaste, entonces?

—Usted sabe.

—Ni la comida. Trabajaste dos medios días en una semana.

—Eso es culpa suya y de la cosechadora de basura. Yo no tengo la culpa.

—No te voy a pagar nada.

—Usted sabe lo que hace, patrón.

—Andá a quejarte al juzgado o al sindicato. Y al pueblo no te voy a llevar.

—Emprésteme un caballo.

—Andate a pie, para eso sos atrevido.

—Va a tener que llevarme como me traje.

Zenón iba en busca de la tropilla, para ensillar su caballo. La máquina permanecía abandonada, como un monstruo inánime que hubiera perdido para siempre toda posibilidad de movimiento. Corría una brisa de llamas. Y como la tranquera de la manga quedó abierta, la ola de ciento cincuenta vacunos se desbordó sobre el campo de trigo que se estremecía en suaves y anchas ondas doradas. Egidio se encaminó al galpón.

El coche había quedado al sol y vibraba, derritiéndose. Don Aparicio había entrado en la casa y recorría las piezas buscando algo. Abrió el ropero y se puso el revólver en el bolsillo del pantalón. Luego fue al galponcito de la herrería y halló a los dos peones parados, con las bolsas de sus ropas junto a ellos. Le dijo a Zenón:

—Ya sé que te han calentado la cabeza.

—Yo no caliento la cabeza a nadie, —dijo con voz firme Egidio, que había dejado fuera de la blusa el cabo del cuchillo.

—Lleven las jergas al baúl del coche y vamos.

Llevaron las maletas y esperaron. Don Aparicio puso el coche en marcha.

—Suban.

—Yo me voy a caballo —confirmó Zenón, sin moverse.

—Preparate vos también —insistió mirándolo con fijeza.

—Yo no necesito ir con usted; tengo caballo.

Si cualquiera de los peones se quedaba, podría incendiarle el campo. Fue lo primero que se le ocurrió. Alegaría que ardió solo, por el excesivo calor. Es lo que podía ocurrir en cualquier momento, pues el trigal era una sabana incandescente. Tampoco le agradaba llevarlo, porque ya era cuestión de orgullo. No se dejaría doblegar, no cedería. ¿Por qué se le ocurrió conchabar a ese peón, que no conocía y que no era del pueblo? No había otro que estuviera desocupado en ese momento. Ahora sí. Podría encontrar cuantos quisiera, acaso pagándole menos, porque la cosecha había terminado en todas partes. En todas partes, menos ahí, en su campo. Las verdaderas culpables de la situación apremiante en que se encontraba eran su mujer y sus hijas. Nunca tuvieron el menor sentido de las cosas de la chacra. Se empeñaban en crearle dificultades. Jamás fueron útiles, eficaces para él. La ayuda de todos los días, el trabajo de la casa; pero cuando había una situación difícil, un trance en que las necesitara, como ahora, por ejemplo, no las encontraba ni le servían más que de estorbo. Hoy se habían ido, no hacía media hora, precisamente cuando era indispensable que estuvieran en la casa por si tenía él que salir. En efecto, tenía que salir y no para ir a la fiesta de la Gruta, como ellas. Eran sus enemigas, la causa de sus desdichas.

Le resultaba increíble que Zenón tomara partido por el otro, por el peón que apenas conocía de unos días que pasó en la chacra sin trabajar. Medio día, en total. Había resuelto abandonarlo también, a pesar de que llevaba dos años trabajando con él, sin otros inconvenientes que algún capricho, o algún día de malhumor. Pero su decisión, tan inoportuna, tan traicionera, tan desleal, lo dejó indignado. Sintió que de pronto le había tomado un odio mortal. Mas que a Egidio. No concebía cómo durante dos años pudo tenerlo en las casas, manteniéndolo, tolerándole algunas impertinencias, su desgano para el trabajo, los pedidos de anticipo de dinero para ir a pasar el domingo en el pueblo. Y sus groseras palabras y gestos, cuando comían en la misma mesa, con su mujer y sus hijas. Y las cosas que ignoraba. Todo lo que de traicionero y de desleal hubo en él y que soportó durante dos años. Todo se le aparecía magnificado, amplificado, irritado como un flemón. En verdad no había razón para esas inculpaciones que su rabia le hacía creer verdaderas. Estaba sobreexcitado. Cualquiera

canallada le hubiese disculpado, menos esa decisión ofensiva, de marcharse y dejar los trabajos plantados. Que se fuera. El vale no se lo daría. Que reclamara en el juzgado o en la comisaría. Estaba harto de aguantarlos.

Una goma estaba desinflada. Era para desesperarse. Se quitó el saco y comenzó el trabajo de cambiar la rueda. Egidio lo observaba desde la tranquerita del patio, quieto. Otra vez don Aparicio sintió que lo envolvía como una llama la mirada del peón. Esta vez su mirada era punzante, sarcástica. Tenía que cambiar la rueda para llevarlo a él al pueblo. Ni se acercó a ofrecerle ayuda. Dejó que pusiera el criquet, levantara el auto, sacase la rueda con la goma pinchada. Don Aparicio puso nuevamente en marcha el motor. Zenón montó a caballo, y echó a galopar hacia la tranquera. Don Aparicio manejaba en silencio, acometido por olas de iracundia y de humillación. Era su propia familia la que le creaba estas situaciones depresivas. La chacra quedaba abandonada, sin nadie que cuidase la casa ni las herramientas. Con las vacas en el trigo. A cada rato pasaban los enormes carros y los camiones cargados con bolsas, de las chacras a la estación. Era frecuente que los carreros desatasen frente a su tranquera y entraran a pedir agua para los caballos. Todo quedaba abandonado. La mujer y las hijas no volverían, posiblemente, hasta mañana. Él tenía que buscar la pieza de repuesto, en el pueblo o en cualquier otro lugar donde la hallara. Quizá tuviera que seguir hasta Bahía Blanca. Pero iría, de todos modos, pues estaba decidido a no perder una hora más en levantar su cosecha. Además, tenía que buscar peones. Dos peones que sirvieran por lo menos para ayudarlo. Tomaría él mismo el trabajo de manejar o de coser. No dejaría que lo vencieran, ni los extraños ni la mujer y las hijas. También era posible que se encontrara en un engorroso asunto de juzgado, según el arreglo que pudiera hacer con los peones y lo que éstos decidieran. Ahora tenían a las autoridades en su favor, y siempre buscaban, juez, comisario y comisionado municipal, la manera de fastidiar a los chacareros para congraciarse con los peones y con las autoridades del partido, que a su vez necesitaban quedar bien con las autoridades provinciales. No cejaría, no daría su brazo a torcer. Habían abandonado el trabajo sin ningún motivo y hasta podría iniciar un juicio por daños intencionales. Eso complicaría las cosas, sin duda. Planteado así el conflicto, si el juez se empeñaba podría elevar la demanda a Sauce Mocho, o acaso a Bajo de

las Torturas. Lo citarían y tendría que comparecer. Sin detenerse, echó una mirada al campo, por el que las vacas se habían diseminado, segando la mies con las hoces de sus lenguas. Entretanto el trigo seguía desgranándose y todo acabaría en una ruina. Cuatrocientas y tantas hectáreas, con un rendimiento de veinte y pico bolsas. Doscientos mil pesos perdidos, una siembra absurda a veinticinco bolsas por hectárea. El campo entero convertido en un depósito de cereal por el viento. Detrás de él iba callado, sentado en el borde del asiento, entre maletas, ese desconocido enemigo que no sólo se rebelaba él sino que arrastraba en su tenebroso designio a Zenón, que había sido un buen mensual. Bueno hasta una hora antes, cuando de golpe reveló que era también un canalla desagradecido. A sus espaldas iba, llevado en su coche y manejando él, el causante directo de tanta desgracia. Podía, además, en un arranque de furia, degollarlo por la espalda. Con toda facilidad. Sin que él tuviera tiempo de defenderse ni de poner su brazo entre el cuchillo y su garganta, podía cercenarle la cabeza. No sería el primer caso. Después lo tiraría a un lado del camino y seguiría el viaje en su coche a cualquier pueblo, vendiéndolo por cualquier cosa. Todo en la mayor impunidad, fácilmente. Nadie lo conocía en el pueblo. Era un linyera que llegó el mismo día de conchabarlo él para la chacra. Fué ése un día desdichado. Lo recordaba. Necesitaba un cosedor y en el almacén le indicaron a ese desconocido, recién llegado al pueblo desde no se sabía dónde. En época de cosecha y de linyera, pudo haber supuesto que no valía mucho y que algún defecto había de tener. Sin embargo, los dos días que estuvo en su chacra se portó correctamente. Hablaba muy poco y solía contar historias del norte. Pero la perfidia y la traición las ocultaba. ¿Cómo pudo incurrir en ese error de llevárselo sin ninguna garantía de su conducta, de su capacidad para el trabajo? Es que estaba muy apremiado por la rapidez con que el trigo maduraba achicharrándose por el sol. Pero más vale perder medio día y elegir bien, que perder una semana y exponerse a un desastre. A perder su cosecha después de lograda, de estar en la espiga, dorada, opulenta. Además, era *jettatore*. No había duda de que desde que llegó a la chacra las cosas empezaron a andar mal. Pequeños y grandes inconvenientes realmente absurdos, increíbles. Las piezas saltaban en la máquina, como si reventasen por sí mismas; los animales abrían las tranqueras, en su ausencia, y se metían en el sembrado. La

mujer y las hijas andaban encaprichadas, planeándole conflictos, previendo sin duda que llegaría el día de la Virgen de la Gruta y la cosecha no habría terminado, ni empezado. Ellas calculaban muy bien la serie de dificultades que se presentarían, nadie sabía por qué ni cómo, y que no podrían ir a la fiesta. No eran tan devotas como para que eso les afectara. Lo que había, en verdad, es que estaban decididamente contra él. Todo cobró una fuerza inaudita desde la llegada del infeliz que iba a su espalda, callado, sin moverse en el borde del asiento. Falta de bolsas vacías, falta de combustible, equivocaciones al descargar los tambores de la nafta, que hubo que transportar luego hasta el sitio donde se los necesitaba, la llegada de noche de los camiones trayéndole bolsas vacías, el perro que le mató ese mismo camión al salir, el mejor perro ovejero que tenía, el mejor sin duda en toda la región. La rotura de las piezas que, precisamente, no tenían repuesto en el pueblo. Como la penúltima que hubo que pedir telegráficamente a Bahía Blanca y de Bahía Blanca a Buenos Aires para que la remitieran por avión, y de ahí por mensajería a Guanacomando. Una serie increíble de impedimentos eslabonados, a veces dos o tres juntos. Eso los había desanimado a todos, a Zenón también, sin duda. Egidio, tan quieto y silencioso, debía ser el mismo diablo en persona.

Mientras atravesaban como lenguas de fuego esos pensamientos por su cerebro, pasaban los linderos de su campo. Ondeaban las espigas en lo alto de tallos de un metro y veinte de altura, que daban en la barbilla del que entraba en el sembrado. Un trigal magnífico tal como no se había visto en diez años. El campo del vecino, lo mismo que el del otro costado del camino, estaba segado, reducido a un rastrojo en que ya habían echado los animales. Las bolsas estaban cargándose para la estación. Acaso se habían transportado ya casi todas. Sólo él se encontraba en esa increíble situación, como si lo hubiesen maldecido. Al llegar a la tranquera del vecino, saltó del coche y abrió. Le pediría que cuidase la chacra, que mandara al caballerizo o que vigilara, por si entraba alguien, un linyera de los que se ponen a tomar mate en el camino, junto a los sembrados, sin preocuparse de que el fuego se propague al trigo. Juntan unos tallos secos y calientan la pava. Se ponen a tomar mate con absoluta inconsciencia del daño que pueden originar si una ráfaga lleva una brizna encendida al otro lado del alambrado. O si se enciende el pasto, tan seco, sin que

tengan tiempo de apagarlo antes de que pase al campo. Todo eso podía ocurrir ahora, cuando abundaban los linyeras. Le pediría ese favor. Entró y se extrañó de que nadie saliera a recibirle. Tocó la bocina y esperó sin bajarse del auto. Los perros ladraban furiosamente a su alrededor. Por una ventana asomó la cabeza el caballerizo.

—No están. Se han ido a la fiesta —le dijo.

—Vení, pues —contestó don Aparicio asomándose a su vez por la portezuela del coche. Tuvo que esperar un rato hasta que el caballerizo apareció.

—Decime, ¿no podés cuidarme la chacra, fijarte si entra alguien? —Al decir estas palabras, comprendía muy bien que ese pedido era estúpido. El caballerizo no podía hacer eso; tampoco él debió proponérselo.

—¿Estás solo, entonces? ¿Y no vienen a buscar las bolsas?

—Ya se las llevaron todas. Esta mañana salió el último camión.

Don Aparicio quedó como si pensara en resolver ese problema. En realidad no pensaba sino en la situación misma en que se encontraba. De pronto se le ocurrió volverse hasta la chacra del otro vecino, al costado de su campo, y ver si alguien podía vigilar mientras faltara. En seguida sintió un disgusto avasallador, que le subía del estómago a la boca. No andaban muy bien sus relaciones con ese vecino. Sin que mediara motivo, dejaron de visitarse. Muchas veces hubiera necesitado alguna herramienta, pero prefirió andar dos leguas y pedírsela a otro chacarero antes que rebajarse a iniciar las relaciones interrumpidas. Además, era muy posible que tampoco allí hubiese nadie esa tarde. La fiesta religiosa del partido. Inútil pensar más en eso.

—¿Así que no podés llegarte hasta la chacra si ves que entra alguno?

—Y desde aquí, ¿cómo voy a ver? Tendría que subirme al molino y estar mirando toda la tarde. Yo tengo que cuidar la casa y los animales.

—Pero aquí no tenés nada que cuidar más que las casas. Los animales no se te van a ir, ni nadie te va a robar.

—Pero yo tengo orden de no moverme de acá. Para eso me hubiera ido a la fiesta de la Virgen, respondió decisivamente el caballerizo.

Don Aparicio se volvió, decidido a abandonarlo todo y a seguir camino con su pasajero. Al pasar, de salida, la tranquera, Egidio

se bajó del coche para cerrar. Pero era un acto mecánico, no de cortesía. No significaba con esa actitud, que hubiera depuesto su encono, su posible intención de complicarlo en una demanda por despido. Lo miró tirar de la tranquera. Era un ser insignificante, que podría golpear y matar como a un perro ahí mismo. Apenas puso Egidio el pie en el coche, echó a andar de nuevo. Zenón se les había acercado, al galope de su caballo. La gran polvareda que levantaba el coche le daría en la cara, lo cegaría por un rato. Don Aparicio experimentó una maligna satisfacción al pensar en eso. Pero no habría andado doscientos metros, la nube tapaba aún al jinete, cuando notó que el coche se estremecía como si entrara en un terreno pedregoso. Una cubierta trasera, la del lado en que iba el peón, estaba pinchada. Paró. Era como si lo hubiesen abofeteado. Ahora tendría que arreglar él la cámara, poniéndole un parche. No tenía otra de repuesto. Verdaderamente, todo se complicaba no para perjudicarlo sino para humillarlo. Esos trastornos recobraban a su sensibilidad el aspecto de cuestiones personales, privadas, en una lucha contra su destino encarnado en esos momentos en el peón maldito y el jinete que se aproximaba siempre al mismo galope.

—Bájese. Saque sus pilchas. No lo voy a llevar más.

Egidio, sin contestar, sacó lentamente su bolsa y su valija, que puso en la otra orilla del camino. Allí se quedó. Desde allí le preguntó:

—¿Así que me va a dejar a pie, a dos leguas del pueblo?

—Sí. A pie, a dos lenguas del pueblo. Y no te agujereo a tiros porque me dás lástima. Seguí.

—Hágalo.

Egidio se encontró alentado por la llegada de Zenón, que refrenó el caballo unos diez metros antes de alcanzarlo. Don Aparicio levantó la tapa del cajón donde tenía el criquet y los utensilios para emparchar la cámara. Aplicó el criquet, levantó el coche, sacó las tuercas y la rueda. Después, con indecible trabajo, extrajo la cámara de la cubierta. Mientras tanto Zenón y Egidio lo contemplaban, sin decir palabra. Uno a caballo, el otro sentado sobre el fardo de su ropa. Zenón sospechó —conocía bien a su ex patrón— que había decidido abandonar en el camino a su compañero. Don Aparicio tenía que inflar la cámara para descubrir la pinchadura. No quiso soplar en presencia de sus adversarios. Estaba indignado al extremo, se notaba humillado; sentía que am-

bos estaban observándolo para burlarse de él al menor inconveniente. Además estaban viéndole trabajar, a pleno sol, derritiéndose las espaldas, golpeándole la sangre en las sienes, invadido de un irresistible deseo de ofender y de matar. Oculto tras el auto, sopló en la cámara. Como había cerca un charco, restos de la última lluvia, que fué torrencial, don Aparicio se encaminó a él para sumergir la cámara y localizar la pinchadura. No tuvo la precaución de fijarse en qué lugar la había perforado un clavo que todavía estaba en la cubierta. Los dos peones seguían observándolo atentamente, como si lo vigilaran. Don Aparicio gritó desde lejos, volviendo a ellos la cabeza:

—Sigan su camino. Acá nada tienen que hacer.

No le contestaron. Pero Egidio, sonriendo, le dijo a su compañero en voz que don Aparicio no pudo oír.

—Yo creí que iba a bañarse en la laguna con la goma.

Zenón soltó la risa, que don Aparicio alcanzó a percibir como una cachetada. Tenía que resolver, resueltamente, ese trance. Pensó increparlos y obligarlos a que siguieran su camino. Llevaba su revólver en el bolsillo del pantalón. Eso era empujar las cosas al extremo. Comprometerse por dos infelices irresponsables. Tenía la cosecha por levantar, la mujer, las hijas, su campo. El tenía responsabilidad y los otros no. Pero, ¿hasta dónde podría soportar esa afrenta silenciosa, ese vejamen sin palabras?

—Nunca hubiera pensado, Zenón, que se portara tan chanchito conmigo.

—¿Por qué, patrón? —respondió despacio y tranquilo el peón—. ¿Por qué me ofende? Yo creo que el camino no es suyo. Y si me necesita, puedo ayudarlo. Al fin no nos hemos peleado. Pero no tiene por qué ofenderme, patrón.

—Si le parece, sáquenos de acá —agregó Egidio, que seguía tranquilamente sentado y fumando un cigarrillo.

Don Aparicio no encontró qué contestar. Hubiera contestado en una reacción irreparable. Pero de pronto se sintió como aliviado, como si los peones se hubiesen apartado de él, casi como si no existieran sino en calidad de seres espectrales. Era que, sin hacer deducciones lógicas, había comprendido que lo mejor era concluir su tarea, seguir viaje y luego, en el pueblo, denunciarlos por intento de cualquier tropelía. En realidad era una provocación, y eso constituía un agravio, una incitación a la pelea. Colocó el parche en la prensa, lo preparó todo. Fallaba encender la pasta.

Fué al coche y buscó en los bolsillos del saco los fósforos. No tenía fósforos. Aunque no fumaba, solía llevar consigo una caja de fósforos siempre. Esa vez no los llevaba. Estaba otra vez frente a una de esas dificultades incomprensibles. Frente a sus enemigos, que se divertirían de su embarazo. Frente a los campos y a las haciendas indiferentes a su tragedia. Bajo un cielo límpido, que arrojaba fuego sobre su cabeza, también indiferente. Subió al coche y se sentó ante el volante, esperando que alguien pasara y lo socorriese. Transcurrieron varios minutos. Los peones permanecían en su sitio. Egidio arrojó el pucho de su cigarrillo en dirección al coche, como si lo hubiese tirado a su ex patrón.

—Vamos, dijo Zenón.

Egidio se levantó, sin contestar. Se paró en el borde del camino, de frente al coche de don Aparicio y se puso a orinar, indiferente. Trataba de arrojar lejos la orina.

—A ver si apago el pucho.

—Sos un guacho, hijo de una gran puta —le dijo don Aparicio con voz firme, segura. Sacó el revólver del bolsillo y lo amartilló. Egidio continuaba indiferente, en su empeño y Zenón lo miraba como si se tratara de un espectáculo divertido. Pero sin decir nada y sin reírse. Vió que su ex patrón tenía el arma preparada y comprendió que, de dar un paso hacia él, era capaz de descargarla contra ellos. Era capaz. Pero todavía necesitaba ser irritado otro poco. Eso ni él ni Egidio estaban dispuestos a hacerlo. Ahí terminaba el desafío, uno a caballo, otro a pie, otro en el auto.

—Dame la bolsa, —pidió Zenón. Egidio se la alcanzó. La puso a través en su recado. Egidio recogió su valija y emprendieron la marcha, al paso tranquilo del que debe caminar mucho. Don Aparicio los veía alejarse. Guardó el revólver, después de bajar con cuidado el gatillo. Miró si alguien se acercaba. A lo lejos, una nube de polvo anunciaba que venía un camión. Bajó del coche y contempló en redondo el campo. Tranquilo, como si descansara después de un trabajo inmenso, de una obra grandiosa y sencilla. El rastrojo lucía al sol ardiendo en soflamas pálidas, color oro con manchones de cobre. Quedaban en el campo los tallos de una riqueza que el cielo habría repartido para todos, incluso para él, aunque todavía su trigo estuviera en la planta y cayéndose a cada racha de aire. El bálago vibraba en un canto de júbilo y abundancia. Comprendía bien qué significaban los tallos cortados por las cuchillas, en franjas del ancho de la máquina. Podía señalar

el paso de la cosechadora en cada vuelta, calcular el rinde. Los campos descansaban ahora. Solamente el suyo, allá lejos, dorado con un color de oro más brillante, estaba sin segar. Sólo él entre centenares de vecinos, con una cosecha mejor acaso que la de casi todos, no sabía aún qué habría de resultar de esa fortuna erguida sobre los tallos, balanceándose suavemente, derramándose como una copa demasiado colmada, poco a poco y que las vacas desgranaban sin contemplaciones. Las chacras estaban en paz, las haciendas pacían las espigas cortadas, las hierbas que se desarrollaban entre los macollos tupidos. Las gentes estaban divirtiéndose en la fiesta de la Virgen de la Gruta. Su casa estaba abandonada, sin quien la cuidase, a merced de quien quisiera entrar y despojarlo. Las puertas podían saltar de un empujón. Las herramientas quedaban al alcance de la mano, en el galpón; el trigal expuesto a que un malintencionado le prendiera fuego; y la hacienda empachándose de trigo maduro. De ocurrir eso, ovejas, caballos y vacas se hincharían y reventarían, sin quedar un animal con vida cuando regresara. Tenía aún que llegar al pueblo, buscar el repuesto, encontrar peones —cualquier cosa, hasta un muchacho— volver, acomodar la máquina y prepararla para empezar mañana temprano. Trabajaría hasta de noche, pero la máquina quedaría lista para comenzar en firme el trabajo. Siempre que encontrara otra pieza de repuesto. Creyó recordar que el encargado de los repuestos, en el almacén, le había dicho que era la última esa que él se llevaba. ¿Podría encontrarla en otra parte?; muy difícilmente. ¿Le había dicho, en efecto, el encargado de los repuestos, que esa pieza que llevaba era la última? No. Le parecía a él, inclinado a pensar siempre lo malo, particularmente en los últimos días. Miró hacia el camino por donde avanzaba el camión. Se había detenido en su campo. ¿Algún percance? ¿Estarían observando su trigo, en planta, maduro con exceso, desgranándose hora tras hora? No tenía otro recurso que esperar. Se dió cuenta de que tenía en la mano la cámara con la prensa y el parche preparados. Miró hacia el pueblo. Los peones continuaban la marcha, lentos, uno a caballo, el otro a pie lo mismo que partieron. En el fondo del paisaje —llanuras ligeramente sombreadas en su vívido esplendor de oro—, estaba el pueblo envuelto en un vaho tremante. Los árboles y las casas se fundían en una mancha oscura, trémula, levantada en el horizonte como si una franja de cielo la separara de la tierra. Por los caminos, a lo lejos, nubecillas

marrón, de camiones y carros que transportaban el trigo; millares y millares de bolsas, millones y millones de pesos. La cosecha segura, en la bolsa, como dicen los chacareros.

El camión seguía detenido. Algún inconveniente como el suyo, acaso. Era increíble. Como a trescientos metros continuaban en su paso los peones. Uno de ellos alejaba con él las desgracias como las había traído. Sin duda concluirían con su desaparición los trastornos y disgustos, emisario de infaustas coincidencias. El otro, alargado en su caballo, cabalgaba altanero mordido por la soflama que a todos licuaba y deformaba, derritiéndolos.

Don Aparicio obtuvo fósforos, arregló su rueda y siguió su viaje. Pronto alcanzó a los peones. Aceleró el coche y pasó casi rozando el caballo de Zenón, que se espantó echándose casi contra el peatón. Algo dijeron, que no percibió con claridad. No le importaba. Estaba satisfecho, siempre que no tuviera otro percance. Otra rueda podía quedar en llanta. Las cubiertas estaban gastadas y con el trajín de los camiones, removida la tierra, salían los alambres, los vidrios y los clavos de que estaban sembrados las caminos. Seguiría sin parar, de cualquier modo, ocurriera lo que ocurriese. Estaba decidido, henchido de decisión. Nada lo contendría, ni la mujer ni las hijas, que podrían desaparecer para siempre sin que significara para él más que un alivio. Morirse, inclusive. El seguiría, como ahora seguía manejando su coche a toda velocidad y sin preocuparse por lo que pudiera ocurrirle, manejando su existencia y sus bienes. Había sido un estúpido en contemplaciones. Debió no haber llevado a su campo a ese miserable linyera, que lo había ofendido de tantos modos; y de haberlo llevado, a la primera rotura de una pieza de la cosechadora, debió haberlo devuelto al pueblo. Pagarle el día, aunque fueran cien pesos y dejarlo donde lo encontró, en el almacén, tomando cerveza. Había sido un estúpido. Lo mismo con Zenón; aguantarlo dos años, tolerándole sus caprichos, sus descuidos, su manifiesta mala voluntad y sus atrevimientos con su mujer y sus hijas. No grose-rías ni torpezas; pero demasiada familiaridad; conversaciones de igual a igual. Ahí estaba el resultado, el pago. El lo había tolerado todo, como un imbécil —eso y acaso más—, pensando que era cosa de llevarse bien con los peones. Conocía harto bien lo que puede ocurrir cuando no se es tolerante. La prueba la tenía bien clara. Desde ese mismo momento, no guantaría a nadie —ni a la mujer, ni a las hijas, ni a los vecinos que para nada servían

en caso de apuro, sino para pedir prestadas las herramientas. Acababa un sistema de vivir. Comenzaba en ese mismo instante otro, despiadado, egoísta, rudo, categórico. Iba en su coche como si volara, acercándose al pueblo que paulatinamente se aquietaba y se fijaba en sus contornos más precisos y firmes. Se cruzó con otro camión, vacío, que iba en dirección a su campo. Pero no para traer su trigo. Su trigo todavía estaba en planta, desgranándose. La máquina sin funcionar, esperando la maldita pieza de repuesto, que encontraría en uno u otro de los dos almacenes que había en el pueblo. Todo se iba a arreglar esa misma tarde. No descansaría hasta que quedara todo listo antes del amanecer. Llevaría un peón, si no encontraba también cosedor; les pagaría lo que quisieran: un peso por bolsa, veinte pesos por hora; lo que le pidieran, aunque fuese una estafa. Todo era preferible a perder la cosecha tan estúpidamente. Pero si se aprovecharan de él, en ese angustioso problema, entonces inmediatamente de terminados los trabajos, de estar el trigo en las bolsas, antes de levantarlas del campo, los despacharía con un puntapié. Que era lo que merecían todos. Antes tendría que llegarse hasta la comisaría y denunciar a los peones que venían detrás de él, cada vez más lejos; o al juzgado. Eso lo haría después de retirar la pieza que necesitaba. O no iría. Que lo denunciaran, que hicieran todas las demandas que quisieran y que recurriesen a todos los pillos del pueblo que se ocupaban, todo el año pero en esos meses de cosecha más, en amenazar, demandar, extorsionar a la gente honrada. Todo con el consentimiento de la policía, el juzgado y la delegación municipal, se entiende. Pues era una lucha a muerte entre las autoridades, los facinerosos y desocupados, los saboteadores y los cuatreros de ovejas por una parte y por otra la gente honrada, los chacareros. Iría o no, según las cosas. Si encontraba en seguida los dos peones —aunque fuera uno, para coser o manejar— y la pieza de repuesto, podría pasar para anticiparse a la denuncia que sin duda harían ellos en cuanto llegaran. De lo contrario, los dejaría hacer. Si consiguiera levantar bien su cosecha tendría para pagar, para litigar, para taparles la boca a esos enemigos —y a los otros, más encubiertos— y les haría pagar a su vez las ofensas.

Llegó al almacén, sin tropiezos. Estaba cerrado, porque era domingo y el día de la fiesta de la Virgen del partido que también llamaban la Virgen de la Gruta y la Virgen de la Ermita. Llamó. Volvió a llamar. Aporreó la puerta. Nadie contestaba. Del

hotel de enfrente le advirtieron que entrara, porque el encargado de los repuestos debía estar en alguna parte. Terminó de almorzar y se retiró. Acaso dormiría la siesta. Pensó que habría bebido de más y que sería un fastidio ponerse a buscar los repuestos con él, o entenderse. Decidió saltar el portón de hierro y alambre tejido. Pasó al patio del almacén y golpeó las manos. Avanzó. Se internó por el depósito, por el almacén, por el escritorio, por todas las dependencias que estaban libres, con una sensación de frescura y en un aroma de comestibles, géneros y mercaderías. Se estaba bien allí dentro. Paz, silencio, temperatura agradable. Observó las estanterías, el mostrador con las vitrinas, el piso barrido. Por las claraboyas entraba una luz que cortaba la sombra, en paralelógramos en que las partículas de polvo podían observarse subir y deslizarse hasta desaparecer. Le extrañó que no estuviera el encargado —Tomás, “el vasco”— y encontrarse en un lugar, siempre con gentes y empleados, ahora vacío, desierto. Recorrió todos los lugares y entró en el depósito. Se asomó a la boca del sótano, de donde surgía un fresco olor de vino y humedad. Gritó: “Don Tomás”. La voz desapareció deglutida por la boca oscura del sótano. De nuevo exhaló su humedad con tufo a vino, a moho, a sombra. Miró en torno. Golpeó de nuevo las manos. Y salió como había entrado, escalando el portón de hierro y alambre tejido. Tenía que hacer componer la cámara, encontrar al encargado, hacer la denuncia.

Del hotel salió nuevamente el que antes lo incitó a entrar.

—¿No lo vió a don Tomás?

—Parece que no hay nadie.

—No hace una hora que estuvo almorzando. Se habrá dormido.

¿Buscó en su pieza?

—Ni que se hubiera muerto. Ahora voy al garage y vuelvo en seguida.

Dejó allí la rueda, para que la arreglaran. Preguntó si estaría el comisario o el juez de paz. Seguramente no habría nadie. Podría llegarse hasta allá, de todos modos. Pero de seguro sería viaje en balde. Dejó la rueda y volvió al almacén. No había un alma por las calles. Los negocios estaban cerrados. Sólo trabajaban en la estación. Llegaban los camiones y los descargaban. Estaba prohibido trabajar los domingos, pero los comerciantes habían arreglado con el comisario y con los changadores para ganar tiempo. Muchos, sin embargo, prefirieron no hacer nada, ir a la Gruta.

Don Aparicio saltó de nuevo el portón y se puso a gritar en el patio: “Don Tomás, Don Tomás”. Escuchó. Percibió una voz quejumbrosa, entre maderas, barricas y rollos de alambre, desde el galpón de materiales. Escuchó de nuevo. Efectivamente, llegaba hasta él una voz apagada, especie de quejido, como si se emitiera desde lejos, entre innumerables obstáculos. Se acercó y gritó de nuevo: —Don Tomás.

Don Tomás era el habilitado del almacén, un hombre muy trabajador, que llegó al país veinte años antes. Lo recordaba, porque precisamente ese día estaba don Aparicio en el pueblo. Entonces era joven también él. Un domingo, en verano, más o menos como ese mismo domingo de calor sofocante. Llegaba de España. Dejó su maleta y una manta de colores en medio del negocio y se quedó esperando que lo atendieran. Traía una recomendación de una agencia de colocaciones. Lo atendieron. Era el empleado que habían pedido a Buenos Aires. Vestía traje negro, con cuello duro, y usaba una barba tupida y negra. Traía boina. Después de almorzar volvió al almacén. Ya habían cerrado las puertas y se quedó solo, junto a su maleta. Le prometieron que a la tardecita le dejarían libre una pieza, que habría de ocupar, al lado del escritorio. Allí vivía desde entonces. Don Tomás decidió amenizar las horas de soledad e inercia. Extrajo de su maleta una ocarina de porcelana y se puso a tocar en ella aires de su tierra. Los sonidos se oían desde el hotel y a una cuadra de distancia. A todos sorprendió esa música, a la hora de la siesta. Así pasó un par de horas. Los que estaban en el hotel, don Aparicio entre ellos, se asomaron sigilosamente a mirar. Desde una puerta entreabierta lo vieron sentado sobre la maleta y la manta, tocando la ocarina, las piernas cruzadas y con los ojos entornados. Soplaba en el diminuto instrumento de porcelana azul, con flores negras y rojas, a través de la barba, con sus labios sonrosados en que calzaba la embocadura de la ocarina. Luego se supo que era un buen hombre, ex seminarista, muy trabajador y serio en extremo. Se hizo querer de todos. Veinte años llevaba en ese negocio. Era una característica de él la facilidad con que se le inflamaban las mejillas cada vez que lo atacaba un pertinaz dolor de muelas. Entonces la cara se le torcía y la barba se echaba a un lado. A veces tuvo que ponerse un pañuelo y así atendía a la clientela del almacén, que se acostumbró a sus perennes ataques de dolor de muelas hasta el punto de que al fin nadie se extrañaba de su curioso aspecto ni le

preguntaba por su molestia. Formaba todo ello parte de la personalidad de don Tomás, como la ocarina, que desde entonces y siempre solía tocar los domingos, después de la hora de la siesta, apostado en el centro del salón, como la primera vez. Y sonaba las mismas músicas.

Hoy no estaba allí, lo advirtió como algo muy extraño don Aparicio, sino en el otro galpón, en el de los materiales de construcción, entre barricas, rollos de alambres, tirantes de madera, bolsas de cal y de carbón, leña aserrada.

Don Aparicio se aproximó y buscó sin poder localizar con certeza el sitio mismo de donde partían los quejidos. Don Tomás estaba echado sobre un montón de fardos de bolsas vacías, encogido, con las manos en la barriga.

—¿Qué le pasa, don Tomás?

El pobre hombre no contestó, sino que seguía exhalando un delicado quejido, temeroso de incomodar. Traspiraba vestido. ¿Estaría borracho?

—¿Qué le pasa, don Tomás, está enfermo?

Don Tomás no se movió. Estiró suavemente una pierna y lo miró desde el fondo de sus sombríos ojos hundidos. Mirada implorante.

Don Aparicio puso su oreja junto a la boca de don Tomás y oyó que le pedía que lo llevara al médico. Don Aparicio se retiró y lo contempló con extrañeza, como si fuera imposible que se hubiera enfermado justamente cuando él necesitaba que le entregara el repuesto.

—Don Tomás, ¿se acuerda si hay otro repuesto como el que llevé hoy?

Don Tomás contestó apenas: —No hay. El médico, por Dios. ¿Está herido? No le contestó. ¿Está envenenado? Don Tomás miró con su dulce mirada doliente.

Don Aparicio volvió a saltar el portón. Subió a su coche y se encaminó a casa del único médico del pueblo. Quedaba de camino al garage. No era perder tiempo. Pero luego de llevarle el médico de don Tomás, de recoger su rueda, le quedaba un viaje de siete leguas, hasta Sauce Mocho. Había también otra pequeña dificultad, que no se le ocurrió sino cuando ya había llamado al timbre del consultorio: el médico no podría saltar el portón. ¿Por dónde, si no, entraría? El almacén estaba cerrado, la familia del dueño habría ido a la fiesta. Saltaría él de nuevo para abrir por dentro.

Llamó otra vez en el consultorio. Nadie salió ni contestó. Decidió entrar al vestíbulo. Escuchó y no oyó ningún ruido en la casa. Abrió la puerta que daba al zaguán. También allí hacía fresco. Un fresco de limpieza y formol. En las vitrinas se veía el instrumental quirúrgico. En medio del consultorio la camilla de examen. Algunas sillas de Viena. Una mesita con una carpeta, tintero y papeles; oleografías en las paredes, una escopeta colgada de la percha. Golpeó las manos. Tuvo intención de abrir la puerta que comunicaba con las habitaciones y recorrer la casa, si era preciso, hasta dar con alguien. Si las puertas estaban abiertas era natural que la casa no estaba abandonada. Pensó seguir por las habitaciones, como en el almacén. En seguida recapacitó y le pareció estúpido que hubiese entrado y más que se le ocurriera penetrar en las habitaciones. Esperó y luego salió al vestíbulo, cerrando con cuidado la puerta para no hacer ruido. Al rato recurrió de nuevo al timbre. De la puerta vecina asomó una cabeza de mujer, que no conocía.

—¿Sabe si está el médico?

—¿No contestan? Llame más tiempo y si no, entre.

Sostuvo el dedo en el timbre, que sonó con progresiva fuerza. Salió la sirvienta, con su delantal blanco de atender a los clientes, para decirle que estaba sola. El médico con la familia habían ido a la Gruta. Si era cosa de urgencia podría llegarse hasta allá. El vendría, con seguridad, pues le encargó que en caso de algún accidente o pedido urgente, fueran a buscarlo. Ella no sabía que don Tomás estuviera enfermo; no sabía nada; estaba sola. En cuanto a si el farmacéutico podría ir para asistirlo, nada podía indicarle. Era difícil que quisiera intervenir, estando el médico en el pueblo o, mejor dicho, cerca, a tres leguas del pueblo. Que hiciera la prueba. Pero era casi seguro que tampoco estaría en la farmacia. Sí; todo el mundo se había ido a la Gruta...

Don Aparicio se llegó hasta el garage, donde el muchacho que quedó a cuidar —para vender nafta y alguna reparación de menor cuantía— estaba tratando de localizar la pinchadura sin lograrlo. Tenía la cámara sumergida en la pileta. La sacaba y oprimía la goma para notar alguna burbuja. Nada.

—Esta goma no está pinchada, don Aparicio.

—Pinchada; está reventada.

—Yo la he revisado toda y no encuentro que pierda aire. ¿Será la válvula?

—Tiene que ser una pinchadura. ¿No encontraste el clavo en la cubierta?

—No; en la cubierta no encontré nada, don Aparicio.

—A ver, dame.

Se puso él mismo a examinar la cámara sin mayor éxito. De pronto, tuvo la sensación de que a sus espaldas, junto al coche, estaban Zenón a caballo y Egidio a pie, que habían llegado andando al paso. Se arrimaban al coche, buscando de provocarlo. Siguió examinando la cámara sin volverse. Decididos a la pelea, sin disputas, directa, brutalmente, se sentaban en el coche, esperando a que los desalojara. Sería cuestión de hablar poco y proceder con energía. Eran dos, dispuestos a todo. Después de lo ocurrido, ni era necesario hablar. Pero él no se comprometería. Podía esperar, examinando la cámara, hasta que pasara alguien que sirviera de testigo a la provocación. No arriesgaría su fortuna, la enorme cosecha todavía sin recolectar, aunque se desgranaba lentamente. Cualquier reacción violenta, herirlos o dar muerte a uno de ellos, sería un proceso para perderlo todo. Es lo que esperaban el comisario, el juez de paz, el delegado municipal, los procuradores legos, la infinidad de picapleitos que en esa época pululaban por los pueblos, incitando a los desocupados, a los irresponsables a toda clase de provocaciones y complicaciones para sacar partido. No les daría ese gusto. Era preferible que se quedaran sentados en su coche, que escupieran en el suelo, sobre la alfombra, que sonaran la bocina hasta aturdirlo. Se quedaría ahí, donde estaba. De todos modos tenía tiempo de llegar hasta Sauce Mocho a retirar el repuesto. No era una pieza de importancia, sino común, de las que suelen romperse con frecuencia. Como la que él llevó y que se rompió al colocarse.

—Fíjate si hay alguien esperando afuera —le dijo al muchacho, que volvió en seguida sin haber visto a nadie. No había nadie afuera, ni por las calles. No había nadie en el pueblo. Todos estaban en la fiesta, o en la estación, descargando, pesando, estibando el trigo. Don Aparicio se sintió más seguro. Pensó si la goma se hubiera desinflado por maldad de alguno de los peones. Él no observó, cuando estaba almorzando, lo que hacían. Muy bien pudieron aflojar la válvula, que ahora ajustaba bien. Pero era seguro que estaba pinchada. Otra cosa parecía demasiado hipotética. Revisó la cubierta, por dentro y por fuera. Efectivamente, no había ningún clavo, ningún alambre. Nada. Estaba gastada,

es cierto, nada más. Pudo haberse caído el clavo, al sacar él la rueda sin fijarse. Pudo haberse fijado, pero no estaba de ánimo para eso. Había que armar la rueda e inflarla con alta presión y meter luego la rueda entera en el agua. Era la última prueba, la infalible. Así lo hicieron. Ninguna burbuja. La cubierta permaneció túrgida, sólida, a 28 libras. La pusieron en el baúl. Recordó el diálogo con la mucama, cómo ésta acentuaba la palabra 'sola' y el juego de párpados. Ahora, ¿qué hacer? Era preciso buscar al médico. Volvería sin ganas de necedades. Don Tomás debía estar muy mal, según lo vio retorcido, babeando, sin poder hablar. El tenía que ir a Sauce Mocho, y de paso, desviándose unas veinte cuadras, quedaba la Gruta. Podía avisarle, y hasta traerlo en su coche, si era necesario. No podía dejar que se muriera ese hombre sin ninguna asistencia. Podía también avisar en el hotel y que allí se encargaran de lo demás. Él necesitaba, sin falta, estar de vuelta con el repuesto antes del anochecer. Necesitaba, además —esto era lo más apremiante— dos peones, o uno, que estuvieran desocupados. Cosa nada fácil. Si de los changadores, en última instancia, tenía que llevarse alguno, le pagaría el doble de lo que ganara cargando bolsas. Cien, doscientos pesos por día, hasta terminar la cosecha, que se estaba perdiendo poco a poco. Se llegó al hotel, contó lo que le ocurría a don Tomás y averiguó sobre los peones. Nada de eso causó ninguna impresión. Todos siguieron como estaban, sin moverse. Nadie tenía coche de ellos. Todos los autos fueron a la Gruta.

Don Tomás hacía unos días que andaba mal de la barriga, con dolores, pero no dejaba por eso de almorzar y cenar. Era pensionista que pagaba por mes, y quería, sin duda, aprovechar bien de la pensión. Solamente ese mediodía probó apenas la sopa y se retiró sin decir nada. Era de pocas palabras y andaba doblado, sosteniéndose el vientre. Ahora tendría apendicitis, o peritonitis o algo por el estilo. Sin duda algo feo. Pero nadie quería complicarse ni meterse en ese asunto. Ya que don Aparicio lo había visitado, que lo atendiera. En cuanto a los peones, eso era casi imposible. Ni valía la pena buscar y menos esa tarde. Ahí mismo en el hotel estaban tomando cerveza dos hombres. Don Aparicio les repitió lo que sin duda ya habían oído sin hacer caso de la propuesta. Era necesario saber qué ocurría en esa chacra, por qué se le habían ido sin más ni más los peones. Por solidaridad, en principio ellos no podían comprometerse hasta conocer los verda-

mucho mejor haberlo dejado. ¿Para qué se le ocurrió ir al almacén, saltar el portón, ponerse a gritar y a golpear las manos? Eso había sido buscar su propia perdición. Si ya sabía que no encontraría el repuesto, ¿para qué meterse en ese lío, demorarse, perder el día, exponerse a llegar tarde a Sauce Mocho, no encontrar a nadie en el almacén? ¿No era eso salir al encuentro de la mala suerte? No un día, una hora representaba para él miles de pesos. Y eso en el caso de que en Sauce Mocho tuvieran la pieza que buscaba.

Don Aparicio seguía manejando con cautela y de vez en cuando preguntaba al enfermo si se encontraba mejor. Éste, que se quejaba cada vez con menos dominio de sí, contestaba con una especie de alarido sofocado.

Era una locura haber cargado a ese hombre en tales condiciones. Si el dueño del hotel se lo hubiese sugerido, ya que lo tenía alzado y lo llevaban hasta el coche, hubieran podido cruzar la calle, dejarlo en una cama del hotel, o en su propia pieza, e ir en busca del médico. De no encontrarse el médico en la Gruta, pudo mandar a otro desde el hospital de Sauce Mocho, o uno particular. Lo habría, sin duda. Y en cambio se le había ocurrido la cosa más absurda, más alocada del mundo: cargar con el moribundo y llevarlo siete leguas, a ese paso de tortuga. Un paso que hacía recalentar el motor, destrozaba sus nervios y atormentaba al pobre hombre que ya casi se lamentaba en un aullido continuo. No menos de tres horas tardó en llegar hasta el lugar en que se abría el camino para la Gruta. Un letrero enorme advertía, con una mano de dedos muy mal pintados, que a la derecha quedaba el santuario de la Virgen de la Gruta.

—No puedo más, don Aparicio —gritó con inusitada violencia don Tomás—. Lléveme hasta la Gruta, a ver si encontramos al médico.

—¿No quiere que sigamos hasta Sauce Mocho? Estamos cerca.

—No estamos cerca; faltan casi cuatro leguas —gimió don Tomás—. Si me revisa el médico, él dirá qué podemos hacer; seguir o que me dejen en la ermita hasta que busque medicamentos.

Don Aparicio se asombró de la locuacidad y de la fuerza de la voz con que le hablaba el enfermo. Creyó que hubiese mejorado de pronto y que, como a él se le ocurrió, el médico encontraría la forma de aliviarlo, al menos para que pudiera llegar sin tantos sufrimientos hasta Sauce Mocho. Seguir cuatro leguas más en esa

forma era imposible. La Gruta quedaba a unas veinte cuerdas, a la derecha, como indicaba la mano mal dibujada. Se la veía en la ladera de un monte detrás del cual se alzaba el macizo de las sierras. Se percibía una multitud enorme. Centenares de coches y millares de personas. Se oía música. Ya había terminado la procesión, la ceremonia y la misa y estaban divirtiéndose bailando, cantando.

Entró por el camino de la Gruta y, siempre muy despacio, prosiguió la marcha. No se le ocurrió nada. No sabía qué haría luego. Lo más práctico para él sería dejar al enfermo en la ermita. Antes, buscar al médico.

No pudo acercarse mucho a los peregrinos, porque varias filas de coches se lo impedían. Descargar a don Tomás allí y llevarlo hasta la ermita iba a ser trabajo de titanes. Tampoco aguantaría él ese trajín. Sería preciso despejar el camino, remover los obstáculos de coches, llevándolos por cualquier parte, fuera del camino. Don Aparicio echó a caminar entre los autos y los carruajes a caballo, a veces tan juntos que tenía que pasar sobre los guardabarros o desviarse haciendo eses. Oía la música de fonógrafos y radios, a poca distancia unos de otros. Cada aparato sonaba una músicaailable distinta: vales, tangos y las parejas solían seguir el compás de su disco: a veces cambiaban. Habría no menos de cinco mil personas. Hasta en la ladera del monte, al pie de la ermita, bailaban. Bailaban en el camino, en el campo, entre los árboles, en todas partes. Bailaban cualquier cosa, pues la música no cesaba nunca, tal era la cantidad de fonógrafos y radios que funcionaban al mismo tiempo. Atravesar esas filas apretadas de coches fué la más penosa odisea de toda la tarde. Mucho más, infinitamente más que sacar al enfermo del galpón y colocarlo en el coche, mucho más, infinitamente más penoso que soportar los agravios de sus peones, cambiar las ruedás, sufrir la sensación de que perdía inútilmente el tiempo desde que salió de la chacra. El penoso ejercicio de saltar sobre los guardabarros, desviarse, volver atrás a veces veinte metros para tomar otro sendero más expedito, superó su capacidad de resistencia. Se detuvo, transpirando a mares. Miró hacia adelante el trayecto que aún le faltaba y le pareció tanto como lo que había andado. Miró hacia atrás, para ver si distinguía su coche, entre carruajes y caballos. Prosiguió su marcha, hasta que llegó al borde del campo despejado ya donde comenzaba el baile. Buscar al médico allí era lo mismo que buscar un

alfiler en un alfalar. Ahí estaban, sin embargo, además del médico, su mujer y sus hijas. Estarían bailando, despreocupadas de la tragedia que desde hacía cinco horas soportaba él, destrozándose los nervios.

Estaba tranquilo en ese momento, respiraba un aura fresca que llegaba del lado de la arboleda. La música aturdía, si eso era música. Unos bebían cerveza de las botellas, otros cantaban, otros estaban tendidos supinos, con pañuelos que les tapaban la cara del sol. Muchísimos de ellos estaban en camisa, en camiseta y hasta medio cuerpo desnudos. Se veía, también, algunos muchachotes con los pantalones remangados hasta el muslo, medio borrachos, el tórax al aire. Le pareció que ese espectáculo era vergonzoso, indigno de gentes decentes. Ahí estaban, no obstante, su mujer y sus hijas, tan desfachatadas como las otras. O más. Era preciso encontrar al médico. ¿Para qué iba a preguntar por él a los que allí estaban? Se reirían en sus narices. El médico, ¿qué médico?, ¿el que te curó la sarna? o cosa así. Buscaba anheloso con la mirada algún rostro conocido y se aventuró a introducirse en la masa en movimiento de los bailarines. Todos eran desconocidos, de otros pueblos. Alguno que otro le pareció conocer, de haberlos visto alguna vez vaya a saber dónde. Al rato se encontró casi en el centro de esa muchedumbre ondulante, esa masa humana que se agitaba sudorosa, con escapularios al cuello y en la mayoría de los casos con la cara congestionada de calor y de alcohol. Era infame, humillante. Pero ahí estaban su mujer, sus hijas y sin duda toda la parentela, bailando, riendo, rozándose con otros. Buscaba al médico y a su mujer y a sus hijas mirando ansioso a todas partes. El enfermo que quedaba allá lejos, detrás de las filas de autos, quejándose sin duda como se quejó todo el camino, pasó a segundo término de su preocupación. El repuesto, la chacra abandonada, abierta a quien quisiera entrar y saquearla, el trigo desgranándose de reseco, la cosechadora, los animales, todo se confundió en una niebla de angustia, sin forma ni perfiles, disuelta materia de maldición en su cuerpo, en su sangre. La tarde avanzaba. Era menester decidirse y hacer a loo. Gritar el nombre del médico o volverse, a través de filas y filas de coches, hasta el suyo y seguir viaje a Sauce Mocho. Esto era abandonar la solución tan sencilla, racional y justa, propuesta por el mismo don Tomás, de que lo dejaran en la ermita. O allí mismo, en el suelo, que para el caso era lo mismo. Hasta que el médico indicara los

medicamentos y él fuera en su busca, después de comprar el repuesto. De no encontrar al médico sería preciso proseguir la increíble marcha a paso de tortuga cuatro leguas más, cuatro leguas y veinte cuadras, llevando al enfermo al hospital. Aunque llegara de noche, iría a golpear las puertas de los almacenes y conseguir la pieza. Luego recorrería los cafés, los cines gritando hasta que encontrara un peón. Cualquier peón, hasta el más traidor y canalla. Ya lo amansaría él a fuerza de dinero y de astucia. Luego verían. Estaba decidido a no dejarse abatir. Y aunque tenía ganas de tirarse al suelo, desesperarse y llorar, seguía caminando a la vez que miraba a todas partes. Llevaba el saco al brazo, el sombrero en la mano y su camisa estaba empapada de sudor. Había perdido ya la sensación de su propio cuerpo, era una desgracia que caminaba sin saber hacia dónde, en busca del médico, de su mujer y de sus hijas. Tenía sed. La lengua ocupaba toda su boca, pegajosa, enorme. Se detuvo para observar. Ni una cara conocida. Al fin se decidió a preguntar y echó a caminar preguntando a uno por uno si habían visto al doctor Gómez. No le contestaban, como si hablara solo. Empero, seguía preguntando. Se había propuesto fastidiar a todo el mundo en esa forma.

Se le ocurrió pensar si la mujer y las hijas estarían bailando con los peones que había dejado tan lejos en el camino. Era seguro que esos sinvergüenzas buscarían la forma de llegar hasta la Gruta. Sin duda eso era lo que se proponían y de ahí todo lo restante. No faltaría alguno de su misma laya que los llevase en auto hasta allí. En un instante tuvo la absoluta seguridad de que ahí estaba el secreto del interés de su mujer y sus hijas por venir a la fiesta abandonándolo todo, y de la actitud de los peones que no encontraron mejor pretexto, para dejar la chacra, que el de la cosechadora. Estaba harto de que le dijeran que la cosechadora era vieja y que mejor sería cambiarla por otra nueva. Don Tomás, otro pillo. Los peones sin duda oyeron el comentario de que la máquina era vieja y que se descomponía de nada; eso unido a que se empeñaron en venir a la fiesta explicaba la mitad de todo el misterio de esos acontecimientos uno sobre otro que se sucedieron en las últimas horas. Todo eso era absurdo. Pidió de beber y le ofrecieron una botella de cerveza, que apuró sin despegar los labios del gollete. Al médico nadie lo conocía ni de nombre.

Decidió volver al coche y seguir viaje con el enfermo hasta Sauce Mocho, según su proyecto. La ocurrencia de don Tomás

había sido cosa del demonio. No se explicaba cómo pudo hacerle caso, meterse en ese laberinto, en ese torbellino, atravesar tantas filas de coches. Y ahora tenía que repetir el mismo recorrido, exactamente lo mismo al revés, comenzando de ese tumulto de cuerpos sudorosos, de esa algarabía de músicas aturdidoras y comenzar entonces a saltar por los guardabarras, a meterse en estrechos pasadizos, junto a las patas de los caballos, volver atrás, elegir el mejor sendero. Lo mismo, lo mismo que antes.

Cuando llegó al coche estaba agotado, destruido, reducido a una desesperada carne impersonal, temblando de indignación. Se asomó al coche. Don Tomás se quejaba débilmente. Le dijo que seguirían hasta Sauce Mocho, que era preciso aguantar un poco y apurar algo la marcha para llegar antes de medianoche al menos. Don Tomás le contestó con un vago gemido, lo mismo que cuando estaba en el galpón. Había perdido la facultad de hablar alto que recobró, por lo visto, durante breves instantes. Subió al coche y lo hizo andar. Después de algunas maniobras para retomar de frente el camino de salida, acompañadas todas ellas de quejidos más penetrantes cada vez, de don Tomás, siguió en dirección a Sauce Mocho.

A la hora de andar, cesaron los gemidos del paciente. Se habría dormido. O muerto. Le gritó:

—Don Tomás, don Tomás.

No contestaba. Paró el coche y se volvió en su asiento. Don Tomás seguía encogido, con las manos en la boca. Pero ahora estaba muerto. Don Aparicio sintió un alivio y al mismo tiempo un velo sombrío ante sus ojos. Esto complicaba mucho más situación. Podría llegar antes a su destino, pues nada le impediría ahora que echara a correr a toda velocidad. Mas ya no era tan sencillo desprenderse del acompañante. Tendría que declarar, explicar, contestar interminables interrogatorios. Un nuevo fastidio, en fin. ¿Tendría tiempo de conseguir la pieza y de buscar un peón —cualquier linyera, un muchacho en último caso— antes de medianoche? Aunque llegara a su chacra a las 4 ó las 5 ó a las 7 o, a más tardar, a las 8. El muchacho buscaría los caballos, le ayudaría a cosechar. Si no sabía coser, o era lerdo, que manejava. Él haría casi todo el trabajo solo, hasta donde fuera humanamente posible. No se encontraba decaído ni amilanado. Al contrario. Con cada percance renacía su firmeza. Pero era preciso apurarse y llegar pronto al pueblo con su carga.

Llegó al pueblo y se encaminó al hospital. No pudo entenderse con el empleado de guardia ni con el médico, ni con nadie. Parecían hablar cada uno un idioma distinto. Don Aparicio quería dejar allí el cadáver, para que se le hiciera la autopsia o lo que decidieran ellos, declarar, firmar cualquier cosa e ir a cumplir algunas diligencias impostergables. Concluir de una vez. Era cuestión de bajar el cadáver, dejarlo donde quisieran e irse. Todo muy sencillo. Pero no lo entendían. No había forma de que lo entendieran. ¿Pretendían que se lo llevara a su casa, o que lo tirara en la calle? Al fin y al cabo él hizo todo lo que pudo por auxiliarlo y no tenía por qué complicarse la vida ni perder el poco tiempo que le quedaba. Todo era absolutamente inútil. El médico opinaba que debía de ir a la comisaría y denunciar lo ocurrido; el empleado de guardia pensaba lo mismo y el vigilante se abstenía de opinar. Si el médico quisiera, también podía dejar ahí el cadáver, pasar por la comisaría y, según lo que allí le dijeran, hacer el acta o volverse. Eso era lo correcto y lo natural, pensaba don Aparicio. Pero el médico y el empleado de guardia sabían perfectamente bien por qué el vigilante proponía esa irrisoria solución. Cada cual procuraba eximirse de compromisos y simplificar su vida. Cada cual, tenía un horario que cumplir y quería irse a casa, tranquilo, al terminar su tarea. En cuanto al vigilante, era un pillo. Tanto el médico como el empleado de guardia se cuidaron muy bien de anticipar una palabra de su opinión a ese respecto, ni de refutarlo y mucho menos de aclarar por qué proponía un procedimiento a todas luces fuera de lo reglamentario y oficial.

Tratándose de un fallecimiento ocurrido en un domicilio determinado, o sobre un coche de propiedad particular, que es caso semejante, el dueño de la casa o del vehículo debe, etc. Era casi un artículo de la ordenanza que se sabían de memoria los vigilantes, los médicos y los enfermeros, amén de los empleados encargados de la recepción e inscripción de enfermos. El caso de difuntos, como ahora se presentaba, no era usual, en efecto. Pero bastaba aplicar con buen criterio las disposiciones generales por analogía. Un muerto no puede depositarse en un hospital sino en un cementerio, fué el argumento más convincente del practicante que llegó en esos momentos a aumentar la confusión. O en la comisaría, agregó el médico. Este hecho es susceptible de un sumario. Tendrá que intervenir no solamente la policía, señor, sino tam-

bién la justicia, sin que eso quiera decir que yo sospeche en lo más mínimo que pueda existir un delito.

—Que también podría existir.

—Puede usted revisar al difunto. Para eso es el médico. Verá que ha muerto de muerte natural, en el viaje. Cuando lo alcé en Guanacomanco estaba retorciéndose de dolores en la barriga. A mitad de camino se me quedó muerto. Peritonitis, sin duda, me parece a mí —explicó don Aparicio.

—Peritonitis, eso dice usted. Pero usted no es médico.

—No. Por eso lo he traído aquí.

—¿Y usted vino con un enfermo de peritonitis en coche desde Guanacomanco?

—Claro. Allí no había médico ni cosa parecida. Este hombre se moría.

—Y lo mismo se le murió.

—Pero hice lo posible por salvarlo, por traerlo con vida.

—Y el médico, ¿le dijo que lo hiciera viajar en esas condiciones? Ha cometido usted una imprudencia sumamente grave, piénselo.

—¿Yo? Antes fuí a buscar al médico a la Gruta. En eso perdí como dos horas, y como no lo encontré seguí viaje. Se murió hará apenas una hora.

—Con el enfermo se fué a la ermita. Y, naturalmente, lo dejó solo en el coche. Y habrá pedido de beber y alguien le habrá alcanzado un vaso de agua fría, o de cerveza.

—¡Qué sé yo! Aunque era imposible llegar hasta nuestro coche desde donde estaba la gente.

—Pero convéznase usted, señor, que todo esto no es claro ni natural. Por lo pronto lo que he llamado imprudencia, se puede convertir en un asesinato por imprudencia, por ignorancia, por falta de sentido común.

—Es que hoy he tenido infinitas tribulaciones, ¿sabe? Si le contara cómo han sucedido las cosas...

—Eso es, precisamente, lo que tiene que declarar en la comisaría, no aquí. Está perdiendo el tiempo y es seguro que complica su situación a cada minuto. Tendrá que explicar, además del traslado del paciente, del viaje a la Gruta —si eso es cierto, que no lo creo—, todo el tiempo que se ha demorado aquí. La cuestión tiempo, en casos de fallecimientos de este tipo, es sumamente importante y decisivo, en cuanto a las responsabilidades. Mire, le acon-

sejo que sin perder más tiempo vaya ahora mismo a la comisaría. ¿Sabe dónde queda?

—Sí, sé. En la calle San Martín.

—No, ahora no está allí. Se mudó al lado de la talabartería de Mendieta, en la calle Mitre.

—¿De modo que tengo que seguir con el muerto, después de haber perdido media hora conversando con los médicos del hospital? Supongo que tendré que hablar más tarde con el médico policial.

—Precisamente conmigo. Yo soy el médico policial. Pero ahora estoy de servicio aquí y no en la comisaría. Ya me avisarán. Y cuando termine mi horario de guardia aquí, iré. O no iré. Tengo cuarenta y ocho horas para comparecer a los llamados de la comisaría.

—Muy bien, muy bien. Veo que todo marcha a las mil maravillas.

Subió a su coche, dirigió una mirada al muerto, y se encaminó a la comisaría.

La comisaría se había trasladado, en efecto, hacía dos meses, con motivo de un desalojo que duró tres años y en que el dueño de la casa tuvo que pagar indemnizaciones y, por añadidura, cumplir el compromiso, que alegó como excusa en el pedido, de reconstruir el edificio. Las obras importaban más que la propiedad entera, y aunque el dueño consiguió al cabo de tres años el desalojo, gastó más en el pleito y tendría que gastar en las reparaciones cinco veces más de lo que valía la casa con terreno y todo. La comisaría estaba instalada ahora en una casa enorme. En realidad en lo que hace muchos años se llamaba la Casa Grande —una casa de mala fama—. Y precisamente por ese azar de las casas y de las personas, ahora, estando allí la comisaría, había vuelto a ser, en cierto modo, lo que fuera treinta años atrás. Los nuevos uniformes evocaban fotografías del tiempo del general Gertrudis.

La comisaría estaba llena de mujeres, en fin. Don Aparicio lo advirtió en cuanto llegó a la puerta con su coche, por el griterío, las blasfemias e imprecaciones que salían de adentro. Parecía un infierno cuyo guardián o cancerbero —un agente muy bien puesto y con kepí requintado— estaba apostado indiferente a la grito e imperturbable, en el quicio. Bajó e hizo algunas preguntas. El comisario no estaba. A mediodía salió para la Gruta. Lo mismo los oficiales, los dos sargentos y los cabos. Quedaban los agentes, en

sus facciones, y él, de guardia. Había también otros dos agentes en los calabozos, tratando de imponer orden si no silencio, a esa caterva de mujerzuelas que en dos días recolectaron del pueblo, de sus alrededores y de otras poblaciones dependientes de esa cabecera de partido. Todos los prófugos del hogar habían sido rescatados. Se les dió una batida, para moralizar. Si no era asunto de urgencia, que volviera mañana. O que esperara.

Don Aparicio prefirió esperar, luego de explicar someramente de qué se trataba, y de indicar que en el coche traía un cadáver. Pasó y se sentó en la sala de espera, que estaba desierta.

Los gritos no cesaban. Eran llantos, cantos, todo otra vez en un tumulto de voces como en el baile de la Gruta. Al rato apareció un vigilante, extrañado de encontrarlo allí. Volvió a explicarse, y el agente le aconsejó que fuera al hospital, donde tenían un depósito para los cadáveres sin familia, etcétera. Le explicó también que venía de allá. Entonces, por reciprocidad, el agente se sentó a su lado y comenzó a contarle algunas novedades que, por lo visto, desconocía el visitante. Hasta menudas peripecias de familia le contó, campechanamente, con lujo de detalles. Las cosas habían cambiado mucho en los últimos tiempos. Se había encontrado lo mejor: el sistema de la época del general Gertrudis. La policía había saneado su personal, perfeccionado sus métodos, moralizado la vida pública. Se puso en marcha la mecanización de los planes de reconstrucción policial y moral vigente años atrás. Ya no había más jugadores con trampa, asaltables, rateros, curanderos, prostitutas ni coimeros. Todos eran decentes. Por eso hicieron una *razzia* y arrearon con todas las mujeres de mala vida en diez leguas a la redonda. Esa misma tarde habían traído diez. Cayeron muchas inocentes y hogareñas; pero eran la excepción. Ahora se comportaban como las otras, decían palabras obscenas y las acompañaban con gestos impúdicos. En dos horas se habían contagiado de los defectos de las otras. Algunas, sorprendidas en fuga o acompañando a caballeros cuyo parentesco no podían explicar, trataban de certificar que eran decentes, que tenían su esposo en la chacra o en el pueblo, que iban de paseo, que vivían allí esperando al marido, o al padre.

—Usted imaginará los cuentos de estas cachafaces. Inventan de todo para que las suelten. Pero, no hay caso. Después se averigua si, en realidad, iban con el sobrino o con el primo o con el padre, y si estaban en fiestas de dudosa moralidad y si esto o aque-

llo. Mientras tanto, aquí están encerradas, a pan y agua y a garrotazo limpio. Son unas indecentes, créame. Si no está apurado podemos pasar al patio. Desde ahí las va a poder ver mejor. Vale la pena. Son como brujas y las palabrotas que dicen y los gestos, si viera. A mí me da vergüenza.

Don Aparicio no tenía ningún interés en presenciar ese espectáculo. Preguntó cuánto podría tardar el comisario o el oficial o el escribiente. No pudo contestarle con seguridad, el agente. A la noche, o mañana. Si es que no seguía en su campaña de moralización por los tres pueblos del partido. Don Aparicio no estaba resignado a perder la noche ahí, teniendo tantas cosas que hacer y de urgencia. Pero pudo averiguar que su caso no era fácil. Más bien podría considerarse de los más dificultosos que jamás se habían presentado en la comisaría, en los veinte años que él llevaba como agente. Y lo mejor era que esperara en el coche, por lo que pudiera complicarse su situación. En cuanto a peones, no tenía ni idea de que hubiera alguno, ni de que ya hubiese terminado la cosecha en todas partes, como él le decía. El almacén estaba cerrado, pero si él llamaba y conocía a alguien, le podrían despachar. De repuestos no sabía una palabra. En cambio, podía anticiparle que el sumario, según lo labraba el nuevo escribiente estaba lleno de requisitos y cuestiones, de papeles de identidad, de testigos y qué sé yo cuántos merengues. Además, esos sumarios iban todos a parar a Bahía Blanca y de allí no se escapa ninguno que no tuviera las manos verdaderamente limpias.

Don Aparicio apoyó la cabeza en las manos, exhaló un hondo suspiro y rompió a llorar entre sollozos. El vigilante le trajo un vaso de agua.

Diversiones

Mairena habla de la evolución.

LA evolución orgánica —explicaba una vez Mairena— señala una clara dirección hacia el ángel; el ángel es el secreto y el designio del cosmos. Cuando Cyrano de Bergerac decía que “todos los seres en la naturaleza tienden a lo más perfecto y aspiran a llegar a ser hombres”, enunciaba una gran verdad, pero una verdad incompleta; acaso su gran nariz se interponía, le estorbaba y no le dejaba ver la perspectiva más lejana de esa tendencia de los seres a la suma perfección, que se cumple en el ángel o, como prefiere Alexander, en la deidad. Cyrano se quedaba modestamente en el hombre, pero el hombre, como advirtió Nietzsche, es algo que debe ser sobrepasado, aunque no por la bestia fragorosa y tiránica que él imaginaba, sino por un ser angélico en cuya naturaleza se resuelva en amor y paz el trajín de la realidad, reconciliada consigo misma. No sólo el todo tiende a la creación de ese ser, sino que ya lo prefigura en la humanidad, en muchos esbozos incompletos y torpes, pero de evidente significación anticipadora. Los ejemplares de santidad, de una santidad sin duda un tanto inconsecuente y trunca, abundan en ella, y si no se los aprecia debidamente es porque de ordinario nos complacemos en destacar morbosamente lo bajo y lo sucio y en interpretarlo todo de la peor manera posible.

La evolución de los organismos descubre un proceso cuyo fin no puede ser el hombre. Por uno de sus lados más importantes, ese proceso es una paulatina liberación respecto a la base terrenal. La planta se halla atada al suelo. La revolución cumplida con la aparición del animal consiste ante todo en la movilidad de un ser que se desplaza en las aguas y sobre la corteza terrestre. El hombre perfecciona esa movilidad y la acelera con artificios, y

con el vuelo mecánico y los proyectos de viajes interplanetarios ensaya evasiones de su habitual soporte físico, pero evasiones que no pueden ser sino aleatorias: su oculto anhelo es prescindir de todo soporte material, y esto sólo le será concedido al ángel que germina secretamente en él. Reparemos en cómo procede la naturaleza. Superada por el animal la sujeción de la planta al suelo, la férrea adscripción a un lugar determinado, sus miembros en la primera etapa están aplicados al ejercicio y disfrute de la movilidad, y únicamente más tarde se restringen como órganos locomotores para dar lugar a otros miembros con funciones más nobles, preparatorias de la eclosión del espíritu. Todo el cuerpo de los gusanos sirve para la locomoción; los insectos reducen sus patas a seis y los mamíferos terrestres a cuatro, preparando dos de ellas para convertirlas en manos en muchas especies y consolidando en el hombre esta importante modificación. Lo ocurrido puede describirse así: asegurada la movilidad, una parte del utilaje orgánico puesto antes a su servicio se aprovecha para una actividad superior, la manualidad, el hacer según intenciones y planes inteligentes. Tras el trasladarse y el hacer sobrevendrá una instancia más alta, el puro ser; el ente angélico habrá dejado atrás la inmovilidad de la planta, la movilidad del animal, la capacidad realizadora y transformadora del hombre, toda ella fundada en la manualidad, y será ser puro.

—Su teoría, querido maestro —apuntó uno de los oyentes— presenta algunas dificultades. Los insectos y las aves vuelan; no veo cómo entra esto en su teoría. Además, los monos tienen cuatro manos y, sin embargo, están por debajo del hombre.

Mairena lo miró con severidad y le respondió:

—El vuelo de los insectos y de las aves es probablemente un error de la naturaleza, el conato infructuoso de avanzar hacia lo angélico por vías meramente orgánicas. La evolución de los seres muestra una gran dirección central, una línea seguida, y muchos caminos de extravío o desviaciones sin salida. Las moscas y las perdices son como pequeños ángeles prematuros y fracasados, lamentables ángeles carnales condenados al matamoscas o al esca-beche. La evolución avanza hacia lo angelical, pero ciegamente, y no es de extrañar que equivoque a veces el camino. No desarrolla un proyecto sino que obedece a un impulso: puede usted denominarlo la voluntad, el “élan vital” o... la trascendencia. La ruta cierta supone la aparición y la depuración del espíritu.

en el hombre y su posterior mutación en una forma más elevada de espiritualidad, acompañada de las correspondientes modificaciones orgánicas. El ángel será, como el hombre, corporal y espiritual al mismo tiempo; la tesis de Fechner —o, mejor dicho, de su doble el doctor Mises— según la cual el cuerpo de los ángeles es completamente esférico, sin rugosidad alguna, no deja de ser verosímil, aunque recuerda demasiado un viejo prejuicio, la injustificada preferencia aristotélica por la esfera. En cuanto a los monos, digamos que advirtieron la superioridad de los hombres por disponer de dos manos, y quisieron ganarles de mano —o de manos— fabricándose cuatro, con el resultado conocido. Nunca hay que tomar las cosas demasiado a la letra ni creerse más inteligente que los demás. Téngalo usted en cuenta.

Para la historia de la libertad.

De la anterior divagación de Mairena retengamos que la libertad da su primer gran paso mucho antes del hombre, con la aparición del animal; la vida se escinde entonces en la vegetalidad y la animalidad, en la atadura a un punto y la libertad de movimientos. El animal es el viviente errante, libertado de la fijeza de la planta. La libertad de movimientos del animal es el origen remoto de la más sublime libertad humana; por eso toda libertad es, en cierto modo, movimiento, y toda esclavitud es inmovilidad, y los enemigos de la libertad, cuando poseen el poder, privan de movimiento a los otros, pasajeramente, encarcelándolos o sumiéndolos en la definitiva quietud. Y aprendamos esta lección: para ganar su libre movilidad, el animal terrestre empezó por reptar con todo su cuerpo, renunciando a la verticalidad presuntuosa pero esclava de la planta. Una larga disciplina de humildad y de esfuerzo perfeccionó esa libre movilidad del animal y lo condujo a la erecta postura del hombre, a su verticalidad corpórea y espiritual. Arduos son los caminos de la libertad. Aprendamos la lección.

El triunfo del "test".

En los finales del pasado siglo, el profesor H. Steinthal puso al comienzo de su *Einleitung in die Psychologie und Sprachwissenschaft* esta anécdota instructiva y risueña. Seis pasajeros que

viajaban en el departamento de un coche de ferrocarril entablaron conversación. Uno de ellos confesó que gustaba de estas conversaciones entre personas desconocidas y que en casos tales nunca preguntaba a los demás quiénes eran; al punto, declaró otro que él era capaz de descubrir la profesión u ocupación de cada uno sólo con que respondieran a una pregunta. La propuesta fué aceptada y el que la había formulado arrancó cinco hojas de su libreta de apuntes, escribió algo en ellas, las repartió a sus compañeros, las recogió una vez anotadas las respuestas, leyó éstas y dijo su profesión a cada uno: usted es un hombre de ciencia, usted es un militar, usted es filósofo, usted es periodista, usted es chacarero. Bajó del tren y los interrogados, tras admitir que había acertado en sus dictámenes, quisieron ver lo que había preguntado a cada uno. La pregunta era la misma para todos: "¿Cuál es el ser que destruye lo que él mismo engendra?". Las respuestas, según el orden seguido antes, eran así: la fuerza vital, la guerra, el tiempo, la revolución, el cerdo.

William James, que reproduce el pasaje de Steinthal en su gran tratado de psicología, para confirmar que cada uno organiza sus pensamientos según sus preocupaciones habituales y dominantes, agrega por su cuenta la respuesta ofrecida por uno de sus colegas de Harvard, después de leer la anécdota: el Harvard College.

Nihil novum...

"El recíproco sin y con de Dios y de los Hombres, buscado por medio de aloquios al mismo Dios... y reconocido del propio modo en lo que son el Sumo Ser y los otros seres, especialmente el hombre... con los mejores arbitrios de pasar desde nuestro Todo-nada (nada doble) al que hemos de ser Nada-Todo".

Este pasaje no es de un discípulo de Macedonio Fernández; lo escribió hace muchos años un tratadista español de filosofía, don Rafael Tomás Menéndez de Luarda.

Orígenes místicos del Idealismo alemán.

Entre los años postreros del siglo XVIII y los primeros del XIX, la situación de Alemania era desesperada. El prusiano Kant había

destruido imprudentemente la metafísica el año 1781, y las pre-
visibles consecuencias no se hicieron esperar: a los pocos años el
ejército prusiano era derrotado en Jena por Napoleón. Sin meta-
física y sin poderío militar, Alemania estaba perdida. Rehacer el
ejército costaría tiempo y dinero. La reconstrucción de la meta-
física se podía conseguir más brevemente, no sería onerosa porque
los filósofos cuestan poco (salvo cuando asisten a congresos filo-
sóficos en Mendoza), y además era tarea previa.

Tres hombres, reunidos simbólicamente en una cervecería de la
ciudad de Jena, tres fervorosos patriotas, resolvieron sentar las
bases de la restauración nacional, dotando a Alemania de una
nueva y grandiosa metafísica. Como el tiempo urgía, decidieron
trabajar con la materia prima más a mano, con la sustancia de
las tres disciplinas filosóficas fundamentales. El de más edad dijo
que él tomaría la ética y elaboraría una metafísica sobre ella; otro
se adelantó en seguida y se apoderó de la estética para construir
su sistema. El tercero protestó airadamente. Tenía derecho, dijo,
a elegir en segundo lugar porque era el segundo en edad; además,
se le dejaba lo peor —la lógica— y no le parecía posible edificar
una metafísica sobre el principio de identidad y las formas del
silogismo. La discusión fué larga, con derroche de argumentos y
de cerveza, pero la situación no fué alterada; el tercero en discor-
dia hubo de contentarse con la lógica. Todos se pusieron sin
tardanza al trabajo. Así se inició el Idealismo alemán, promoción
metafísica de la ética (Fichte), de la estética (Schelling) y de la
lógica (Hegel). Lo otro costó más tiempo y más dinero, pero se
logró también: unos cuantos años después sobrevinieron Moltke
y Bismarck. La causa del fracaso de Hitler aparece así patente: la
ausencia de metafísica.

Prueba al canto.

Para otros países, se dirá, la falta de metafísica no ha signifi-
cado desventaja. Ciertamente; pero esta comprobación no invalida
lo dicho, porque cada pueblo tiene sus propias bases espirituales.
La grandeza de Inglaterra se sustenta precisamente en su carencia
de metafísica; toda la política inglesa está alimentada por la filo-
sofía empirista de Locke y de Hume. La común propensión meta-
física de los alemanes ha sido reconocida muchas veces; uno de
ellos, F. A. Lange, buen juez en el asunto, la admite en estos

términos en su famosa *Historia del materialismo*: "Alemania es el
único país del mundo donde un farmacéutico no puede preparar
una receta sin preguntarse sobre la correlación de su actividad
con el conjunto del universo."

Martínez (Bs. Aires), noviembre de 1955

Conversando a fines del año pasado con Eduardo Desein sobre
una posible revista literaria, sobre su contenido y su título, coin-
cidimos en considerar estimulante el momento que vivía el país.
Coincidimos también, sin saberlo, en la orientación que se podría
dar a esa factible revista. Así salió en diciembre de 1955 el
número 1 de "Ficción", dirigida por Eduardo Desein, al mismo
tiempo que preparaba la mía, sin conocer la existencia de la
primera, y registraba el título que salió oportunamente a mi
nombre en el Boletín Oficial. ¿Qué hacer?... No podía ponerle
un nuevo título reiniciando los trámites de registro que demoran
como mínimo de cuatro a cinco meses. Eduardo Desein dió aquí
muestras de una gran generosidad y desinterés al desistir de
seguir publicando su revista al mismo tiempo que me ofrecía su
valiosa colaboración y la de sus amigos escritores que le habían
acompañado en su empresa. Este es un gesto que no puede olvi-
darse. En nuestro incipiente ambiente literario lleno de pujanza,
estos gestos pueden ser frecuentes, pero se desconocen. Vaya
pues en estas líneas mi agradecimiento más sincero al joven y
talentoso escritor que va ocupando ya en nuestra literatura de
ficción un lugar de primer orden.

JUAN GOYANARTE.

¡Americanos todos!...

ALARICA Powell sacó la cabeza por la ventanilla del tren, ya estaba parado y le parecía que seguía andando, y alcanzó a ver, entre las estrellas y el alba, una nave blanca junto al muelle color de tiburón. Antes de mediodía iría navegando en aquel barco de papel hacia Nueva Orleans. En la emergencia, suspendidos los servicios aéreos, no hubo sino buscar el primer puerto en el Mar Caribe y llegar a tiempo para tomar el último vapor que se detuvo unas horas a cargar agua, verduras y correspondencia. La acompañó, desde la capital hasta instalarla en el camarote, una noche interminable rodando en un tren de vía angosta, sin más alivio que cigarrillos y *hig-balls*, Milocho, el famoso guía de turistas a quien se disputaban todos por su vena festiva —ya su diminuto era de payaso, Milocho— y a quien si tonel envidiaban, no tenía fondo conocido como bebedor de whisky, chimeneas temíanle por sus humos, infuloso y fumador, figurines deportivos, por sus vestimentas chillones, prestidigitadores, por sus habilidades de salón, conversadores, por sus chistes y donjuanes, por su piel de banana tibia, irresistible a las beldades que, como Alarica Powell, asomaban al país de vez en cuando entre las manadas de gringos feos, disfrazados de turistas.

Su romance con Alarica terminó en el camarote tan arrebatadamente que mejor hubiera sido esperar la vuelta. Pero qué golondrina regresa. Aunque lo prometa. Y menos éstas de plumaje rubio que hasta el cabello tienen de oro.

Milocho, diminutivo caprichoso de Emilio, guardaba la imagen, el olor, el peso pluma de aquella diosa californiana, más deseable ahora que, forzado por los acontecimientos que se precipitaron,

buscó amparo en un caserío del Valle del Motagua, en una casa cercana a un puente colgante, imagen de la hamaca que tenía por lecho, sin otra bebida que el agua del río, y por escaso alimento: frijoles, tortillas y café. Mas cuando dejaba de pensar en la golondrina rubia y medía el peligro de muerte que había corrido antes de llegar a poblado, aquel rincón de humedad vegetal y calor de arena, tupido de helechos gigantes y visitado por aves que, cansadas de volar alto, descendían a la costa raspando sus alas en las peñas, le parecía un sitio amable, a pesar de las nubes de moscas pegajosas, el tufo a cerdo que despedían las callejuelas y los ranchos, los niños desnudos, panzones de lombrices, el croar de las ranas, la modorra de los pocos habitantes, y los gallos que cantaban a mediodía haciendo más profunda la soledad cóncava del cielo metido en añil.

A su lado, en otra hamaca, dormía la siesta a todo roncar un comerciante de apellido Moloy. Los acontecimientos lo vararon en aquel entresijo. Compraba cera en bruto en los poblados del interior y la revendía en las candelерías de la capital.

Fuera de la hamaca colgaba en ese momento una de sus manos, trabajada, callosa, y Milocho, valido de una caña de bambú a la que había dejado dos o tres hojitas en el extremo, le hacía cosquillas, riéndose de las rápidas contracciones de sus dedos por atrapar o espantarse lo que, entre dormido y despierto, creía un insecto. Cansado de jugar con aquella mano tosca, pero sensible al cosquilleo como hoja de adormidera, Milocho empezó a pasearle las hojitas de bambú por la nuca y las orejas, saltando de gusto al ver que aquel se daba grandes manotazos con la diestra que, como más suya, conservaba doblada sobre su pecho, molestia picaril que en seguida concentró, presa de una mayor hilaridad, en los alrededores de la nariz de Moloy, sus párpados, sus labios, cuidando de que no despertara ya que tan pronto como parpadeaba o moviase, le dejaba estar. La travesura, el jueo, el gusto con que al mal tiempo se le hacía buena cara, comer, dormir, dormir, comer, rascarse, bostezar, desperezarse, pasear con las manos en los bolsillos, fumando como locomotoras, para ahuventarse los moscos todo se cortó en aquella siesta, mientras jugaba con la mano de Moloy, al golpe de una descaroa que fué como un ravo en seco, seguido de un relámpago de fuego blanco que le dejó los ojos titilando en ceguera de celuloide, mientras se sucedían explosiones gigantescas y ráfagas de granizo metálico.

Se dió cuenta que estaba vivo, agarrado de la hamaca que bailoteaba con el piso y el techo de la casa, bajo una lluvia de piedras y argamasa pulverizada, al desviar los ojos hacia la hamaca en que dormía Moloy, sentir que no podía hablar, que tartamudeaba, clavadas las pupilas en la mano que hace un momento hurgaba jugando con la varita de bambú y que ahora pendía rígida, amarillenta, con las uñas quemadas, en la muñeca velluda el reloj de pulsera marcando las 2 y 35...

—¡No puede ser!... —gritó fuera de sí, sin despegar los ojos del bulto apelonado en la hamaca, oyendo el chic, chic, chic de la sangre que goteaba en el suelo.

—¡No puede ser... no puede ser, Dios mío!... —balanceó la cabeza de un lado a otro.

— Dios lo haya perdonado y alégrese de que no fué usted al que le cayó la centella!... —exclamó un fulano que extrajo su humanidad, pálido y terroso, de los escombros de media casa.

Se llamaba Martín Santos y lo conoció en la última jornada del camino que hicieron a marchas forzadas, bajo un sol calcinante, sin encontrar sombra en toda la extensión de unos inmensos llanos, al saber que soldados mercenarios acababan de invadir el país y venían fusilando a cuanto ser humano encontraban a su paso. Era un cincuentón, huesos de águila, insumiso ante la vida y ante la muerte, como él mismo decía, pues con ninguna de las dos estaba conforme, de ojos hondos, más ojera que ojo, cavados junto a la nariz en gancho, bigote negro y pelo entrecano.

En el piso de ladrillo, barro roío quemado, empozaba la sangre sus rubíes bajo el ataque de las moscas.

—¡No puede ser!...

—¡No puede ser y por poco nos maljoden!... —recogió Martín Santos sus palabras—. Deben haberle tirado al puente que está aquí atrás, esa hamaca de fierro por donde pasa el tren, pero como que no le pegaron, les faltó puntería. ¡Qué riendazo de fuego por María Santísima!... Centella y tronido... Primero se ovó el mecatazo y hasta después el ruido del avión, mismo como si hubiera tirado la bomba desde bien lejos, antes de llegar al sitio, y... jodido, no les bastó y se vino de vuelta ametrallando.

—¡No puede ser que ellos!...

—¡Ah, güeno, entendámonos, creiba yo que usted decía que no podía ser que el paisa hubiera fenecido... pobre, ¿verdad?

Para mí que fué la granizada de balas después de la bomba, lo que lo ultimó.

—Por mucho que lo veo, no puede ser que ellos...

—¿Quiénes ellos?

Milocho calló. El sudor le corría por la cara helada del susto que le produjo la explosión en seco del proyectil arrojado sobre el puente y que echó por tierra parte de la casa en que estaban refugiados, ocasionando la muerte del comprador de cera.

—Pero quien otro sino ellos... —se arrancó de la boca el pañuelo que mordía—. Cumplieron su amenaza. Ellos son los únicos que en esta zona poseen bombarderos pesados, cazas ultrarrápidos, bombas de alto poder destructivo. Sería tonto suponer que en la vecindad del Canal de Panamá, otros que no fueron ellos dispusieran de aviones de guerra, pilotos experimentados, bombas, combustibles...

Bombas de 200 y 500 libras llovían sobre la costa en ese momento.

—¡Mire, mire... —le gritó Martín Santos— dése cuenta del castigo que están aplicando a nuestras poblaciones!

Se había salido de la casa, saltando como felino, el machete desnudo en la diestra, el sombrero hasta las orejas para que no se le volara y con la cara levantada al cielo profería:

—¡Gringos hijos de puta, bájense si son hombres!

El guía de turistas, desmelenado, las pepitas de los ojos muy afuera, sacudido de la cabeza a los pies por un temblor del cuerpo en que se mezclaban el temor y la rabia que da el no poderse defender, el ser impotente ante la desigualdad de las armas, seguía, en el aire de la costa limpio después de las lluvias, la llegada de los aviones, los puntitos negros de las cargas mortíferas que lanzaban desde muy alto, igual que polvo de pimienta, y las detonaciones profundas que hacían saltar en pedazos los míseros poblados.

—¡Oiga, oiga, su "no puede ser que ellos"... y nos están recontra jo jo jó!... —vociferaba Martín Santos, machete en mano amenazante, pies en la tierra, sombrero atascado hasta las orejas, y con la mano zurda queriendo arrancarse la pistola del cincho.

—¡Oiga, oiga, oiga cómo estallan las bombas para hacer volar aldeas!...

Las explosiones seguían.

—Por ese lado ¿oyó?... Por ese lado deben haberse volado Sábado Grande...

Martín Santos saltaba del suelo, a cada detonación, el brazo desnudo en alto, el machete cortando el aire, y tras un silencio, de esos silencios en que se siente que la muerte va tirando la plomada desde el cielo, otro retumbo, y otro, y otro...

—¡Vea el incendio que prendió en la cumbre de La Lora! Pero no es mismo allí, de por atrás sube el esplendor: la aldea de Cruzcruzita es la que está ardiendo. Y allá, allá va el avión que la dejó en llamas...

El guía de turistas cerró los ojos, sepultándolos bajo los párpados, y tras un instante, se cubrió las orejas con las manos. No bastaba con no ver. Oía... oía las detonaciones...

A la distancia, sus bombarderos... (¿Sus bombarderos? ¿Bombarderos de él, de Milocho, el guía de turistas?... Y... sí... porque era ciudadano de allá con ellos...) seguían sus operaciones de ablandamiento, destruyendo los poblados de casas de barro y techos de paja en la tierra donde había nacido. El llanto le bajaba por gotas, escapando de sus párpados cerrados, a esconderse en sus labios amargos, secos, balbuceantes... Ciudadano de la nación que golpeaba de muerte la tierra en que vió la luz... Cumplieron su amenaza... Ya lo decían... Pero nunca creyó que fueran capaces de aquella barbarie.

—¡Ja, ja, ja, ja... —soltó una carcajada para turistas—, ja, ja... americanos... americanos todos... ja, ja, ja... —pero ya no era su risa de antes, ahora era una carcajada de dientes en mandíbulas rígidas que cortaban como guillotinas.

Y tras una pausa:

—¡Ja, ja, ja... Alarica Powell, tu gente, tu país, tus aviadores!...

Martín lo sacudió. Otros carniceros, también americanos, cerñanse sobre el cadáver de Moloy.

Un inmenso paraguas de género negro descendía dando vueltas hacia la parte destechada de la casa, donde quedaba la hamaca en que seguía desangrándose el cuerpo del infeliz comprador de cera, la mano colgada fuera.

—Ayúdeme, amigo, hay que enterrar al cliente antes que se lo manduquen los zopilotes... —le sacudió Santos, yendo después a desanudar un lado de la hamaca—, sólo que los guías de turistas no son para estas cosas, para enterrar gente, sino para pasearla...

—Pero ya aprenderemos... —dijo Milocho y se levantó a desatar la otra punta de la hamaca, para ayudar a Santos a llevar en vilo el cadáver de Moloy. —Ya aprenderemos, Alarica Powell, ya aprenderemos a cavar tumbas para turistas...

—Cavar, amigo, no hay con que, lo vamos a echar al río...

Su voz retumbó en el caserío desierto. La gente huía al monte con perros y críos. Silenciosos, en fila india, aterrorizadas las caras tristes, casi sin proyectar sombra, tan alto estaba el sol.

El río se amansaba por ese lado en una gran vuelta de suspenso líquido verde, lechoso de espumas, relumbrante de piedrones marmóreos, y sin mayor prisa, tras el primer hervor de las aguas al chocar sus lenguas en el cuerpo de Moloy, se lo fué llevando entre sumergido y flotante.

Muy alto, altísimo, pero perfectamente visible se vió pasar un avión. El ruido de sus motores se confundió por un momento con el rugir caudaloso del río en el que ya nada quedaba del cuerpo humano que acababa de perderse en sus aguas. Apenas si un reguero de sangre salpicó la distancia que iba de la casucha en ruinas al playado.

—No, yo no me hago cargo de estas cosas —dijo Milocho, devolviendo a Martín Santos los papeles y objetos de Moloy—, llévelas usted, habrá que dar parte a la autoridad. Lo que falta es el reloj...

—¿Qué reloj?

—Si seremos idiotas, el reloj de pulsera...

—Pues se fué con él, mi amigo, se fué con la hora de su muerte en la muñeca...

—¿Está oyendo?

—Sí están bombardeando... debe ser por Gualán...

Un bisbiseo de rezo caía de los chilamatales al río Motagua, apacible, majestuoso. Las aves buscaban el refugio de las ramas cacuras. En las claridasas saltaban las ardillas, corrían las lagartijas. Las nubes, teñidas de vermellones crepusculares, caían sobre el horizonte. Brillaban, inmaculadas, las primeras estrellas. Una celeste luminosidad de cielo altísimo. Y de nuevo, trepidantes, los P-47 y C-47 pasaban con su escolta de pequeños aviones llevando sus cargas de muerte para atacar aldeas de ranchos de paredes de caña, donde la gente solo tenía las uñas para defenderse, gente media desnuda que juntaba en sus ojos de vidrio triste, algo que se parecía al llanto, rabia líquida, rabia de un metal salobre y quemante como el agua de mar.

2

—¿Qué don Milochón este, de dónde sale? —exclamó en la puerta de la Comandancia Militar, el coronel Ponciano Puertas.

En pocas palabras le explicó el guía de turistas que había ido hasta el puerto a dejar una clienta y de regreso los acontecimientos le impidieron llegar a la capital. Se interrumpió el servicio de trenes, los pocos automóviles que por allí se encontraban desaparecieron y a caballo no era recomendable.

—¿Qué don Milochito este, de dónde sale?

—Déjese de babosadas, jefe y regáleme un trago!

—Pase, pase a mi pabellón, allí hay una botella de whisky.

A Milochito le blanquearon los ojos de gusto al ver la botella, pero el gozo se le fué al pozo al levantarla. Mano de experto, al peso notó que solo quedaba un regular trago para el hoyo de la muela. Se limpió la boca con el envés de la mano y se lo empinó.

—¿Qué don Milochote este, vé donde se fué a aparecer, por donde menos me lo esperaba!

—Y usted, mi coronel, qué hace...

—Estamos pacificando... No he dormido...

—¿Qué bueno que por fin haya paz!... —dijo Milochito y se mordió los labios hasta casi sentir el sabor de la sangre. ¿Cómo podía hablar de paz, si su país estaba invadido? Solo por complicidad con el gran agresor. ¿Complicidad? Pero si él era más que cómplice, ciudadano del país que estaba acabando con su pequeña patria. Sacó el pañuelo para secarse el llanto de las manos, pues tuvo la impresión de que la mano con que juró fidelidad al poderoso, más que sudar, lloraba.

—Tenía que ser, paz a toda costa; pero hubo que volarse de un solo viaje un ciento de indios. Veintinueve fusiló de un jalón en Nagualcachita. Pacificando, don Milochito, y pacificando. A los hombres bala para que se pacifiquen, y a las hembras 'panza' para que se tranquilicen. Vaya a darse una vuelta por Nagualcachita, y me cuenta que le parece el trabajito. Así secundamos nosotros la acción de los aviadores de ustedes, que hay que quitarse el sombrero para decirlo: son unos señores aviadores. Y no crea que nos doblamos solo a los puros cabecillas. A todos. La ley fué por igual. Y casa en la que encontramos en las paredes rótulos con comemierderías de sindicatos, les pegamos fuego.

—Pero, coronel, por lo general...

—¡No me codicie, coronel por lo general!... —interrumpió riendo Puertas.

—No, coronel, lo que quise decirle es que generalmente no son los dueños los que pegan esa propaganda en las paredes de sus casas...

—Mientras se averigua, don Milo, se ordenó quemar las casas. Después sabremos quien los pegó.

—Lo que yo quisiera pedirle, coronel, es que me consiga un caballo o una mula para seguir viaje a la capital. Pagaría lo que fuera... —Le disgustaba hablar, estar al lado de aquel hombre. Él era muy infeliz, pero aquel era peor.

—No se lo aconsejo...

—Desde luego que con un salvoconducto de su puño y letra...

—¿Qué más salvoconducto que su inglés y su ciudadanía. ¡Puntería de hombre, hacerse ciudadano de allá con ellos, que es lo único que vale! Bueno, es verdad que ahora "Americanos todos"... —agregó el coronel.

Y en su visita a Nagualcachita, Milochito tuvo la oportunidad de confirmar las palabras del jefe militar, en lo de los fusilados y el valor del inglés en aquella emergencia.

A la entrada de lo que fué esta población yacían veintinueve cadáveres en la postura en que cayeron, unos a lo largo, otros encogidos, éstos con zapatos, aquellos descalzos, cuales con trajes de casimir, cuales con simples ropas de sufrida manta, las caras de amarillo jenjibre, las barbas de basura, los ojos entelados de hielo de muerte, tatuados de agujeros de pólvora y de sangre. Un centinela lo detuvo, apuntándole al pecho un fusil ametralladora.

—¿Qué se le ofrece?... ¿Qué hace usted aquí?... ¿Quién lo ha mandado?... —éstas y otras preguntas se amontonaron en los labios de Milochito, indignado de que en su tierra un soldado extraño... pero... ¿él no era también extraño?... ¿y no era extraño el jefe?... ¿y no eran extraños todos?... Su pobre patria se había quedado sola, sola entre extraños...

—¿Quién es usted?... —inquirió el centinela, sin bajar el arma.

—American... —contestó Milochito avergonzado, triste; sentiría tristeza siempre al decir que era americano.

—¿Entiende español?

—Lo hablo...

—Su nombre...

—*One thousand eight*... —respondió Milocho disimulando algo que quiso ser una sonrisa y que fué solo una plegadura de sus labios.

El soldado también sonrió. Rascóse la cabeza y le pidió un pitillo. Luego le dijo quien era él. Se lamaba Ernesto Sigüenza Montes, oriundo de Nicaragua. Lo habían contratado para hacer la guerra por precio fijo, pero hasta ahora no tenía recibido sino un pequeño adelanto, y en cuanto al saqueo, era una guerra bien insípida, con más muertos que saqueos.

—Y allí viene ese compañero... ese habla inglés, *míster*... —se atajó Sigüenza al ver acercarse a un gigantón, la ametralladora al hombro, el sombrero haciéndole techo de rancho sobre la frente, abierto de piernas, corto de brazos.

—¿Quién es el señor, y qué quiere? —preguntó con voz áspera al centinela.

—Un reportero gringo... —le contestó Sigüenza.

—Ah, es de los nuestros...

Y ya en inglés y en un tono más amable, le contó que él era de la costa norte de Honduras, y que de allá se lo habían traído contratado para matar 'chapines'.

Y, cómo me iba a negar, si el maldito 'chapin' sólo muerto es bueno. Y ahora con ustedes les llegó la hora. Con los aviones de ustedes no hubo babosadas y ya se están achicando. El 'chapin' para orgulloso es tremendo. Allí los tiene con toda la gringada enfrente y no dan su brazo a torcer. Acabo de doblarme a un tal Pacho Talavera. Ciego, viejo y tembloroso, que apenas podía con la fe de bautizo, cuando le dije que era hondureño y que venía a 'liberarlo' me escupió la cara. Allí mismo lo tendía de un tiro...

Otros mercenarios le formaron rueda al *míster*, a quien la historia de Talavera despertó el instinto periodístico, según los de la mesnada, tal interés mostró por saber si se podía ver el cadáver. No hubo caso. El cuerpo de Talavera, como el de muchos patriotas más, ya bajaba hacia el mar en las aguas del Río Motagua. Lo que Milocho tenía era un sentimiento de admiración tan grande hacia Talavera... Mezcla de admiración y de gratitud. Al menos, se decía, al menos uno... uno... uno de nosotros los escupió la cara...

Entre los que le rodearon se acercó Jimeno Blas Funes, un

dominicano de Ciudad Trujillo, contratado para echar bala en favor de los americanos.

—Yo soy de Costa Rica... —se presentó un carilindo, fijando sus ojos garzos en Milocho.

—Y ha resultado medio bueno para el refuego... —intervino un guanaco pescozudo y lampiño, fumador de puro y platicador de endechas.

—No me contrataron para venir a conocer el paraíso de los turistas, sino para una guerra de exterminio... ¿verdad, *míster*?...

—Ya salió éste con sus palabras 'ticas'... Exterminio... Estercita te debías llamar y como sos lindo...

—Te callas o te meto una bala...

—Y para eso debes de ser bueno... —canturreó el guanaco—, para áfusilar gente, sino que lo diga el finado Morazán.

3

A la mañana siguiente de su visita a Nagualcachita, el coronel Ponciano Puertas en persona trajo a Milocho la noticia, la gran noticia.

Dentro de dos días empezarían a correr trenes y el guía de turistas podría viajar a la capital sin ningún peligro.

Dos días que no fueron días, sino años, entre el mosquero runruneante, los vivas a la 'liberación' de las mesnadas mal pagadas y borrachas que apuntaban las bocas de sus ametralladoras, fusiles y pistolas hacia lo alto, para disparar al cielo, como si no les fuera suficiente la devastación, muerte y ruina que sembraban en la tierra.

—¡Hay que acabar con este cielo de los 'chapines'!... —voci-feraba un nicaragüense medio poeta, soltando andanadas de fusil— ametralladora hacia el azul divino, ese azul que se juntaba en los lagos, como leche ordeñada de los palos-tintes.

Noche de calor tempestuoso. Los vivacs medio apagados, humeantes. La soldadesca suelta. El coronel Ponciano Puertas repantigado en una perezosa, la botella al lado y una mujer a quien llamaban la Cubana, paseándole la punta del pecho por la nariz y los carrillos, la barba y los ojos, evitando, en el juego, que éste le atrapara el pezón con los labios.

—No, viejo, sin meter las manos... —le decía la Cubana—, si

no qué gracia tiene. Apostaste a que me agarrabas la punta sin meter las manos, y vamos a ver si puedes o te das por vencido.

Ponciano Puertas se esforzaba por atrapar la punta del seno desnudo de la Cubana, a cuya espalda empezaba la noche inmensa de oscuridad y muerte.

—¡Date por vencido!

—¿Por qué me voy a dar por vencido? ¡Vencido nunca!... —respingaba el coronel sudando, respirando trabajosamente, lengüeteando el aire, la cara gangrenosa de alcohol, y los ojos rojos como tomates.

—¡Date por vencido, viejito... en este caso no hay aviones gringos que vengan en tu ayuda... para atrapar mi teta necesitarías por lo menos veinte aviones de esos que les están dando el triunfo!...

Ponciano Puertas le tomó el seno con las manos y un tremendo mordisco convirtió en alarido la broma de la Cubana.

Entre los dientes de oro del Coronel, se dibujó un hilo de sangre.

Después del grito, del grito agudo, terrible, la Cubana enmudeció. No sollozó. No se quejó. No dijo más. Conformóse con irse alejando, la mano sobre el seno herido, los ojos anegados en lágrimas.

El militar seguía sus movimientos sin parpadear, todos los pelos de su cara de punta, mostachos, cejas, patillas, la mano buscándose el revólver que extrajo y empuñó con mano firme.

No hizo uso.

Había creído que la Cubana se alejaba con el propósito de arrebatarse un arma a cualquiera de los soldados medio dormidos de la guardia, para volverla contra él.

La vio perderse en la noche, y desde el mundo en que no hay más que tinieblas, oyó que le gritaba:

—¡Traidor!... ¡Traidor!...

Milocho que haciéndose el borracho seguía la escena, se estremeció, no por el mordisco alevoso, no por la risotada del coronel al oírse llamar traidor, mostrando los dientes de oro manchados por la sangre del pezón herido, sino por la palabra inabarcable como la sombra, traidor, aquella palabra que empezaba a ser moneda legal en su pobre país.

Y así terminó Milocho su espera de dos días que fueron siglos, cerca de una población que se llamó Nagualcachita.

—*Ladies and gentlemen*... —empezaba diciendo Milocho al cruzar con el *bus* lleno de turistas el Puente de Matazano; iba de pie, entre serio y sonriente, al lado del chófer.

—*Ladies and gentlemen*!... me apresuro a comunicarles... atención... atención..., oigan lo que tengo que hacerles saber urgentemente... la ciudad a la que estamos entrando fué destruída en noviembre de 1773 por los terremotos de Santa Marta... atención... atención... esta ciudad fué destruída por los terremotos de noviembre de 1773... lo advierto, por si alguno de ustedes creyera que fué echada abajo por sus bombarderos, en los últimos ataques aéreos a este país...

Y más adelante, tras recorrer las calles entre ruinas de la Ciudad de Antigua, al detenerse el *bus*, descender los turistas y enfrentarse como hormigas de colores, a la inmensa soledad de San Francisco, Milocho saltaba a una de las gigantescas columnas derribadas y gritaba:

—¡Repito que esta ciudad no fué destruída por los bombarderos de los señores... sino por esos señorones que están allí presentes!... —y señalaba los volcanes de Agua, Fuego y Acate-nango, no sin orgullo, hervorosos los labios de su risa que era un producto enlatado para hacer reír a turistas, máxime cuando alguno de ellos se apresuraba a tomar, en serio, nota taquigráfica de lo que acababa de oír.

Se lo encargaban por cable. Llegó a ser el guía preferido por los millonarios. Sus festivas labias, su alegría triste, la alegría que gusta a los magnates, y su envejecida risa de clown.

—*Ladies and gentlemen*..., no se preocupen, fueron nuestros volcanes los que destruyeron esta ciudad grande y poderosa, y en cuanto a la obra de sus pilotos que echaron abajo otras de nuestras poblaciones, tampoco se preocupen que, por lo que ustedes ven los terremotos nos tenían entrenados... país de expertos en ver caer ciudades...

—Muchas gracias, señor, por lo que ha dicho —interrumpió uno de los turistas—, al hacernos la preciosa salvedad de que esta ciudad no fué destruída por nuestra aviación... La agregó a mi lista... Ya muchas cosas que no hemos destruído nosotros...

—Poca importancia, señor... —decía otro de los turistas—, nin-

guna importancia... Si nosotros la hubiéramos destruído ya estaría reconstruída... Por eso mejor que los destruímos nosotros y no los terremotos... Pero como ser peligroso que se fuera a creerse que nuestra aviación había hecho esta ciudad en ruinas, la vamos a reconstruir...

—¿Reconstruirla? —se le fué el aliento a Milocho.

—Sí, señor, vamos a reconstruirla en seguida...

—¿Reconstruirla en seguida?...

Ya Milocho no podía hablar:

—Pero, señor, si por eso advertí que no la destruyeron ustedes...

—Eso no importa...

—Sí importa, sí importa...

La amenaza de este turista obcecado y multimillonario fue llevada a los periódicos locales, con letras grandes, en las informaciones, y tratada en los editoriales, como tema de candente actualidad. "No, no, se leía en los periódicos entre líneas, que no la reconstruyan, que no se molesten, ... bastante arruinados nos tienen ya, para queremos acabar de arruinar, quitándonos nuestras ruinas, base de la industria turística del país".

5

De las ruinas de la ciudad colonial, asombro de propios y extraños, al decir de los cronistas, emergían los conos perfectos de los volcanes de Agua, Fuego y Acatenango, tres dioses y una sola amenaza verdadera en medio de una naturaleza riente y pensativa, riente por los dones que prodiga, según el hexámetro latino de aquel poeta colonial que murió en el exilio, y pensativa por la presencia de los titanes otrora empenachados de llamas, arrojando lava, piedras y humo, y ahora al parecer descansando salvo el volcán de Fuego, a cuyo cráter asomaban de vez en vez inmensas lenguas rojas.

Una risa de mujer resonó en una de las habitaciones de la alta galería de pasamanos cubiertos por enredaderas que botaban su temblor de hojas y flores sobre el patio, y se regó por la planta baja, confundida con la risa en cristales de una fuente, turbando el silencio de la que si ahora era posada para turistas, antes fué convento de monjes descalzos.

—La pareja más feliz... —se dijo el chófer al oír aquella risa

femenina, gozosa, tempranera, mientras hundía en el cubo de agua la esponja con que lavaba de buena mañana los cristales delanteros del *bus*—. Sólo que a don Milo se le ha puesto un carácter... un modo tan feo... Se emborracha para andar por las calles gritando: ¡Americanos todos!, y luego empieza a golpear la cara. El 'mero yo', dice cuando está así, le está pegando al otro, al 'ciudadano', y más vale que le pegue y no que lo mate. Empieza a hablar en inglés y de pronto se da de manadas en la boca, para no hablar más ese idioma inmundo, dice, sino su propio idioma... Pero la gringa lo va a domar... Si se casan lo doma... El cuenta que harán viajes de California a Nueva York, llevando, en *buses*, pasajeros y carga...

Y esta pareja feliz en la habitación de la hoy posada, ayer convento, la formaban Alarica Powell, la golondrina rubia que volvió, y Milocho, el famoso guía de turistas millonarios, cuyo verdadero nombre era Emilio Comer Jaramillo.

—No sé por qué te causan risa mis volcanes... —dijo Milocho aún bromeando.

—Y qué otra cosa me pueden causar, cuando yo tengo mis aviones, como dices tú... —siguió ella la broma.

—Tus aviones y la dicha de haber encontrado mis volcanes dormidos...

—O... haciéndose los dormidos, que no es igual... —aguijó Alarica, sin dejar de reír.

—Lo que pasa es que los poderosos no se ocupan de las insignificancias... ¡Tus aviones... bah... moscas pequeñas para mis volcanes... ni los despertaron!

—¿Poderosos o... impotentes?

La mirada de Milocho, torcida como un puñal que hiere al sesgo, se arrastró tras los sonidos de aquella palabra... No era la primera vez que se la soltaba Alarica. De su boca presa de un temblor amargo, arrancó la cachimba de ámbar, para aliviar el cigarrillo del peso de la ceniza, tratando de conservar su serenidad.

—Sí, sí, tus volcanes son un poco la imagen de la grandeza impotente de ustedes... Pero aquí, *darling*, no solo los volcanes, todos, todos se hicieron los dormidos cuando asomaron mis aviones...

Milocho saltó de la silla en que estaba:

—¿Y con qué querías que nos defendiéramos? ¿Con las uñas? ¿Con los dientes?...

—Con nada... —ancló ella la voz con suave acento despectivo, encolerizando más a Milocho; ¿pero no era él, ciudadano... compatriota de ella? ¿por qué se enojaba?

—Nos defendimos como pudimos... haciéndonos los dormidos, que es como hacerse el muerto... —siguió él la cólera momentánea ahogada en su pobre papel de histrión, aunque lo traicionara el haz de venas que le saltaba en la frente con pulsación de mecha de pólvora encendida—. ¿Qué otra cosa le queda al que se ve asaltado por una cuadrilla de bandoleros, sino tiene armas con que defenderse?... Hacerte el muerto, *darling*, hacerse el muerto...

—Con nada, bobito, con nada queríamos que se defendieran... ¿Para qué se iban a defender y a quién iban a defender?... A esos indios mugrosos que tarde o temprano habrá que acabar con ellos y poblaciones que mejor están por tierra, bombardeadas por nosotros, pues así hay pretexto para que se las levantemos de cemento armado...

La voz de Alarica pasaba por sus dientes, como su cabello rubio por el peine de ámbar con que se peinaba la melena frente al espejo.

Milocho apartó la mirada antes que la golondrina rubia leyera el odio que destilaban las pepitas de sus ojos.

El clima era fresco, primaveral, pero él sentía la asfixia, el ahogo del calor de la costa, ambiente de fuego en el que de una hamaca colgaba una mano amarilla con las uñas violáceas, la mano del pobre comprador de cera en bruto que extendía sobre el horizonte, detrás de la cumbre de La Lora, un resplandor de cielo empapado en sangre, y mano que en la bocamanga del brazo de Martín Santos empuñaba el machete vindicativo desafiando inútilmente a los atacantes aéreos.

—Nada dices... —apremió Alarica, ya su melena recogida en un borbotón de pelo de oro.

—Nada... —articuló aquél, tratando de esconder las pupilas, trozos de vidrio negro que nublaba el llanto, la humedad del llanto—, Nada, *darling*... —endulzó la voz lo más que pudo, para no traicionar sus intenciones y con el pretexto de saber si el chófer estaba listo, debían seguir viaje esa misma mañana con los demás turistas hacia el lago de Atitlán, descendió por una

escalera en busca de aire, aire, aire... tan rápidamente que bajo sus pies no pasaban gradas, sino las aspas de un ventilador.

Los turistas, hombres y mujeres seriamente disfrazados de niños preguntones, alineáronse en los asientos del *bus*, presto a partir de la ciudad colonial a la región de ese lago maravilloso, rodeado por doce pueblecitos que llevaban los nombres de los Apóstoles, y en el que, según la leyenda indígena, se guarda en caracol de roca viva, el gran ombligo del huracán.

Retrasado y sin la orquídea de su risa para turistas, apareció Milocho por la amplísima puerta de la posada, puerta de clave-teados cachetes y adornos de forja que se abría sobre una inmensa plaza de grama friolenta tutelada por árboles centenarios, y tras un cortante "*Ladies and gentlemen*", anunció a los viajeros que por enfermedad del chófer, se veía obligado a conducir él, y fue a ocupar el asiento frente al volante, fríos y solitarios los ojos, el corazón, más duro que sus dientes, no palpitaba, le masticaba las entrañas, decidió a probar a la persona que se sentó a su lado, *miss* Alarica Powell —qué extraño le parecía su nombre, qué extraña le parecía ella, su risa, sus movimientos, su perfume —que teniendo los medios y ninguna moral todo se puede ser... hasta poderoso...

Más al poner los pies en los controles, las manos en el timón y en las palancas, las pupilas en el tablero que una vuelta de llave iluminó con luz mortecina, sintió que se le aguaba el cuerpo, que perdía presencia, flojas las coyunturas, fluctuante el ánimo, y si saltó al volante con agilidad felina, decidido a que no lo humillara más *miss* Powell, resuelto a tomarse la revancha, ya por sus venas no corrían torrentes de rabia negra, rabia para la muerte, que sus pulmones convertían en rabia para la vida, ni veía más aquel mundo de luto y sangre que pretendía destruir, reducido a su dimensión de criado, los labios sacudidos por el miedo como las agujitas del amperímetro, y la mano temblorosa, incapaz de encender el motor con el botón de arranque.

Mientras tanto, los turistas en espera de la partida renovaban los cigarrillos en sus cachimbas, el tabaco en sus pipas, los rollitos de películas en sus cámaras fotográficas, o revisaban lapiceras, apuntes de viaje, documentos, sin faltar los que se comían las uñas, se escarbaban las narices o se entregaban al relax, para hacerse más muebles de lo que eran.

Plantado frente al timón, fijos y solitarios los ojos en la in-

candescencia luctuosa del tablero, sin mirar nada, aunque parecía leer atentamente los indicadores de aceite y gasolina, puso en marcha el motor y echó a andar el vehículo, igual que un autó-mata, al oír la palabra *ready*. Probablemente fué *miss Poweel* quien la pronunció.

¿Ready?

Ya iban rodando...

Altísimas gravileas de flores amarillas y follaje plumizo por el polvo del verano regaban sobre la carretera sus sombras salpicadas de luz en retaceo cinematográfico. Corría el *bus* hacia las colinas que formaban las primeras estribaciones a los volcanes, por un valle sembrado de cafetales rumorosos de miel viva, miel convertida en insectos enloquecidos en la mañana de sol, hortalizas cruzadas por serpientes de riego, huertos de frutas, jardines de rosas y párvulas poblaciones con iglesitas de rosicler que se anunciaban al asomar el puente y se despedían al desaparecer el camposanto.

Por el espejo empotrado en la parte alta, frente al timón, Milocho contó el número de turistas que llevaba... veintinueve... todos compatriotas... *miss Powell* treinta y... treinta y uno... todos ciudadanos... sí, mejor sentirse 'ciudadano' que nativo... Un 'ciudadano' por el solo hecho de serlo debe ser respetado en todos los puntos de la tierra y puede permitirse el lujo de la venganza colectiva, espectacular, planetaria... Sí, sí, la de él sería una operación planetaria, llevar turistas a visitar planetas...

Los contó de nuevo... veintinueve... Los volvió a contar... veintinueve... Los siguió contando... veintinueve... veintinueve... al compás del *bus* que rodaba cada vez más veloz... y habría seguido contándolos... veintinueve... veintinueve... veintinueve... más y más veloz, si no se le despedaza el vocablo en los dientes, al darse cuenta que con la misma cifra contaba a los fusilados de Nagualcachita...

Apartó los ojos del espejo para no ver a los aparecidos, turistas de pompas fúnebres condecorados de agujeros de pólvora y de sangre...

El ciudadano contaba a sus compatriotas... El nativo a los fusilados... Sin estar borracho se enfrentaban de nuevo el 'ciudadano imperial' y el pobre diablo nacido allí, aquel, dueño de una nacionalidad que lo hacía invulnerable, capaz de lanzarse en cualquier momento a la 'operación planetaria', precipios abismales no faltaban, cuestión de dar un timonazo, y este infeliz, sin otro

papel, que el de contener al 'ciudadano' en su frenesí de exterminio.

Corrían hacia el horizonte cordillerano por la mesa de un valle inacabable, el pie de Milocho a fondo en el acelerador y sus ojos como pájaros rastreros, parpadeantes, sobre el camino, temeroso de alzarnos y encontrarse en el espejo nuevamente a los fusilados de Nagualcachita con sus caras amarillentas, color de jengibre, sus barbas de basura pegada a las mejillas, y sus ojos entelados de hielo de muerte...

Sacó el pie del acelerador. Cruzaban una población importante, con muchas ventas de aguardiente y chicherías. Levantó los ojos del camino convertido momentáneamente en una calle empedrada que los hacía sangolotearse a todos, para ver la hora en el reloj de la torre municipal. Las 10 y 35 de la mañana. De momento, sus pupilas vagaron por los techos rojizos de las casas, las araucarias y algunos pájaros que volaban, pero no pudo mantenerlas fuera, se le fueron al espejo, donde en lugar de los fusilados, encontró a los turistas consultando sus relojes. Las 10 y 35... Sí, sí, se dijo, mejor que lleven la hora exacta... En veintinueve relojes... en treinta relojes... en treinta y un relojes... en treinta y dos relojes, contando el de *miss Powell*, el de él y el del *bus*, las 10 y 35... las 10 y 35... las 10 y 35... moviéndose... moviéndose contra las 2 y 35 de la tarde que llevaba el reloj de Moloy, cuando lo echaron al río...

Dejaban el valle por un camino de rápido descenso, los turistas celebrando con voces de niños locos la forma tan perfecta de rodar como si volaran por una carretera estrecha, zizagueante, entre precipicios cortados verticalmente en roca viva, y *miss Powell* feliz, feliz de hacer velocidades entre abismos. Volvió a Milocho y le puso un cigarrillo en los labios, se lo encendió y tras susurrarle al oído algo así como "manejas tan bien que te confiaré uno de mis bombarderos", se caló los anteojos ahumados, la hería el sol de vidrio brillante, dobló una de sus hermosas piernas sobre la otra, extendió en su regazo un mapa de la ruta y con la uña guinda de su índice fué siguiendo en la carta el camino por donde corrían vertiginosamente. El cigarrillo que llevaba en los dedos repetía el caprichoso movimiento de aquel fugaz en serpentina de una carretera que, olvidada en el valle la línea recta, se enrollaba y desenrollaba como una voluta de humo entre cerros y barrancos cortados a pique.

¡Hala... quítense esos anteojos... tuvo el impulso de gritarles... vean el sol que dentro de un momento ya no verán nada!...

Iba acelerando, acelerando, acelerando... veintinueve... veintinueve... acelerando... acelerando... ya no verán nada... dentro de un momento ya no verán nada... quítense esos anteojos... acelerando... acelerando... escupan esos chicles, recen... recen... acelerando... acelerando... su visión era doble... ya no solo veía a los turistas, sino a los fusilados... sobre cada turista iba un fusilado... le acariciaba la cara... el fusilado le acariciaba la cara al turista y le decía... "¡quítate esos anteojos, gringo, ...que dentro de un momento ya no verás nada... gringo, míranos... aún es tiempo de que veas... aún es tiempo de que escupas el chicle y reces... gringo... gringo!..."

En uno de los sacudones del enorme transporte chocó su pierna contra el muslo de Alarica, y en milésimos de segundo se dió cuenta que iba hacia el abismo con un bus cargado de turistas con anteojos negros, masticando chicle. Timoneó a tiempo, la parte alta de la corrección rozó las ramas de los árboles que bordaban el camino, logrando enfilar a toda velocidad por una recta, entre las voces y risas de los viajeros desplazados de sus asientos, que pedían excusas o buscaban en redor suyo los objetos que se les escaparon de las manos.

Se aflojó la corbata de un tirón. El muslo de Alarica seguía junto a su pierna. De otro tirón saltó el botón de su camisa. Tener el cuello libre para no ahogarse frente a la carcajada muda de las veintinueve bocas de los fusilados de Nagualcachita, que se reían de él en el espejo, como de un cobarde... frente al exvoto que como un guante de cera amarilla colgaba del parabrisas con la hora inmóvil contra todos aquellos relojes en marcha... frente al machetear inútil de Martín Santos que hería el aire en que iban los aviones, impotente, no podía hacer otra cosa... frente al escupitajo santo del viejo Talavera... el incendio en girasoles de fuego tras la cumbre de La Lora... el grito de la cubana, comiéndose el llanto y las 'erres' de traidor...

El muslo de Alarica... junto a su pierna seguía el muslo de Alarica...

Vivirían en California y ganarían miles de dólares con una línea de carga y pasajeros de California a Nueva York y de Nueva York a California. Para eso era ciudadano 'americano'. ¡Ah, qué

confortable ser ciudadano 'americano' que no iba a sacrificar a los suyos, a los turistas, por las nagüilonerías de un nativo con viruela de patriotismo... Uf!... ¡Uf!... respirar a todo pulmón... respirarse 'americano', pero 'americano' de verdad, 'americano' de la verdadera América, y no de estos otros infelices...

Se reclinó contra el timón. Todo el dolor de su pecho echado sobre aquella extensión amorosa de California, en aquel muslo de trigo y de manzana...

—¡Qué le importaban a él 'ciudadano', los indios muertos y los pueblitos bombardeados!

El viento peinaba los pompones de los cañaduzales. Habían descendido tanto en tan poco tiempo que volvían al clima de la caña de azúcar, los cocos y las piñas dulces; pero tras cruzar un puente de tablones flojos, empezaron a trepar de nuevo por un camino de tierra colorada que subía en espiral.

—¿Por qué vienes manejando, *darling*?

La pregunta de Alarica lo estremeció.

—Yo sé, *darling*, yo sé...

No supo que contestar. No podía ser que ella estuviera en el secreto del timón en sus manos. Se arrojaría del bus, gritaría, alarmaría a todos en demanda de auxilio. Se contentó con pedirle un cigarrillo, como condenado a muerte. Ella se lo puso en la boca y mientras se lo encendía, más llama el encendedor de oro que la misma llama, agregó, mimosa:

—¡Aprobado, *darling*, aprobado!...

—¿Cómo aprobado?... —habló y chupeteó el cigarrillo Mi-locho.

—Dejaste al chófer con el pretexto de que estaba enfermo, pero yo sabía que no era verdad, que mi amor estaba mintiendo, quería probar a golondrina rubia sus habilidades en el volante?... ¡Muy bien, *darling*, muy bien! La mascota de tus viajes de California a Nueva York, será golondrina rubia... Viajaremos de noche... más de noche que de día... de noche los viajes tienen más de sueño... aparecen las ciudades iluminadas y desaparecen, como las monedas en los traganíqueles.

Las primeras resquebrajaduras del terreno calizo, entre cerca de yerbas cundidoras y peñascales, anunciaron la proximidad de los volcanes, y tan rápidamente aparecieron en el horizonte que apenas tuvo tiempo de gritarles que admiraran las moles impasi-

bles, ya deteniendo el *bus* para cumplir con la explicación que en aquel lugar daba a todos los turistas.

Echaron pie a tierra. ¡Qué pequeños, qué poca cosa frente del titán! Lo trataban de medir, enmudecidos, unos con los ojos, otros, con anteojos de larga vista, entre el corretear de los que filmaban o simplemente hacían accionar sus cámaras fotográficas.

—*Ladies and gentlemen*... estamos al sur de la ciudad de Antigua, en la falda del volcán de Agua, admiración del mundo por su forma de pirámide perfecta de tres mil...

Olvidó la cifra exacta. Nunca le había pasado. Se la quemó en los labios la risa de *miss* Powell.

—Sin emplear sus fuegos ígneos —continuó la explicación —este volcán sepultó una ciudad entera el 10 de septiembre de 1541, dos horas después de anochecido, para vengar las crueldades de los que diezmaban las poblaciones indígenas, ahorcaban a sus caciques, humillaban a sus gentes...

Los pocos que le escuchaban tupían a vuela pluma las hojas de sus cuadernos de viaje, siendo más los que amontonados al borde del camino contemplaban extasiados el espacio tibio que se abría hasta el mar, con sus cordilleras ondulantes como lomos de serpientes mineralizadas, y los ojos de carbón luminoso de sus lagos.

Y no terminaba Milocho su patética descripción de la venganza que, según la leyenda, se tomó el volcán con los conquistadores, sepultando una ciudad entera en lodo y piedras, arena y árboles, sombras y retumbos, cuando Alarica muy prendida a su brazo, sin dejar de reír, le repetía:

—¡Eso era antes, *darling*... eso era antes... ahora los volcanes son como ustedes... no sirven para nada!

Reanudaron la marcha por laderas de montañas arboladas, donde el camino, pronto a lanzarse de nuevo por despeñadas cuestas, simulaba una cortina en hamacas colgando de las ramazones y troncos sacudidos con todo y el terreno por el peso de la mole rodante, vertiginosa, acompañada de un interminable sonar de bocina, estridencia que no usaba Milocho para evitar un choque con otro vehículo, en alguna de las curvas, sino para arrancarse de las orejas las últimas palabras de *miss* Powell. En las hondonadas, entre el rugir del motor y el flatulento resoplar del escape, el eco de aquella bocina en clamor constante, parecía un clarín que se despidió. Y qué inútilmente la sonaba. Por mucho que desalojara

de su oído las palabras de *miss* Powell, el timón en sus manos era la evidencia de que no servía para nada... para nada... para nada... corearon las gigantes ruedas con sus cientos, con sus miles de bocas en bocadillo al ir mordiendo la tierra yesosa del camino que descendía por colgadas cornizas, entre paredones y abismos... para nada... para nada... para nada... A la distancia, echando los ojos sobre la trompa del *bus* cada vez más inclinado hacia abajo, divisaron el cauce de un río seco, gran serpiente de agua que abandonaba su piel de arena en los veranos, y ya para agarrar las vueltas más cerradas, les sorprendieron millares de troncos de pinos que descendían con ellos en vuelo parpadeante y una como terrestre navegación de cendales de nubes de rocío descompuestas a contrasol en gotas de arco iris.

Pero ya no sólo las ruedas repetían en coro el dicho de *miss* Powell, la turistocracia también empezó a cuchichear, entre risas y risitas, creyendo que no les oída porque iba de espaldas:

—¡Lo ven... lo ven... —y le señalaban con el dedo—, no sirve para nada!

Dejó de bocinar, sin dar crédito a lo que había oído y como la burla seguía, los escuchó de nuevo:

—¡Lo ven... lo ven... no sirve para nada!...

Arrugó y desarrugó la frente, la conciencia se le escapaba por todos los sentidos, juntó el entrecejo, frunció los labios, sin encontrar, para salvarse, su desgarradora mueca de payaso, pues a la risa de los turistas hubiera opuesto su cara de clown enharinada de impotencias.

—¡Ah, canallas... —trituró con los dientes, hablando para sí en medio de una serie de visajes—... canallas, sepan que no soy asesino! —y como no le contestaran aquellos que en realidad venían pacíficamente absortos en la contemplación del paisaje, añadió—: ¡Ah, pero esperen que le pase el timón al compatriota de ustedes que me va diciendo que le deje manejar para vengarse...

—¡Sí, para vengarse de *miss* Powell... —oyó gritar a los turistas entre carcajadas—, y nosotros que creíamos que querías vengar a tus muertos, a las víctimas de los bombarderos, a los fusilados que han traído de paseo con nosotros, testigos de tu cobardía!...

Y mientras la tenía con los turistas, a quienes escuchaba reír y mofarse a sus espaldas, carcajadas dentífricas, espumosas, bocinaba enfurecido contra las mil bocas de las ruedas que se pregun-

taban: "¿para qué viene manejando?", y se contestaban como los turistas, "para nada", en un lacónico y perforante para qué... para nada... para qué... para nada... para qué... para nada... 60... 70... iba subiendo la aguja del kilometraje... 72... 76... 80... para qué... para nada... para qué... para nada... estuvo a punto de soltar el timón y pegarse en la cara... ¡Cobarde!... Pero, cómo iba a vengarse en ellos, si eran inocentes... ¿Inocentes?... ¿Y no eran inocentes los niños y mujeres sacrificados por sus bombarderos?...

Los turistas iban con el cuajo del pavor en la cara pendientes de lo que creían un fortuito descontrol del vehículo en las manos expertas del volante que trataba de evitar la catástrofe... pero al oír que se reía y los insultaba, empezaron a gritar: ¡Auxilio!... ¡Auxilio!... voces que en los oídos de Milochó convertíanse en gritos de ¡Asesino!... ¡Asesino!...

—¿Asesino?... —casi se volvió a increparles Milochó, olvidando el timón. ¿Por qué no llaman así a los *air-bomber-man* y a los pilotos que bombardearon y ametrallaron poblaciones indefensas en la tierra que ahora recorren como propia?... ¡No, no, los *air-bomber-man* siguen siendo *air-bomber-man* y los pilotos, pilotos, como yo seguiré siendo guía de turistas después de conducir a mis clientes a visitar planetas en esta operación planetaria...

El descenso era en trompo, tal velocidad llevaba el bus en aquellas vueltas cerradas entre el paredón y el abismo. Volvió los ojos al espejo fugazmente y ya no encontró a los turistas con sus vestimentas carnalescas, sino a los fusilados de Nagualcachita...

—¡Cobarde! —oyó que le llamaban éstos—. ¡Asesino! —aquéllos—. ¡Cobarde! ¡Cobarde! ¡Asesino! ¡Asesino! ¡Cobarde! ¡Asesino! ¡Cobarde! ¡Asesino!

—¡Bajen!... ¡Bájense!... ¡Bájense los fusilados y ya verán que no soy cobarde!...

—¡Asesino! ¡Asesino! —¡Cobarde! ¡Cobarde!

—¡Bájense!... ¡Bájense los fusilados!... ¡Déjennos solos!... ¡Déjennos!... ¡Déjennos!... ¡Ahora es con ellos... con ellos... con ellos...

Alarica dobló el brazo para no destrozarse la cabeza en los cristales del parabrisas, de donde rebotó hasta el asiento, frágil y huesosa... y un grito, un grito, breve, brevísimo, cortante, y un último arrastrarse de las ruedas traseras en el camino, cuando las

de adelante ya iban en el aire, como el tren de aterrizaje de su bombardero.

—¡Americanos todos!... —fué lo último que alcanzó a decir Milochó, sin soltar el timón ni sacar el pie del acelerador clavado a fondo—. ¡Americanos todos!...

Las ramas de los árboles recibieron con sus manos piadosas los cuerpos lanzados al vacío y de sus ramas, al choque desprendiéndose como muñecos, cayendo a más de setenta metros de profundidad en roca viva.

Poco hubo que investigar. En fila de hormigas bajaron los indios que habían vuelto a trabajar como peones-esclavos en los caminos, y en parihuelas improvisadas con troncos y ramas tardaron casi dos días en extraer los cadáveres del fondo del abismo. Ambulancias movilizadas al sitio de la catástrofe volvieron con su dolorosa carga a la ciudad y un transporte aéreo vino por los despojos de las víctimas. Las poblaciones del interior se estremecieron, temerosas de nuevos bombardeos, al oír el rugido de los motores. Pero este avión no llegaba a dejar, sino a llevar carga de muerte. Los volcanes respiraban la paz del cielo con sus pulmones azules. El último cadáver que se rescató, entre peñascales y espinos, fué el del guía de turistas, Emilio Cróner Jaramillo, el famoso Milochó, no muy desfigurado, con la boca abierta, como si todavía gritara: —¡Americanos todos!...

Buenos Aires, 1955.

En la otra esquina

QUE no salga. No lo saqués al chico de ahí. Al primer paso que des te van a ametrallar.
Colgó el tubo.

—Mi hijo, el hijo de mi primera mujer —le explicó al hombre sentado a su lado en la mesa de telegramas—. Viven aquí a la vuelta. Si salen los masacran.

—Ya no duermo más —comentó incoherente el otro—. Ruido de descargas de radio. Eso oigo toda la noche. Y el del teletipo pasando los telegramas. Cuando oí la proclama revolucionaria casi lloré. Lloré, mejor dicho. Tanto tiempo... Tanto tiempo sin palabras. Estaba harto de los discursos del otro. El disco, ¿sabés? El tipo repetía el disco.

—¡Teniente Aguirre! —gritó en la calle una voz inesperadamente aguda.

Otras voces se oyeron.

—¿No se podrán callar? —preguntó la mujer tapándose los oídos con las manos—. Pero ¿por qué gritan así?

Estaba boca arriba en el sofá de cretona floreada. En la pared había una baldosita de intento tranquilizador: "Siempre se tienen veinte años en algún lugar del corazón". Martina no veía la baldosita ni los muebles provenzales; otros le hubieran dado lo mismo, no tenía alrededor. Volvió la cabeza y miró a Pablo.

—Detesto esa cara de culpable. ¿No podrías tratar de sonreír, por lo menos? ¿O de encontrar excusas más creíbles?

Él no contestó. Llenó su copa vacía y bebió de un golpe.

"Si supiera la necesidad que tengo de que no me mienta. De

que alguien no me mienta. Me olvidaría de su olor a tabaco y de las lastimaduras de su barba".

—Oí como chillan —dijo Pablo—. Chillan, no gritan.

—¿Qué hacen ahí, en la calle, los soldados? —no pudo impedirle la ironía y agregó—. Vos que estás tan enterado.

—No sigás, Martina, ¿querés? ¡Por favor! Sólo tenemos unas pocas horas para estar juntos. No me pelées más.

—No quiero pelear —dijo ella y pensó: "Sólo quiero que te vayas. No volverte a ver. Que te maten cuando salgas. Sólo quiero una vida en la que no estés y yo pueda contemplarme sin asco".

Las voces seguían en la calle.

—¿Por qué están ahí esos soldados? —preguntó un hombre a otro que caminaba casi a su lado desde hacía un rato.

Se detuvieron los dos en la esquina de La Fragata; apenas si distinguían sus caras en la oscuridad. Sus caras curiosas, complacidas casi.

—La flota irá a bombardear —supuso el otro—, y éstos estarán para contestar el bombardeo.

El hombre se hizo repetir la respuesta, puso una mano de pantalla en la oreja para oír mejor y luego dijo:

—Pero ¿con qué? ¿Son tanques o cañones?... Dicen que los barcos pueden arrasarse hasta treinta kilómetros. Si es cierto van a destruir Buenos Aires entera, no sólo la zona del puerto... ¿Qué quiere usted que hagan éstos con uno o dos cañones? Aunque a lo mejor son más, pero yo con la oscuridad de la calle no los distingo.

—La verdad es que nadie sabe nada.

—¿Cómo?

—Que la verdad es que nadie sabe nada.

Por un altoparlante la voz de un soldado empezó una extraña cuenta.

—... cinco, cuatro, tres...

Otra voz ordenó a los dos hombres que cruzaban la calle que se volvieran atrás. El sordo siguió caminando.

—¡AltoOO! —volvió a gritar la voz.

Al sordo le sorprendió que su compañero lo abandonara tan súbitamente, ahora que empezaban a charlar como en los viejos tiempos, cuando se podía hablar con libertad. Eran agradables los viejos tiempos: uno se sentaba con el diario abierto a hablarles

de política a las mujeres de la casa y podía criticar al gobierno cuanto quisiera. Últimamente no había ni política ni nada. Le pareció que su compañero corría y le gritaba algo, pero no oyó su grito ni el que ordenó: "¡Fuego!" En la fracción de segundos que tardó en caer tuvo aún tiempo para la amargura: a las mujeres era inútil explicarles nada de política, había perdido su vida haciéndolo. ¡Si hubiera tenido un hijo varón!

Desde la esquina de La Fragata el otro contempló la caída. Su cara inocua había cambiado, brillaba ahora en la oscuridad; era un ser distinto, mortalmente asustado, disminuído de reacciones para lo imprevisto. Contempló un instante al sordo con ojos que no le pertenecían, se volvió y siguió corriendo.

El tiroteo empezó y en las casas vecinas cerraron apresuradamente las persianas. Después hubo un estruendo terrible.

—Dios mío —susurró Pablo.

En la pequeña mesa redonda los vidrios de las botellas y los vasos tintineaban aún. Martina no hizo un solo gesto: su problema individual la aislaba de lo que ocurría. Con voz tranquila se burló:

—Resulta que era en la Alianza. Eso no lo sabías ¿no?, pese a que te pasás el día en conspiraciones. O que pretendés hacerme creer.

Escarnerlo era la única compensación que encontraba para el desprecio que sentía por sí misma. Desprecio por sí misma y asco de hacer como que creía en sus mentiras, asco de seguir su relación con él sin encontrar motivos, ni siquiera el de una pasable atracción física, asco por su inercia, tan violenta que se convertía en infamia. Lo miró y juzgó: "Se agarra de cualquier cosa para contarse el cuento de su importancia. Cuando salga de aquí va a decir que ayudó a los soldados a sacar los tipos de allí dentro. Que si no hubiera sido por él no los habrían sacado".

Las voces seguían llegando, agudas y extrañas.

—¿Sabés por qué gritan así?

—Para hacerse oír.

—No, lo que quiero decir es por qué parecen voces de alambre, tan estridentes.

Pablo la miró sin ganas de aclarar nada. Hubiera querido apagar la luz y tirarse al suelo. Los de enfrente estaban contestando con ametralladoras.

—¿Gritarán así porque tienen miedo? —dijo ella.

—Yo también lo tendría en su lugar.

Las caras rojas de los soldados transpiraban. No estaban en sus cabales; borrachos es lo que estaban, borrachos de violencia. La muerte se les metía por las narices y la respiraban con voracidad. Pensaban fugazmente en sí mismos, pero como si pensarán en otra persona. Borrachos, con una borrachera que enderezaba los pasos, el cuerpo, el pulso, y les infiltraba eficacia a través de cada vena. Inconscientemente eficaces, automáticamente precisos, pero con una loca euforia de matar desparramada por el cuerpo, igual a una exasperada alegría.

Hubo un instante de silencio, las ametralladoras callaron; después uno de los aliancistas que se negaban a abandonar el edificio gritó:

—¡Tiren a los de la luz!

—A lo mejor los de la luz somos nosotros —dijo Martina—. Dudo de que haya otro departamento con la luz prendida.

Se arrojó del sofá, de rodillas fué hasta la luz y la apagó. "Qué cerca estoy de quererlo cuando él se confiesa una basura. ¿Es que uno no tiene derecho a ser una basura acaso? ¿Por qué hemos de vivir exigiéndonos nobleza?" Con las manos extendidas llegó hasta la silla de Pablo, le tomó la cabeza y la tiró hacia atrás.

—Me gustaría ver tu cara al revés. Me gustaría darte vuelta como a una funda de paraguas. Debíamos de poder mostrarnos al revés, con todos los defectos.

—Yo me conformaría con ver tu cara de siempre, pero hoy ni siquiera está la luz de la calle. ¿Por qué querrían tirar a la ventana con luz? Creerán que nos estamos deleitando con el espectáculo o será por no morirse sin tener una vez más el gusto de tirar sobre gente inerme?

—La verdad es que yo me estoy deleitando.

—¡Qué suerte! —dijo el hombre de Transradio a su compañero—. Ahora voy a poder 'crepar' en paz. No sabés cómo me envenenaban las ganas de matar a media docena de esas carroñas antes de reventar. En mi tumba hay que poner: "Vió saltar pedazos de pared mezclados con pedazos de individuo y murió contento".

—¡Y a cañonazos!

Todos los corresponsales estaban asomados a las ventanas; sus ojos se habían acostumbrado a la oscuridad insólita de Corrientes,

la iluminada. Por momentos el estruendo era pavoroso, como para preguntarse si habría cabezas que lo resistieran sin estallar.

—Pero los tipos mueren en su ley —dijo uno—. Ley del hampa, morir matando.

—¡Ah sí! ¿Y los que salieron como ratas fumigadas?

—Quedan muchos dentro.

—Es que todavía creen que va a venir la policía a ayudarlos. Han tenido el queso tanto tiempo que no pueden creer que se les haya acabado.

—Cerraré el vidrio, pajarón, están tirando gases lacrimógenos.

—Y si cierro el vidrio el ruidito lo va a hacer volar —dijo el hombre y lo cerró.

—Yo no me muevo de aquí por nada. Quiero ver hasta el final. Bastante tiempo esperé por esto.

El tableteo de las ametralladoras creaba un concierto de vidrios. Los hombres no se apartaron de la ventana.

—Ché, parece que estuviéramos contemplando fuegos artificiales.

—Como a algún aliancista se le ocurra apostarse en una ventana de San Martín nos hace migas.

—¿Qué querés que te diga? A mí ya se me deslustró el miedo. Uno se acostumbra, eso es lo que pasa. Si el miedo te toma de sorpresa te agarra, si no no. Es como cuando conocés una mujer, al principio mucha sensación en la boca del estómago y después de un tiempo ya ni sabés cómo es, te olvidás de la cara aunque la estés viendo.

Martina se acercó a la ventana. Dijo:

—“Los hombres y las mujeres cortaron el cordón del miedo”. Lo escribió un amigo mío después de 16 de junio. Yo ya no tengo miedo.

—Sí, fácil de decirlo aquí dentro donde si te matan será por casualidad, pero quisiera ver cómo nos sentiríamos si estuviéramos allá enfrente.

La mujer sintió algún afecto por él. “Si muriéramos ahora estaría bien, cada uno confesando que no vale nada, que a veces es capaz de dignidad pero que otras, la mayoría, es un canalla”.

Se oían las vociferaciones de los que quedaban en frente; gritaban palabrotas a los soldados, se despachaban contra los traidores y alardeaban “¡a la Catedral!”

Desde la azotea de la Alianza, Gauna tiraba desafortadamente.

No podía parar; la ametralladora era su corazón. ¿Acaso puede uno obligar a su corazón a que no lata? Se había sacado la camisa, olía a pólvora, a sudir, a fatalismo. Un fatalismo activo que él mismo desencadenaba; aún podía huir o rendirse, pero no podía desprenderse de la ametralladora, del fuego que sentía adentro, de la impremeditada y exaltante elección de su muerte. No pensaba que la partida estaba perdida; ya no pensaba. Matar, morir, un vértigo de destrucción, una rotunda, incomprensible ansia de hacerse pedazos y despedazar el cielo rojizo y tormentoso. La efusiva ametralladora en las manos de Gauna transmitía el deseo del hombre, su oscura necesidad vehemente de romper con sus pedazos la uniformidad del cielo.

—¡A la Catedral! —gritó.

—¿No ves? —dijo Martina—. Si éstos creen que todavía van a venir a sacarlos y protegerlos. ¡Van a ir a la Catedral, sí... con los pies para adelante! Así es como van a ir. —Sin transición declaró—: Hoy te quiero.

—¿Y mañana? —preguntó él, sonriendo.

—De mañana nadie puede afirmar nada. ¿Por qué uno no podrá ser con tranquilidad una basura?

—Porque los demás no lo experimentarían con la misma tranquilidad.

—Se podría ser una basura sin dañar a nadie.

—No lo creo.

—Total, lo mismo se hace daño aunque no se sea una basura.

—Eso es cierto. Pero si todos lo fuéramos, el derecho estaría del lado del más fuerte. Del más puerco de todos, ¿entendés? Y eso ya no te gustaría porque es probable que no fueras la más basura.

La noche seguía su camino; el incendio había comenzado en la casa de enfrente luego de un cúmulo de detonaciones y las llamas fingían un día de rojas luces. Se oyó un grito que perforó la noche como no habían conseguido hacerlo los cañonazos.

—¡Socorro!

—¡Pablo, se están quemando! Piden socorro. ,

Por primera vez en la noche los acontecimientos de afuera irrumpían con violencia en su espíritu.

En la esquina, entre las llamas que crecían y lo abrasaban, Ragone repitió su grito de socorro. Como el hilo que ensartaba los episodios de su vida desvalida, esa palabra estuvo dentro de él

siempre, desde que nació hasta que encontró quien lo ayudara. Lo ayudaron; un sueldo mensual sólo por liquidar 'contreras', gente que le iba a quitar su sueldo y obligarlo de nuevo a la miseria. Ese "socorro" tanto tiempo encerrado en su cuerpo partió el cielo: lo gritó con todas las vísceras, lo gritó para siempre.

Estévez gritó también, Estévez que mataba sin asco y que hacía dos días había apuñaleado un tipo en la calle. Era el mismo grito con que se despertaba por las noches al principio, recién incorporado a la Alianza y que destinaba a alguien o algo que no lo dejaba dormir y le llenaba la cabeza con una pena caliente y nocturna. Después se acostumbró: repitió que los otros eran los malos y lo oyó repetir, y cada vez que mataba era como si le juraran que estaba bien, que no podía ser de otra manera.

—¡Martina, entrá!

—Ellos —dijo la mujer estremeciéndose— se tomaron el derecho de ser basuras.

Afuera, el volumen de los gritos se ampliaba, recorría en ondas cada vez más vastas el cielo, hasta que, gritos y luz, se abrieron paso entre la noche.

BERNARDO VERBITSKY

Un noviazgo *

TRAS el estupor que siguió a la primera noticia, estupor que en ese momento se estaba extendiendo con matices de dolor y consternación a todo el país, Armani dijo a Quirós:

—Este gobierno tiene suerte, en medio de todo. Supongo que ahora se salvará. Ni el doctor Melo hubiera podido inventar algo tan maquiavélico, y nada peor pudo suceder para de la Torre. Si sus denuncias pudieron provocar una convulsión, esto hará desgastar sus proyecciones.

—Se mató Carlos Gardel, decía el telegrama. ¿Sabe lo que pensé al oír esas palabras? Que se había suicidado. Lo que usted dice —hizo una pausa, pensativo— puede ser cierto.

En ese mismo momento entraba Magalhaes. Armani silbó, en artificial señal de asombro.

—Hace dos años que no aparece por la redacción —dijo.

Se fué al minuto pero su entrada, probablemente calculada, dramatizó el instante. Cardozo transmitió sus decisiones. Nadie se

* Este capítulo pertenece a la novela "Un noviazgo", próximo a aparecer, publicado por Editorial Goyanarte. La acción se desarrolla en Buenos Aires, en el año 1935 que el autor considera un año clave para explicarse la torva realidad de 12 años de la dictadura recientemente derrocada. Hoy que la libertad de prensa vuelve a tener un sentido, es oportuno examinar cómo se falseaba entonces esa misma libertad, al mismo tiempo que se desvirtuaba la libertad política. El personaje central de esta novela lucha contra las mentiras de su propia vida y contra las del ambiente en que se desenvuelve. El autor de "Es difícil empezar a vivir", "El café de los angelitos", "La esquina", "Calles de tango"... que ha pasado su vida en las mesas de redacción, nos muestra ahora lo que se puede realizar cuando la mordaza deja de sofrenar los vuelos de la imaginación.

iba a almorzar. Toda la redacción quedaba prácticamente acuar-telada. Allí mismo empezó a distribuir el trabajo.

Reportajes en la calle para reflejar el dolor popular. Reportajes a los artistas, cantores, cancionistas, gente de teatro. Los ases del deporte y desde luego los del hipódromo, empezando por Le-guisamo. Comenzaba una movilización que iba a durar muchos días. Había muerto Carlos Gardel, el hombre en cuya voz cantaban todas las represiones del porteño circunspecto. Su voz era la más auténtica y madura de las alegrías porteñas. Su canto, su sonrisa, y su simpatía, eran un todo, símbolo y aspiración para esa sepultada personalidad del hombre de la ciudad que no pudiendo realizarse dentro de sí, sólo alcanza plenitud humana fuera de sí, en un partido de fútbol, en un final ganado por media cabeza, y —nunca tan noblemente— en la hermosa fluencia de su tango canción. Todo esto era verdadero, y Magalhaes comprendió en seguida el inmenso valor de la llamada catástrofe de Medellín para ahogar los ecos del debate del Senado. Además, la importancia de la noticia como tal, acallaba los últimos escrúpulos del hábil vendedor de noticias que era. Su infalible instinto de husmeador del más entrañable interés popular reconocía por fin al verdadero sucedáneo. En ese natural desprecio por sus propios lectores, desprecio oculto pero subyacente en su peculiar entendimiento con la masa, su público, estaba íntimamente convencido que ni las alternativas de la guerra y la esperanza de la paz del Chaco, tema tan digno en sí, eran suficientes para ocultar el debate. Intuía que la atracción de la figura de héroe de don Lisandro era mayor que la de un tema que sólo llegaba intelectualmente. No dudaba, en cambio, que la muerte de Gardel podía tener mayor resonancia popular. Y estaba absolutamente decidido a organizarle “un entierro de primera”. Las páginas de *Tribuna* multiplicaron enormes fotos, proyectando el rostro sonriente y la guitarra sobre la emoción colectiva. “Nadie debe cantar en un día tan triste”, decía entre lágrimas documentadas por la foto una cancionista famosa. “Cerca de la tumba de Jorge Isaacs enterrarán a Gardel”, decía un título. Se reproducía un poema del Negro Flores “Jilguerito Criollo”, lo que agregaba una designación más a su natural condición de zorzal. “Enamorado de su pingo Lunático le cantaba en el box para alegrarlo”, contaba de Gardel un famoso cuidador de caballos. Los canillitas de Buenos Aires se preparaban a rendirle un homenaje. Y una mujer que parecía surgida de las maquinaciones de Ma-

galhaes se suicidaba en N. York dejando una carta que decía “ahora que no te veré más, vengo al último lugar donde te vi vivo”.

Se le ocurrió a Magalhaes proponer que se trajesen desde Colombia los restos de Gardel, y *Tribuna* sugirió en días sucesivos que se realizase una gran colecta popular para los gastos del fúnebre traslado. En alcancías distribuídas en teatros y cines todo el mundo podría aportar la contribución fija de 20 centavos, que aun dejaría un excedente con el que podría pagarse la ejecución de un busto del cantor. Y el día en que de la Torre dió fin a la lectura de su dictamen “en minoría” publicaba *Tribuna* en primera página, con grandes títulos y fotografías, la noticia de que la madre de Gardel había pedido por teléfono desde Toulouse, con voz entrecortada por el llanto, que trajeran el cuerpo de Carlitos a la Argentina.

“Estoy harto de todo”, era la frase que Quirós se repetía, como si tratara de convencerse de que era así. Pero no renunciaba a su puesto de *Tribuna*, a pesar de que se prometía casi todos los días dar ese paso.

Y en medio de este desconcierto se le ocurrió entonces preparar una materia para dar examen en la Facultad, sin el propósito definido de reanudar solemnemente los estudios, sino para llenar ese tiempo inmediato que se le presentaba como la noche polar de seis meses, largo, monótono, oscuro. Fué a la Biblioteca de la Facultad y durante varias tardes procuró leer un clásico texto de derecho administrativo. Pero se distraía mucho, sin lograr concentrarse. Perseveró. Se sentía descansar en ese ambiente de libros, de estudio, que le rodeaba de calma. Cansado una tarde de leer el libro de Bielsa deió su pupitre para salir al corredor. Descubrió entonces en uno de los estantes una colección del Diario de Sesiones. Se le ocurrió preguntar por el de la Cámara de Senadores y para su sorpresa descubrió que hasta tenían los correspondientes a julio, el mes que transcurría. Y así fué como empezó a leer los discursos de Lisandro de la Torre en su versión completa.

Leía ahora detenidamente, como si estudiara una materia para un examen, aplicándose a un texto que era preciso desentrañar. Había leído la información sobre los debates en esa lectura en diagonal con que cortaba camino en las columnas del diario, veloz e irritada, pues se daba cuenta que muchos de los temas no los comprendía ni los conocía. El, como los distinguidos senadores a quienes esclarecía de la Torre, hubiera sido fácilmente embaucado por

las supuestas explicaciones oficiales. Lo notable era cómo de la Torre tomaba esas afirmaciones de brocha gorda que tenían la apariencia de una refutación convincente de sus cargos, y con dos zapatos destruía esa fachada de papel, mostrando lo que había detrás. Dominaba el tema, iba a los hechos, y por debajo de las palabras extraía las verdades. Lo menos que podía hacer entonces quien decía admirarlo era tratar de comprender su esfuerzo, cumplido para beneficio de todos. "En general —pensaba— se es parásito intelectualmente de unos pocos que se han tomado la molestia de pensar".

En lugar de estudiar se abstraía en esa lectura, atractiva como la más apasionante de las novelas. Los discursos de Lisandro de la Torre se extendían con el hermoso flamear de una bandera al viento. Alrededor de sus polémicas, tan vibrantes, se ordenaba sinfónicamente toda la realidad del país, su complejidad económica, social y sobre todo humana pues era imposible dejar de imaginar que toda esa trabazón de intereses que ceñía estrechamente al país hasta ahogarlo, estaba asfixiando seres humanos. Y al lado de los grandes ejes del existir nacional, se pensaba en los pequeños pueblos del interior, donde el techo de la escuela se viene abajo, donde el maestro es también director y toca la campana porque no hay portero, esos pueblos sin médicos, ni caminos, ni nada. Esa vasta extenuación tiene sus causas.

Quirós había leído poco tiempo antes *La Voragine* de José Eustasio Rivera y todo ese debate tenía para él una resonancia mayor que la novela de los caucheros. Lisandro de la Torre era el gran leñador en medio de esa otra selva impenetrable de la explotación, y había abierto picadas que para siempre permitirían orientarse en su marcha.

Dominado momentáneamente por la imagen de una floresta salvaje, la intensidad creciente de la lectura le hacía creer que se abría camino corriendo en medio de un bosque en llamas. A su paso se iban encendiendo los troncos como si ese escenario correspondiese a la intensidad de su entusiasmo y su indignación. Era imponente la demostración de ese hombre solo, que luchaba con tanta intrepidez. La forma dialogada que imponía el debate, el estilo directo, con la elocuencia viva de lo bien hablado, más categórica aún que lo bien escrito, acentuaba la sensación de la lucha. Era también un formidable espectáculo teatral. El recinto del Congreso tenía algo de un escenario y en ese escenario brillaba

un primer actor formidable y a la vez el personaje auténtico, cuya voz resonaba sin efectismos pero terriblemente dramática.

La letra impresa hacía creer que la constancia del Diario de Sesiones se refería a un debate que ya pertenecía a un tiempo distante. Pero las nuevas discusiones continuaban simultáneas a esa lectura y en una de esas noches que Quirós salía de la Biblioteca oyó vocear los diarios con la noticia del asesinato de Borda-behere.

Los espectáculos que ofrece el prójimo siempre resultan atractivos y no bien se oyeron los gritos procedentes de la mesa de la secretaría toda la redacción levantó la cabeza deseosa de enterarse. Para algunos de los que se convertían de este modo en espectadores resultaba especialmente sabroso el plato de un pequeño escándalo, en ese momento más presentido que comprendido. Miraban como quien ya chismorreaba. Un remolino de malignidad hacía marco a los gritos en torno a los cuales todos, sin acercarse, iban formando rueda. Para Quirós, que se sentía últimamente aliviado en la guerra de nervios pero que temía su recomienzo, lo que estaba ocurriendo era motivo de inquietud, y se sentía parte del episodio aún incomprensible, por lo cual no podía coincidir con el que simplemente 'balconeaba' pues éste sentíase al margen de lo que ocurría, y en seguridad. La voz de Armani se elevó clara:

—Pero usted no se cansa de inventar cosas para molestar a la gente. Al compañero que hace la nota encárguele también el copete. Si lo va a hacer tan bien como yo.

—Pero viejito, para que se pone así —respondía la voz lastimera de Cardozo que al parecer deseaba acallar al otro.

—Pero es que esto ya indigna. Esta es una redacción de gente grande y no un colegio primario. "Usted hágame la nota y aquél hará el copete, o rehaga esto que está mal". Por favor. Siempre queriendo enconar a unos contra otros. Ah, pero conmigo no cuente —siguió Armani, alzando aún más la voz— y últimamente me voy ahora mismo. Sí, me voy. Buenos días. Que los demás le aguanten sus cabronadas.

De nuevo se escuchó arrastrarse la característica voz gimiente de Cardozo:

—Pero adónde vas. Este muchacho está loco. Venga para acá. En la redacción no había solo curiosidad, pues el tema les tocaba de cerca. Y flotaba en el aire el desairado papel de Cardozo que

no estaba acostumbrado a tales reacciones y que para disimular su contrariedad y su desconcierto pretendía hacer creer que todo era un malentendido. Armani volvió a la mesa para decirle con voz tajante:

—Viejo, nos conocemos demasiado. —No quería ni hablar. Pero agregó—: Yo estaba tranquilo en donde estaba y no quería volver, y le dije bien clarito por qué. Ud. insistió: “Pero no, Armani, ya estoy viejo para pelearme con la gente, y lo que pasa es que a veces no lo interpretan a uno y no saben como de arriba lo presionan. Todo va a ir bien esta vez”. Pero Ud. no puede con el genio.

Fué hasta su escritorio para buscar un libro y unos papeles y mientras revolvía en el cajón le explicó nervioso a Quirós que Cardozo le había encargado que “arreglara” una nota de otro compañero, Hardoy. En un depósito de cereales de Caballito se había desmoronado una gran pila de bolsas debajo de la cual murieron varios estibadores. El asunto era grave, pero la nota policial no era la cuerda de Hardoy quien se había limitado a confeccionar un par de correctas carillas con toda la información. Cardozo sabía que Armani con esos datos hubiera podido hacer algo más adecuado al estilo del diario y sabía también que Hardoy era bueno para otras cosas, pero encontró la manera de humillar a un redactor serio a quien todos estimaban. Estas maquinaciones eran casi automáticas en Cardozo, aunque no enteramente improvisadas. Armani alterado, continuaba explicando en voz alto a Quirós la ‘técnica’ de Cardozo.

—En el momento en que me daba la nota de Hardoy para corregirla, apareció Vila. Al verlo, Cardozo se encaró con él. “¿Pero usted, negro, qué se ha pensado? Venga para acá, siéntese un momento que tengo que hablarle”. —Como si lo fuese a retar muy seriamente. El Negro, asustado, se sentó y quedó como en penitencia, con lo cual escuchó todo lo que Cardozo me dijo sobre Hardoy. Que era lo que Cardozo buscaba. ¿Quién puede respirar en este diario —terminó Armani, yéndose al fin—.

Quirós lo había escuchado con ansiedad, y lo despidió con un saludo alzando la mano. La salida de Armani resultaba teatral. Pero su gallardía era también un reproche a los demás. Sin haberla pronunciado esta vez, parecía resonar y en serio la frase que a menudo usaba en broma: “adiós, esclavos”. Todos preferían desentenderse de lo sucedido y seguían escribiendo como si nada hu-

bieran visto, como si no hubieran sido testigos de una bella actitud de Armani y un gran papelón de Cardozo, quien por su parte estaba tratando de digerir un desaire y más duro por ser público. Ya sin poder sobre Armani, aún podía descargar su venganza contra los que quedaban. Quirós no pensaba en Cardozo sino en sí mismo, y en medio de su confusión predominaba una intensa sensación de vergüenza. El verdadero papelón era el suyo. No importaba que los demás lo ignorasen. El gesto de Armani, renunciando por otro, y en cierto modo también por él, que tantas veces había querido irse, era el extremo de su ignominia. A la salida le pidieron que pasara por la administración donde le entregaron un sobre con la semana y medio que le debían. Si el despido lo liberaba de su responsabilidad hacia Armani se sintió tan aturdido en el primer momento que no pudo pensar en nada. Su impulso fué hablar con Cardozo y por unos segundos encaró seriamente una entrevista. Pero pensó que sería un paso abyecto. Se fué, contestando con vaguedad al consuelo que deseaba alargarle el empleado desde la ventanilla. Era la primera vez que le ocurría; recordó el interés poco profundo que dedicó a quienes cerca suyo alguna vez soportaron el trance, y pensó que hasta entonces no había comprendido ciertas formas de humillación reservada a las personas. Rumió toda la tarde esta novedad encerrado en su pieza y a la noche cuando salió llevaba un rumbo cierto: iba hacia la casa de Carmen. Hacía un mes y medio que no se veían. ¿Por qué? —se preguntaba—. Para Carmen había sido insoportable que una situación adivinada, insoportable, se la escamoteara hasta en la conversación, y él no supo resolver el problema que ella planteó. No se atrevió a mirarla más en los ojos. En el primer momento pareció que aplazaba por unos días el encuentro, pero los días se convirtieron en semanas, agravando la separación. Esperó que ella lo llamara, como un pretexto más para evitar una decisión. Tampoco era una decisión lo que Carmen le había pedido. Ella, muchacha íntegra, que sólo sabía querer y deseaba ascender a la realización de sus sentimientos desde esa base de tierra que nutre la vida, se limitó a mostrarle la realidad. Pero yo —se decía ahora Quirós— tampoco he sido un verdadero hipócrita. Hubiera querido casarme con ella en seguida, y son las circunstancias las que se oponen, mi sueldo miserable, el mundo tal como está organizado. Ella no planteó fríamente su problema, ella mostró la angustia viva que le causaba. Él sintió intensa su angustia, pero escapó. ¿Pensó que así

tal vez le causaría menos dolor? No se habló nada entre ellos pero Quirós admitió que sin palabras actuaron de acuerdo. ¿No será falsa esta idea? —se preguntaba ahora. A ella nunca le han gustado los sobreentendidos. ¿Todo fué entonces acumular cobardía sobre cobardía? Mi disculpa —se decía Quirós— es que al mundo no lo inventé yo. Ella tiene fuerzas para inventar otro, yo no.

Quería contemplar nuevamente la ventanita de luz blanco-azulada, quería saber si realmente existía en alguna parte o era tan sólo un recuerdo falso, un recuerdo imaginario. El pequeño rectángulo iluminado que a lo lejos parecía horadar no la casa sino la noche. Alejaba del pensamiento todo lo que era referirse a su oscura necesidad de volverlo a ver. No ignoraba que era una necesidad, como quien va en busca de un punto de apoyo, pero prefería no recordarlo. En el ómnibus, al recorrer calles conocidas, creía que la realidad de esa ruta se superponía a algún sueño olvidado hacía mucho tiempo. Regresaba a ese sueño pero no iba a un lugar verdadero. La ventanita no estaba más, si es que alguna vez existió. Por mucho que el ómnibus corriera no llegaría a parte alguna. Al bajar, cuando tuvo que hacer a pie esas cuadras que faltaban y vió las calles del barrio, su pavimento, sus veredas, el frente de sus casas, los árboles, todo lo que había constituido su itinerario por muchos meses, admitió que contra lo esperado todo era real, había existido, seguía existiendo. ¿También existió en su ausencia? Eso era más difícil de creer. Dió vuelta a la esquina siempre igual de la casa de Carmen, se acercó al pasillo. No sentía emoción sino incredulidad. ¿No había estado la noche anterior en ese lugar? Entre tales extremos oscilaban sus sensaciones. Esa esquina, esos árboles continuaban allí. Él había estado viendo otra realidad diferente, en la que no figuraba esa calle. ¿Por qué no abarcó las dos? Porque al elegir uno de los dos en que se bifurca nuestro camino, no es posible seguir por ambos. Brillaba la ventanita, sin llamarlo, pero obstinadamente iluminada. Pero entonces, se hallaba realmente a un paso de Carmen. Seguramente está allí, tal vez estudiando, con una novela entre los libros de texto, mientras cena un pedazo de pan duro con una naranja, o un vaso de leche. Podía gritarle, silbar. O entrar en ese pasillo, caminar hasta la puerta de su departamento, tocar el timbre, presentarse. Pero no pudo dar ni un paso más allá del umbral. No podía seguir, no se atrevía, y eso lo contuvo desde afuera como una mano poderosa. Quiso avanzar y se congestionó

en la angustia que lo estremecía. Pasó una mano por la frente y la sintió mojada. No se atrevía y se ahogaba. Carmen se hallaba a pocos pasos pero él estaba en el plano de la irrealidad, porque si la luz blanco-azulada le estaba hablando, él no podía contestarle; el largo pasillo de la casa de departamentos al que ahora se asomaba trémulo como ante un enigma mortal, se extendía como en otro tiempo angosto y desolado, pero no podía atravesarlo. Carmen estaba tan cerca pero no podía llegar hasta ella; él era la única sombra en medio de un entorno consistente.

Quirós no sabía cómo llenar esa noche y escuchó con interés la proposición.

—Bajemos a tomar una copa —decía Alberto—. Lo que te hace falta es un poco de diversión.

El *dancing* funcionaba en el subsuelo y la ancha escalera descendía desde la misma vereda. Un gigantón de cara oscura, uniformado con un capote rojo, iba y venía a lo ancho de esa entrada.

—Poco o nada me va o quedar de lo cobrado cuando pague la pensión. Prácticamente estoy sin plata —alegó Quirós.

—En el Singapur no hace falta. Y nos servirán whisky del bueno, del que toma mi amigo Elizardo. El que viene conmigo es también invitado suyo.

Le contó el origen de esa amistad. Una noche, dos años atrás, venía de hacer un banquete y como la nota era para el día siguiente y no tenía apuro, se le ocurrió, al pasar, echar un vistazo 'a la milonga'. Invitó a una de las muchachas, pidió un whisky pero casi en seguida empezó a notar, "a oler", —dijo— algo raro, y en efecto antes de poder averiguar qué le llamaba la atención, se desencadenó una trifulca espantosa. Volaban botellas, sillas, mesas. Tocaban los "Dados Negros" y no les dejaron instrumento sano. Las mujeres gritaban. ¿Qué había pasado? Por una de esas casualidades que parecen inventadas se encontraron un grupo de la Legión Cívica y otro de radicales. No creía que hubiesen ido por motivos políticos, pero allí chocaron, armando el desorden más descomunal que hubo en un cabaret en muchos años. Él tenía la máquina y entró en funciones. "Ésta no me la pierdo" fué su única reflexión, comenzando a actuar por impulso instintivo. Elizardo, se le acercó desesperado a pedirle que se dejara de sacar fotos. Lo único que le faltaba era publicidad que documentara el escándalo. Le ofreció plata y le puso un billete de cien en la mano. "Bueno,

no te saco mas fotos, le dijo". Pero no le aceptó el dinero. Y le resultó bien porque el otro, muy reconocido, lo declaró cliente honorario al que nunca se cobraría allí tomase lo que tomase. Alberto aceptó el ofrecimiento y hasta le impuso que además de no cobrarle lo suyo le fichase su consumación a la mujer que estuviera con él en la mesa. ¿Para qué perjudicarla en su trabajo? Si no, no vengo nada, le dijo. Y Elizardo comprendiendo sus escrúpulos, aceptó.

—No es mal tipo —dijo Alberto— y es hábil para manejar esta clase de negocios, pero de vicioso que es, lo descuida y esto afloja. No, no, no le interesan las mujeres, ni se dopa, tampoco; lo que a él le interesa es el negro de la puerta.

Eran las once de la noche y en el Singapur pocas mesas estaban ocupadas. Las mujeres, vestidas de largo, estaban casi todas en el fondo del local. No bien se sentaron, se les acercó un hombre de cara ancha, grueso, vistiendo smoking, y saludó cortésmente.

—¿Qué tal, Elizardo? —contestó el fotógrafo.

—Tal vez puedas prestarme un favor. ¿Ves aquellas dos muchachas, en esa mesa de la izquierda? Aquella de verde y la otra de blusa blanca. Los que están con ella son de Investigaciones y se las van a llevar. Creen o dicen creer que son menores de edad; y como están sin documentos... Les pedí, pero no quieren saber de nada. Si les hablaras, a lo mejor las largan.

Alberto miró hacia el lugar indicado, mientras tomaba un cigarrillo del paquete que el otro le ofrecía.

—No los conozco. Les hablo igual, no importa. Si por lo menos tuviera la máquina... A ver si me toman por caralisa.

Y así fué. Los pesquisas eran jóvenes y debutantes. Rechazaron su intercesión y cuando insistió, resolvieron llevárselo también.

Quirós, nervioso ante la situación producida, invocó a su vez su condición de periodista, y se dirigió al mostrador en busca de un teléfono para comunicarse con el diario. Pero desistió pensando que a esa hora no había nadie.

—Yo también voy con ustedes —dijo al volver a la mesa.

—Pero no, hombre. Déjame solo. Yo voy con estos caballeros y en el Departamento se arregla todo fácil. Avisá a la Sala de Periodistas. Preguntá por Carbi. Y no te muevas de acá, que en media hora vuelvo. No dejes que pague —le dijo a Elizardo.

Salió con las dos muchachas y los pesquisas. Ya en la calle, dijo:

—No vamos a ir así. Tomemos un auto.

Se arrimó el taxi al que había chistado. Antes de subir previno al chófer:

—Yo no tengo plata. Le van a pagar estos señores.

Uno de los aludidos cerró con enojo la puerta del auto.

—Si no tiene para que llama. Vamos caminando.

Eran unas diez cuadras. Cuando llegaron al edificio de la calle Moreno los esperaban a la entrada la Sala de Periodistas en pleno, con uno de los funcionarios de turno.

—Hola, oficial. Le recomiendo a estos muchachos. Son unos potrillos inflexibles.

Y contó lo ocurrido. Alberto pudo haberse ido enseguida, pero se sentía en cierto modo protector de las dos damas y quiso esperarlas hasta que también ellas pudieran salir. Pero así se enteró que ya habían convenido ir a pasar el resto de la noche con sus perseguidores para librarlas de cuyas garras había afrontado toda la aventura. Le causó gracia.

—Ya están en libertad —informó por teléfono a Elizardo— pero se quedan con los tizas. Pero viejo, que gritás. Es lo que yo digo siempre: nunca se sabe para quién se trabaja. Y mi compañero, ¿se entretiene? Mas vale así. Voy para allá.

Al llegar, Elizardo le comunicó su decisión irrevocable de despedir a las dos mujeres:

—Aquí no entran mas.

Estaba resuelto a echarlas, indignado por lo que calificaba de deslealtad. Alberto saludó a la muchacha que estaba con Quirós.

—¿Cómo te va, Norma?

—Tu amigo es un muchacho bien educado, no me puedo quejar, pero desde que te fuiste no le ha sacado a Diana los ojos de encima. Se la debieras presentar —dijo, mientras se levantaba—. No es nada, hombre —dijo a Quirós al ver su expresión— no te preocupes. También te la hubiera podido presentar yo, pero me gustaba tu compañía.

Alberto se rió pero no la retuvo, y dirigió un saludo a Diana que desde su mesa le contestó alzando la mano.

—¿Así que se llama Diana? Y quién es ese de anteojos que está a su lado?

—El Checato.

—¿Quién es?

Lo miraba, al preguntar, viendo como abrazaba a Diana por encima de los hombros. Tenía mandíbula muy ancha, y aunque su

cara era flaca, ahondada debajo de los pómulos, sus maxilares estaban recubiertos de fuertes músculos. "Un etrusco sonriente con anteojos", pensaba. Y la verdad que se reía también con sus anteojos de patilla de plata, sin virola en los cristales, incluídos en su ancha risa que le llegaba silenciosa. Los anteojos quedaban en medio de las arruguitas. Era un efecto raro y más bien siniestro.

—Un griego, dicen. Viene seguido y cada vez que cae, en esa misma mesa se toma una botella entera de whisky.

—No me gusta nada.

—¿El whisky? El tipo, tampoco a mí. Pero a vos, ¿por qué? Si es la primera noche que lo ves. Parece que se va, el tipo.

—¿Es griego? ¿Pero cómo se llama, qué hace?

—Cuando viene aquí ya lo has visto. Fuera del Singapur, no se sabe muy bien. Trigo limpio, no es. Es un vivo que ve bajo el agua.

—¿Con esos anteojos?

—Qué bueno. Dicen que anda en veinte asuntos. Pero no anda, corre; detrás de los pesos, claro. Vende alhajas de fantasía. Compra no sé qué. Además es amigo de Don Alí y lo peor es que los dos lo disimulan. Quién sabe en qué andarán. A lo mejor son socios.

—¿Socios en qué? ¿Quién es don Alí?

—Es un egipcio que está en la gerencia. ¿Invitamos a Diana a nuestra mesa ahora que el Checato se fué?

—Me parece que viene para acá.

—Barmisu, como dijo el turco cuando ya estaba adentro —dijo Diana, sentándose, mientras sonreía con los dientes, con los ojos.

—¿Cómo te va, Diana? Pero ahora que me doy cuenta ¿vos no estabas en el Astro? Nos conocemos de allí —dijo Alberto.

—Estaba, claro, pero hace dos semanas me pidió Don Alí, que viniera. Da igual un sitio que otro y acepté.

—¿Y cómo te va por acá?

—Me va bien en cualquier parte, siempre mejor que a las demás. Por eso algunas no me quieren. ¿Pero qué importa?

—Esta chica me da sed —dijo Alberto—. ¿Tomamos algo? Vos también, ¿pero a tomar en serio, eh?, no uno de esos tecitos fríos con esencia con que ustedes se van inflando toda la noche. A vos te gusta, el alpiste.

—Me gusta, claro, pero digo yo: ¿no se usa más eso de presentar a la gente?

—Perdoname. Quirós, un compañero del diario, Diana, la reina de las copetineras.

—Ah, ¿usted también es fotógrafo? ¿Y la máquina? ¿La dejó en casa?

—Pero no, vieja, éste no 'escracha'. La máquina que usa no es la Spido, es la Remigton. ¿Te das cuenta?

—Me doy cuenta que tu amigo es demasiado serio. Y yo que tenía tantas ganas de conocer un periodista de veras, justamente de los que escriben.

—Y bueno. Este ñato, escribe.

—Pero no habla. Bueno, bueno, por lo menos se sonríe. Menos mal, porque ya pensaba que el chico se asustó del cuco. Ya sé que soy fea, pero no creía que era para tanto.

—No se calumnie —dijo por fin Quirós—. ¿Quiere que le diga la verdad? Me debo haber quedado mudo cuando empecé a sospechar que su sonrisa era para mí. ¿O me equivoqué?

Temió haberlo dicho con demasiado solemnidad. Quirós desconfiaba de su capacidad de ser natural en un diálogo semejante. Estaba seguro que allí donde Alberto con un par de chistes y cualquier otra expresión de bonhomía poco refinada y hasta brutal, pero fluyendo al nivel de quien lo escuchaba, podía establecer fácil, inmediato contacto, él en cambio fracasaría por falta de flexibilidad. Pero Diana volvía a sonreír con una plenitud que nunca hubiera imaginado en semejante lugar, con lo cual se sintió aún más cómodo a su lado.

—Veo que tu amigo escribe, y con buena letra —dijo ella—. ¿Y eso de tomar algo?

—Vayan pidiendo. ¿Old parr para todos?

Alberto repitió al mozo la marca del whisky, y chistó a Elizardo quien al responder con un movimiento de cabeza quería decir que en efecto les mandaría bebida buena. Jugueteano, Diana hizo tintinear los trocitos de hielo en el vaso empañado, y ese sonido al segundo whisky le parecía a Quirós un eco de la chispeante alegría que lo estaba invadiendo. Se sentía cada vez mejor, instalado en el lugar, tan hospitalario. Se consideraba invitado de Diana, y protegido por ella. Escucharon la orquesta, bailaron unos tangos. Para Quirós, mal bailarín, y que no tenía la costumbre de bailar, cobraba a cada vuelta mayor significación el hecho de abrazarla apretadamente.

—¿Quiere que le diga la verdad? Antes de que usted se acer-

case yo estaba lleno de preocupaciones, de problemas. Ahora ya no tengo ninguno. Es decir —agregó, dirigiéndose esta vez a Alberto— ¿seguro que este whisky no hay que pagarlo?

Se rieron los tres. Quirós se sentía locuaz, deseoso de charlar con ella y sobre todo de relatarle cosas, hacerle su historia completa, contarle toda su vida, sus tribulaciones actuales y explicarle lo que a su entender eran los motivos de sus dificultades. Estaba agradablemente mareado, sumido en un feliz relajamiento físico y espiritual, y cuando media hora más tarde Alberto le propuso que se fueran, Quirós se negó terminantemente a levantarse.

—Pero si todavía no hemos podido hablar ni dos palabras —alegaba—. Yo me quedo hasta que ella salga y así la acompaño hasta su casa.

—¿A mi casa, esta noche? No querido. ¿Por qué no te vas, y vuelven mañana? Quiero que mañana me lo traigas de nuevo —dijo a Alberto— y entonces vamos a conversar.

Alberto se lo llevó, burlándose de él por sentirse, con sólo tres whiskys, tan singularmente arraigado en el lugar.

—Yo no sabía que te mareabas tan pronto, —comentó.

—Me parece no haber hecho ningún papelón —dijo Quirós con toda dignidad.

—¿Papelón? Quién habla de eso. ¿Qué papelón vas a hacer aquí?

—Y para que sepas, no estoy mareado. Contento, sí; me siento burbujeante.

—Sí, sí, ya me parecía.

—¿Diana es amiga tuya?

—Tanto como amiga... La conozco hace un par de años. Era la mejor copetina del Astro. Al final de la noche le anotaban más fichas que a nadie. Es de las que hace gastar. La buscan muchos y con el carácter que tiene reúne gente distinta. Buena muchacha, y cuando hay que tomar, toma, eso te lo puedo garantizar yo.

Ya acostado y sin poderse dormir en una extraña modorra desvelada, navegaba entre los recuerdos de esa noche, recuerdos de voces, música, luces y colores. La madura simpatía de la risa de Diana, la melodía y el ritmo del "El Amanecer" de Roberto Firpo, uno de los tangos que habían bailado, y el abrazo con que más que llevarla se había dejado llevar por ella, lo conducían firmemente a través del río vivo de su insomnio. Y esa correntada lo

transportó insensiblemente al recuerdo que pudo creer perdido de noches mucho más lejanas. En su especial estado encontró el camino secreto a tales territorios perdidos de su memoria. Como islotes que emergían a su llegada salían a su encuentro fragmentos del recuerdo sumergido de Mataderos, tal como era de noche y tal como era de día, porque al solo sonido de la palabra, junto a las imágenes nocturnas afloraron algunas visitas en la tarde, con su color, su luz y su olor diferentes. En la tarde había menos gente, las mujeres parecían repuestas después de la siesta, reconfortadas por el mate que habían tomado en sus piezas. Andaban con batones y salidas de baño, vestimentas de entrecasa. Alguna vez había estado tan temprano que desde la claraboya del techo de ese ambiente amplio como un galpón llegaba un rayo oblicuo de sol. Los pisos de baldosa estaban mejor barridos. Y sin embargo, el prostibulario olor que convertía a todo el local en un amplificado preservativo usado, era más fuerte en medio de esa limpieza diurna. Por la noche una animación de mercado, de abigarrada feria, comenzaba en las calles del barrio, en las esquinas próximas. Eso era un *far west* con luz eléctrica. En diversos vehículos, tranvías, autos, colectivos, se volcaba el gentío, que invadía cafés que eran a la vez churrasquerías, restaurantes, y llenaba toda clase de boliches. Chorizos y chinchulines se iban poniendo a punto en las parrillas. La calle estaba en algunos trechos muy iluminada por los negocios abiertos y los pequeños puestos donde vendían cigarrillos y la imprescindible protección que ofrecían también vendedores ambulantes dedicados al inesperado menudeo, tan natural como la venta de serpentina en el corso. Luego, unos bares con animaciones pornográficas. En pequeños tablados altos, en lugar de orquestas —si acaso un guitarrista a veces justificaba la reminiscencia de música que podía traer tal estrado —actuaban algunas artistas que tal vez aprovechaban de este modo el día franco en el caserón que nucleaba el barrio. Con un hombre mantenían diálogos increíblemente sucios, componiendo una terrible literatura, en la que el intercambio verbal se cumplía para mayor burla o escarnio, en verso, cuyas agresivas estrofas se redondeaban con una sorprendente e inconcebible sonoridad. Eran pequeñas obras de teatro, entremeses prostibularios, cuyo texto hablado se subrayaba con una mímica complementaria salvajemente inequívoca.

Siempre habían maravillado a Quirós esos tablados. La rotundidad de esos versos era acentuada por la rima categorica. Ese

encadenamiento de palabrotas con ritmo resultaba inesperado, lo que acentuaba el efecto. La sucesión sonora iba buscando el resultado final, que siempre giraba en torno a una amplificación de la insultante dedicatoria clásica. La frase era modificada según las necesidades del maestro, conservando su rotundidad esencial que se correspondía exactamente al ademán corriente de la artista que cerraba casi siempre el *sketch* dándose vuelta, alzando la pollera para enseñar la redonda cola maduramente rajada.

El gran patio cubierto del caserón contiguo era otro escenario. Lo recordaba como un espectáculo de teatro en el que predominaba lo visual. Sobre el fondo rosa vinoso del encalado de las paredes se movían figuras de mujeres de distinto color. Un vestido de gasa celeste que transparentaba el cuerpo. Bajo el tul, algunas figuras que habían perdido la gracia femenina tomaban apariencias desagradables, de ranas monstruosas. La memoria parecía divertirse por su cuenta y combinaba imágenes y veía a esas mujeres ranas sentadas sobre un orinal o escupidera. Luego caminaban despatarradas. Pero no todas eran deformes. Una alta muchacha, imponente pero proporcionada. Una delgada y bonita bañista, ya que llevaba una malla blanca, siempre rodeada de admiradores, manejando con buen humor esa tertulia. Una morocha muy llamativa con aire de criolla, pero de Cuba, como si en su brillo tropical se registrase un destello de origen negro. Y aquella pelirroja de nariz afilada que una noche parecía tan divertida, aunque una compañera contó más tarde que estaba sufriendo de los ovarios y que aguantaba fuertísimos dolores cada vez que se llevaba a alguien a su pieza. En el recuerdo, los hombres eran siluetas negras. Contra una columna cuadrada se combinaban las figuras oscuras con las presencias coloridas. Se formaban parejas románticas en las que ella apoyaba la barbilla en el hombro de él y él alzaba su rostro meloso hablándole casi al oído mientras ella, con una mano perdida allá abajo, lejos del nivel de los rostros, procuraba ponerlo a punto. Quirós se ubicaba muchas veces en un banco de plaza de curvado respaldo y desde allí seguía con mirada perdida el cuadro cambiante como un sueño hasta que interrumpía esta observación alguna mujer que se le sentaba encima atornillándose contra su cuerpo en un breve movimiento circular y se apartaba luego de un salto y entre risas burlándose de su caricatura de solitario.

Eran recuerdos. Habían compuesto una realidad, ahora eran imágenes. Sin embargo, pensaba que nunca tuvo tanto relieve lo

que tan vivamente recordaba. Es que ahora admitía esas escenas de otro modo. Sentía la necesidad de conceder el mismo primer plano a todo lo que había vivido. ¿Era eso posible? Se negaba a destacar una cosa para borrar otra. Aspiraba a igualar los hechos y las personas, entre los cuales no hay porqué —así lo sentía— crear jerarquías artificiales. ¿Tenía entonces que confesarse que en esta semipenumbra alcohólica ya estaba enamorado de Diana? ¿Era eso lo que perseguía? ¿Pero por qué hacer cuestión fundamental acerca de las palabras? No hay que permitir que las palabras frenen la inclinación, bloqueen y esterilicen una actitud del alma, como en el hecho sucedía. Pero necesitaba tranquilizar a ese alguien que en él vivía de palabras. Enamorarse, solo se enamora uno de la novia pura. Cuántas frases que no significaban nada. ¡Pero qué fuerza tenían! Eran más poderosas que el sentimiento. Lo cambiaban, lo escondían, no lo dejaban surgir ni vivir en su simplicidad, lo mataban. Naturalmente, esas palabras conservaban en orden al mundo. Pero no del todo, a pesar de su influencia, porque la otra realidad existía y de pronto venía a golpear exigiendo su derecho a existir y manifestarse siquiera sea en la rebeldía momentánea de unos recuerdos. Y él estimulaba esta reclamación de la realidad, ayudándola a salir a flote y darle un lugar en la existencia, sin aceptar categorías convencionales. ¡Qué empeño! ¿Quién le movía a esa igualación de elementos? Quería hacer justicia a lo sumergido y olvidado, a lo escondido y disimulado, a lo que todos hunden en los repliegues de la vida y de la mente pues así como ocupan el subsuelo de la existencia no tienen mejor lugar en el pensamiento. Un criterio más social que individual le asigna un puesto y la mente respeta ese orden y no le reconoce categoría. Pero él apoyaba la sublevación de la memoria oprimida, queriendo oxigenar su propia intimidad. Nunca le había descrito a Carmen esas tertulias verticales. ¿Por qué, pues, decía que todo lo sabían el uno del otro? ¿Significaba entonces que estaba dialogando con Carmen? Naturalmente, se sentía obligado a rendirle cuentas de esta noche. Se había dejado arrastrar al 'vicio' y a la 'abyección' sin usar los morales mecanismos de defensa. Pero esto era lo que le agradaba; si había sido la indecencia, que tanta decencia. Y en todo caso, esta noche —se dijo rencorosamente— que convivan noviecitas y prostitutas.

Mala calle, Florida, para un desocupado. Aturdido por el gentío que en direcciones encontradas desfilaban sin fin, Quirós se detuvo, sumándose al grupo de personas que escuchaban la victrola ubicada a un costado de la ancha entrada de la casa de música. Se oía el tango "Recuerdo", muy bien tocado por una orquesta que trató de reconocer. La composición popular había surgido bien construída en la densidad musical de la interpretación de esa típica. Cuando terminó, alguien que estaba a su lado dijo por lo bajo y como para sí:

—¡Qué tangazo!

Quirós lo miró con simpatía por resumen tan conciso que además expresaba tan bien sus propias impresiones, y los dos se rieron: era Armani, quien tomándolo del brazo lo llevó hasta una puerta contigua desde la que partía una escalera de mármol blanco, que juntos empezaron a subir.

—¿A dónde me lleva?

Los altos pisos antiguos exigían muchos escalones. Llegaron a un hall. Sus paredes recién pintadas olían a cal fresca. Pasaron a través de dos piezas bien iluminadas en las que varias personas, alrededor de dos mesas, escribían.

—Esto parece un diario.

Entraron en una habitación contigua, cerrando Armani la puerta tras de sí. Con un ademán lo invitó a sentarse en un sillón, mientras se ubicaba en un escritorio.

—Amigo Quirós, ¿está usted dispuesto a prestarme su noble concurso para una valerosa empresa digna de nuestros brazos? Empresa periodística, digo.

—¿Y en calidad de qué cree usted que estaba yo escuchando música hace un rato? De vago, simplemente. Pero oiga un poco: ¿en serio me está ofreciendo un puesto en alguna parte?

—Ni más ni menos, hablando en plata.

—¿En plata? ¿Así que van a pagar, y todo?

—Eso no se pregunta, compañero, estando yo de por medio. Hemos remado juntos en más de una galera y ahora que yo seré el cómitre quiero que en la punta del látigo se vean unos billetes. Estoy buscando gente capaz, inteligente...

—Hombre, muchas gracias.

—... grandes periodistas, en una palabra, dispuestos a trabarse en descomunal combate contra toda clase de gigantes y facedores de entuertos.

—¿Pero qué tienen que ver las galeras con los gigantes?

—Sí, reconozco que nada...

Los dos se rieron.

—Concretamente —dijo Armani—, necesito un jefe para la sección policía. El sueldo es de 200 pesos. Vea si le conviene.

—Me conviene bárbaramente. Sólo que nunca hice policía.

—Mejor, mucho mejor. Quiero que hagamos un diario distinto. Usted sabe que mi fuerte es la 'nota' y me llamaron para secretario de redacción. De manera que usted que es medio poeta bien puede hacer policía.

—Lindo lo de medio poeta. Pero en definitiva ¿qué diario es?

—Todavía no es. Está por nacer.

—¿Y para qué va a nacer? Vamos a exigir el esclarecimiento total del asesinato de Bordabehere?

—Sch... No hagas preguntas indiscretas. Seremos objetivos, informativos.

—Bueno, hagamos preguntas 'discretas'. ¿Cómo se llama este órgano imparcial, independiente?

—No tiene nombre todavía, pero es una empresa en serio. Y pagarán las quincenas... por lo menos durante unos meses. Vamos a buscarle un lugar en la redacción.

Volviéron a una de las piezas que antes atravesaron. En una vulgar mesa de comedor trabajaban dos personas que alzaron las cabezas cuando ellos entraron.

—¿Qué le parece este lugar? Voy a presentarle a sus futuros compañeros. El señor Limeres —dijo, dirigiéndose a un hombre menudo que le sonrió—, y el señor Casalter —agregó, indicando a un caballero calvo y corpulento que se echaba de tal modo sobre la mesa para escribir, que mostraba el lomo.

Quirós saludó cohibido, pero luego, rehaciéndose dijo bromeando:

—Lo que no veo es la máquina de escribir.

—Tenemos dos, y veremos más adelante si podemos conseguir otras. Pero en fin, tal vez pueda compartir la mía. Ya veré cómo nos arreglamos.

El llamado Casalter contestó:

—Lo que es yo, me arreglo muy bien sin la dichosa máquina. Y si no digo que debieran prohibirlas, sólo creyendo que un verdadero periodista no necesita más herramienta que ésta.

Y alzó en ristre su lapicera.

Quirós lo miró con curiosidad al advertir la sonrisa de Armani, pero explicó con seriedad:

—Hasta hace poco yo también escribía a mano. Este año, obligado, me acostumbré por fin a la máquina.

—Es que Casalter —dijo Limeres sonriendo— es muy tradicionalista. En su casa, me consta, sólo escribe con pluma de ave.

—Me gusta a la antigua, señor gracioso. Eso de tener que escribir un suelto y andar buscando letra por letra para darles un golpe... No me diga que así es posible escribir con alguna inspiración.

—Bueno —dijo Armani— creo que va a estar a gusto en esta mesa. Pero ahora venga, quiero presentarlo al director. ¿Qué le parecen —le preguntó al alejarse— estos caballeros de la pluma... de la pluma Perry? Porque para estos veteranos hasta una estilográfica es un exceso de modernismo.

Con Quirós detrás, Armani, sin anunciarse, se asomó a un despacho contiguo al suyo.

Una mesa de las llamadas Directorio, sillones de cuero, un armario de roble americano con visillos oscuros, y hasta el lujo de una alfombra, hacían más confortable la oficina en la que estaban trabajando dos personas. Una de ellas se levantó, cordial y sonriente. Era el director, el señor Scordia, quien estrechó con calor su mano, asegurándole que conocía sus méritos a través de las referencias de Armani. Luego, como si estuviera ansioso por proclamarlo, manifestó su admiración por los periodistas, en general, aclarando que él, por cierto, no lo era, y que estaba seguro que nunca llegaría a serlo, pues carecía de la inteligencia, de la portentosa agilidad mental que demandaba la profesión. Hizo un alto para presentarle al otro caballero que resultó ser el jefe de redacción, el señor Celestino Pastrana que hasta entonces no había dicho una palabra y que saludó muy fríamente a Quirós. Scordia retomó el hilo, opinando que los periodistas constituían una fraternidad del talento, que él no se cansaba de admirar, pues si la gente parecía acostumbrarse a todos los prodigios, él no estaba dispuesto a restar importancia a ese milagro de condensación que significaba resumir en pocas páginas los innumerables acontecimientos que en todo el mundo se acumulaban cada 24 horas. Aseguró que solo teniendo "mucha materia gris" era posible abarcar sin aturdirse el panorama que "debía tener en la cabeza" un secretario de redacción, indi-

cando con un ademán al decirlo a Pastrana y a Armani. Con sostenida locuacidad encontró palabras para señalar la importancia de la sección policía que allí no se encararía como un muestrario de crímenes o una complaciente crónica roja para mal ejemplo de las mentes impresionables. El diario aspiraba a entrar como un amigo en todos los hogares y no había que olvidar que los niños eran grandes lectores de periódicos. Confiaba que Quirós —con el excelente criterio que tanto le había ponderado Armani— sabría encontrar el "aspecto humano" que yacía en el fondo de los sucesos policiales dejando de lado lo que pareciera morboso. Quirós aprobó con movimientos de cabeza esas últimas palabras, que le resultaron sensatas. No le parecía fácil la sección policía y no estaba nada seguro de que podría hacerla realmente bien; lo que escuchaba ya era una guía para su futuro trabajo.

Por una puerta se asomaron en ese momento dos caballeros. Uno de ellos era alto y delgado, vestido de oscuro, con cierta inmóvil expresión caballuna en la cara, y parecía esperar obstinado. El otro, más bajo, con un rostro despejado, ojos azules y un cabello rubio ondulado, se sonrió agradablemente y compuso un ademán con el cual decía que no interrumpieran tan importante conversación para atenderle, pues podía esperar.

—¿Qué tal, Echeverry? —lo saludó Armani.

Scordia, se acercó, conversando en voz baja con ellos, y cuando se retiraron, dijo que ahora que el azar había querido ponerlo al frente de tan inmensas aptitudes como las que reunía una redacción moderna estaba dispuesto a no ahorrar esfuerzo para que triunfaran de manera absoluta. Por supuesto, no intervendría en la parte periodística pues tenía una fé ciega en las huestes de Pastrana y Armani tanto como en ellos mismos, pero con lenguaje poco claro dió a entender que ellos, al ofrecerle un buen diario, serían los foriadores de un instrumento que a él tocaría utilizar y aunque no aclaró de qué manera Quirós creyó comprender que Armani entendía mejor que él las palabras un tanto enrevesadas de Scordia.

—A todo esto —dijo con dureza Pastrana— el diario debe salir la semana que viene y aún no tiene nombre.

Quirós creyó comprender que ese era el tema de la conversación que él había interrumpido, y se levantó dispuesto a retirarse. Scordia lo invitó sin embargo a quedarse, expresándole que lejos de molestar, su presencia resultaría útil pues hasta podría sugerirle una denominación que hasta ahora no encontraban y cuya

búsqueda les daba bastante dolores de cabeza. Pastrana hizo un visible gesto de fastidio como si le pareciera mal que se permitiera intervenir en esa conversación a una persona cuya jerarquía evidentemente consideraba inferior. Quirós sorprendió su reacción y se movió vacilante para salir, pero Armani lo obligó a quedarse. Se sentaron todos alrededor de la mesa Directorio. Aparte de que era preciso desechar, lógicamente, todos los nombres de los diarios en circulación, y de muchos que ya habían dejado de aparecer, pues era retenido su dominio, también era forzoso prescindir de algunas designaciones posibles pues resultaba que habían sido previsoriamente registrados por empresas o individuos que se anticipaban de este modo a la realización, muchas veces improbable de vagas iniciativas periodísticas. Además existía una limitación específica pues Scordia rechazaba los nombres masculinos, sosteniendo con inmovible convicción que en el país solo habían subsistido los diarios de designación femenina.

—Lástima que no se puede utilizar *La Gaceta* —acotó Quirós, que enseguida tuvo la sensación de haber dicho una tontería.

—Tampoco se puede utilizar *La Nación* y *La Prensa* —dijo Pastrana con tono ácremente burlón.

Scordia descartó otros dos nombres aunque eran femeninos: *La Causa* y *La Brecha* porque ya los había utilizado en otros tantos diarios cada uno de los cuales duró muy poco tiempo, y aunque conservaba la propiedad de esos títulos le parecía de mal agüero aplicarlos al nuevo hijo en gestación.

—Por qué no le pone *La Ametralladora*. Es bien femenino —dijo Pastrana, atrabiliario.

Scordia rió con todos. Quirós contemplaba su fisonomía que encontraba contradictoria. Su cara era pequeña, con una típica agudeza de ave de rapiña, pero sin agresividad, con lo cual, sus rasgos, más tenían de gallina que de águila. En realidad, se parecía sobre todo a la imagen de esas brujas desdentadas que parecen unir la nariz puntiaguda y la barbilla saliente.

—Hay un nombre que me gusta mucho pero no me atrevo a usarlo. *La Ruta*, —dijo pensativo—. Vamos a tener un letrado luminoso vertical y esto puede crear complicaciones. ¿Si por un desperfecto del neolux la patita de la R mayúscula quedase descompuesta? Ustedes se imaginan en plena Florida... Sería un escándalo terrible.

—Bueno, pero eso no puede ser una dificultad fundamental. No se va a descomponer justo la R. Y si eso ocurre, con apagar todo el letrado, ya está.

—Sí, Pastrana, pero hay que ver cuánto tardamos en darnos cuenta. Hasta que lo notemos, o hasta que alguien nos avise, pueden pasar un buen rato y mientras tanto... Si eso sucede, nos hundimos, nos hundimos —repitió convencido.

—Y bueno, déjelo.

—Y sin embargo me gusta.

A modo de descanso, se estuvieron refiriendo a diarios populares ya desaparecidos o cuya actual difusión o prestigio ya no eran los de su tiempo mejor. *Ultima Hora*, *Libre Palabra*, *La Unión*. Y lo peor era que esos nombres tenían dueños quienes además se habían reservado todas las combinaciones posibles con dichas palabras. Cuando ya parecía que era imposible encontrar alguno, Armani propuso el que después de ser muy discutido y sopesado resultó aceptable para todos. La última palabra la dijo Scordia después que ese nombre fué tantas veces repetido que ya parecía familiar.

—*La Senda*. Me parece que me gusta. *La Senda*. Si fuera de la tarde, no serviría, pero para un diario de la mañana, cae bien. Si me lo imagino ya voceado por los diareros en la primera hora de la madrugada: ¡La Sen-da! ¿No le decía yo? —agregó, dirigiéndose a Quirós—. Ha estado genial, Armani. ¡Esta será la senda que conduce al éxito y al triunfo! —dijo exaltado Scordia, aproximando más que en ningún otro momento la punta de la nariz y la mandíbula, que también apuntaba al que acababa de bautizar a la nonata criatura y se sonreía de tanto entusiasmo. Armani, Pastrana y Quirós se levantaron para salir. Ya fuera, Pastrana sonriendo torvamente, dijo:

—*La Senda*, *La Senda*. Me gusta. Que parecido a 'la celda' ¿no?

Celebraron la ocurrencia de buena gana. A Quirós le estaba resultando simpático ese malhumorado Pastrana.

Pocos días antes de la fecha fijada para la aparición, Armani exigió que se publicase un número de ensayo, para comprobar cómo funcionaba toda la organización del diario, a su juicio peligrosamente improvisada. Scordia alegaba que Robles el administrador, el de cara caballuna, no aprobaba tales gastos considerándolos inútiles. Presentaba las cosas como si el administrador fuese un guardián demasiado severo de los fondos que le estaban confiados,

y parecía ser el primero en censurar ese celo. "Es demasiado tanto amarretismo", decía. Finalmente accedió a convencerlo de que era indispensable la prueba y poco después salió Armani de su oficina, anunciando que esa noche se iba a trabajar como si a la mañana siguiente el diario fuese a salir a la calle.

—Para que sea "más de veras", ¿no se podrá pasar un vale? —preguntó Limeres con una sonrisa.

—¿Qué me dicen de este vivo? —dijo Casalter a Limeres como si éste hubiese propuesto una inconveniencia o una defraudación.

No hubo vales —no corrió el rosillo, según la frase de Limeres—, pero en cambio se supo que esa noche el diario pagaba la cena a todo el mundo. Lo anunció el mismo Scordia quien guiñando un ojo y con sonrisas que ablandaban sus puntiagudos rasgos presentó esa cena como un nuevo triunfo del mundo de la bohemia contra la helada tacañería del administrador.

—Le vamos a hacer comprender a Robles que esto es un diario, y no una empresa comercial —dijo.

Sus palabras fueron celebradas por quienes las escucharon. Una hora más tarde la sala de la redacción recuperaba inesperadamente su viejo destino de auténtico comedor. Mientras Quirós y Armani discutían con humorística seriedad como debía decirse correctamente al 'vesre', si 'cheropu' como quería el primero, o 'rochepu', como prefería el segundo, dos mozos iban sirviendo el plato que tornaba decorativo el distinto matiz anarajando del zapallo y la zanahoria y el rosa descolorido de los garbanzos. Las diez personas que allí trabajaban en ese momento se distribuían en tres mesas grandes. Al lado de las cuartillas colocaba el mozo una servilleta y sobre ésta el plato. Podía decirse que cada uno comía individualmente sin mucho contacto con el vecino. Sin embargo, desde la llegada del puchero y aun desde el momento que se hizo el anuncio de la inesperada invitación, un subterráneo entusiasmo común los acercó a todos. Ese puchero era mucho más que una simple comida, lo aguardaban como la promesa de una fiesta. Y desde luego, importaba como señal de desahogo administrativo. Todos convinieron, que al costo de cincuenta centavos el plato no podía pretenderse más. Resultó un cálido estímulo y Scordia que lo percibía se mostraba muy satisfecho de haberlo ofrecido, contemplando con benévola protección a sus admirados colaboradores que en ese momento completaban el menú con un postre de queso y dulce, y un café.

BONIFACIO LASTRA

El Prestidigitador*

SILBÓ la máquina con una larga pitada que se perdió en la pampa. Golpearon ruidosa y repetidamente los coches al arrancar el tren, que inició su marcha lentamente hasta tomar velocidad. Un momento después, se perdió a lo lejos la luz roja del último vagón.

Quedé solo, en la estación desierta, de pie entre mis dos grandes valijas. Las dejé a orillas del andén y me dirigí a la oficina del jefe.

—¿No hay algún mensaje para mí? —pregunté al auxiliar que se disponía a cerrar la puerta—. Me llamo Álvarez.

Ante la respuesta negativa, quedé pensativo un instante.

—¿Conoce la estancia "Santa Rosa"?

—Sí, señor —me respondió—. Esta mañana estuvo el señor Lafuente. Tal vez pasen mañana a recoger la correspondencia.

—Soy... soy... —Me quedé con la frase cortada, buscando la forma de explicarle quien era. Después, decidido, expresé:

—Soy el prestidigitador.

El hombre me miró sorprendido.

—Soy uno de esos que divierten a chicos y grandes, haciendo pruebas y juegos de manos.

—¡Ah! —dijo y continuó mirándome.

Entré entonces en detalle y le expliqué que de la estancia "Santa Rosa" habían pedido a la empresa para la cual trabajaba, un prestidigitador que debía llegar el viernes 14 a la estación Líbano. Suponía que mañana habría una fiesta de niños, pero me extra-

* Corresponde al libro "El Prestidigitador", que publicará próximamente la Editorial Goyanarte.

ñaba no encontrar a nadie, pues había quedado convenido que llegaría en el tren de las once de la noche del día de hoy.

—¿Esta estación es Líbano y hoy es viernes 14, no es así? —agregué.

—Así es, señor. El propietario de "Santa Rosa" es el señor Lafuente. Tiene una cantidad de chicos y están ahora todos en la estancia, además de la señora, la madre y una tía del señor. Algo he oído sobre que habían organizado una fiesta para estos días, pero ignoraba que debía llegar usted esta noche. Nada nos ha advertido esta mañana el señor Lafuente.

Quedé muy satisfecho con sus explicaciones.

—¿No podría darme un cuarto por unas horas? —le pregunté.

—No tenemos habitaciones para ubicarlo. Lo lamentó mucho.

—¿Y en el pueblo?

—Aquí no hay pueblo; sólo unas casas y algún negocio. Tal vez en la panadería. Alojjan a veces a los viajantes de comercio, pero no habiendo anunciado usted su llegada y a estas horas no van a recibirlo.

—¿Queda lejos la estancia?

—A unas dos leguas.

—¿No podría facilitarme un sulky?

Me miró un instante indeciso y en seguida me pidió que lo ayudara a preparar el carruaje. Buscamos ambos al animal, que estaba cerca, y lo atamos al coche. Mientras concluíamos, me explicó la ruta.

—Tome el camino que cruza la vía y siga siempre derecho hasta encontrar un molino a la izquierda, a unas treinta cuabras después del paso a nivel. De allí sale una calle, hacia la derecha. Lo lleva a la entrada de la estancia, a legua y media más o menos del molino. Encontrará a su izquierda un gran portón del que sale una avenida de acacias. Está el nombre de la estancia sobre la arcada. Tal vez encuentre la entrada con llave, pero hay una campana que cuelga de la arcada. Llame hasta que lo oigan. La casa está a pocas cuabras.

Le agradecí el sulky y las informaciones y partí después de cargar mis valijas.

Era una noche sin luna, pero a la claridad de las estrellas pude seguir la ruta indicada.

Me salieron varias veces los perros al encuentro mientras costaba los puestos. Al trote lento de la yegua, iba meditando en

mi azarosa vida que había desembocado, después de hacer un poco de todo, en hacer desaparecer objetos a la vista de los espectadores, tragar espadas y estopas encendidas y pintarme cara de payaso. Ganaba más, bastante más, que escribiendo cuentos para las revistas o llevando la contabilidad de algunos comercios. Con mi nueva profesión, pude utilizar la práctica que me dieron mis aficiones de titiritero ambulante, en aquellos años en que recorrí la provincia con dos amigos, llevando nuestro carro por sus pueblos.

Al pasar una charca, interrumpí el salmo de sus ranas y continué el viaje acompañado por el de los grillos. Una lechuza me miró con los ojos impávidos desde su poste, siguiendo con la cabeza mi trayecto.

Una hora más tarde hallé a mi izquierda el portón anunciado, con el nombre de la estancia.

Detuve el sulky y bajé. Resopló la yegua cabeceando mientras ataba sus riendas a la rueda. El portón estaba con candado, pero junto a uno de sus tirantes bajaba una cuerda desde una campana colgada del arco del portal.

Después de dudar unos segundos, tiré de la soga varias veces. Las sonoras campanadas llenaron la noche, primero con la estridencia de los golpes del badajo y después con el eco vibrante del metal, que fué muriendo lentamente hasta que el silencio volvió a cubrir el campo.

Iba a llamar nuevamente, cuando oí de pronto el ruido del candado al abrirse y el del cerrojo corrido.

—¿Usted es el payaso? —dijo una voz y noté que se abría el portón mientras yo respondía:

—Soy el prestidigitador.

Busqué en las sombras y vi al instante la figura de un hombre emponchado que me tendía la mano.

Extrañado de no haberlo visto en el primer instante, lo saludé mientras lo examinaba.

—Me llamo Alvarez. Mucho gusto —dije.

Sin decirme su nombre, me invitó a subir al sulky y a entrar. Así lo hice.

Después de cerrar el portón, saltó a mi lado y tomándome las riendas guió el animal hasta las casas.

Le pregunté durante el corto trayecto si no me esperaban esa noche, y me dió esta extraña respuesta:

—Aquí nadie sabe nada de nada y nadie espera a nadie.

—No le entiendo —dije— y él masculló un monosílabo ininteligible.

Ningún perro salió a recibirnos a la entrada, ni cuando enfrentamos la terraza del edificio principal, un chalet muy grande y antiguo con techos de zinc y los muros de imitación piedra con recuadros de ladrillo. La estancia estaba sumida en un silencio impresionante. Ni un ladrido, ni ese mugir lejano que interrumpe la paz de las noches del campo, ni siquiera el canto de los grillos, se dejaba oír en esa soledad de cementerio.

Descendimos y bajamos mi equipaje. Tomé yo una valija y mi acompañante la otra.

—Sígame —me dijo y subió los peldaños de la escalinata. La puerta de entrada estaba abierta y penetramos a un vestíbulo iluminado a gas.

El hombre marchaba seguido por mí y abría y cerraba las puertas sin ninguna precaución, como si fuera pleno día o nadie durmiera en la casa a esas horas de la noche.

—¿Está levantado el señor Lafuente? —pregunté, sin obtener respuesta.

Después de atravesar una biblioteca iluminada también a toda luz, pasamos por un corredor y se detuvo frente a una puerta. La abrió y me invitó a pasar.

Entramos y pude entonces observarlo detenidamente. Era un hombre alto de cara demacrada y ojos pequeños y hundidos.

Examiné la habitación que me destinaba. Un cuarto grande, amueblado sencillamente, con su cama de bronce, un gran ropero de varios cuerpos, la mesa de luz, un escritorio, dos sofás y varias sillas. Noté que la cama estaba preparada, lo que me hizo deducir que me esperaban esa noche, aumentando con ello mi extrañeza de que no me hubieran recibido a la llegada del tren.

—Aquella puerta es el baño —me dijo, señalando hacia un extremo de la habitación. Y agregó: —¿Necesita algo?

Lo que yo necesitaba era saber muchas cosas. Deshilvanar un mundo extraño que se me presentó desde mi llegada a la estación. Preguntar quien era este hombre silencioso y si la familia dormía, en cuyo caso por qué estaba la casa iluminada. Y mil cosas más que se me ocurrían y me intrigaban; pero cuando iba a entrar en conversación, me cortó el tono seco conque me dijo:

—Adiós —y cerró tras sí la puerta.

—Bueno —me dije— mañana quedará todo aclarado.

Abrí las ventanas y persianas y observé, fijados sobre el jardín, los cuadros de luz de varias ventanas iluminadas del piso alto. Escuché; pero el mismo silencio impresionante cubría la casa y el parque.

—La familia ocupará otro edificio —pensé. Pero no comprendía la razón de ese despliegue de luz.

Bastante inquieto por tanta cosa extraña, deshice mis maletas y coloqué cuidadosamente mis aparatos y trucos en el ropero, que afortunadamente tenía llave, lo que me permitiría quedar tranquilo frente a la curiosidad de las criaturas que podían descubrir al día siguiente las trampas de mis pruebas.

Me desvestí, cerré los dos picos de luz y me acosté, resuelto a vencer mi inquietud y a dormir unas cuantas horas. El silencio era tan fuerte que se lo sentía. Al poco rato me quedé dormido.

No sé cuanto tiempo duró mi sueño, porque, aunque al mirar el reloj en el momento de acostarme, faltaba poco para las dos, lo que ocurrió después no me dió tiempo para enterarme de la hora en que se inició el misterio de esa noche inolvidable.

Lo cierto es que se iluminó de pronto la habitación y al abrir los ojos sobresaltado, me encontré rodeado de una cantidad de personas que hablaban a gritos y reían.

Me restregué los párpados; pero no estaba soñando.

Rodeaban mi lecho gente joven y vieja y multitud de chicos. Todos conversaban a la vez en alta voz y lanzaban carcajadas estruendosas.

—¡Que se levante el mago! ¡Que se levante el mago! —vociferaban los chicos.

—¡Cállense! ¡Silencio! —decía un hombre maduro, que trataba de dominar la algarabía.

—¡Queremos que empiece sus pruebas en seguida! —chilló una viejecita que parecía octogenaria y cuya mano como garra tironeaba de las ropas de mi cama.

—¡Quieta! tía Adelina —dijo el hombre maduro que parecía el más sensato.

—¡Silencio! ¡Silencio! —exclamó una mujer joven que agitaba sus manos en el aire para aplacar la gritería.

Me incorporé y pregunté asombrado:

—¿Qué pasa? ¿Quiénes son ustedes? ¿Qué hora es?

El que parecía jefe de la familia, logró acallar el bullicio y me dijo:

—Disculpe, amigo. Yo soy el señor Lafuente. Los chicos se han enterado de que está usted acá y quieren ver sus pruebas en seguida.

—¡Sí! ¡Sí! ¡Sí! —gritaron todos a coro y la viejecita chilló:

—¡Que se levante el mago! ¡Que se levante el mago!

—¡Silencio!, he dicho —expresó el señor Lafuente.

Yo balbuceé:

—No entiendo, señor. No entiendo nada. ¿Qué hora es?

—No sé, mi amigo. Nosotros no miramos nunca la hora.

Ví, a través de la ventana, que era aún noche cerrada y exclamé:

—¡Pero señor Lafuente, no ha amanecido aún! ¿Cómo voy a empezar a trabajar ahora? ¡Esto es una locura!

—¡Ahora! ¡Sí! ¡Ahora! ¡Sí! —gritaron rítmicamente los chicos.

Había otra anciana no mucho menor que la primera. Era alta y erguida a pesar de sus años y hablaba con empaque y pausadamente.

—Que sea noche o que sea día —dijo— los chicos y los grandes queremos verlo trabajar en seguida. No sabemos si estaremos aquí mañana.

—¡Pero señores! —exclamé— esto no es sensato. Además, yo debo descansar. Tranquilicen a las criaturas y mañana los divertiré todas las horas que quieran.

—¡No! ¡No! ¡No! —volvieron a gritar—. ¡Ahora! ¡Ahor! ¡Que trabaje esta noche! ¡Esta noche! ¡Esta noche!

El señor Lafuente me dijo, entonces:

—Yo le ruego, señor, que no defraude a las criaturas. Ni a mi madre y mi tía, que están también ansiosas por verlo actuar.

—Esta es una familia de locos —pensé— y a los locos no se les debe contradecir—. Me dí cuenta de que si continuaba mi resistencia, no me dejarían en toda la noche, y aunque convenciera al padre, los chicos me torturarían con sus diabluras en cuanto los grandes se fueran a dormir.

—¿Dónde estaban ustedes anoche? —pregunté, y en ese instante descubrí, un poco alejado del grupo y conversando con un muchachón vestido modestamente, al que me había traído en el sulky, desde la entrada hasta el chalet.

—¿Anoche? ¿Anoche? —se dijo como preguntándose a sí mismo, el señor Lafuente.

—¿Anoche? ¿Anoche? —repitieron grandes y chicos.

Sin responder a mi pregunta, insistió otra vez el padre y clamaron las criaturas y las viejas para que me levantara y comenzara la función.

—Señores —dije entonces—. Ustedes me pagan y haré lo que quieran. Esto no me ha ocurrido jamás, pero si ustedes lo exigen, empezaré mi trabajo ahora mismo y repetiré mañana los trucos, pero, eso sí, no revelaré esta noche ninguna de mis trampas, porque sino mañana les aburrirían.

—¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! —sonó la carcajada general que me dejó atónito y molesto.

—No se enoje, señor mago —dijo el señor Lafuente— mi familia está un poco incrédula sobre la eficacia de sus trucos.

En ese instante, un chiquilín pecoso, de nariz muy respingada, se coló bajo mi cama e intentó después abrir el ropero, gritando.

—¿Dónde están los aparatos? ¡Quiero ver los aparatos del mago!

Me pareció que la puerta del ropero cedía a los tirones del muchacho. Iba a saltar, muy alarmado, cuando el padre le ordenó dejar el mueble y el chico obedeció en seguida.

—¿Ese señor es el que me trajo anoche? —dije señalando al extraño personaje que me abrió el portón de la estancia.

—Sí, señor... señor mago.

—Álvarez —dije.

—Sí, señor Álvarez. Es Luis, el capataz de la estancia.

Me sentía muy incómodo, además de estupefacto.

Un prestidigitador —pensaba— requiere cierta solemnidad frente a su público. Comprendía el ridículo que hacía con mi pijama a rayas, metido en la cama y rodeado de chicos y viejas.

—Señor —dije al padre— le ruego ordene a su familia se retire del cuarto para poder vestirme y preparar mis pruebas.

Los chicos gritaron:

—¡Que se vista el mago! ¡Que se vista el mago!

—¡Silencio! —exclamó el padre y después, dirigiéndose a mí, agregó:

—Voy a presentarle a mi gente y después nos retiraremos mientras usted se prepara.

—¡Válgame Dios! —pensaba yo— tienen que pasarme a mí estas cosas. Venir a hacer de prestidigitador y ventrílocuo en medio de la pampa, y que me presenten a mis espectadores en plena noche

y en la cama. ¿No estaré soñando? —me pregunté una vez más— ¿o resulte que esto es uno de mis trucos realizados en un teatro?

Pero no estaba soñando, ni había tal teatro, ni ese era uno de mis trucos. El señor Lafuente se dirigió a su familia y ordenó:

—¡A ver! Saluden al señor, uno por uno, a medida que los vaya presentando. —Tuve que someterme a esa humillante presentación y dejar que mis dedos sufrieran los apretones de toda la familia.

—La señora de Lafuente —dijo, y una mujer joven, con ojos lánguidos y la voz muy suave, me estrechó la mano mientras me saludaba.

—Mi madre —añadió después, y se acercó la viejecita alta y erguida.

—¡Viva la abuela! —gritaron los chicos a coro y la anciana les sonrió inclinando la cabeza, como si respondiera solemnemente a la ovación de una multitud.

—Mi tía, la señorita Adelina —continuó el señor Lafuente. La garra de la octogenaria se prendió de mi mano y sentí sus uñas aferrarse a mi palma. La anciana dijo con voz atiplada:

—Mucho gusto señor prestidigitador. ¿Por qué no se levanta de una vez y empieza sus pruebas? —y acto seguido dió un fuerte tirón de mis sábanas. Tuve que sujetarlas para impedir que las arrancara del lecho.

—¡Quieta!, tía Adelina —exclamó el señor Lafuente, y la vieja se alejó mientras se sacudía con una risita histérica:

—¡Ji! ¡Ji! ¡Ji!

Tocó después la presentación de los hijos. Eran cinco varones y dos mujeres.

—Perico, el mayor —dijo el padre y se acercó al pecosito, un muchacho de unos trece años.

—¿Que edad tienes? —pregunté por decir algo.

—¡Cien años! —gritó y me lanzó una trompetilla que repitieron varias veces a compás los otros seis y la tía Adelina.

—El Bocha —agregó el señor Lafuente, y un negrito de unos once años, con el pelo caído sobre los ojos, me hizo una reverencia burlesca inclinándose hasta el suelo.

Continué presentándome a los demás hijos, todos en escalonada edad, que llegaba hasta los cinco años. Conocí así al Yuyo, Panchita, el Coco, Paquita y Botón.

Ordenó después a mi acompañante de la noche y al otro muchachón, que me saludaran también.

—Luis, el capataz, y Andrés, uno de mis peones —dijo.

—¡Bueno! —exclamé cuando concluyeron las presentaciones —si me dejan vestir iniciaré mi trabajo en seguida.

—¡Afuera todos! —ordenó el señor Lafuente.

Ví como Perico daba un salto y cerraba uno de los picos de gas, mientras el Bocha hacía lo mismo con la otra llave ubicada junto a la entrada. Quedó la habitación en tinieblas y oí un terrible alboroto de sillas caídas y de golpes. Busqué a tientas los fósforos y cuando alumbré, toda la familia había desaparecido cerrando la puerta tras sí. Pero oía llegar desde lejos otros ruidos de golpes y de muebles arrastrados.

Encendí nuevamente los picos y me asomé a la ventana. Tuve por un instante la tentación de saltar y marcharme a pie, pero la altura hasta el jardín y la idea de perder mis instrumentos de trabajo, me hizo desistir de esa idea.

Mientras me vestía y ordenaba mis cosas, noté que al bullicio de un momento antes, había sucedido un silencio impresionante, como el que reinaba en la casa a mi llegada.

Cuando estuve listo, abrí la puerta, cargué mis valijas y me asomé al corredor.

Me esperaba el señor Lafuente.

—Sígame —me dijo, y agregó mientras marchaba detrás suyo:

—Haremos la representación en la sala. Ya está todo preparado y lo espera la familia con ansiedad.

Pasamos por la biblioteca y el vestíbulo y entramos a un amplio salón.

Quedé sorprendido al ver que todo había sido arreglado como un pequeño teatro. En uno de los extremos de la sala habían improvisado, con tablas y cajones, un tablado con su cortina de arpillera, que podía correrse como un telón. En el centro de la habitación, en sillas colocadas como plateas, en dos filas, se hallaban sentados mis espectadores.

Me dejó atónito el silencio de mi público. Grandes y chicos permanecían tiesos en sus asientos, sin moverse, sin despegar los labios. Parecían muñecos clavados a las sillas.

—Esa puerta, detrás del tablado —dijo el padre mientras tomaba asiento— comunica con una salita. Puede usted colocar allí sus muñecos y preparar las pruebas.

Me sentía totalmente perturbado, pero decidí enfrentar la situación con la mayor serenidad posible, resuelto a actuar sin tener en cuenta la extravagancia de esta familia. Lo que más me aterraba eran las criaturas, pues temía que descubrieran rápidamente mis trucos, haciéndome fracasar con sus cuchufletas.

Subí al tablado y engolando la voz inicié un discurso de presentación:

—Señores —dije— soy el Mago Rocambola. He viajado hasta aquí montado en un rayo de luna...

—Esta noche no hay luna —interrumpió una de las criaturas más pequeñas; creo que la que se llamaba Paquita.

Tosí y todo volvió al silencio anterior. Continué mi presentación:

—Vengo de la luna y he venido a mostrarles algunas cosas divertidas que espero les entretengan. Si me esperan cinco minutos, estaré en seguida con ustedes y empezaré la función.

Abrevié en esta forma mi discurso, temeroso de nueva interrupciones, pero con la última palabra de mi corto preámbulo estalló un grito unánime en la sala. Creo que hasta el señor Lafuente y su mujer participaron en las exclamaciones:

—¡Viva el Mago Rocambola! ¡Viva el Mago Rocambola!

Después del segundo grito de "Viva el Mago Rocambola", paró el saludo en seco, como si fuera el de un conjunto amaestrado, y permanecieron todos tiesos, mirándome fijamente y en silencio.

Corrí la cortina y abriendo la puerta indicada, entré a la salita con mis valijas. Rápidamente distribuí y preparé mis instrumentos asegurándome primero de que ninguno de los chicos se hubiera colado en la habitación.

Salí y comencé con los trucos más fáciles. Los pañuelos anudados que se desatan de un tirón. Los aros que se enganchan y sueltan misteriosamente. La galera de las sorpresas y varias pruebas por el estilo.

Ni un aplauso, ni un grito de aliento o admiración, me brindó mi extravagante público. Hubiese creído que mis trece espectadores estaban dormidos, si no hubiera visto sus ojos rígidamente abiertos y clavados en mi persona.

Recurrí entonces a otras pruebas más espectaculares. Nada. Fue inútil que tragara espadas y cuchillos e introdujera en mi boca verdaderos incendios que apagaba con chorros interminables

de agua. Tampoco escuché una voz de aprobación ni vi un gesto de sorpresa cuando me corté una mano y volví a pegarla en su sitio, ni cuando crecí como un gigante o me reduje a la estatura de un enano. Como estatuas, permanecieron mis espectadores, sin decir palabra ni moverse. Estuve a punto de enojarme y dar por terminada la función.

Comencé, entonces, a dialogar con mis muñecos. En un momento de la conversación con mi Pinocho, oí una voz que interfería diciendo:

—¿Por qué no le das un puñetazo o Rocambola, Pinochito?

Una carcajada unánime saludó al gracioso y volvió el silencio. Me pareció que el autor era el negrito que llamaban el Bocha. Fue una maravilla como imitó al muñeco y disimuló el movimiento de sus labios.

Seguí hablando con mi voz de ventrílocuo, mientras observaba al chico y otra vez interfirió una voz:

—Sáqueme los dedos de la cintura, señor Rocambola, me está haciendo cosquillas —dijo el gracioso imitando al muñeco.

Al mismo tiempo, Pinocho se contorsionó y oí una risita de pigmeo.

Fue tan perfecta la impostación de la voz y tan extraña la sacudida del muñeco, que lo miré espontáneamente, como si fuese él quien hubiese hablado y reído.

Mientras seguía la representación, se me ocurrió de pronto que en esta familia de excéntricos, posiblemente el señor Lafuente fuera un consumado ventrílocuo y la diversión para los chicos y las viejas consistiera en las bromas de que yo iba a ser objeto esa noche. Me puse a observarlo atentamente.

—¿Te gusta Panchita, Pinocho? —pregunté al muñeco y le hice responder:

—Sí, señor Rocambola. Es una niña muy simpática y muy juiciosa.

Otra vez interfirió la voz del bromista, imitando al muñeco:

—Señor Rocambola, señor Rocambola. La verdad es que la que más me gusta es la señorita Adelina, esa viejecita que está sentada en segunda fila con los anteojos en el extremo de su nariz. Al mismo tiempo que oí esa frase, mi muñeco movió un dedo y señaló a la tía del señor Lafuente.

Un escalofrío me recorrió el cuerpo, porque estaba seguro de no haber actuado para que el muñeco moviera el dedo.

—Estoy muy nervioso —pensé—. Hago hacer al muñeco movimientos que no le corresponden.

Al tiempo que oía la frase que el misterioso ventrílocuo hacía decir a Pinocho, con un movimiento de autómatas se incorporó de su silla la pequeña Panchita, a quien la tía del señor Lafuente le sacó la lengua.

—Ahora —dije—, les voy a presentar a mi loro Bertoldino.

Buscaba en realidad una interrupción para verificar si había bajo el tablado, alguien oculto que fuera el autor de las interferencias.

Corrí la cortina y examiné bajo las tablas. No había nadie. Después de recoger mi loro embalsamado, abrí nuevamente el telón.

Nadie hablaba, nadie se movía, y Panchita había vuelto a sentarse, permaneciendo rígida en su silla.

—Señores: Bertoldino quiere...

Me interrumpió, poniéndose de pie, el pecosito, que llamaban Perico:

—¿Me permite, señor Mago, que haga yo algunas pruebas?

Antes de que respondiera estalló el coro:

—¡Que trabaje Perico! ¡Que trabaje Perico!

Dominando mi turbación, me dirigí a mi loro:

—Bertoldino, ¿lo dejamos trabajar a Perico?

Entonces, mi loro, o mejor dicho el hábil ventrílocuo que se ocultaba entre mis espectadores, respondió:

—Sí. Déjelo trabajar a Perico, mago de comparsa. Lo hará mejor que usted.

La voz había salido directamente de mi loro. Quedé paralizado.

Entre tanto Perico saltaba de su asiento y trepando a la tarima me dijo:

—¿Quiere hacer de ayudante? No, usted no —agregó en seguida, y dirigiéndose a los demás, preguntó:

—¿Quién quiere hacer de ayudante?

—¡Yo! ¡Yo! —gritaron los seis chicos, y las dos viejas, y también el señor Lafuente y su mujer. Y creo que lo mismo hicieron el peón y el capataz.

—Que suba la tía Adelina —dijo el pecosito y subió la viejita.

—¡Déme las espadas! —dijo Perico y, ante mi inmovilidad, desapareció tras la puerta que comunicaba con la salita y regresó, en un segundo, con mis dos espadas.

Intenté arrebatárselas, pero el chico me amenazó con un golpe y anunció:

—Señor Rocambola, señoras y señores: Verán ustedes estas espadas atravesar el cuerpo de la tía Adelina. —Y acto seguido, mientras yo lanzaba un grito de terror, el muchacho enterró las hojas en el cuerpo de la viejita. Pero mi espanto se transformó en estupor, cuando ví a la anciana arrancarse las espadas y saludar con ellas, mientras lanzaba una risita estridente.

Quedé perplejo. Las hojas no tenían filo, pero las había visto claramente penetrar en el cuerpo de la viejita. El chico había hecho una prueba asombrosa que escapaba a mis conocimientos y cuya trampa no alcanzaba a descubrir.

Intenté nuevamente arrebatarle al muchacho las espadas, pero dió varias veces unos saltos tan ágiles y veloces que quedé exhausto.

—¡Señor Lafuente! —exclamé— yo no trabajo más.

Este se incorporó y dijo:

—Ahora vamos a mostrarle al señor Rocambola, ya que abandona su representación, un trabajo de conjunto. Actuará toda la familia, y también Luis y Andrés si lo desean.

—¡Sí! ¡Sí! —gritaron todos.

Entonces ocurrió el espanto.

Bajó repentinamente la iluminación del gas y a esa media luz alcancé a ver a mis trece espectadores tirarse las sillas y los muebles entre sí, en medio de gritos y carcajadas.

Me refugié, espantado, en un rincón de la tarima y presencié durante varios minutos cómo los muebles y objetos arrojados, atravesaban los cuerpos de chicos y grandes. Y ví ¡oh Dios! a la abuela trepar por las paredes y caminar por el techo con la cabeza abajo, y a la tía Adelina volar por los aires rodeando la sala a una velocidad increíble, y al señor Lafuente y a su mujer arrancarse los brazos, arrojarlos al aire y colocarlos nuevamente en su sitio. Y al peón y al capataz jugar a las bochas con sus cabezas desprendidas. Y a varios de los chicos flotar en el aire con lámparas que irradiaban luz verde desde el centro de sus cabezas transparentes, y a la más pequeña de la criatura, el que me presentaron como Botón, alzar con un dedo el enorme piano de cola y hacerlo girar como si fuera un trompo.

—¡Estoy loco! ¡Estoy loco! —grité, y me tapé los ojos.

Creo que perdí conciencia unos instantes. Me acuerdo que de pronto alcé los párpados y me encontré solo, en medio de la sala.

La luz brillaba normalmente. Los muebles estaban en su sitio y toda la familia había desaparecido.

Entonces, recién entonces, me dí cuenta de que había pasado la noche con espectros. Lancé un grito que aún recuerdo porque me espantó a mí mismo. Me incorporé y emprendí una desesperada carrera para salir de la habitación. Tropecé con puerta y paredes. Derribé varias sillas y una mesa, y al fin, no se cómo, me encontré en la terraza.

Había amanecido y el sulky seguía frente a la entrada del chalet. Salté, y castigando al caballo huí a la carrera hacia la salida de la estancia. Encontré el portón con candado y desgarrándome las ropas con las púas, crucé el alambrado y disparé por el camino no sé cuántas cuadras. Caí agotado. Continué después mi fuga, y a la carrera o arrastrándome llegué horas después a los primeros ranchos, no lejos del paso a nivel.

Me vió un paisano y gritó:

—¿Qué le pasa?

—¡Socorro! ¡Ayúdeme, por amor de Dios! —exclamé.

El hombre me creyó loco y quedó a distancia. Conseguí tranquilizarme y le dije:

—Estoy enfermo. Lléveme por favor a la estación.

Dudó un instante, pero al ver mi cara y las heridas producidas por los golpes y caídas de mi fuga, me pidió que lo esperara unos minutos.

Regresó poco después con dos caballos y me preguntó:

—¿Sabe andar?

—Sí —le respondí.

—¿Podrá llegar? Estamos a treinta cuadras.

Le contesté que estaba mejor y monté con su ayuda.

Me acompañó el hombre, preguntándome en seguida qué me ocurría. Le rogué que no me preguntara nada hasta llegar a la estación.

—¿Hay destacamento de policía? —le pregunté.

—Sí. Un oficial, un sargento y tres agentes.

—¿Qué hora es?

—Las siete y media —me respondió.

Llegamos al puesto policial y pedí hablar con el oficial.

—¿Qué le ocurre? —preguntó el sargento que me atendía.

—Quiero hablar con el oficial —dije—. Es algo muy grave.

Un rato después llegó el jefe del destacamento.

Quedé callado un momento, sin saber qué decirle.

—En la estancia "Santa Rosa" ha pasado algo —exclamé.

—¿Qué? ¿Qué es lo que ha pasado?

—No sé, pero le ruego que mande en seguida su gente.

—¿Usted quién es?

Le expliqué quien era y el motivo de mi llegada a la estancia unas horas antes, en el sulky del auxiliar de la estación.

Insistió en saber la razón de mi huída, en plena madrugada.

—¿Ha tenido un incidente allí? —preguntó.

—No. No. Mande en seguida su gente, por favor —insistí—. Lo único que puedo asegurarle es que allí ha ocurrido algo terrible y extraño.

El hombre meneó la cabeza, perplejo y miró a los otros que sonrieron desconcertados.

La verdad es que yo mismo no sabía concretamente, hasta ese instante, que es lo que había ocurrido, salvo que llegado a esa estancia en plena noche, viví durante varias horas con una multitud de seres que no podían ser sino espectros. A menos... a menos, y aunque parezca increíble, la duda que tuve en ese instante, fué mil veces preferible a lo otro. —Sí —pensé—. ¡Quiera Dios que haya delirado! ¡Quiera el Cielo que anoche haya perdido la razón durante varias horas!

Y esa idea me trajo una ansiedad por regresar cuanto antes al lugar, para cerciorarme de mi locura pasajera.

—¡Vamos! —dije— lléveme pronto allí, por favor.

En ese instante llegó el auxiliar de la estación, avisado por uno de los agentes. Confirmó al jefe del destacamento mi llegada en el tren y mi partida a "Santa Rosa" en su carruaje.

Ordenó al oficial que trajesen un automóvil.

Me invitó, entre tanto, a pasar a sus oficinas y me exigió una explicación de lo que me había ocurrido.

Ante su sonrisa de incredulidad y múltiples interrupciones en las que descubrí su sospecha de que yo estaba loco, relaté minuto por minuto mi llegada y estadía. Nombré, uno por uno, a todos los miembros de la familia Lafuente y al peón y capataz con quienes había estado. Describí sus rostros y figuras.

—Ha estado indudablemente con ellos —dijo, dirigiéndose al auxiliar de la estación y al sargento que presenciaban el interrogatorio. Y agregó: —Conozco muy bien al señor Lafuente y he ido este año varias veces a su estancia.

—No hay duda de que ha estado con todos —agregó el auxiliar de la estación. Los tres se apartaron y conversaron unos instantes a solas. En seguida se acercó el oficial y dijo:

—Vamos. Usted también vendrá con nosotros.

En ese momento llegó el jefe de la estación y subimos al automóvil, el oficial, el sargento, dos agentes y también el jefe de estación.

Hicimos el viaje sin decir palabra. Al llegar al portón de la estancia, exclamé:

—¡Ahí está el sulky!

En efecto, detrás del portón, aunque con las riendas cortadas, el animal arrastraba lentamente el sulky pastando a algunos metros de la avenida de acacias.

Comprobaron que el candado estaba cerrado y cortando el alambrado, entramos a la estancia.

Aumentó mi terror cuando percibí, al enfrentar la casa, que continuaba el mismo silencio y soledad, sin que persona ni perro alguno apareciera.

El hall seguía iluminado y en las ventanas abiertas de varias habitaciones, se veía el brillo de la luz del gas.

A pesar de mi estado, noté la nerviosidad de mis acompañantes.

—Esperen ustedes aquí —dijo el oficial a uno de los agentes y a mí. —Vamos —agregó, dirigiéndose a los demás.

A los pocos minutos oí gritos y repetidas exclamaciones. Quise bajar del coche, pero me detuvo el agente.

Un momento después asomó por una ventana el sargento y gritó al agente:

—¡Póngale las esposas, ya que no tenemos camisa de fuerza! En un segundo me ví esposado.

—¿Qué ocurre? dijo mi custodia, asomándose por la ventanilla.

—¡Han asesinado a toda la familia! —gritó el sargento.

Podrán pasar veinte años, además de los veinte transcurridos desde ese día, y si vivo aún, seguiré recordando la espantosa impresión que me produjo esa frase.

—¡No! ¡No! —grité. Y quedé idiotizado durante varios minutos.

—¿Qué ha hecho? —dijo el agente, y haciéndome bajar del automóvil, me llevó hasta la terraza y quedó mirando ansiosamente hacia las ventanas, de las que llegaban exclamaciones y voces de los otros.

Me eché en un banco.

Apareció el sargento y dijo al agente:

—Vaya rápido al destacamento y comuníquese con general Lamadrid. Dígales que han asaltado la estancia "Santa Rosa" del señor Lafuente y asesinado a toda la familia. Regrese en seguida.

Y dirigiéndose a mí:

—¡Venga! Veremos que tiene que ver usted en todo esto.

No dije nada. Por un momento pensé si no sería yo mismo el asesino que hubiera actuado en un rapto de locura durante la representación de la macabra noche.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! —exclamé—. ¿Qué es este horror que me está pasando?

El sargento me miró sin saber a qué atenerse y me ordenó que lo siguiera.

Después de atravesar el vestíbulo pasamos por la sala. Vi el tablado con su cortina abierta y varios de mis instrumentos desparramados por el suelo. El piano y los demás muebles estaban en su sitio, pero había varias sillas derribadas y una mesa de escritorio fuera de su lugar, junto a la puerta que comunicaba la sala con la biblioteca. Recordé en seguida mi precipitada carrera entre las sillas y el golpe que recibí contra la mesa, mientras intentaba alcanzar la salida.

Las voces de los demás bajaban desde el piso alto, y cuando llegamos a la escalera sentí que se me aflojaban las piernas. El sargento debió ayudarme para subir.

Apareció entonces el horror ante mi vista. En los distintos dormitorios, en un pasillo y en el propio rellano de la escalera, estaban esparcidos sobre el suelo o en las camas, los cadáveres de casi todos mis espectadores.

Los padres habían sido muertos a tiros. Lo mismo una de las ancianas y el chico mayor. Los cuerpos de la abuela y de las otras criaturas mostraban las heridas del puñal y los terribles cortes y golpes del hacha.

—¡No! —balbuceé—. ¡No! —y me cubrí la cara.

Cuando salí de mi estupor, grité: —¿Cómo pueden sospechar que yo pueda tener algo que ver en todo esto?

—Veremos —dijo el oficial.

—¡No! ¡No! —repetí—. ¡Usted me cree, ¿verdad? —el hombre guardó silencio.

—Faltan el capataz y el peón, Luis y Andrés —dije un rato después, mientras observaba los cadáveres.

—¿Faltan? ¿Faltan?? —dijo el jefe del destacamento, repitiendo mis palabras. Y en seguida, dirigiéndose a mí:

—¿Por qué dice que faltan? —preguntó.

—Porque estaban también anoche, conmigo —respondí.

—¿Sigue haciéndose el loco —dijo, y ordenó al agente que me llevara abajo y no me perdiera de vista.

Oí, después, que en una habitación de servicio habían hallado la cama abierta y la ropa de una mujer sobre la silla.

Poco después encontraron en el parque, a pocos metros de la casa, a una muchacha semidesnuda tendida al pie de un arbolito. Una herida desfiguraba su rostro mostrando la señal de un golpe feroz en plena cara. Vivía aún. La pasaron junto a mí, mientras atravesaban la terraza y la entraban al chalet.

—Esta no estaba —dije hablando sólo. Y agregué: —Y es la única que vive.

El agente me oyó, y dijo:

—Si no muere, sabremos pronto lo que ha pasado.

Salieron después el oficial y el jefe de estación, y se alejaron por el parque, dejando la herida a cargo del sargento.

Pasó un rato y regresaron.

—¿Cómo dijo que se llamaba el capataz que conoció anoche? —me preguntó el oficial.

—Luis —respondí.

—¿Cómo era él?

Describí entonces al silencioso que me había abierto el portón.

—Bueno, ese está allí —dijo—. Muerto, también.

Me estremecí.

—¿No han encontrado un muchachón, un peón que se llama Andrés? —pregunté.

—También está muerto. Asesinado a balazos como el capataz. Y el otro, ¿cómo se llama? —me preguntó en tono inquisidor.

—¿Cuál otro?

—¡Ah! ¿A ése no lo vió?

—¿Otro muerto? —exclamé.

—Sí.

—¿Por qué no estaría? —me pregunté, y acto seguido agregué al oficial:

—Ese ha muerto hace muy pocos momentos.

—¡Por eso no estaba, Dios mío! —exclamé.

—¡Ah! ¿Sólo los muertos estuvieron con usted?

—¡Sí! ¡Sólo los muertos! ¡Sólo los muertos! —balbuceé y me eché en un banco de la terraza.

Entraron a ver el estado de la muchacha herida.

—¿Por qué lo hizo? —dijo el agente que me custodiaba.

—¿Yo? —contesté—. ¿Ustedes creen realmente que he sido yo?

—¿No dice que pasó la noche con ellos y estaban vivos?

—Sí. Juro que es verdad.

—¿Entonces, los mataron después que huyó usted a la madrugada?

—No sé. No sé —dije.

—¡Ah! ¿No sabe? —comentó—. Le advierto que el jefe dice que el estado de la mayor parte de los cadáveres demuestra que el crimen ocurrió antes de la madrugada. ¿A qué hora los dejó usted?

—No sé. No sé —repetí—. Estaba amaneciendo cuando me di cuenta.

—¿Cuando se dió cuenta de qué?

—Cuando me di cuenta... No le puedo explicar. Estaba amaneciendo cuando huí de la casa y salté al sulky.

—Amanece a las cinco y nosotros hemos llegado aquí poco después de las ocho. Todos, menos uno de los peones, murieron hace muchas horas.

—¡Yo no fui! ¡Yo no fui! —grité y sufrí un ataque de nervios. Me ataron a una silla hasta que me tranquilicé.

Un rato más tarde llegaron dos camionetas con policía y me llevaron a General Lamadrid.

Al día siguiente me trasladaron al Azul. Debo tener mis nervios a prueba de todo, porque solamente así se explica que no perdiera la razón durante los ocho días que permanecí detenido.

Una mañana me condujeron con desacostumbrada amabilidad ante el juez. Durante el trayecto me anticipó el comisario que me acompañaba, que el crimen había quedado aclarado e iba a salir en libertad.

El juez me explicó todo.

Un puestero que sufría ataques de *delirium tremens* y a quien el señor Lafuente había echado de la estancia, mató a tiros, en la casa de los peones, al capataz y a los dos hombres. Se introdujo después en el chalet y atacó a balazos al matrimonio, a la abuela y al hijo mayor. Luego, a cuchilladas y hachazos, ultimó a la otra anciana y a las criaturas. Al oír los estampidos y los gritos, la sir-

vienta huyó de su habitación y se escondió en el parque. La encontró el hombre y la atacó también, golpeándola con la culata del revólver. Sólo se salvaron la cocinera y sus dos hijas, que trabajaban en la estancia pero vivían en una chacra vecina.

La sirvienta recobró el conocimiento después de seis días y a las pocas horas fué prendido el asesino quedando todo perfectamente aclarado. El crimen ocurrió alrededor de las diez de la noche. A esa hora yo viajaba en el tren.

—¿Todo aclarado? ¡Dios mío! ¿Y lo que me ocurrió a mí? —pregunté al juez.

—Muy natural y explicable —respondió—. Los médicos de la policía han ayudado a desentrañar el misterio de su aventura. Usted llegó a la estancia en el sulky que le facilitó el auxiliar de la estación. El portón estaba sin llave, porque, seguramente, cuando ocurrieron los hechos el capataz estaba por salir para ir a buscarlo a la llegada del tren.

—El portón estaba con llave —rectifiqué.

—Espérese —respondió el juez y siguió su explicación:

—Usted abrió el portón que estaba sin llave. —Iba a interrumpirle nuevamente pero me detuvo con un gesto y continuó—: Entró a la estancia en el sulky y cerró después el candado. Llegó al chalet, que estaba iluminado porque el asesino después del crimen dejó las luces encendidas e iluminó también la planta baja. Ningún perro salió a su encuentro, porque el criminal, que había preparado su crimen, envenenó a los cuatro animales de la estancia esa misma noche. Cuando usted halló abierta la puerta del chalet, entró y recorrió la planta baja. Subió después al piso alto y se encontró repentinamente ante el espectáculo macabro de los muertos. Perdió la razón durante varias horas. Quién sabe cuánto tiempo estuvo observando los cadáveres y se le grabaron sus rostros. Recorrió durante la noche el parque y encontró la casa de los peones con los cuerpos del capataz y de los otros dos hombres. Regresó a la casa, y en pleno delirio entró a una de las habitaciones de la planta baja, donde dice que durmió.

Obró después tal como lo ha relatado, pero siempre imaginando la presencia de los muertos. Creyó, en su delirio, que el capataz le abrió el portón y lo condujo al dormitorio.

—¿La representación que hice ante la familia? —pregunté.

—Usted sufrió la alucinación de que en medio de la noche

despertaba la familia muerta y de que en la sala realizaba la función para ella. La sirvienta ha declarado que habían preparado el escenario para la fiesta del día siguiente, y hemos recogido todos sus instrumentos en el tablado y en la salita vecina. Al amanecer, y estando aún en la sala, volvió a recuperar la razón, y preso de una crisis nerviosa subió al sulky que había dejado frente a la puerta de entrada y llegó hasta el portón, que encontró con llave porque usted mismo cerró el candado al entrar. Los demás lo recuerdan perfectamente; ¿no es así?

Lo miré y guardé silencio unos instantes.

—Ustedes saben muy bien —dije dirigiéndome al juez, al comisario inspector y a uno de los médicos de la policía, que estaban presentes— que yo expliqué detalladamente al oficial del destacamento de Líbano, antes de que fuéramos a la estancia, las personas a quienes había visto esa noche. ¿Por qué no figuraba la sirvienta?

—Porque a ella no la vió. Quedó tendida en el parque —dijo el médico.

—¿Y el otro peón? —pregunté.

—¿Qué peón? —dijo el juez.

—El que murió poco antes de que llegáramos. Su cadáver estaba junto al del capataz. ¿No es así?

Los tres se miraron y guardaron silencio. Yo continué:

—¿No les parece extraño que las únicas personas que no se aparecieron en lo que ustedes llaman mi alucinación fueran, precisamente, las que estaban vivas mientras estuve en la estancia?

Tampoco obtuve respuesta.

—¿Usted recuerda bien los detalles del sumario? —pregunté al juez.

—Por supuesto —me respondió.

—¿No consta en la declaración del oficial de Líbano que yo les dí los nombres de todos los chicos cuando aparecí en el destacamento después de huir de la estancia?

—Sí, consta, en efecto.

—¿Y cómo podía yo repetirlos —pregunté — y también los del capataz y el peón, y el de la tía del señor Lafuente? —agregué.

Volvieron a mirarse.

—Si sigue pensando en eso —dijo el médico— volverá a perder la razón. Olvídense de todo y tómese un buen descanso.

Hace pocos días, estando en Azul, me encontré con el médico que acompañaba al juez aquella mañana en que recuperé la libertad. Almorzamos juntos.

—¿Ha olvidado aquello? —me preguntó.

—¿Olvidarlo? ¿Cree usted que sea posible?

—¿Sabe una cosa? —me dijo, y agregó—: Sé que después de veinte años está usted fuera de todo peligro de perturbaciones nerviosas por lo ocurrido entonces. Por eso se lo digo.

—¿Qué? —le pregunté.

—Las objeciones que usted nos hizo aquella mañana, eran exactas y nadie supo nunca encontrar explicación lógica a que usted recordara los nombres y rostros de los muertos. Pero hay algo más.

—¿Qué?

—El rostro del chico mayor, el que se llamaba Perico, usted no pudo verlo ni describirlo entonces, tal cual lo hizo, como un chico pecoso y de nariz respingada. Ni tampoco al que llamaban el Bocha, cuya filiación dió usted con lujo de detalles. Ambos tenían la cara totalmente desfigurada. El mayor recibió un balazo a quemarropa en plena cara. Estaba irreconocible. Al otro, después de matarlo de un hachazo en la cabeza, el asesino le deshizo la cara a golpes.

—¿Algunos retratos en la casa? —pregunté aferrándome a la esperanza de alguna explicación.

—Se nos ocurrió también a nosotros, pero no había retrato alguno de la familia en la estancia. —Y agregó—: Le cuento todo esto porque sé que es un hombre fuerte y que mi revelación no afectará su sistema nervioso. Otra persona, con la mitad de lo que le ocurrió a usted hubiera perdido la razón para siempre.

—¿Y? —expresé—. ¿Qué explicación encuentra a todo esto?

—¿Usted cree en el más allá? —me preguntó.

—Soy católico —respondí.

—¿Está prohibido a los católicos creer en espectros?

—Creo que no —dije.

Mientras me despedía, me preguntó por mi trabajo.

—¿La magia? —dije—. La abandoné hace veinte años. ¿Cree usted que podía continuar con ella, después de haber visto hacer prestidigitación a los fantasmas?

ALFREDO J. WEISS

Galas

Sí; ya sé; todos ustedes tienen razón. La única que se equivoca soy yo.

—Pero, ¿de dónde sacaste tal cosa?

—Susanita, Susanita, ¿cómo no vas a estar equivocada si sostienes que Marlon Brando no es un genio?

—Yo no quiero opinar, pero me parece que Susana habla sólo para provocarnos.

—Claro; como es tan *bien*...

—¿Por qué no nos dan algo de beber, en lugar de estar diciendo pavadas?

—Sí; y no sólo eso, sino hablándose de tú y poniéndose en inteligentes.

—Lo que hay que hacer es bailar. Poné *Three coins in the fountain*.

—Mirala a la que habla inglés. ¿Creés que te entendemos?

—No seas zonza. No te hablaba a vos.

—A ver, ¿cuántos muchachos hay? Me parece que faltan, si es que queremos bailar todas.

—Y dale con bailar. Primero una, luego otra. ¿No tienen nada mejor que hacer, con este calor?

—¿Y para qué crees que nos hemos reunido? ¿Para escucharles a ustedes, ilustres jóvenes? ¿Para hablar del sol, la luna y el cielo?

—A lo mejor. Ahora, con eso de los viajes interplanetarios, quién te dice...

—Ché, Marta y Arturo han desaparecido. Buscá por el balcón. Buscá mejor por los rincones oscuros.

—Buscá vos, si te gusta. Yo a la gente la dejo tranquila.

—¿Y con qué te divertís, entonces?

—¡Música! ¡Por fin música! ¡Qué suerte!

—Sí; ahora vamos a empezar con las palabritas al oído.

—Eso es para los chiquilines o los sentimentales. A mí me gustan los muchachos que sepan bailar y que me luzcan.

—Eso sí que es mucho más de chiquilines. Si lo habré visto hacer en la milonga.

—¡Ay, cómo sos de grande y de cachafaz! ¡Hasta vas a la milonga y todo! ¿Desde cuándo te da permiso mamita?

—Y... ha de ser desde que sabe que me junto con vos. Total...

—¡Si serás insolente y malcriado!

—¿Así que sigue la pelea entre ustedes? ¿Y ahora sobre qué es? ¿Sobre quién va a ganar los mil kilómetros el domingo?

—¡El teléfono!! ¿Quién atiende?

—¡Rápido! A lo mejor es uno de los muchachos que nos hacen falta!

—O el papá de alguna de ustedes... De cualquier modo va a haber más equilibrio de sexos.

—Aquí el equilibrio vamos a tener que hacerlo todos para pagar el gasto. Estamos cerca de fin de mes y a nadie le sobra plata.

—No te quejes, que más caro nos saldría si nos mandaran un cronista y un fotógrafo de alguna revista.

—No me hagas reír. ¿Qué iban a poner de título? ¿"Reunión de gente joven del simpático barrio de Flores"?

—Vos no te rías, que yo conozco al director de una de esas revistas.

—Oscarcito, vos que sos tan simpático, ¿por qué no me sacás a bailar en lugar de discutir con ese hombre malo?

—Este hombre malo te sacaría con mucho más gusto, si le dieras corte.

—Y yo te sacaría los anteojos, para que no quedaras tan feo...

—¡Raquelita! Vení. ¡Lo están maltratando a tu ideal!

—Dejalo; puede defenderse solo.

—Oiganme todos: cuando se aburran de bailar, nos vamos a la cervecería de Boyacá.

—¿No oíste lo que dije del gasto?

—¿Quién se va a inquietar por algunas monedas?

—Acordate que somos jóvenes sólo una vez.

—Sí; y que queremos divertirnos.

—Y que nos vamos a divertir.

—¡Y en qué formal! Porque recién estamos al comienzo.

—Bueno; arréglense. Yo ya no digo nada.

ENRIQUE ANDERSON IMBERT

La Norteamericana

Miss Ena Winthrop era el brote último de una familia puritana de Boston cuyo origen se perdía en el siglo XVII. Se perdió, exactamente, en 1665, en un incendio que quemó la casa de los Winthrop, dentro de la casa la Biblia de los Winthrop, dentro de la Biblia los nombres asentados por varias generaciones de Winthrop. Y, por lo visto, Ena Winthrop se propuso prenderle fuego al otro extremo de esa respetabilísima tradición familiar: el fuego del escándalo. "Es capaz de todo —se quejaba su madre, ya en 1920—, hasta de casarse con un vigilante irlandés de Brooklyn". ¡Si eso fuera todo! Casarse con un vigilante irlandés, por muy de Brooklyn que fuera, hubiera sido todavía respetable. La verdad es que Ena Winthrop ni pensaba en casarse: amaba libremente. Era una de esas desenfundadas mujeres de los *roaring Twenties*, una *flame of Youth* escapada de una novela de Scott Fitzgerald o de una película de Clara Bow.

Siendo colegiala tuvo un niño, que murió a los pocos días. Nadie se enteró, ni siquiera el padre de la criatura. Tenía un gallardo esqueleto al que las carnes se ajustaban con las curvas de una escultura. Pudo haber servido de modelo para todas las modas femeninas que le tocó seguir, desde el armisticio de 1918 hasta la nueva guerra de 1939. ¿Qué subían las faldas? ¿Que bajaba el escote? ¿Que el talle, que el corpiño, que esto, que aquello? Ena Winthrop, vistiera lo que vistiese, descubría siempre una estatuaria compleción. Otras mujeres de su edad llegaron ya marchitas al culto a la anatomía que practicaron las mujeres norteamericanas en los años de la segunda guerra mundial. No Ena Winthrop. Ella adoptó las audacias de las actrices de Hollywood y su carne triunfó en un milagro de lozanía. Algunos hombres, mirándola furtivamente, la imaginaban desnuda. Otros no necesitaron imaginarse nada, pues ella ama-

ba a todo desnudo. No es que fuera mujer fácil. Dominaba a los caballeros de su país, jugaba con los extranjeros y acababa por acostarse sólo con los elocuentes. Que solían ser los más débiles. Nada de ninfomanía ni de lujuria. Hubiera podido ¿por qué no? vivir castamente. De hecho, vivía mucho más castamente que una mujer bien casada. Su gran amor había sido el primero, al que le dió un hijo. Después, lo que es amar, no amó a nadie. Era más bien fría, intelectual. Lo que le placía era oír al hombre revelando su ansia. Su coquetería tenía algo de método científico. Escudriñaba al hombre; y con alegría de químico veía llegar, en la efervescencia de su tubo de ensayo, las reacciones esperadas: los ojos del varón se ponían turbios, la cara enrojecía, las piernas buscaban posturas disimuladoras y todo él, tenso, trémulo, se le aproximaba... Entonces Ena Winthrop obligaba al hombre a hablar. Eso era lo que verdaderamente la conmovía: la pura labia. La primera condición, pues: que el hombre fuera elocuente. Si no, no. Cuando el amante estaba todo suplicante y rendido, y ya le había dado una fiesta de palabras, ella, caritativamente, le entregaba su carne como quien entrega un premio a la virtud. En octubre de 1929 se derrum-

bó el edificio económico de los Estados Unidos. La crisis —que se expandió por todo el mundo— devoró la fortuna de los Winthrop. Durante años y años Ena Winthrop había gozado de la vida. Francia, Italia, España. De pronto se encontró con que ya no tenía dinero para pagarse el lujo de viajar. Si quería divertirse, debía trabajar. Vino después, junto con el *New Deal* de Franklin Delano Roosevelt, "la política de buena vecindad". En los Estados Unidos se empezó a hablar de "los amigos" de México, de Cuba, del Perú, de la Argentina. Se bailaban rumbas, congas, tangos. Se adornaban los vestidos —y las casas— con chucherías reminiscentes de aztecas e incas. Se aprendía español. Un buen día, el desastre de Pearl Harbour. La guerra de Hitler. La guerra. Ena Winthrop, sin poder ir a Europa, decidió visitar algún rincón remoto de la América latina. Eligió la Argentina. Escribió a la Embajada y averiguó que en la Escuela Normal de San Luis necesitaban una profesora de inglés. Tomó el avión, bajó en Mendoza, allí se metió en un tren y una tarde de setiembre entró en San Luis.

Fué al hotel, se bañó y con las carnes sueltas bajo un quimono salió a la terraza, donde el viento empezó a palpárselas.

(Y el mozo del hotel, escondido en un desván, a espiárselas.)

A la mañana siguiente Ena, vestida de verde, bajó las escaleras. Desde el vestíbulo del hotel el doctor Felipe Cruz la veía bajar y bajar, esperando que al pisar el suelo esa estatura de mujer se acortaría. Pero Ena, ya al lado del doctor Cruz, parecía más empinada que nunca.

El doctor Cruz, profesor de matemáticas y director de la Escuela Normal, era un mestizo retacón, fornido, patizambo, con la cabezota sepultada entre los hombros. Tenía manazas de herrero, pelambre de alambre negro y porte de percherón. Por las dos grietas abiertas en la piedra del rostro asomaba una mirada inteligente: con esa mirada el doctor Cruz se había conquistado la simpatía de Einstein cuando, en 1924, después de su conferencia en la Universidad de Buenos Aires, conversaron sobre una de las fórmulas en tiza, crispada como araña muerta a un lado del pizarrón. Ena sólo vió allí un indio, feo, impasible y humilde. Un sentimiento de protección, que en el fondo era un sentimiento de superioridad racial, le repulió excesivamente la sonrisa.

—¿La señorita Winthrop? Mu-
chísimo gusto en conocerla. Soy
Felipe Cruz. Quiero darle la

bienvenida, en mi nombre y en el de todos los profesores.

Salieron, camino a la Escuela. Por las calles desiertas de San Luis iban el hombre bajo y la mujer alta, el hombre de negro y la mujer de verde, el hombre silencioso y la mujer que charlaba y reía como una cigarra enloquecida de sol.

En el patio había un grupo de profesoras y profesores.

—Ahí viene el doctor Cruz con la norteamericana.

—¡Qué loro!

—¡Molinari! ¡Qué manera de hablar! —le reprochó una de las profesoras, pero tentada de risa, porque todos eran jóvenes, y el patio estaba lleno de estudiantes, y sobre ese mar de rostros juveniles Miss Ena Winthrop avanzaba como un mascarón de proa, antiguo, tallado y pintarrajeado.

Ena saludó a todos, riéndose a carcajadas: hasta la luz parecía hacerle cosquillas. Ella sabía que sus equivocaciones en español eran chistosas. A todos les cayó en gracia y decidieron reunirse para agasajarla.

—Ché, es un plato la Miss ésta —comentaba Molinari—. Alegre ¿no? Tiene un cuerpo macanudo, pero ¡qué cara!

(La cara no era fea: quizá demasiado huesuda, quizá la boca demasiado grande. Es que la cara no continuaba bien la re-

donda perfección con que subía esa planta de mujer.)

En esos años el gobierno creaba sobre el papel establecimientos docentes en todo el país. ¿Quiénes iban a enseñar? Las provincias no estaban preparadas. Hubo que improvisar claustros. Profesores recién diplomados en Buenos Aires cayeron en las provincias como langostas. Así, estos muchachos de la Escuela Normal de San Luis. Sabían sus materias, pero habían llegado a la cátedra tan súbitamente que conservaban su aire de estudiantes. El ser todos de Buenos Aires les dió un sentido de aventura. Se les aflojó la responsabilidad. Los unía, además, el mismo menoscabo, tan porteño, por las provincias del interior. San Luis, sobre todo, se les antojaba gazmoña y aburrida; y aprovechaban cualquier ocasión para divertirse en patota. Ena Winthrop fué, pues, una ocasión cualquiera.

En la Confitería del Parque alquilaron la sala de fiestas y allí se tendieron las mesas del banquete. Luces, flores y, sobre los manteles blanquísimos, la alegría de las copas. A un lado, un fonógrafo, con tangos. Ena, a la cabecera.

El doctor Cruz había ido por obligación: era director y no podía faltar a una cena de camaradería. Pero no le agradaban

los banquetes. Mucho menos estos que solían terminar en borracheras. Era de San Luis. Le constaba que en San Luis no se quería a los porteños. Él, personalmente, no tenía nada contra los porteños: ¡si se había educado en Buenos Aires! Pero si los profesores porteños no refrenaban sus hábitos de camarilla impertinente acabarían por dar mala fama a la Escuela. La Iglesia ya se alarmaba. Había padres que temían por sus niñas. Las viejas familias se sentían ofendidas porque no conseguían impresionar. El doctor Cruz, pues, estaba allí en vela, vigilante. Que todo aquello se hiciera a puertas cerradas, que la algazara juvenil de los profesores no trascendiera a la calle.

Ena no sabía que había dos medios sociales. Se adaptó en seguida al único que vió. Se adaptó con la prontitud de un pájaro que, al verse acompañado de otros del mismo plumaje, ignora que en realidad está enjaulado. Bailó, cantó y, ya hecha una uva, sintiéndose reina de la fiesta jugó al amor. Molinari era su galán. Tarambana como ella, simpático como ella, pero mucho más joven que ella; de suerte que se cruzaban piropos sabiéndolos fútiles. Jugaban al amor, demasiado borrachos para el amor. Buen humor de medianoche, y nada más.

—Miss Ena, Miss Ena —la llamaba él desde el otro extremo del salón, pronunciando “mishina” y restregando los dedos como quien llama a una gata. Y la “mishina” corría hacia él, mimosa como una gata, grande como una pantera; y, abrazándolo para lanzarse a las ondas de la milonga, le decía a gritos:

—Oh, Molinari, tú eres maravilloso. Me gustas muy muchísimo.

Y se reían. Y todos se reían con ellos.

Cariño por Ena nació en esa rueda de achispados. También respeto. Porque comprendieron que Miss Ena Winthrop era como el otoño todavía verde y bullicioso de un bosque que ha vivido mucho y quiere seguir viviendo.

A quien más, a quien menos, a todos se les había subido el humo a la chimenea. Ena era incansable. Molinari, en cambio, empezó a tambalear, a tartajear y a tontear. Tuvo que sentarse. Entonces Tota Chávez, profesora de geografía, le embadurnó la cara de manteca y con un cuchillo de mesa hizo como que lo afeitaba. Molinari dejaba hacer, dejaba hacer. La voz le salía ahora tan pastosa como la mantequilla; y triste, porque se puso a recordar su niñez. En otra mudanza de la fiesta el profesor de historia y

el profesor de gramática tomaron al pobre Molinari, uno por los brazos, otro por las piernas, y lo balancearon suavemente mientras invitaban al doctor Cruz a saltar a la comba. El doctor Cruz dijo imperturbable:

—No. Será otra vez. Creo que ya es tarde y mejor será que nos desbandemos. ¿No les parece?

Protestas. ¡No, no! ¡Todavía no! ¡Si es temprano! ¡Un rato más! Ahora comienza lo lindo...

El doctor Cruz, con una sonrisa comprensiva en su cara de piedra, se puso de pie y empezó a preparar la retirada. La fiesta estaba ya a un paso de la orgía. La moral lo tenía sin cuidado: la reputación de la Escuela era lo que le preocupaba. Ya se habían divertido bastante. Cualquier cosa que después hicieran, la recordarían al día siguiente con vergüenza. ¿Para qué llegar a ese extremo? Lo mejor era irse, ahora que todavía podían caminar. Había unos más sobrios que otros. Los agrupó. Él llevaría en su auto a todas las chicas, casa por casa; y a Molinari, que seguía sentado, limpiándose la cara con una servilleta. Le dió a beber café amargo. Tenía el doctor Cruz los movimientos precisos de un médico, de un padre.

—Y ahora, muchachos, salgamos calladitos. La gente duer-

me. Yo me llevo a Molinari. Vamos, niñas.

Dejó en una bandeja una sobornadoía propina para los dos mozos que habían servido la mesa y salieron. En silencio.

Ena miraba el cielo estrellado con los ojos abiertos, bien abiertos, abiertos como si de ellos dependiera su vida, pues cuando probó cerrarlos la campana de la noche se puso a saltar, y ella, Ena, era el badajo mudo. Había que mirar el cielo estrellado con los ojos abiertos, bien abiertos. Nunca había visto tantas estrellas, nunca se le había figurado tan estúpido el brillo del cielo. El universo comenzó a dar una vuelta en redondo. Ena tuvo que cerrar los ojos; y que abrirlos en seguida. Ahora se vió pegada al suelo por los pies, con la cabeza colgando en el vacío, como un murciélago. Unas voces le recordaron que no estaba sola: entonces recobró su posición erguida, con la cabeza en alto. No era un murciélago. Era un animal en manada. El cielo estrellado, líquido, fluía por la vertiente de las almas de toda la manada: el cielo era un bien común, como el arroyo común donde beben al mismo tiempo los animales de una manada. El grupo siguió andando. El silencio en que marchaban recordaba a Ena escenas de película: prófugos políticos,

conspiradores, contrabandistas, secuestradores... *Gangsters*... En medio de su embriaguez alcanzó a pensar que estaba en tierra extraña. "Oh my God!" Ya no hubiera podido pronunciar una sola palabra en español. En tierra extraña... Otro modo de vivir... Peligros... "What if they..." No, no. Estaba en tierra extraña, sí, pero esas sombras que caminaban por el parque eran sombras amigas. Sombras en movimiento, tan informes como los árboles, el suelo, las casas oscuras y el auto que esperaba al fondo. A su lado, Molinari. Al bajar unas gradas se apoyaron como dos ciegos. Ena sintió la mano de Molinari que le tocaba la cintura, se corría por el envés desnudo del brazo y se quedaba arriba, casi en la axila, junto al seno. Al frente veía a las muchachas y al doctor Cruz, quien, entre todas las sombras, parecía la más misteriosa, como la sombra de una raza india, mesurada y servicial. Arrancó el auto y entonces volvieron a sonar voces; sólo que ahora no las comprendía. Se abandonó a los amigos de otra lengua. De vez en cuando tenía ganas de echarse contra el asiento y dormir, pero en seguida volvía a enderezarse y a mirar las calles solitarias porque, al cerrar los ojos, un movimiento de mar la aupaba y la

hundía, la aupaba y la hundía, mientras en las tinieblas de los párpados caídos remolineaban violáceos velos vinolentos.

—Buenas noches, doctor Cruz. Buenas noches, Miss Winthrop. Buenas noches, chicas. A ver si se le pasa la curda, Molinari. ¡Ja, ja, ja!

Un golpe de la portezuela y el automóvil seguía. Ena Winthrop ni contestaba. Apenas si conseguía sonreír en la oscuridad. Fueron bajando todos; y ella atrás, descompuesta. Ya había más espacio. Se puso más a sus anchas. Notó que ese cuerpo duro contra el que venía apretada era el cuerpo de Molinari, que ahora se hizo más blando, más móvil, con manos. Por lo menos con una mano, que como al descuido rozaba su muslo. *Nice guy* ¿dijo o lo pensó? Le retozó la risa cuando evocó la imagen de Molinari, bailando grotescamente a la luz del salón, rubio como un inglés, vehemente como un italiano. La imagen de Molinari se deshizo. Ella misma, Ena, se deshacía en la noche como si toda la materia que cuarenta años antes se había juntado para darle vida ahora estuviera flotando, dispersándose. Flotaba, se dispersaba como polvo en el viento. Pegado a cada corpúsculo, un pedacito de conciencia. No sentía los límites de su cuerpo. Al ver

su propia mano, que se alzaba hacia la ventanilla y se recortó allí en silueta, supuso que ya no le pertenecía; o que la mano no le pertenecía más que la silueta de la ventanilla del auto, recortada también contra la sucia luminosidad de la madrugada. *Oh Lord!* Molinari canturreaba un tango:

Buenos Aires, la Reina del Plata,
Buenos Aires, mi tierra querida,
escuchá...

¡Pum! Estampido de la portezuela. ¡Buenas noches, Miss Winthrop! Otra vez la respiración del motor. Y las espaldas del doctor Cruz, con su cabeza de piedra. Y Molinari, blando, con su mano sobre el muslo de ella. "Oh brother!" Soplaban un viento fresco y fuerte. Ahora sí que se sentía mal. El indio ése, el doctor Cruz, tuvo que ayudarla a bajar, que cogerla del brazo...

—No, Molinari —dijo el doctor Cruz—. Usted quédese en el auto. Yo acompaño a Miss Winthrop y vuelvo en seguida. Espéreme aquí. Yo lo llevaré a su casa.

—Ah, ¿usted cree que yo no puedo caminar? —contestó Molinari, con la lengua gorda—. ¡Je, je, je— Sí que puedo, doctor Cruz. Claro que puedo. Yo también voy a acompañar a "mishina". ¡Ji, ji, ji! "Mishina, mishina"... ¿Ve como puedo? ¡Hic!

No hablaron más. Subieron las escaleras haciendo esos.

—“Mishina”... ¿Dónde está mi “mishina”?

—¡Chís! —ordenó Cruz.

—¡Chís! —repitió bajito Molinari.

—¡Chís! —repitió más bajito aún Ena.

Nadie, no había nadie.

(Por la puerta entreabierta de su covacha, el mozo del hotel los vió entrar, vió a la norteamericana bamboleante como un flan; discretamente se quedó escondido y la acechó mientras subía.)

Fascinada, Ena clavó la vista en un foco de luz amarilla, convulsa por el viento, luz que parecía conjurar, con horrible voz de bruja, las chimeneas funambulescas. Reconoció la terraza: allí, la noche anterior, el viento le había palpado las carnes, limpias, desnudas, al salir del baño. Ahora oteaba la terraza derramada sobre los techos vecinos. Se paró frente a la puerta, mirándola de hito en hito, esperando que la puerta hablara y se moviera. El doctor Cruz le tomó el bolso, buscó la llave, abrió la puerta. Entró Ena; y, casi prendido a ella, Molinari. Fue Molinari el primero en repantigarse. La luz amarilla convulsa por el viento iluminó a Molinari sobre la cama, como si lo acabara de crear.

—¡Molinari, Molinari! —lo reprendió el doctor Cruz, muy en serio—. Salga de ahí. Venga, haga el favor.

Molinari se paró con esfuerzo. Si por él fuera, dormiría ahí la mona. Entonces el doctor Cruz encendió el velador, tomó del brazo a Molinari y lo condujo hacia la puerta.

—¿Se siente bien, Miss Winthrop? —preguntó el doctor Cruz antes de irse—. ¿Necesita algo? ¿No? Bueno. A descansar. La dejamos. Hasta mañana, Miss Winthrop.

¡Ah, si pudiera desembuchar la borrachera de una sola vez! Se sentía mal, mal, a punto de caerse. Echar un sueño, eso sería bueno. ¡Pero cómo! Cerraba los ojos, y los globos de los ojos le crecían instantáneamente, grandes como el mundo, llenos de humor denso y coloreado; y ella misma sentía el vértigo de sus propios ojos y caía dentro de ellos girando en inmensos vuelcos, como de estrella a estrella. Se tiró sobre la cama y examinó la habitación, fea porque ningún mueble le era familiar, fea porque no tenía sentido. Habitación de hotel, manoseada por otras vidas. Fea, fea. Una ola de disgusto, de vergüenza y de desprecio vino a levantarla por encima de esta pobre América del Sur. ¡Qué sórdido era todo! Ninguna de las comodidades de

Boston. El piso, de tablas gastadas; el lavabo, a la vista; las paredes, sucias, sin un cuadro, sin una cortina. ¿Qué hacía en ese pueblucho sudamericano? ¿Para qué había venido?

Oyó unos pasos que se acercaban a la puerta.

Se detenían, parecían vacilar.

Crujieron las maderas del piso.

Después, el picaporte empezó a chirriar, lentamente.

Ena adivinó a Molinari.

¡También esto, también esto!

Lo único que faltaba, para completar esa sordidez del hotelucho. Buen muchacho, pero ¿qué se había creído? Ena no tenía miedo a los hombres. Eso sí: que no se le metieran en el cuarto así, de rondón. Ella invitaría a Molinari a visitarla. O no lo invitaría. Era cosa de ella. De todos modos, no esa noche. “Oh no, not to night!”

La puerta se abría, lentamente.

Ena se incorporó en el lecho, con la cabeza cogida entre las manos.

El viento, la luz amarilla y el hombre entraron juntos.

—No, Molinari. *You'd better go. Please go!*

Sintió que la cama se hundía con un nuevo peso y alzó la cabeza, indignada. Vió la cara que se inclinaba hacia ella.

—*Get out of here, will you?*

La empujaron hasta tenderla largo a largo, se le echaron encima. Ena, en un segundo, recobró la lucidez. Forcejeó. Dijo muchas cosas en inglés. Muchas cosas. Pero sin gritar, por que no era una niña. El hombre tenía el vigor y la obstinación de un animal sabio. No era una niña, pero nunca le había ocurrido esto. ¿Poseerla así, a la fuerza, sin preludios de conversación? La rapidez y, sobre todo, el mutismo del macho la humillaron hasta la muerte. Se sintió maltratada, aprovechada. Por primera vez en su vida y allí, nada menos que allí, en ese ruín poblacho argentino, la usaban brutalmente, sin amor. Los hombres que habían sido sus amantes eran civilizados: hablaban. Éste era un animal mudo. Amenazó en inglés. Cuando sintió que ya todo era inútil, y que el hombre triunfaba, exclamó, ahora en español:

—¡Dígame algo!

Que le dijeran algo, cualquier mentira, una sola palabra que sonara a hombre enamorado.

—¡Dígame algo! —rogó al animal.

Sin un murmullo, Cruz, luego, se levantó y se fué.

(Ann Arbor, Michigan)

Stefan Zweig, devoto y víctima del "Mundo de Ayer"

MIENTRAS los promotores de la guerra y los apolo-gistas de la violencia mantenían sus desplantes agresivos sin que se les exigieran cuentas caían baleados los que como Rathenau habían tratado de buscar una salida del caos. Ninguna conciencia limpia podía escapar a la fetidez de un ambiente político social que, por otra parte, era el caldo de cultivo de las bacterias conspiradoras de la cruz gamada. Para defenderse de la repugnancia y el abatimiento, Stefan Zweig concentró sus energías creadoras en el retiro de Salzburgo, ubicado sobre la frontera de Austria y a dos horas y media de Munich. Aquel pequeño castillo del siglo XVII fué el escenario de los más puros gozos que le sería dado disfrutar al autor de *María Estuardo*. El mismo reconoce que por espacio de diez años —entre 1924 - 1933— se abrió un paréntesis de relativa tranquilidad después de tanta incertidumbre.

No sólo fué un período excepcionalmente fecundo porque pudo realizar vastos planes literarios, sino que su renombre en Europa y América culminó con el aliento de un éxito raras veces tan sostenido. Millones de ejemplares le granjearon un público adicto en todos los idiomas, al extremo de aparecer como el autor más traducido, según una estadística del Departamento de Cooperación Intelectual de la Liga de las Naciones. Tan extraordinaria difusión del paladín de la comunidad europea sobrepasó todas las fronteras, incluso las de Rusia donde circulaban sus libros en ediciones populares, nada menos que con un prefacio de Máximo Gorki. Semejante predisposición favorable con respecto a su obra contribuyó a hacer más flexibles sus escrúpulos de escritor independiente, refractario a hipotecar su libertad de opinión en beneficio de un régimen o una ideología. Después de todo, la honradez inte-

lectual de Zweig y sus facultades críticas bien aguzadas, no le permitían tampoco mantener una connivencia con la moral capitalista cuyas contradicciones habían engendrado la guerra mundial y desquicio consiguiente. ¿Qué otra cosa sino una protesta y un alerta contra esa deficiente civilización era el pacifismo de Romain Rolland y sus amigos, entre los cuales él se contaba? Sea como fuere, Zweig aceptó en el verano de 1928 la invitación para asistir en Moscú, en calidad de delegado austríaco, a los actos de celebración del centenario de Tolstoi. Por un lado, la brevedad de la permanencia en la República de los Soviets —15 días— y por el otro el desconocimiento del idioma ruso, lo cierto es que las impresiones escritas sobre ser muy breves y epidérmicas, traicionan la censura interior que las ha dictado. Constituyen un testimonio soslayado por un evasivo término medio y reprimido por la suspicacia así como por el recelo de que se lo confundiera con los propagandistas en favor o en contra de la URSS. El mismo Zweig, incorregiblemente concienzudo, admite que tales impresiones carecen de "validez objetiva". Por una suerte de presbicia interior, aquel insigne biógrafo no acierta a transmitir una visión neta de un aconteci-

miento contemporáneo, si bien el mismo, en menos de quince días de encierro fecundo en su gabinete de trabajo, hubiera descrito el ambiente de Catalina de Rusia o el de Gogol sin omitir un resquicio.

Puede afirmarse que la visita de Stefan Zweig a Rusia fué el último de sus viajes voluntarios, la última de sus salidas resueltas por una libre determinación; las demás fueron fugas sucesivas, primero de Austria —su patria—, luego de París, Londres y otros apeaderos de arribada forzosa. Recordamos antes que el escritor austríaco había cumplido una intensa etapa de producción intelectual durante un decenio: 1924-1933. Al suceso de *María Antonieta* sigue más ruidoso aún el de su biografía de *Erasmus*. Los contratos de edición y las propuestas para traducir sus libros al mayor número de idiomas conocidos se agolpaban sobre su mesa. Recibía cuantiosas sumas en concepto de derechos que fuera de su holgada posición económica, eran suficientes para costear excursiones de estudio o de placer y para satisfacer las exigencias de un *hobby* principesco: su antigua afición de coleccionista de autógrafos, manuscritos y otras piezas de museo. Junto a raros originales de Leonardo a Goethe, pasando por pliegos de Balzac,

se exhibían en su residencia de Salzburgo páginas de Brahms y Chopin, en la armoniosa vecindad de muebles sobre los que se había posado la mano de Beethoven. Pero si Zweig coleccionaba manuscritos célebres, no menos era un filatelista de visitas de celebridades a domicilio. Así como el dinero se acumula por propia atracción, la fama también congrega magnéticamente a sus favoritos. Romain Rolland, Thomas Mann, Wells, Joyce, Brandes, Franz Werfel, Valery, Toscanini, Ricardo Strauss y muchas otras figuras de notoriedad universal habían sido sus huéspedes. En resumen, el autor de *Fouche* había recibido en audiencia especial al éxito con todo el cortejo de dignidades en su casa de Salzburgo. Sólo faltaba el invitado de piedra que casualmente vivía a poca distancia de allí, en la colina de enfrente —Berchtesgaden— donde presidía el aquelarre, trazando círculos de próximas conquistas y gargarizando arengas a modo de conjuros. Era autor del único libro que leía, el suyo —*Mein Kampf*—, destinado a ser la cartilla del perfecto sepulturero del “mundo de ayer”. A partir de su encumbramiento en el poder (1936), la civilización y la cultura de occidente sufrieron uno de los más violentos remezones, aún cuando el epicentro estaba

en la Selva Negra y comarcas circunvecinas. Dentro de dicho radio se hallaba el castillo de Salzburgo y detrás de sus vetustos muros y bajo los artesonados con goteras, la suma de felicidad que era el patrimonio de una existencia austera, consagrada a arrancar al enigma del hombre inéditas conjugaciones.

Desde entonces recrudecen los vejámenes contra Zweig y el diapasón de las amenazas sube sin miras de detenerse, pero la conciencia del escritor está demasiado embargada por el desastre colectivo para reparar excesivamente en sus infortunios personales. Ya no hay miramiento para el biógrafo y ensayista que ha enaltecido la moderna literatura europea y que es un orgullo de las letras alemanas. Primero le allanan la casa con el pretexto de buscar armas, después prohíben la impresión de sus obras; más tarde sus libros arden en la vía pública en fraterna compañía de los de Thomas Mann, de Emil Ludwig, de Wassermann y otros cuyas chispas son las postreras luces de la inteligencia que flamean bajo el Tercer Reich. Stefan Zweig abandonó en 1934 Austria para radicarse en Londres donde permaneció hasta el estallido de la segunda guerra mundial. De allí partió rumbo a América, incorporado a la caravana de intelectuales

que componían la Europa peregrina. En la noche de su duelo, debieron resonar como rescoldos de su fe maltrecha, aunque no vencida del todo, sus vaticinios del desarraigo forzoso. Tal vez resonarían las palabras que él había puesto en su tragedia en boca de Jeremías cuando replica al enviado del invasor: “Más poderosos hubo que él y las generaciones de la tierra los olvidaron antes de que se pudrieran los árboles que ellos plantaron. ¿Quién es Nabucodonosor bajo las estrellas para que yo tuviera que temerlo? ¿No es un gusano humano, y no aguarda la muerte detrás de su sueño, y podredumbre en su cuerpo?” ¿Cómo se ha ido elaborando, entretanto, la imagen del mundo de Stefan Zweig? Caractericemos el proceso al filo de sus notas principales.

La primera guerra mundial perturbó el optimismo liberal de toda una generación de escritores y artistas cuya concepción del mundo reposaba sobre los principios de la tolerancia y del progreso indefinido. Se habían formado bajo la fe positivista, incompatible con la inquietud metafísica, sistema de ideas que suplantó el altar religioso con el endiosamiento de la ciencia experimental entronizada en el laboratorio. Los enemigos del dogmatismo a su vez dogmatizaban mismo. Sin embargo hay una voz

todavía a principios de este siglo en nombre de la evolución y del determinismo mecanicista. Aquella ciega confianza en la legalidad del universo, de cuño iluminista, alumbraba los debates finiseculares y rebasa los centros universitarios de París, Londres, Berlín y Viena para propagarse al gran público. Flammarion popularizaba la astronomía lejos de sospechar el paradójico indeterminismo actual de Eddington que afirma: “La Tierra sigue por el espacio el camino que se le antoja”. Desde *Los Primeros Principios*, síntesis del evolucionismo spenceriano hasta *Los enigmas del Universo* de Ernesto Haeckel, sin olvidar *La antigua y la nueva fe* de David Federico Strauss, la difusión de los ambiciosos inventarios del saber positivista ganaban fáciles adeptos. Cómo dudar de esos conocimientos si su eficacia estaba a la vista para quien recorriera de asombro en asombro los stands de la Exposición Universal. ¿No se ufanan doctos y legos de los adelantos alcanzados por la revolución industrial y por las fabulosas perspectivas de la civilización técnica? Un largo viaje en ferrocarril o vapor rodeaba al que lo emprendía de una aureola de intrepidez. Se escribieron biografías de Bell, inventor del teléfono, pero no del invento

que llama al biógrafo desde el alma de la milagrosa caja parlante de donde por primera vez en el experimento de 1876, salieron estas palabras de Bell dirigidas a su colaborador en el otro extremo del hilo: "Venga aquí Watson, lo necesito..."

La juventud de Stephan Zweig se desarrolló bajo ese clima de capciosa estabilidad y de prosperidad ilimitada. Es el mundo de la seguridad que él describe en la *Autobiografía* con acentos de incurable añoranza puesto que lo vivió hasta verlo caer y desinflarse como aquellos primitivos aerostatos, contemporáneos de la infancia del cine. No era indispensable frecuentar los textos de la filosofía positivista para percibir el aplomo que irradiaba la convicción de poder contar, pesar y medir el contenido del orbe orgánico y el inorgánico, los caprichosos mitines moleculares que ocupan un lugar en el espacio y las aglomeraciones análogas que, según los psicólogos experimentales, configuran nuestros fenómenos subjetivos. Cualquiera, sin necesidad de pertenecer a los cuadros intelectuales, experimentaba la tónica de mil novecientos que parecía ofrecerle inconmovibles puntales a la vida y a la cultura. Tal manejo de la realidad fenoménica y tangible, a la que se reducía todo el conocimiento en

nombre del sentido común, trascendía al hombre de empresa, al creador literario, al profesional, a la masa anónima. No es extraño, pues, que los órganos de la estructura capitalista favorecieran profusamente la extensión del pensamiento comtiano cuya defensa de la autoridad y del orden jerárquico se les escapaba a muchos de sus prosélitos, que eran al par liberales o revolucionarios adictos al marxismo, a las doctrinas subsidiarias de Proudhon e incluso de Max Stirner; en cambio, la apología del orden implícita en el sistema de Comte sería invocada después como genealogía del frente anti-liberal por escritores de beligerante filiación monárquica como Charles Maurras y otros. Sin embargo, es una ironía que tales sospechosos panegiristas no pertenecieran a los estadios superiores de la concepción comtiana —el metafísico y el positivo— sino al inferior, al 'teológico'. Sea como fuere, el positivismo, sobre todo el de Comte asumió las formas rituales de una nueva religión o, mejor dicho, de una suerte de masonería sustentada por una organización internacional. "Orden y Progreso", "saber para prever a fin de proveer", "la debilidad del espíritu humano", estas máximas y temas familiares del Gran Maestro eran repe-

tidas a granel por sus incontables secuaces e incorporadas al acervo de lugares comunes en circulación. Sin contar que, entre los fieles, hasta los descreídos más materialistas se inclinaban reverentes ante definiciones del catecismo positivista como la de que "el ateo es el más irracional de todos los teólogos..."

No importa que la vocación de Stefan Zweig fuera literaria pues tanto sus estudios universitarios como sus voraces lecturas de libros y revistas caían necesariamente bajo el fetichismo cientista de las postrimerías del siglo XIX. Precisamente en aquella Viena alegre y valseada un ilustre colaborador de "La Nueva Prensa Libre" que había publicado una notable novela titulada *El mal del siglo*, lanzó luego sobre los males de fin de siglo un documentado ex-abrupto, típico *anschluss* dentro de la cultura. Consistía en una invasión de la ciencia en desmedro del arte y de su fuero privativo. El estrepitoso libro llevaba el título de *Degeneración* y su talentoso autor —Max Nordau— desde el anfiteatro de la psiquiatría pasaba revista a las más importantes tendencias del pensamiento y la literatura. Stefan Zweig debió quedar sin aliento ante los diagnósticos reservados o los juicios petardistas con que Max Nordau deshauciaba a mu-

chos semidioses de su Olimpo. Nietzsche, Wagner, Ibsen, Tolstoi, los poetas simbolistas en bloque aparecían allí expuestos en rueda de egotistas, misticoides, estetas, snobs y demás muestrario de paranoicos. En tanto Nordau en el capítulo dedicado a "Los plagios jóvenes alemanes" ridiculiza y trata de histórico a Hermann Bahr, Zweig le consagra en *Prohombres del espíritu* un efusivo mensaje de felicitación al cumplir los 60 años, lleno de cálidos elogios para su obra. Tan lastimoso era el cuadro de las víctimas del asalto interpretativo como el desgaste de las energías demoledoras, máxime por ser un escritor de tal renombre quien sometía el examen del arte y las letras a la patología. Pagaba así el tributo de vasallaje al cientificismo en boga.

Estamos tratando de insertar las líneas de formación del autor de *Castalión contra Calvino* dentro del panorama de ideas y corrientes intelectuales que entonces imperaban. Interesa seguir ese itinerario para comprender luego los rumbos de su personalidad cuando el escritor, maduro interiormente y dueño de peculiares medios expresivos, va al encuentro de sí mismo. Durante la juventud de Zweig el positivismo controlaba todavía considerables sectores de la opinión ilustrada, pero

la reacción neo-kantiana en la filosofía y los avances del vitalismo en las ciencias biológicas favorecían el retorno de estímulos espirituales sobre nuevas bases. Sin duda, las voces heterodoxas con respecto a la concepción mecánica del mundo y aún las discrepantes en extremo no se habían sustraído a la sagacidad de Stefan Zweig. Seguramente no había pasado inadvertida para él la ruidosa polémica sobre la "bancarrotta de la ciencia" que proclamara Brunetière mientras vapuleaba al individualismo. No es difícil tampoco que conociera el pasaje de *Erehon* —"El libro de las máquinas"— donde Samuel Butler, tan elogiado por Bernard Shaw, refuta el evolucionismo darwiniano. Además, algunos penetrantes pensadores de la época presintieron la declinación de su propio magisterio, algo así como el próximo e irremisible relevo de su influencia. Hipólito Taine, examinador de la tesis de Bergson sobre *Los datos inmediatos de la conciencia*, dícese que exclamó sorprendido: "¡Cuánto mal hará este joven a la filosofía!", lo cual para un suspicaz comentarista, significaba: "¡Cuánto mal hará a mi filosofía!..." En efecto, el edificio conceptual del famoso autor de *La inteligencia* (1870) y con él toda la psicología atomística de

entonces, se resentirían en su solidez debido a la brecha abierta por el intuicionismo bergsoniano. La rehabilitación de la metafísica de la personalidad, de la libertad y de la "evolución creadora" del autor de *Materia y memoria* contribuyó a renovar no sólo el campo de las ciencias naturales, sino también la literatura y singularmente, el área de la novela introspectiva de Marcel Proust y sus epígonos. No dejará de causar sorpresa la afirmación a quemarropa de que Bergson, aunque a larga distancia gravitó hasta sobre Mussolini, quien confesó la fascinación que sufriera al leer *Las reflexiones sobre la violencia*. Como se recordará, en ese resonante libro, George Sorel con expresiones de las fuentes, había trasladado el dinamismo bergsoniano en mito al servicio de la historia y, en particular, de su teoría del sindicalismo revolucionario. A primera vista, Stefan Zweig permanece al margen de estos problemas por lo menos en su faz técnica (él ha confesado que sus aptitudes para el pensamiento abstracto eran escasas) pero caracterizan el ambiente cultural que impregna sus años de aprendizaje, sus vigiliadas juveniles de escritor en germen. Ya comienza a estar alerta a todos los signos del espíritu del horizonte europeo, perfilándose

prematuramente lo que para algunos coetáneos fué mera curiosidad cosmopolita y en él se ennoblecíó con los atributos universales del humanismo. De cualquier manera conviene destacar las tendencias antagónicas que separan a los filósofos e investigadores desde fines de siglo porque ellas denuncian las líneas de fractura del "mundo de ayer". La consistencia de tal estado de cosas era aparente puesto que ocultaba la bomba de tiempo de la primera guerra mundial.

Desde luego que Zweig, escritor antes que nada, seguía con un interés preferente la aparición de libros de los poetas y novelistas. Tampoco en ese dominio resultaba fácil ponerse de acuerdo dadas las controversias entre generaciones, las polémicas de los diversos grupos dentro de una misma promoción, fuera de las disputas que suscitaba el trasunto de conflictos sociales como en el caso de Gerard Hauptmann. La influencia de Zola y la creciente actualidad de la cuestión obrera habían introducido extraños personajes, intrigas y ambientes cuya crudeza de pintura desconcertaba. Zweig hizo resaltar las modalidades del género en Gorki cuyo 60 aniversario también celebró como las de Romain Rolland, Freud y otros, fiel a su noble

culto al compañerismo y a la admiración. Cuando el futuro autor de *Amok* borroneaba todavía versos de estudiante, Hauptmann junto con Artur Schinitzler y Frank Wedekind representaban en la literatura alemana el naturalismo, tendencia que más adelante ha tenido del otro lado del Rhin émulo de Zola de la talla de Heinrich Mann. Por su parte, los aprendices de literatos como ocurre siempre, se ufanaban de haber pasado por todas las 'escuelas', menos por la primaria, al decir de Alberto Gerchunoff... Pero la sumisión al molde estrechamente naturalista con sus resabios de cientificismo documental y de directas reivindicaciones sociales, levantaba entonces violentas resistencias así en la plástica como en la literatura. Por un lado, actuaba en las letras alemanas —y Viena caía en su esfera de influencia— el magnetismo del genio Nietzsche, discurre en torno a eslavo, mezcla de apocalipsis y de escueta disección realista y, por el otro, el simbolismo francés, dentro del cual ejercía un poderoso ascendiente el culto del "arte por el arte" y el prestigio estetizante de Huysmans, Lorrain, etc. Esas corrientes opuestas al naturalismo encarnaron, bajo la acusada sugestión de Mallarmé, en el poeta Stefan

George y en su sacerdocio órfico no sólo divorciado, sino en franco desafío a los gustos de su tiempo. Su individualismo aristocrático, de empaque goetheano, se sentía heredero del arte apolíneo y del acento de heroica exaltación del advenimiento del superhombre que vaticinara Nietzsche. Zweig, alumno a la sazón del Gimnasio, incluía en el tríptico de poetas que leía fervorosamente dos nombres más cuya devoción personal sobresale en sus recuerdos: *Hugo Von Hofmannsthal* y *Rainer María Rilke*. "Aun cuando no esperábamos que ninguno de nosotros lograra repetir el milagro de Hofmannsthal —anota en la *Autobiografía*— nos reconfortaba no obstante, su mera existencia física. Ella demostraba en verdad, ópticamente que el poeta era posible también en nuestra época, en nuestra ciudad, en nuestro ambiente. Su padre, un director de banco, procedía al fin y al cabo, de la misma capa burguesa judía que nosotros. El genio se había criado en una casa similar a la nuestra, con iguales muebles e igual moral de clase; había frecuentado un Gimnasio igualmente estéril, había aprendido en los mismos textos y había estado durante ocho años en los mismos bancos de madera, con una impaciencia parecida a la nuestra, con una pasión simi-

lar a la nuestra por todos los valores espirituales". Ese paralelismo sitúa a Zweig social y psicológicamente con respecto a su mentor literario así como al anhelo de adquirir a su semejanza una temprana reputación, si bien puede leerse en las entrelíneas del cotejo las inhibiciones del adolescente que busca un paradigma para superarlas. Por lo que hace al ejemplo de Rilke lo exhorta a no desesperar de la lenta germinación de la propia personalidad. Muchos lustros después —en febrero de 1927— Zweig que rehuía el hablar en público, pronunció una bella y emocionada oración en el Teatro de Munich que ahora figura en su volumen *Prohombres del espíritu*. Recoge allí en un mismo latido de homenaje póstumo, la permanencia del afecto al poeta de las *Elegías del Duino* y el crecimiento perdurable de la gratitud por la lección recibida.

Zweig en su estudio sobre Nietzsche discurre en torno a lo que denomina el "descubrimiento del Sur", el viaje a Italia cuya fascinación sufrieron los alemanes desde Goethe hasta el torturado anunciador de Zaratustra. El escritor austríaco también recorrió ese itinerario desde joven por más que lo prolongaría en la madurez, empujado por los sucesos europeos. Así lo vimos llegar a la América del

Sur cuando la atmósfera del mundo se había enrarecido. "La historia de los judíos contiene la historia del género humano como un dique contiene a un río, para elevar su nivel", estas palabras del escritor católico León Bloy apenas se escuchaban. Al éxodo de Austria —su tierra natal— siguió la fuga del Viejo Continente, bajo la amenaza de transformarse en un campo de concentración. Zweig quedaba así definitivamente desarraigado al arrancársele el último vínculo, aquella ciudadanía europea que en el prólogo a su biografía de Romain Rolland llamara "nuestra santa patria". El prestigioso biógrafo había emigrado antes a otros siglos en procura de arquetipos y de personajes cuyo destino similar le sirviera de 'dobles' ya que la historia es un vasto almacén de repuestos psicológicos y morales; después pasó a ser un emigrado más ya sin misión a la vista. Zweig gasta los cartuchos finales de la esperanza en el Brasil desde donde exalta en un libro las posibilidades de futuro de América. Diríase que recaló en tierra brasileña —emporio del café— para poder escribir en ambiente su biografía de Balzac, inagotable consumidor de esa bebida, su estímulo preferido. Si el monumental trabajo de Zweig sobre Balzac quedó inconcluso

por no tener a mano la documentación reunida en Europa, disponía en cambio de su angustia acumulada o sea de todo lo indispensable para concluir su *Autobiografía*. Ese prematuro coronamiento ¿no significaba ya para el biógrafo cerrar el círculo de su propia vida? Hace muchos años en las páginas de *Amok* había escrito: "El único derecho que le queda al hombre es el de morir a gusto, cuando le dé la gana... sin ser molestado por el auxilio ajeno". Tolstoi, a quien él, analizara fervorosamente confesaba: "Veíame precisado a inventar farsas para no suicidarme". De ese vértigo o de la locura lo salvó *La guerra y la paz*, sumiéndolo en una embriaguez de trabajo que es otra epopeya. Stefan Zweig, personificación del 'héroe vencido' de tantas biografías suyas, se sumó al séquito de Mayakoski, de Toller, de Virginia Woolf, de Lugones, de Quiroga, de Alfonsina Storni. La noticia de su muerte circuló confundida entre los últimos rumores del carnaval carioca y los primeros cables sobre el hundimiento de barcos brasileños. Cuanto pueda aventurarse alrededor de ese inescrutable designio, pertenece a la crónica o a la conjetura. ¿Conciencia minada por el desarraigo, por la incertidumbre del ciudadano 'sin pa-

tria', por el desmoronamiento de la confianza en la reconstrucción de la vida, en fin, por un raptó incontrollable de cansancio que le cortara las amarras y lo dejara al vaivén del salto en el vacío? Puras hipótesis. Pocos días antes Zweig y su esposa habían conversado con Gabriela Mistral, quien a pesar del trato frecuente en Petrópolis, no advirtió ningún indicio. Pues bien, tan ilustre amiga no acertó a descubrir móviles en medio de su estupor.

Merece una atención preferente la *Autobiografía* que Zweig terminó poco antes de eliminarse. De un extremo al otro, es un impresionante documento de una conciencia dramáticamente veraz en vivo combate con sus dilemas y alternativas de insaciable madurez. Zweig —hombre y escritor— avanza allí al desnudo y a la defensiva de la ola de presiones de afuera, sobre todo, ante el "delirio de bajezas" que recrudeció en vísperas de la segunda guerra mundial. Inunda sus páginas la confesión de múltiples facetas de un alma abierta por obra del mismo refinamiento de cultura, a los impulsos superiores de la creación del arte y de la solidaridad humana. La *Autobiografía* de Zweig supera el valor de la experiencia personal puesto que constituye, por añadidura, un auto-examen de su generación.

Difícilmente podrá hallarse un análisis de la crisis de post-guerra más completo en sus líneas de conjunto y más copioso de detalles. A las esperanzas idealistas puestas en la reconstrucción del mundo, sigue el cuadro de la psicosis colectiva y del desenfreno que la decepción trajo consigo un lustro después del armisticio y del fracaso de la prédica del presidente Wilson. No es el menor de los méritos de ese libro el de ayudarnos hoy a sacar aleccionadoras meditaciones parangonando el desbarajuste ideológico, el desconcierto moral de Occidente y aun la confusión de ambas posguerras.

Ahora bien, Zweig se "hundió en las tinieblas" —la frase le pertenece— negándose a ver el mundo de hoy y, embrionariamente, el de mañana. Por ello esta elegía al 'mundo de ayer' puede confundirse con la defensa de la unidad de una constelación de valores. ¿Existió tal unidad? ¿Esos mismos bienes precarios y caedizos merecen ser añorados? No es el lector ni el crítico de Stefan Zweig, ni mucho menos nosotros, los autorizados para decir la última palabra: son los valores éticos y espirituales de su propia obra, vigorosamente plasmados, los que pugnan con la moral derrotista, a pesar de todo, de su apasionante *Autobiografía*.

JULIO PAYRÓ

Amedeo Modigliani y el expresionismo latino

Nació en Liorna, el 12 de julio de 1884, el artista que había de volcar su íntima melancolía de sentenciado a muerte en retratos y desnudos utilizados como pretextos para la traducción de sus inquietudes más sutiles. Si su contemporáneo Georges Rouault pudo calificarse a sí mismo de "*hombre de la Edad Media, resucitado entre los muertos*", Amedeo Modigliani fué algo muy distinto: un artista cabalmente ubicado en su época pero provisto apenas de un permiso transitorio para vivirla. Bien sabía —y desde su infancia— que su residencia en la tierra tendría límite preciso y plazo brevísimo. Ya que no podía prolongarla, intentó compensar sus cortos días mediante la intensidad de las sensaciones y se deslizó a mil excesos furiosos que, sin embargo, no se reflejan en su obra. Nada más equivocado que una comparación entre Van Gogh y

Modigliani. Igual urgencia, igual premura: pero dos actitudes completamente distintas ante ellas, pues el holandés alimentaba su arte con su ansia febril, mientras que el italiano se imponía, en sus cuadros y sus estatuas, la única paz verdadera de que gozó. Así, señaló su paso por el mundo con creaciones de admirable sobriedad y equilibrio, que serán eternamente valoradas.

En la época de los Médici, a quienes debió su grandeza, Liorna —puerto natural de Florencia— había acogido a toda clase de descontentos, fugitivos y expatriados: los católicos de Inglaterra, los moros y los sefardíes de España. Descendiente de uno de estos emigrados forzosos era el padre de Amedeo. Con éxito desarrollaba su industria en la ciudad portuaria, famosa ya, a fines del siglo pasado, por la importancia de sus astilleros navales.

Familia burguesa, acomodada

y liberal, capaz de comprender una vocación artística y alentarla. El joven Amedeo reveló su brillante, precoz, inteligencia apenas inició sus estudios de humanidades en el liceo local. Lector omnívoro, adquirió pronto una cultura sorprendente en un niño, que luego fué acrecentando, en el curso de los años, mediante la lectura, en que encontró refugio y deleite en sus tiempos de mayor miseria.

Se esbozaba la figura de un intelectual muy completo, sensible a las letras y la música, prometido a alguna distinguida carrera profesional. Pero de pronto, cuando contaba catorce años, en 1898, el muchacho manifestó los primeros síntomas de la enfermedad pulmonar que, en campo propicio, mal atendida y mal cuidada, lo llevaría a la tumba en 1920.

El mal impuso la interrupción de sus estudios. Su madre lo llevó apresuradamente al clima saludable del sur de Italia. Así, Modigliani vió nacer el nuevo siglo encontrándose en Nápoles.

Había despertado su vocación de pintor, a la cual no se opusieron los suyos. Aparentemente repuesto de su enfermedad, se trasladó a Roma y luego a Venecia, en cuya Academia ingresó. Completó los estudios programados mediante trabajos de copia e interpretación que rea-

lizó en los museos, donde adquirió cierta preferencia por esos oros de la pintura veneciana que más tarde aparecen en sus telas, particularmente en sus rubios desnudos.

Pasó varios años en la ciudad de la Laguna, que describió en una carta, con poético lenguaje, como una "cabeza de Medusa, con sus infinitas serpientes azules: inmenso ojo glauco en que el alma se extravía".

Luego vivió algún tiempo en Florencia, en una época en que se gestaba silenciosamente la explosión del futurismo, sin que el apacible ambiente de la ciudad adormilada se viera aun turbado por agitación alguna. Los jóvenes florentinos de la edad de Modigliani presentían la necesidad de una acción renovadora, mas no habían encontrado todavía a su conductor, al infatigable y ardiente Marinetti. Así, sólo hallaba alimento para su ensueño de resurgimiento artístico en los museos. Allí encontró también Modigliani la mayor parte de los elementos que luego configurarían su estilo. Toscano, sentía con particular intensidad las formas artísticas de la Toscana. Esa tierra posee una inmensa fuerza. Si se apodera del viajero sencillo que pasa allí un par de meses; si domina al hombre que reside en ella algunos años, ¿cómo no

ha de insinuarse hasta las más íntimas fibras del vástago de una familia —cualquiera sea su origen— que allí sentó sus reales cuatro siglos atrás? Muchas cosas, muy tontas e inconsistentes cosas, se han escrito acerca de la raza de Modigliani, a quien algunos autores incluyen con fruición en el capítulo del "pate-tismo judío", prefiriendo reunirlo con sombríos expresionistas llegados del lejano y tenebroso septentrión antes que vincularlo, como la lógica lo quiere, con esa latinidad mediterránea a la cual pertenece por entero, substanciado como estaba con la tierra en que nació.

En el cuadrángulo Florencia-Pisa-Liorna-Siena que constituye la "patria chica" de Modigliani, nacieron y obraron los grandes pintores cuya lección asimiló magníficamente ese descendiente de un sefardí que probablemente descendía a su vez de un tatarabuelo radicado en otra tierra latina: en España. Giotto, Orcagna, Gaddi, Masolino da Panicale, Lippi, Ghirlandajo, Botticelli, por la parte de Florencia; Duccio, Martini, Lorenzetti, Sassetta, Sano di Pietro, por la parte de Siena, educaron a Modigliani en el arte intelectualísimo de la línea dominante y del color, suntuoso accesorio. Le hablaron de un arte espiritual, de expresiones íntimas, poco preocupadas por

la mimesis de lo externo y lo carnal.

El Trecento y el Quattrocento ofrecían suficiente enseñanza a un joven pintor que se iniciaba en este siglo xx, tan legítimamente reticente en sus fervores relativos al Renacimiento y el Barroco. No creo que Modigliani haya buscado en el arte posterior a Botticelli —a quien por cierto se parece— antecedentes para su pintura.

Empero, al cabo de largo aprendizaje, Modigliani, que a la sazón contaba veintidós años, resolvió trasladarse a París para iniciar en el férvido ambiente de la capital francesa sus creaciones personales. Italia estaba amodorrada, mientras que en París se advertía un intenso despertar: la llamarada incendiaria y purificadora del fauvismo había disipado las brumas finiseculares.

1906. El pintor de Liorna se traslada a Montmartre. Si no junto con él, por lo menos al mismo tiempo, otros dos forasteros llenos de talento van a París, desde Italia y España: son Gino Severini, futuro autor de *El baile del pan-pan en el Monico*, pieza de resistencia del futurismo pictórico, y José González, más conocido por su seudónimo de Juan Gris, brillante discípulo de Picasso. Gris, Severini y Modigliani se encuentran y afrontan, reunidos, en primer

contacto con la vida de bohemia en la célebre colina. Conocen el Barco-Lavadero —ese tugurio, residencia de talentos—, el simbólico Moulin Rouge, el Circo Medrano, la taberna del Lapin Agile, las casuchas del *Maquis*, empinadas en la ladera de la *Butte*, pobladas por mendigos, apaches y artistas. Los acoje la sombra del homúnculo Toulouse-Lautrec, eslabón de enlace entre los impresionistas y los *fauves*. Los reciben con vital cordialidad Pablo Picasso, a la sazón casi desconocido, los integrantes de su grupo, André Utter, el joven y rubio esposo de la madura Susana Valadon, el hijo de ésta, Maurice Utrillo, que ya entonces, entre copa y copa, se inspiraba en tarjetas postales de cinco céntimos para pintar pequeñas joyas blancas: evocaciones del Sacré Coeur, los bares o las callejas neblinosas de Montmartre.

Ya tienen su historia y —lo que es más— ya tienen su leyenda aquellos años *montmartrois* de los comienzos del siglo. Picasso cuenta veinticinco años; Braque, veinticuatro. Ellos y sus mayores —Matisse, Rouault, Vlaminck y otros— son pobrísimos. No pertenecen siquiera, en la escala económica, a la clase proletaria. Sus cuadros maravillosos no encuentran otros compradores que el Tío Soulié o el Tío

Clovis Sagot, ropavejeros que pagaban a los artistas precios semejantes a los que abonaban a los "cirujas"... Así, los pintores se inscribían entre los desheredados: eran hermanos en indigencia de los pordioseros, las magdalenas y los rateros del *Maquis*. Como ellos vivían, más o menos; como ellos vestían: traje azul de mecánico, zapatillas de lona, tricota de ciclista, pantalón de pana. Y, niños grandes, organizaban con cualquier pretexto miserables fiestas (el banquete Rousseau fué una de ellas) en que se consumían escasos fiambres, panes flauta, vino en botella de litro, pero en las cuales reinaba una furiosa alegría. Algunos comensales, aunque la bebida nunca alcanzaba para achisparse siquiera, solían simular el *delirium tremens* con la ayuda de espuma de jabón con que se llenaban la boca...

Modigliani no participaba de esas fiestas ni esos simulacros. ¿He dicho que despilfarró en poco tiempo las liras llevadas de Italia y cayó en una espantosa miseria? Ambulaba por las terrazas de los cafés, haciendo y vendiendo a los parroquianos rápidos y certeros retratos. Se alojaba en cualquier parte: sea en el taller de algún compañero que le daba hospitalidad por un par de noches, sea en alguna casa desalquilada. En cierto mo-

mento tuvo vivienda fija en un palacete desocupado de la Rue du Delta, que se alzaba en un baldío, a la espera de los equipos de demolición, detrás del teatro Gaité-Rochecouart.

Place evocarle en ese elegante y vetusto edificio de estilo Luis XVI. Su propia elegancia espiritual cuadraba bien con aquel ambiente. Este vagabundo a pesar suyo era un gran señor. Si no podía pintar —y a menudo se veía impedido de hacerlo, por falta de taller y materiales— se enfrascaba en la lectura, su único lujo. Y llamaba la atención a sus amigos por la calidad de los libros que leía, escogidos en la categoría de lo que André Warnod —uno de sus muchos compañeros— calificaba de "literatura difícil". Era versado en letras, en general, y especialmente en poesía. Él mismo escribía versos, alguno de los cuales fueron publicados después de su muerte, en 1925. Y para todas las circunstancias de la vida encontraba oportuna referencia en "La Divina Comedia", que conocía de memoria y a menudo recitaba, llenándose los oídos y el alma con la sonoridad conmovedora de la lengua toscana.

Además de culto, era hermoso. Impresionantemente. Un joven dios, de facciones nobles y regulares, despejada frente, cabellera desordenada y abundan-

te. Atlético también, y dotado de la seguridad y valentía que su fuerza le infundía naturalmente. Fino, cortés, ingenioso, sabía moverse en sociedad y fué grato huésped —aunque muy esporádico— en las casas de familia que frecuentó, por ejemplo, la del doctor Paul Alexandre, un joven médico, su primer cliente y protector, del cual ha dejado un sensible y expresivo retrato.

Empero, la pobreza —que soportaba con altivez—, la enfermedad que le iba infiriendo sus secretas heridas, una incurable melancolía, alejaban a Modigliani de la vida de sociedad. Y cuando sentía la necesidad de atontarse a golpes de alcohol, de procurarse un instante de artificial alegría, invariablemente iba en busca de su único compañero: Maurice Utrillo, a quien siempre encontraba dispuesto a compartir las peregrinaciones de bar en bar por las empinadas callejas de Montmartre.

Pintó Modigliani, cuando pudo pintar en aquellos primeros años azarosos de París, bajo influencias diversas. Una de ellas fué la del Picasso de la época azul, el Picasso con puntos de contacto con los "fauves". El factor de enlace entre ambos era, sin duda, Toulouse-Lautrec. Mas ya se insinuaba en el italiano una voluntad de expresión por la línea, que lo sometió al

otro influjo del momento: el de Matisse y los pintores de su grupo. Uno de sus lienzos tempranos, *La amazona*, trae a la memoria antiguas pinturas de Zuloaga. Es curioso. Nadie ha mencionado el hecho. Sin duda, porque Zuloaga se desprestigió crecientemente en el curso de una carrera demasiado llena de halagos. Sin embargo, en Zuloaga hubo, en cierta hora, un pintor muy vigoroso y, más aún, un pintor original. Hacía uso de la materia de una manera inédita, buscaba la construcción con sólida voluntad, se situaba en un punto muy distante de la estrecha objetividad y su pincel dibujaba con rasgo enérgico e incisivo. Coincidieron pues, durante un momento, el vasco y el toscano para verse luego separados por un abismo, pues este último marchó más y más hacia las manifestaciones del puro espíritu, mientras el otro iba despenándose en la material trivialidad.

En 1908, Modigliani hizo sus primeras armas de expositor, concurriendo al Salón de Independientes. Había firmado ese año dos promisorios retratos, el de la *Señora Branteska* y el de la *Mujer judía con sombrero*. No era aún el Modigliani que todos tenemos presente, el extraordinario estilista del período 1916-1920, en que su talento floreció.

Sin embargo, ya estaba allí la simiente de su obra, que para germinar y desarrollarse necesitaba unos cuantos años de maduración... y la experiencia de la escultura.

En 1909, mejorada un tanto su situación, el artista pudo disponer de un taller en la Cité Falguière. Entonces conoció al escultor Brancusi, al hombre que había de desconcertar al público de dos continentes y suscitar ardientes polémicas con las singulares formas ovoides, metálicas, pulidas con prolijidad formidable, mediante las cuales representaba, ora la cabeza de una negra, ora el tierno cuerpo de un recién nacido, cuando no intentaba sugerir el vuelo de un pájaro a través del espacio. Brancusi había llegado poco años antes, en 1904, a París desde su nativa Rumania. Alumno indócil de la congelada Ecole des Beaux Arts, discípulo luego de Rodin, el estatuario más grande de su tiempo, Brancusi tampoco era, aún, el Brancusi que pronto debía formar, con Laurens, Zadkine, Lipschitz y Archipenko el potente quinteto de los abstractos. A la sazón, como los cubistas que acababan de descubrir el arte negro, el rumano se inspiraba en las formas de los ídolos de Gabón y de Guinea. En su jardín-taller de Vaugirard llevaba, como dice el crítico Alfred

Dreyfus "la vida de un sabio, mas no de un asceta". Como Modigliani, sentía la nostalgia de la eternidad. Ambos se entendieron perfectamente y el italiano, cediendo a las instancias de su nuevo amigo, se dedicó a la escultura para la cual, por cierto, estaba admirablemente dotado, como lo demuestran unas cuantas piezas, en su mayoría inconclusas, que ha dejado.

Labrar la hermosa piedra caliza de Francia, de la cual extraía en sus primeros tiempos de tallista figurillas y máscaras simplificadas y expresivas como las de los africanos, dió a Modigliani la comprensión y el amor del plano. Advirtió que, cual ocurre en el precioso diamante, es el volumen tallado en facetas el que mejor recoge y a la vez define la luz. Es la faceta, con relación a la masa, lo que la línea a la forma. El livornés, educado en la admiración de los pintores del Quattrocento, muchas de cuyas obras tienen esa impresionante calidad metálica que adquiere la pintura cuando se hace discípula de la escultura, no podía dejar de percibir la importancia de su hallazgo. Y este hallazgo lo condujo fatalmente a Cézanne. Pues, en Cézanne, es precisamente el plano, la faceta colorida, lo que arma y edifica esas admirables estructuras de sus paisajes, retratos y naturale-

zas muertas de la mejor época.

Así, Modigliani, convertido al cézannismo —y por ende colocado ya en el terreno que habían de explorar los cubistas— pintó aquel *Violoncelista* constructivo y desprovisto de abandonos que llamó la atención, tan poderosamente, en el Salón de los Independientes del año 1910.

Pocos meses antes, en el otoño de 1909, Modigliani había regresado a Italia. Añoranzas de su tierra, de su familia. Una crisis de debilitamiento, de angustia, durante la cual sintió la necesidad de un apoyo moral, de un refugio que podía procurar el regazo materno. Durante su breve estada en Liorna, esbozó proyectos para permanecer en la península: pesó la posibilidad de abrir un taller de escultura en Carrara, en el corazón mismo del mármol.

Pero Italia no era París, ni siquiera en aquel momento en que el futurismo literario, ya proclamado, conmovía las esferas artísticas de Milán, de Florencia y de Roma, y preanunciaba el nacimiento de la pintura y la escultura futuristas, representadas por Boccioni, Russolo, Carrá y el antiguo compañero de Modigliani: Gino Severini.

Echó de menos Modigliani el ambiente febril y tonificante de la capital francesa y, en breve plazo, emprendió el camino del

regreso. De París no volvería a salir. Allí, en el Père-Lachaise, descansan aún sus cenizas.

Seguía sintiéndose escultor y era en la piedra donde plasmaba las armonías que cantaban en él. Extrañas y sugestivas cabezas femeninas en que se combinan con singular felicidad recursos y soluciones tomados de las máscaras africanas, la estatuaria arcaica griega y el arte etrusco. Ojos enormes, prominentes, narices alargadas y chatas, bocas menudas, de dibujo y expresión caprichosos, frentes, mejillas y mentones geometrizados y simplificados en extremo. Rostros enigmáticos de mujeres de nuestro tiempo —dotadas de todos los refinamientos y las complejidades de nuestro tiempo— pero representadas con medios que a menudo pertenecen a la más alta antigüedad. Y si tienen la gracia exquisita de las Tanagras, la tienen por la esencia misma del espíritu del artista que las creó: no por las destrezas de una técnica madurada hasta el borde mismo de la decadencia. Sin duda, Zadkine, Laurens, Brancusi, Lipschitz, Duchamp-Villon, Archipenko, (Picasso mismo, en sus escapadas de modelador) trabajaban en igual sentido. Pero las esculturas de Modigliani mantienen, dentro del conjunto de producciones análogas de su tiempo,

una individualidad poderosamente marcada.

Lo importante —sin mengua del auténtico valor de las tallas de Modigliani— es que mientras las hacía iba elaborando inconscientemente su estilo pictórico.

Hay, en la carrera de Modigliani, una fase en que se superponen el pintor y el escultor. Es aquella en que realiza su serie de cariátides: proyectos de figuras tridimensionales, estudiados en dibujo y llevado luego, inesperadamente, a las dos dimensiones del óleo. Y en estas dos dimensiones, de pronto se siente a sus anchas el artista. Ha encontrado su mejor lenguaje y abandona definitivamente el cincel por la paleta. Desde entonces, en un plazo brevísimo, a la verdad, da al mundo todas las creaciones que han forjado su gloria.

Claro está que aprovechó, en la concepción y ejecución de sus retratos y sus desnudos, muchos de los enfoques y los medios de su arte de escultor. Ello explica, entre otras cosas, por qué prescindió tantas veces de poner pupilas e iris a sus personajes. Sabía que, en la mejor escultura, basta el globo del ojo para dar expresión a la mirada, e intentó lograr otro tanto con la pintura. Del mismo modo, esa preferencia suya por las aristas netas, que tanto vigor infunden

a algunas de sus cabezas escultóricas, debió sugerirle el empleo de ese trazo cortante con que limitaba y definía narices, labios y maxilares en sus óleos.

No incluyó tales soluciones en el acervo de descubrimientos inéditos de Modigliani: mediante su propia experiencia confirmó —y rehabilitó— métodos que con eficacia se han aplicado en el arte de pintar en todos los tiempos, desde la prehistoria hasta aquel momento en que el virtuosismo imitativo se complugó en suplantar el cuadro-cuadro (imagen simbólica) por el cuadro-espejo (efigie engañosa, hechura del trampantojo). Si la sensibilidad y la inteligencia de Modigliani han puesto su sello singular en sus obras, éstas no son revolucionarias en todos sus detalles. O, mejor dicho, son revolucionarias en la medida en que, en determinada hora de decadencia y confusión de la pintura, parece ser un desplante de revoltosos la vuelta a algunas normas fundamentales e inviolables del arte. La sana tradición que Modigliani supo asimilar a través de Carpaccio, Simone Martini, Duccio y —no lo olvidemos— los prodigiosos mosaicos de Ravena, hace oír su voz eterna en *La hermosa panadera* o *el niño de la chaqueta azul*.

En 1913, arrastrado por la co-

rriente migratoria que privó a Montmartre de sus mejores talentos, Modigliani cruzó el Sena y fué a radicarse en Montparnasse. Allí conoció a un gigante patético y hambriento que acababa de llegar de Lituania: Chaim Soutine, pintor furiosamente instintivo, terriblemente nórdico, que había de centuplicar las audacias bárbaras de Van Gogh en lienzos apasionados, caóticos, estremecidos —ebrios diré—, en los cuales volcaba el frenesí de su desesperación, su amor a la vida, su castidad forzosa, su rabia. A este joven colega, más desventurado que él, protegiólo Modigliani, lo orientó en los misterios y meandros de París, lo aleccionó quizá, civilizando un tanto sus ímpetus de hiperbóreo salvaje. Y ambos formaron la más desconcertante pareja: ese hermoso David que era el italiano, con el basto, enorme y desgreñado fugitivo de los ghettos.

Nuevos amigos halló Modigliani en Montparnasse, en aquella feria de talentos que era la terraza de *La Rotonde*: muchos de ellos, nacidos en diversas comarcas de la Rusia de los zares: León Bakst, celeberrimo en el mundo parisino como autor de las escenografías y los trajes de los "ballets" de Diaghilev, el escritor Wladimiro Dilevsky, el pintor Baranowski, Lu-

nia Czechowska, el fino poeta Zborowski. Este último, pobrísimo (se ganaba la vida escribiendo direcciones en sobres que le pagaban al precio de tres francos el millar), entusiasmado por el arte de Modigliani, hizo el sacrificio de ayudarlo, comprándole algunos cuadros. También recibió auxilio de Paul Guillaume, un *marchand* joven y emprendedor que supo prever su éxito futuro.

Así, entre aventura y aventura, apoyado aquí, rechazado allá, trabajando poco —pues la bohemia forzosa nunca puede resultar prolífica— vivió Modigliani hasta 1914. Solía cruzar los puentes para ir a Montmartre, a embriagarse en compañía de Utrillo, hasta que en una de esas escapadas terminó en la comisaría. Desde entonces, se confinó voluntariamente en Montparnasse. Poco antes de la guerra apareció en su existencia una singular mujer, la poetisa inglesa Beatriz Hastings, quien redujo a la monogamia al incorregible Don Juan, acaparándolo durante tres años. Beatriz Hastings le sirvió de modelo habitual de 1914 a 1916, y los retratos que Modigliani pintó de ella se clasifican sin duda entre lo más agudo y armonioso de su producción.

En esta época, el pintor ha conquistado ya una modalidad

definida. El amigo de Soutine, expresionista del norte, es un expresionista cabalmente latino, meridional, mediterráneo. La claridad y el orden le son imprescindibles aunque en esa claridad y en ese orden ponga todo su sentimiento, que es mucho, que es enorme, que abarca a la humanidad entera en un abrazo generoso. Pues Modigliani es realmente lo que de su obra se deduce —no lo que podría suponerse por su anecdótico de vicioso ocasional—. Él escribió un día, al pie de un dibujo, la siguiente máxima: "*La vida es donación: de los pocos a los muchos, de los que saben y tienen a los que no saben y no tienen*". Máxima franciscana —jtoscana otra vez!— a la cual se ajustan su existencia y su obra. Pobre, pobrísimo, misérrimo, Modigliani da: la luz de su cerebro, la sangre de su corazón. Su inteligencia puede captar tal o cual rasgo cómico, o que se preste al humorismo, en la figura que le sirve de modelo; su corazón lo corregirá —sin borrarlo—, integrándolo en la armonía total del lienzo, tornándolo elemento picante, gracioso, encantador: indispensable indicio psicológico del retratado. El bigote cosaco de León Bakst en su cara bonachona y atónita, el absurdo turbante de Beatriz Hastings y su ojo celeste (de porcelana in-

glesa), el chambergo mendicante de Dilewski, el pescuezo de pollo de Zborowski, el cuello duro y la chaqueta entallada de Guillaume, los ojos estrábicos de Kisling, la nariz de Pinocchio y las hombreras de Cocteau, cobran estilo y dignidad en el rectángulo del cuadro firmado por Modigliani. ¿Cómo, por qué? Idealismo; clasicismo. Esto es, en primera instancia, embellecer; luego, medir, ordenar, generalizar, exaltando caracteres individuales con espíritu cordial, admirativo. Idealismo y clasicismo, mas no a la manera de las academias exhaustas. Porque éstas repiten fórmulas como se suelen hacer vaciados de vaciados de vaciados de las más nobles estatuas: hasta que la milésima copia en yeso es algo jabonoso y desprovisto de valor, algo que nada tiene que ver ya con el original. Aquí, en Modigliani, tenemos idealismo y clasicismo genuinos, de primera agua: mejor diría *de primera sangre* porque brotan de la carne viva. Y esa carne es estremecida, vibrante, tierna y sensible al menor rasguño.

Modigliani, un triste, un dramático. A pesar de todo; aunque sonría; aunque parezca mirar las cosas desde arriba. (Y quien sabe si no quepa más dolor en quien arquea las cejas que en quien frunce el ceño). Hay

en su obra una desesperanza. Sus modelos habituales: el escolar, el adolescente, el poeta, el pintor, la elegante, la ramera, el vendedor de cuadros, los novios, la panadera hermosa, las incógnitas desnudas (que un funcionario policial secuestró un día por obscenas) parecen sentir su transitoriedad, su condición de almas pasajeras. Modigliani se proyecta en sus criaturas. Mas éstas también se proyectan en él. "*La vida es donación*". Y en ese intercambio anímico, para Modigliani se suman las melancolías hasta tornarse desgarramiento: la propia melancolía del artista que sabe que vivirá poco y vive a medias; la melancolía de sentir que los otros, sus modelos, también vivirán poco, relativamente poco: que se marchitará la fresca ingenuidad del niño, que fenecerá la belleza de la hermosa, que se extinguirá el ardor pensativo del anciano. No por nada era Modigliani lo que era; no por nada había leído a Ronsard, el poeta de las rosas deshojadas:

*Las! voyez comme en peu
[d'espace,
Mignonne, elle a dessus la place
Las! Las! ses beautés laissé
[choir!*

*O vraiment marâtre nature!
Puisqu'une telle fleur ne dure
Que du matin jusques au soir!*

Pero la "madrastra naturaleza" no le arrancaba alaridos ni lo sumía en convulsiones. Tal, la diferencia entre el expresionismo latino y el expresionismo nórdico. Este último conduce casi inevitablemente al Grand-Guignol pictórico, escultórico: a una especie de sadismo del dolor, a un masoquismo que encontramos en el Maestro Francke, en Grünewald, Durero y... saltando siglos y jerarquías del genio, en Cornelius, Rethel, Piloty, Von Stuck, Munch. La Danza macabra preside siempre —en su alocado barroquismo— los expresionismos de allende el Rín. En cambio, en las comarcas marcadas por la latinidad —aquellas en que luego arraigó realmente el cristianismo (y no es España una de ellas, porque, allí, el africano, el moro, el godo, el vándalo aportan fermentos que luego hervirán en Dalmáu, Herrera, Ribera, Valdés Leal, Goya —también Picasso—) ... en las comarcas marcadas por la latinidad, el sentimiento trágico de la vida se expresa, en el arte, con nobleza y moderación: con hermosura.

Así, el dolor de Modigliani —heredero, si se quiere, del Giotto que concibió *El beso de Judas* y el *Sepelio*, de los giottescos autores de *Crucifixiones*, del pintor del *Triunfo de la Muerte* en el camposanto de Pisa —se ex-

presa en términos análogos a los de Botticelli. ¡Cuánto se parecen ambos: el quattrocentista pensativo y triste, henchido de espiritualismo medieval y colocado por el destino de su nacimiento en el umbral de una época de euforia vital, de satisfacción física... y en el pintor del siglo xx, casi un fantasma, casi un alma en pena ante la vida que pasa a su lado, arrogante, sin vacilación, por no saberse fugaz, efímera!

Así, Modigliani, más espíritu que carne —aunque su carne reclame a veces, desesperadamente, el amor, el alcohol, los estupefacientes— tiende a pintar más bien espíritus que cuerpos y se orienta con naturalidad hacia los modos expresivos de los místicos. Deforma en el mismo sentido que los góticos y el Greco: en sentido vertical. Alarga sus figuras, las relaciona con las proporciones del cielo, no con las de la tierra. Y las desmaterializa por todos los medios —síntesis, estilización bidimensionalidad, ordenación geométrica, simbolismo cromático— utilizados en todos los tiempos por los pintores que supieron desentenderse de las apariencias. De ahí que su arte —decididamente figurativo— tenga tantas, tan importantes, calidades abstractas: de ahí que sea tan de nuestro tiempo.

La experiencia cubista lo marcó sin duda, como ha marcado invariablemente a cada uno de los pintores contemporáneos dotados de auténtica significación, y tanto a Matisse como a Bonnard, aunque esto parezca, a primera vista, inimaginable. En el caso de Modigliani, el cézannismo de sus producciones de 1909 abrió las puertas a una exploración más rígida en plástica pura. Vemos con toda claridad sus resultados en el *collage* de 1916: último retrato de *Beatriz Hastings*, estructurado con el rigor de un Juan Gris, cartesianamente armado en el equilibrio de unos pocos planos dentro de los cuales juega con gracia ática la línea, trazando los detalles identificadores de una figura deliciosa, que se sitúa así en el preciso punto tangencial de dos campos en conflicto: el abstracto y el concreto.

¿Y el color? ¿No es la deliciosa y sorprendente *abstracción cromática* lo que sitúa a los personajes de Modigliani en ese terreno de idealidad, tan próximo a lo real y, a la vez, tan distante de lo obvio? El sutilísimo colorista aleccionado por los maestros venecianos sabe elegir admirablemente el tono, el matiz que subrayará la expresión íntima del personaje. Es como si lo humano fuera percibido por él en vibraciones coloridas: co-

mo si tradujera automáticamente los estados de ánimo en variaciones de colores. Tal, por cierto, la auténtica cualidad de un pintor genuino. Ha de saber emplear las tintas como los músicos utilizan los timbres, como los poetas el *son* y no ya solamente el *sentido* de las palabras... En esto, Modigliani es maestro. No nos preguntemos si la *Gitana* que pintó con su niño, en 1916, vestía realmente blusa blanca de cuello rojo y falda gris verdosa. No nos preguntemos si estaba sentada, cuando la vió, delante de una pared de un gris rosado; ni si era negra la manta en que envolvía a su criatura, ni si era rosado, con listas negras, el bonete del gitanillo. No nos preguntemos *si era así*. Nos vemos obligados a proclamar que *tenía que ser así* el cuadro, para que el esplendor se mezclara con la sordidez, para que la nobleza se confundiera con la vulgaridad plebeya, para que la gracia anduviera del brazo con la tosquedad. La *Gitana*: hierática descendiente de la raza de los faraones, convertida en vagabunda y promiscua aventurera. Negro, rojo, rosado, blanco y plata. ¿Recordamos algo? Ah, Velázquez, las *Meninas*... Héte aquí que, bajo el pincel de Modigliani, surge una imagen dulce y amarga de Infanta de los bajos

fondos y los senderos de la miseria y el pecado.

Esta clase de obras era lo que producía el pintor de Liorna en los años de la guerra, encerrado a menudo en el sótano de la galería del *Marchand Chéron*, en la Rue de la Boétie, donde le proporcionaban modelo gratuito y le pagaban por cada cuadro 40 francos y una botella de coñac. Ya se había separado de Beatriz Hastings y llevaba una existencia siniestramente desordenada; colaboraba, desde lejos, en la revista "Café Voltaire" que publicaban en Zurich los dadaístas; y había empezado la serie de sus desnudos, tan tradicionales y tan nuevos a la vez.

Entonces fue cuando un ángel se acercó para protegerlo, para intentar salvarlo. Se llamaba Jeanne Hébuterne. Era una joven artista, hija de una familia de la pequeña burguesía. Francesita típica. Rubia, ojos azules, rostro ovalado, boca cálida, expresión sufrida, sumisa y tierna. Se enamoraron, se unieron para no separarse más. Hubo un viaje al mediodía: Niza y Cannes (donde seguía pintando, ya moribundo, Augusto Renoir). Allí, en la Costa Azul, Modigliani ejecutó algunos de sus contados paisajes, el retrato del *Zuavo* con uniforme azul horizonte (quizá un homenaje al zuavo de Van Gogh), y el lienzo

titulado *La fumadora*. Entretanto, el leal Zborowski organizaba una exposición de las obras de su amigo en la Galería Berthe Weill, exposición que nunca llegó a inaugurarse porque el comisario del barrio —ya aludí al episodio— consideró inmorales los desnudos del livornés, por haberse apartado éste, al pintarlos, de ciertos preceptos de la estatuaría antigua en materia capilar...

Luego, Amedeo y Jeanne volvieron a París. Insinuábase una transformación en el arte de Modigliani. Hasta entonces había cultivado una sólida y lisa factura de "primitivo": medias pastas regulares, densas, opacas, muy sabrosas por cierto. Después del viaje al sur, empezó a buscar las transparencias, con un oficio más suelto, más espontáneo, aunque siempre concienzudo. Todo se tornaba más leve en su pintura: aun parecía no necesitar ya el duro rigor de los contornos lineales. Fue aquella la época del retrato de *Lunia Czechowska* de perfil, del desnudo llamado *Elvira*, de su *Autorretrato* frente al caballote. Una inesperada dulzura invadía sus cuadros. Pero el resorte vital estaba roto.

El destino había concedido seis años a Modigliani para que fuera Modigliani, pintor. (Más años, por cierto, que al desventurado Van Gogh). No pintó

muchas obras. Su espíritu no propendía a la abundancia sino a la concentración, la esencia. Y, en suma, una sola de sus pinturas, cualquiera de ellas —el retrato de *Cocteau*, el de *Guillaume*, el de *Lipschitz con su esposa*— bastaría para que su nombre fuera recordado con admiración.

Extrañamente, este melancólico, en sus últimos días, antes de internarse en el Hospital de la Caridad con los pulmones destrozados, empezó a pintar una figura desgarrada y desgarradora —rostro de mujer desmelenada, de ojos vácuos, boca entreabierta en una mueca dolorosa— a la cual dió el único título alegórico que encontramos en toda su obra: la llamó *Melancolía*. Esta máscara de mirada de sombra es como la culminación del expresionismo latino. Último peldaño del dolor expresado a lo Modigliani, conduce a los extremos de la tortura que, más tarde, evocará Picasso en cuadros tales como la *Mujer llorando*. Y el pintor de Liorna ha concluido su carrera.

El 25 de enero de 1920 muere en el lecho angosto y duro de los pobres. Al día siguiente, Jeanne Hébuterne se desprende trágicamente de una vida que,

sin Amedeo, para ella carece de sentido.

El hermano del pintor —diputado por Liorna— telegrafía, al conocer la noticia: "¡Háganle funerales principescos!" Bello gesto retórico a la italiana, gesto gratuito, pues sólo costó el precio del telegrama. Y son los amigos, Salmon, Kisling, Soutine, muchos otros artistas de Montparnasse, las modelos profesionales, toda la bohemia, quienes se cotizan para sufragar las honras postreras al más desventurado e indigente de su grupo.

Porque Amedeo Modigliani era querido, universalmente, por todos los que lo conocieron. Su nobleza, su generosidad, su caridad discreta, su viva y armoniosa inteligencia, su sensibilidad viril conquistaban a todo el mundo. Y, ya muerto, Modigliani ha seguido conquistando. Es más querido aún, más admirado. Sus esculturas, sus cuadros han llegado, en originales o reproducciones, a todos los confines de la tierra y le han proporcionado centenares de miles de amigos que sienten cómo se perpetúa la vida de ese gran espíritu, en el lienzo o en la piedra, dictando su eterna lección de melancólica serenidad, de latina sublimación del drama.

Mozart (1756-1956)

UNO de los más peligrosos y detestables errores de la época actual, uno de los sofismas que pueden apartarnos para siempre del reino de los hombres, es el de considerar que, por el hecho de ser simple, algo deja de ser profundo. Mantémos sin desmayo esa insoportable arrogancia de dar por entendido que lo hondo y penetrante sólo puede ser revelado de manera recóndita y espinosa. Tanto nos hemos habituado a considerar como una calidad lo complejo o lo difícil que apenas advertimos, alguna vez, que buena parte de los hechos en verdad insondables son, en su mayoría, mágicas y radicales simplificaciones. Una gota de agua es simple, o el beso de una madre. Ninguno de los dos exige especial aclaración o prolongada exégesis y, sin embargo, son por entero inescrutables. Pertenecen a esa misteriosa categoría de sucesos cuya misma pureza y prístina originalidad los hace eternos y

a la vez cotidianos. Sólo lo que tiene pasta divina es capaz de resistir una y otra vez, sin menoscabo, el contacto diario.

A menos de dejar aclarado desde el principio este punto no creo que sea posible tener una idea, así sea ella vaga y hasta remota de lo que fué Mozart y mucho menos de lo que significa para nosotros. A menos de renunciar desde el comienzo a esa orgullosa e incierta proposición inicial, será improbable evocar con alguna lucidez su lugar en nuestro mundo y hasta representarnos con aproximación su verdadera grandeza porque él tuvo, como pocos en la historia de la música y quizás del arte todo, esa franciscana y arrebatadora virtud de ser un gran simple, esto es, un hombre completamente humano.

He aludido en forma expresa a San Francisco porque no encuentro mejor paralelo, ni más acabado ejemplo para ilustrar ciertas peculiaridades que, sien-

do muy típicas del uno, fueron asimismo muy características del otro. Nadie colmó su vocación de santo como el de Asís; nadie tampoco triunfó de su condición de hombre como el de Salzburgo. Tuvieron una misma e inefable perspectiva del ser humano. Lo que para el primero se resolvió en ascética actitud y en mística sencillez fué, para el segundo, motivo de experiencias e inagotable fuente de perpetuos descubrimientos. El uno hablando a los pájaros y el otro hablando a los hombres vinieron juntos a dar en esa alta filosofía de la tolerancia perenne y del amor inagotable.

Pero existe otra huella, aún más sutil, de ese paralelismo. Un nexo los mantiene hermanados en simbólica proximidad. Me refiero a la jubilosa y fecunda credulidad en el espíritu de los hombres. Si esa creencia puede definirse como optimista, pocos optimistas han habido, tan decididos, tan incólumes, como San Francisco y por eso caló hasta el fondo en la verdadera sustancia humana. Al trasluz de cada adulto, detrás de los duros rasgos que dejan las contingencias y desventuras, percibió el rostro un tanto azorado del niño, colmado de pasmo y gravedad ante el misterio de la vida. Por su parte, Mozart albergaba idéntica visión. Ni en

sus días más trágicos, ni en sus horas más infaustas dejó debilitar ese entusiasmo redentor del optimismo, esa jocunda fe, ese bien carismático del que cree en la dignidad de la condición humana. El escepticismo y sus tinieblas le fueron tan extraños, distantes e incomprensibles, como un alejado reino exótico. Su imaginación podía volar en todos los sentidos y elevarse a especulaciones de cualquier orden, pero su corazón quedaba en la tierra, al asilo de tempestades y decepciones, perpetuamente renovado y abrigado por el calor de su gigantesca esperanza.

Todo eso, por supuesto, nada tiene que ver con una actitud temperamental inclinada hacia la facilidad o la superficialidad de una alegría constante porque en él se cumplió esa fértil paradoja del hombre que es, a la vez, enteramente triste y enteramente alegre. Porque así como nada resulta tan agudo y divertido como esa deliciosa imposibilidad que es "Cosí fan tutte", así tampoco nada hay tan desolado y atribulado como ese "Adagio y fuga en do menor". Me atrevo a decir que no registra la historia de la música un acento más lleno de aflicción. Porque el dolor de la "Heroica" es la mortificación de un luchador y el agitarse de un titán,

pero la tristeza de Mozart es el desgarrador y silencioso desconsuelo de un ángel.

En verdad, data de poco tiempo en la conciencia del público ese hecho, evidente según se nos ocurre ahora y sin embargo por tantos años disimulado, que Mozart fué músico que comentó el drama con patético tono. Fuera de algunos especialistas y de un reducido núcleo de gentes que tuvieron la inteligencia de penetrar en su mundo, se lo creyó la más excelsa expresión de la gracia y de la etérea perfección. En sus obras se advertía lo que de chispeante hay, pero se ignoraba que pudieran ser profundas. Parecía que la mejor pátina, la que más le convenía, era la de una olímpica prescindencia de todo lo que no fuera vaporosa levedad. Pero con creer solamente eso, aun siendo parte de la verdad, nos quedamos sin entender lo que quizás es el aspecto más trascendente de su obra.

El siglo pasado, atormentado por los estallidos de artistas que vivían en permanente crisis espiritual, en ansiedad nunca disimulada, entre proclamaciones públicas de asuntos privados y ese incoercible gusto del mártir que encuentra placer en exhibir los rastros de su tormento, perdió la llave para penetrar en un recinto en el que las

dimensiones de la angustia estaban expresadas en términos de pudor y discreción. Se llegó al sacrilego pensamiento de imaginar a aquellos hombres como desprovistos de zozobras, sólo preocupados en su incesante tarea de agradar a sandios cortesanos. Se los ahogó entre polvos, encajes y pelucas, se los condenó al ostracismo histórico y se cometió el agravio y la injuria de creer que una pena que no se convierte en alarido es superficial y poco convincente.

De todos los artistas que han debido sufrir los resultados de tamaña incomprensión, el caso de Mozart es el más representativo. Tal falta de perspectiva, tan desenfundada apetencia de clamores y tan menuda dosis de penetración psicológica transformaron al más humano de los músicos en algo así como en un autómatas de lo perfecto. Tan fuerte fué ese desatino y de tal manera difundido que se convirtió en tradición. Rastros de ella se perciben todavía, aquí y allá, cerrando a muchos, obstinadamente, las puertas de la adecuada apreciación de un fenómeno artístico que es al mismo tiempo uno de los más elevados frutos que ha producido el espíritu humano. Sí, por cierto, se levantó a Mozart sobre un gran pedestal, pero resultó que ese pedestal, a fuerza de apo-

yarse en razones limitadas y en miopes visiones, se transformó en un colosal error.

El ser humano actúa por contrastes. Ningún odio es más vehemente que el precedido por un intenso amor. Ningún desdén es más iracundo que el que sucede al respeto. El más peligroso de los enemigos para una causa no es el adversario de siempre sino el renegado de ayer. Esto, tan patente en la humana aventura, es también verdadero y ostensible en el arte. El siglo romántico nos legó un Mozart frío e inaccesible a fuerza de colocarlo en el Parnaso, más allá de las fronteras del hombre, preservándolo con su lejanía y aislamiento de todo contacto de sangre y carne. Nosotros, por nuestra parte, estamos incurriendo en el yerro opuesto. Ya, para muchos, no es la "Júpiter", ni "La Flauta Mágica", ni algunos conciertos para piano, ni el quinteto con clarinete, donde se puede hallar la esencia mozartiana. Es en sus obras menos importantes donde hay que buscar respuesta al enigma. Cada una de sus notas es el principio de un sistema filosófico, el origen de una hermética teoría criptográfica. Y esto, mucho me temo, es hablar por hablar.

Quizás la más precisa definición del espíritu mozartiano

nos la haya dado el propio Mozart. Fué el calificativo que empleó para "Don Giovanni". La llamó "dramma giocoso" y muchas veces me he preguntado si atendemos con la consideración debida esa señal que nos dejó en el pórtico de su ópera inmortal. En sí, la idea de una tragedia festiva no era novedosa ni atractiva. Los cínicos griegos y los satíricos de Roma habían reunido, desde muy temprano, esos conceptos antagónicos, ya fuera para mofarse de las ilusiones, ya para fustigar y zaherir las intenciones nobles. El mito de Don Juan se prestaba para ambas interpretaciones y para extraer, asimismo, conclusiones decepcionantes. Se podía hacer de él una burla inabordable de la que salieran mal parados los hombres, las mujeres y, especialmente, de la que saliera cubierto de ridículo el amor. Se lo podía emplear como ariete para embestir las bajas pasiones, más también para arremeter contra las grandes pasiones. Pero el gran descubrimiento mozartiano, el más osado y brillante elemento de originalidad del "Don Giovanni", lo que hace de él para siempre un símbolo, no es un propósito irónico, ni siquiera una aguda crítica de costumbres. Lo monumental y eterno de su concepción entera reside en el hecho de que el

"Don Giovanni" es, al mismo tiempo, una obra completamente dramática y completamente risueña. Cuando la estatua del Comendador responde a la invitación de Leporello, Leporello tiembla y la sala se ríe de su terror. Pero cuando la estatua acude a la cita y golpea en la puerta de Don Juan, entonces Leporello tiembla y nosotros también. De modo repentino se han mezclado la carcajada y el espanto. Lo que hasta entonces pudo pasar por comedia, desenfado y pasatiempo, adquiere súbitamente el tono grave e imponente de la tragedia. Y esto no es sino el reflejo de la inmensa intuición humana de Mozart. Porque el hombre y su vida no consisten en una sucesión ininterrumpida de gozos ni en una codena sin fin de espantos. Consiste en las dos cosas y al mismo tiempo.

Es muy característico que Beethoven haya manifestado su desagrado por el "Don Giovanni", estimándola obra impúdica y poco propicia para la pureza de Mozart. Siendo hombre de tan elevados y dignos pensamientos, la figura de un libertino se la hacía insoportable aún como necesidad para crear una atmósfera artística. Vió en esa ópera sólo la chanza, el desenfreno y hasta un secreta complacencia con las debilidades hu-

manas que repugnaba a su típica arquitectura moral. Pero con todo esto, siendo tan explicable, no hizo sino probar que el sentido de la obra se le había escapado por completo. No advirtió su infinita vitalidad y honestidad fundamental. Se le pasó por alto, como a tantos, el hecho más significativo y que revela la portentosa penetración psicológica y el equilibrio espléndido de un espíritu sin mancha. Mozart bromea con Doña Elvira y sus arranques de celos; se mofa de ese rústico condenado a irrisión perenne que es Massetto; nos hace participar de una casi cómica piedad por la figura lánguida y desvanecida de don Ottavio, amante impenitente; nos hace suponer, con irresistible picardía, que no es Zerlina fémina tan ingenua como aparenta demostrar. La jovialidad, el buen humor, la travesura, se derraman con persistencia inacabable. Pero hay dos personajes que en toda la obra no reciben nunca una sola chispa de diversión, la menor referencia de carácter gracioso: ni el Comendador ni doña Ana aparecen jamás para provocar sonrisas, porque la muerte y el dolor eran para Mozart, aun en el mecanismo de la fábula, cosas demasiado serias para resultar entretenidas.

Para Beethoven la humanidad se dividía entre seres dignos como Leonor y Florestán y seres abyectos y despreciables como Pizarro. De un lado todo lo bueno, del otro, todo lo malo. Típico esquema de un revolucionario que era también una fuerza ética. Pero Mozart creía que hasta en el más miserable individuo, en el más disoluto de los pecadores, puede encontrarse el rayo de la redención, así esté ella marcada por el favor a lo desconocido. Nunca le quitó a nadie el misericordioso derecho a la compasión. Su concepto de la justicia era el de todo hombre decente: el que comete falta grave ha de ser castigado. Pero mucho me equivoco o, de haber estado él en el jurado, el perdón hubiera seguido de cerca a la sentencia. No hubiese podido ocultar su incorregible ternura hasta por el villano de la peor especie. Esta indulgencia no era debilidad sino comprensión, activa muestra de su amor por la especie humana.

Algo más quisiera dejar expresado en este aspecto de cómo veía Mozart a los hombres y de cómo se manifestaba en su obra esa apetencia ecuménica que lo ha traído incólume hasta nuestros días. Es algo muy vibrante y perceptible, por lo tanto resulta difícil de presentar y creo

que el mejor sistema es recurrir a la comparación. En esto, como en todo lo que sea estrictamente mozartiano, es extraordinario lo que podía diferir de otros grandes creadores de personajes escénicos, diferencia que, según se me alcanza, le es absolutamente favorable.

Para no citar sino a uno de los más fecundos, me referiré a Wagner. Los dioses y héroes wagnerianos pueden realizar actos y pronunciar palabras que susciten apasionada admiración. En algunos casos, los menos frecuentes, hasta podemos emocionarnos con su suerte. Pero ni uno de ellos, con ser tan respetables, alcanza a ser simpático. Una sola excepción puede hacerse en beneficio de Hans Sachs por quien es fácil sentir incondicional admiración y a la vez cariño familiar. Para lograrlo, Wagner tuvo que renunciar a los cielos, a las pócimas milagrosas, a las espadas invencibles y a toda suerte de símbolos. Tuvo que descender, literalmente, hasta un modesto zapatero de Nuremberg. Pero la perpetua calidad de los personajes mozartianos es que, aún aquellos destinados a encarnar el mal, siguen siendo atrayentes. No se imagina uno lo que pudiera tener de buena experiencia un encuentro con Hagen, pero quiero suponer que no existe

persona que no se gozara en estrechar la mano de Leporello. Entrar en la cabaña de Hunding sería como entrar en un torvo palacio de leyenda, pero caer de improviso en la boda de Figaro sería un contento irremplazable.

Junto a los personajes de Mozart, todos los otros que circulan por la escena lírica son convencionales y acartonados. Todos "representan" en el estricto sentido de la palabra que quiere decir "reproducir". Pero los de Mozart viven en el tablado y por eso los amamos hasta querer tenerlos siempre a nuestro lado. Sería imposible imaginar a Wotan fuera de la escena, pero quizás ahora mismo, doblando presuroso cualquier esquina o pasando por el frente de nuestra casa, podemos toparnos con Cherubino. El gran demiurgo necesitó tres obras e innumerables cuadros para convencernos de la existencia de Brunilda y a Mozart le bastaron quince compases para decirnos quién es Don Alfonso.

Cuando cae el telón, hacia el final de una ópera cualquiera, sentimos que se ha dado término a un artificio y hasta imaginamos a los cantantes despojándose de afeites y recibiendo felicitaciones. Cuando una ópera de Mozart termina tenemos la impresión de que salimos del

teatro acompañados del brazo por sus criaturas, palpitantes de vida y ávidas de aventuras. Nunca he conseguido dejar de pensar dónde se esconden entre una función y otra, porque son tan reales que parece imposible que se desvanezcan en el espacio.

La coincidencia de opiniones sobre la grandeza de Mozart ha sido unánime y proclamada en todos sentidos. La magnificencia de su genio, la calidad inobjetable de su producción, la variedad de sus estímulos y la inatacable técnica de que se sirvió, lo han sustraído a las polémicas que de tanto en tanto se desatan en el terreno del arte. Si no siempre fué justipreciado en toda su intensidad, por lo menos puede asegurarse que siempre fué valorado por su inmensidad. Los productos de su talento han cautivado por igual y de manera curiosa a iletrados y especialistas, al ignaro y al docto, a gentiles y creyentes. Las características de su obra son tan dilatadas y al mismo tiempo tan precisas que han dado respuesta a las más sagaces demandas. Los formalistas salen de ella con el ánimo rejuvenecido; los líricos, inflamados de entusiasmo; los retóricos, abismados de la perfección; los anárquicos, sometidos humildemente a tanto rigor y desenvoltura. Su música es un pará-

digma que logra reunir armoniosamente las opiniones más dispares y los más encontrados pareceres. Todos los hombres pueden encontrarse en ella.

Se me ocurre que esta falta de controversia en su torno es prueba que encierra una parábola generosa y fecunda. Desde ya, hay que descartar que tal actitud se deba a apatía y mucho menos a indiferencia de nadie, pues Mozart ha excitado de continuo y en amplia medida esos resortes vitales que se conjugan con el interés y la atención. Más bien pudiera deberse a una violenta y recóndita seguridad que se anida en la trama de su música y que al igual de una esfera, presenta distintas fases a cada observador y una única unidad para todos.

Más, la parábola a que me refería puede presentarse así. A lo largo del tiempo y como síntesis de todas las culturas y de las más variadas civilizaciones hemos llegado a comprobar esa asombrosa circunstancia de que no es el impetuoso el que provoca más respeto o suscita verdadero amor. No es, siquiera, el más altanero y dogmático de los profetas el que une a los hombres y los somete a su creencia. La fidelidad es asunto demasiado delicado para ser consecuencia del dominio, de la conquista o de la imposición y to-

dos sabemos de obstinadas opiniones y ampulosos ritos que han caído, destruidos, ante la suave y dulce palabra de un bienaventurado. La cumbre no está habitada por el fanático intransigente sino por el convencido tolerante. Hace ya muchos siglos que se olvidaron las arrogantes explosiones de los fariseos y todavía sigue en pie, imperturbable, el bíblico y tenaz mandamiento "ama a tu prójimo como a tí mismo". Los más cruentos y sanguinarios ejemplos que nos propone la historia, con ser tan excesivos en su frecuencia y despiadados en su crueldad, no alcanzan todavía para hacernos creer que ésa sea la norma de conducta propia del hombre, sino lo extraño y enfermizo. Ni una sola religión ha sobrevivido sino aquéllas que se dedicaron a exaltar y promover, como con un gran soplo de aliento, lo que el hombre tiene de más noble y verdadero.

Que el arte es materia de constante afirmación, no creo que sea motivo de controversia porque bastará dirigir la mirada hacia cualquiera de las figuras que consideramos como sus expresiones más genuinas para reconocer, de inmediato, que viven en la memoria de los hombres gracias a su continuada prédica por un positivo ideal de armonía y la búsqueda de esos

grandes acuerdos destinados a fortalecer la convivencia. Pése a más intrincadas definiciones, el arte es, por naturaleza, la apología de la decencia, porque la belleza y la ignominia están más separadas que los extremos del mundo. Y el punto final de toda experiencia valedera será el que nos enseña que nada perdurable ha podido construirse sobre la tierra si no se tiene en cuenta esa elemental virtud que a todos los hombres alcanza.

Todo aquél que se interne en el comentario de la obra mozartiana tiene que aventurarse a luchar con una dificultad patente y, en definitiva, con un inconveniente insalvable, porque en su caso la alabanza, aún

en los términos más recatados, suena siempre convencional y el elogio, aún con el verbo más encendido, resulta siempre innecesario. El más superficial de los análisis se transforma de pronto en una introspección y el juzgado nunca es Mozart sino quien lo aborda. Su obra no está alejada de nadie sino, por el contrario, presente a cada instante, esperándonos en un perpetuo frescor que ni el tiempo ni los cambios han conseguido alterar. A su entrada, como dijera un preclaro espíritu hablando de otro gran creador, brilla con los reflejos de una aurora sin ocaso el rótulo celestial "Abandonad la desesperanza los que aquí penetréis".

Libros

TELEFONO OCUPADO, por Silvina Bullrich.
Editorial Goyanarte, Buenos Aires, 1955.

ESTAMOS en el mundo. Hemos nacido para darle un sentido y para que él, a su vez, nos lo dé a nosotros. El hombre —el ser constituido como ente y persona— vive inmerso en lo circundante, no puede separarse, sino adherirse, o, en un aspecto más amplio, según expresa Zubiri, religarse a él.

La circunstancia de estar en el mundo significa que debemos dar cuenta de él, ubicarlo, explicarlo, exultarlo, padecerlo. Inversamente, el mundo nos ubica, nos explica, nos exulta, nos padece. Vivimos en su íntimo contacto. En una dependencia estricta. De ahí que se considere contemporáneamente toda la filosofía —o un sector muy importante— como un regreso a la existencia, y que ésta se centre en lo cotidiano, en esa cotidianidad del "ir viviendo al día" de Heidegger.

Creemos que hoy más que nunca, en esa cotidianidad universal que *mide* al hombre, su espíritu se halla vinculado a lo inmediato, a la cosa dada en su cercanía. Y si ello se refleja en

la vida, ¿cómo la literatura, proyección de aquélla, puede desconocer o ignorar tal hecho? Siendo, a su vez, dentro de esa vasta área artística, la novela una de sus posibilidades más jugosas para expresar ese *estado*, no debe extrañarnos ver en múltiples obras el vaivén veloz de los sucesos presionando, gravitando, trascendiendo al individuo. Por ello, los temas de antaño —de naturaleza abstracta— se advierten substituídos por nuevos temas de relación concreta.

En ese rumbo, la novelística argentina de la última década tiende a actualizar su contorno. No hace mucho, Bernardo Verbitsky nos presentó en *Una pequeña familia* (1951) el drama del hombre mediocre aplastado por la burocracia, la vida microscópica, atrozmente monótona y preocupada de la célula familiar. Y aunque nos cause extrañeza, no podía faltar en nuestra novelística un objeto en apariencia trivial, pero que resume y concretiza el anhelo del hombre de unir y localizar el haz metafísico espacio-tiempo. Nos refe-

rimos al teléfono. Este ocupa buena parte de nuestra vida, es el instrumento miserable que nos acerca al prójimo y, a la vez, lo mantiene distante de la presencia humana. Por su intermedio, el individuo se aleja del cielo, lo bordea, y se remite a una especie de submundo en el que impera la ley de lo formal.

Silvina Bullrich nos lo ha convertido en el personaje angustiado, venal, irritante e irrisorio del *situs* que patentiza su novela. Un llamado y se urde la trama: unas viejas cartas de amor, el chantaje, y, con la complicidad telefónica, el tránsito de una historia de amor, narrada con precisión, con tenuidad, con un desenlace sorpresivo y, acaso, doliente. Con un dolor al que la realidad de ciertas normas sociales desnuda de desesperación.

Se ha dicho de Silvina Bullrich, juzgada a través de *Bodas de cristal* (1951), que sentía *complacencia* en la descripción del mundo por ella vivido. Que, precisamente, por hallarse en cierto modo comprometida con ese mundo, *Bodas de cristal* trasantaba la morosidad de quien se siente *a gusto* en el lugar donde se ha instalado. Discurrimos, empero, que no hay tal *complacencia*. El orbe objetivado por Silvina Bullrich es el gran motivo de su burla. Una burla que se va tejiendo, claro está, parsi-

moniosamente, empleando recursos laterales, insinuaciones, esguinces, episodios incidentales, sin un enfrentamiento directo con el escenario o los seres que en él se mueven, y que por ello, presenta, por medio del equívoco, una suerte de *complacencia*.

Con ser semejantes los ámbitos descritos, advertimos, en cambio, *complacencia* —la seducción de la *complacencia*— en el planteo, ejecución y destino del mundo novelístico de Henry James. Quien lea *The Sacred Fount* o *The Golden Bowl*, extraerá de estas sutilísimas y poéticas novelas un paisaje singular, presentado no con amor, pero sí con *ironía*, *exento* de burla. Justamente, lo que eleva en muchas ocasiones el estilo, la densidad e incluso permite entrever “el mensaje del no-mensaje” en cualquier novela de Henry James, es esa *ironía complaciente*, con cuyo concurso su arte se jerarquiza, planeando a un altísimo nivel estético.

Silvina Bullrich, por el contrario, practica la burla, bien dirigida, diestramente dosificada, que se torna eficaz gracias a su frase cortante, de una limpidez esencial. Lo vemos de modo palpable en *Teléfono ocupado*, en las reacciones de la protagonista frente a Pedro Alonso, en los diálogos telefónicos que desarrolla con sus amigas, con Simón,

en el tono de mordacidad ligera y zumbona que se extiende a lo largo de la obra.

En ese ambiente que Silvina Bullrich conoce tanto y cuya materia le sirve para construir sus novelas, el único elemento posible y potable para potenciarlo es, pensamos, la burla. En el mundo de la negación —digamos, el proletariado—, en el mundo de la afirmación— digamos, la aristocracia no corresponde la descripción. No cabe la aplicación del método fenomenológico al enigma de los círculos sociales. O se está a favor de ellos, o contra ellos. Lo que decimos de negativo para el mundo proletario, lo podemos expresar en una concención de valores *distintos*, respecto del mundo de la aristocracia. Un novelista no puede pormenorizar tan sólo el panorama que diseña en su obra, existe también la elección. Ahora bien, Silvina Bullrich ha elegido para su novela el gran mundo, y tras ponerlo entre paréntesis, lo zahiere.

Es evidente que la capacidad que la autora posee para el sarcasmo, para la exteriorización artificiosa de una realidad vivida, muestra en *Teléfono ocupado* un asedio *brillante*, traslucido en la soltura con que deslaza a sus criaturas. Pero, sin lugar a dudas, esa insistencia en

lo que podríamos denominar *calidad*, vuelve enrarecida la atmósfera del libro. Llega un instante en que *Teléfono ocupado* se nos ocurre una pesadilla, en la cual Silvina Bullrich nos ha introducido no con una desprecupación aleve, sino con una persistencia casi demoníaca. Parecemos residir en un cuarto sin puertas ni ventanas, en el que sólo impera una retórica, una labor de equipo que lleva a cabo una destrucción despiadada y sistemática de todos los valores. Porque del orbe en que se mueven los personajes de *Teléfono ocupado* —como el ejemplo de la conversación que la narradora sorprende en un momento determinado— surge una “moralidad trasnochada”, “tras la rigidez aparente... un libertinaje obsesivo e irresponsable”. El terrible reino en que se agitan con “irresponsabilidad” los seres creados por Silvina Bullrich, carece de ética, es un puro formalismo. Por ello, su consolidación literaria es, en último y definitivo término, una condena. Que es la que ejerce Silvina Bullrich en *Teléfono ocupado*. Una condenación especificada continua y tenazmente a través de un arma que ella maneja con habilidad insuperable: la burla.

F. J. SOLERO

CAYO SOBRE SU ROSTRO, por David Viñas, Ediciones "Doble P", Buenos Aires, 1955.

A PENAS se practique una leve incisión en la piel que cubre el cuerpo de nuestra novelística, se verá asomar el borbotón de la vida. Como todo cuerpo sano, la sangre que brota de ese cuerpo es roja, cálida, *sin engaños*. Cuanto más se ahonde el corte, más se hallará la sangre latiendo en una pujanza irresistible, con sus órganos nunca detenidos, aprovechando el ritmo de las arterias, el movimiento de los engranajes que componen su mecanismo misterioso, en una suma de potencia, en una síntesis de ruda y salvaje hermosura, que confunde la vista del espectador, atraído en una hipnosis hacia ese descubrimiento ya presentido de lo que se extiende y prospera por debajo de la superficie de ese cuerpo que, cuando se lo contempla desde afuera, es liso, sin sorpresas.

La piel de nuestra novelística, los bordes que desflecan de ella, es esa aplicación formal de quienes rehuyen aplicar un corte de bisturí y revolver con éste, la entraña movediza y caliente de la vida. En el subsuelo de todo cuerpo organizado está lo nutricional, lo que permite el juego celular de esa formación epidérmica que defiende y da incluso ve-

rosimilitud estética a lo interno, a lo verdaderamente enigmático que estalla contra esos muros de contención. Lo formal de nuestra novelística es estar en la exterioridad del fenómeno orgánico de nuestra vida como país, como materia dispuesta a trascender. Esa novelística de tipo formal, de continencia, de manejo de lo bello empleado como recurso señero se advierte —si examinamos nuestra corta historia literaria— en las obras de Angel de Estrada, que en su tiempo suscitaron elogios notables y que hoy son simple curiosidad de historiador de la literatura. Esa formalidad habita en *Ley social*, de García Mérou, en los *Relatos argentinos*, de Paul Groussac, en *Xaimaca*, de Ricardo Güiraldes, y dando el salto hasta nosotros, en el espléndido ejemplo de *Rosaura a las diez*, de Marco De-nevi. No se trata aquí de enjuiciar lo formal, sino de recoger en cierta novelística, una carga de proceso lúdico que va en detrimento de la propia marcha de la sustancia que se pretende descubrir, analizar, querer o sublimar. Detenerse en lo formal por lo formal mismo es realizar una separación terminante entre lo que se encuentra por debajo de

la piel y ésta, olvidando que la sangre, los órganos que se hallan en su *interioridad* hacen posible esa *exterioridad* de carácter defensivo de nuestro organismo. No queremos decir con esto, sin embargo, que se deba alabar sin restricciones a Ernest Hemingway en perjuicio de Henry James, a Aluizio de Azevedo en desmedro de Machado de Assis, a Roberto Arlt en menoscabamiento de Eduardo Mallea. Lo que pretendemos señalar es que piel y sangre deben confundirse, mezclarse, para dar una novelística depurada y ambiciosa.

A diferencia de otros países, entre nosotros cunde un divorcio absoluto entre realidad e idealidad, entre práctica y teoría, entre vida y arte. (Lo que, tal vez, sea extensible sino a toda, a buena parte de la novelística americana.) Ahora bien, en nuestro país, como reverso de ese formalismo, de esa abstracción, de esa generalización de lo concreto, existe lo natural, la misión vocacional por el detalle. Ejemplo de ello es Eugenio Cambaceres, con sus cuatro novelas jugosas, violentas, compuestas sin pulimento, pero plenas de intención; Roberto J. Payró, que descuella en el período del 90 al 20, con sus novelas rebosantes de sarcasmo —¿y dolor?—, de una sumersión en lo nuestro, que nos hace prever que ahora

o más adelante habrá de potenciarse su intencionalidad, su mensaje, su ideal clásico de conjugar la apariencia con lo real; Francisco A. Sicardi, obseso, difuso, pero acertado en su *Libro Extraño*; Roberto Arlt, sitiado por la angustia; Manuel Gál-repetidamente hasta ahora, con vez, prolongándose desmedida y *El uno y la multitud* (1955); Benito Lynch, casi enmudeciendo a partir de *El romance de un gaucho* (1933)... ¿Y después? Después esa línea se fragmenta, se diluye, se esfuma, aceptando el manipuleo de lo formal —salvo contadas excepciones: Bernardo Verbitsky, Leopoldo Marchal, Juan Goyanarte, Ernesto Dickman— a través de las concepciones novelísticas de Eduardo Mallea, José Bianco, Mujica Láinez, Beatriz Guido, etc.

Es decir, que lo que admite lo típicamente argentino, lo ardentemente nacional, aquello que efectúa una inmersión en la corriente sanguínea de nuestro país, proyecta y elabora obras en las que la piel es primerísima condición para una eventual incursión estimativa. En otros términos, lo estético prevalece sobre lo ético. (Cuando lo ético surge es, no un compromiso moral, sino una idea abstracta de lo ético lo que se manifiesta y en lo que se apoya el novelista. Cuando no se encubre radical-

mente el plano ético para deslizarse en lo puramente estético.) Lo observamos en *Las ratas*, de José Bianco, novela en la que el predominio de la belleza literaria quedará como un paradigma del olvido de toda norma ética.

Diversamente, en el otro sector, si tomamos una obra de Roberto J. Payró —sea *Divertidas aventuras del nieto de Juan Moreira*, o *El casamiento de Laucha*, o *Pago Chico*—, vislumbramos en ella la permanente indagación de un cateo ético, alimentado en la linfa vital donde yace inmerso, y de la que absorbe las motivaciones que, dentro del contorno nacional, le permitirá rendir imágenes universales. Si bien el lenguaje que maneja Payró es directo, de una sencillez “clásica”, en el se otean fulgores de precisa armonía, en un equilibrio que muchas veces se acerca a la perfección en lo que atañe a la superación de esa divergencia entre apariencia y realidad. Aun cuando, por encima de todo, prima la ubicación de una moralidad, remitida bajo forma de acusación, de denuncia contra un estado de cosas que repugna a su alma, a su conciencia de hombre honrado. Lo estético desaparece en el momento en que Payró —utilizando su idioma como tremenda ironía— dibuja un personaje o esboza una situación.

Algo semejante —hemos dicho semejante—, sucede con Roberto Arlt. No se contemple en alguna de sus novelas más crueles, una adhesión a la monstruosidad por la monstruosidad misma, el desborde de un corazón “desesperado” que, por ello, no tenía tiempo ni amor por lo estético. (En el prólogo a *Los lanzallamas*, formuló un anhelo que, desdichadamente, no pudo cumplir.) No. Además del vuelco de un temperamento, Arlt estaba atrapado por lo ético. Si se lee con atención su cuento *Las fieras*, se verá en él una concepción moral del mundo. Desde abajo, se objetará. Admitámoslo, pero indeclinablemente ética. La muerte de Erdosain es ejemplo de una eticidad llevada a su absoluto.

En suma, lo que importa es unir piel y sanare, cielo y tierra. Esto hará posible una novelística argentina vasta y ambiciosa.

Nos ha promovido estas reflexiones *Cavó sobre su rostro*, la reciente novela de David Viñas. Entroncada en la corriente novelística que hace de su ejercicio una pasión, un compromiso, más que un juego o una disquisición sui generis, *Cavó sobre su rostro* es novela en la que el género perfila sus más adecuadas proporciones. Si la única misión del novelista es contar y contar bien desde la elección,

he aquí un paradigma que satisface cumplidamente tal propósito. Sus personajes son argentinos y ubicables, por sus antecedentes, en la tradición nacional. Antonio Vera, el protagonista, venido de los fortines, afincado en Cañuelas, donde su figura se desplaza como una sombra inmensa, y en torno al cual giran, como satélites, los demás —Consuelo, Isabel, Corti, Gervasio, Pechuga—, centrado en la época roquista y en el advenimiento de Hipólito Yrigoyen, conjura por gravitación el peso de la novela. Dividida ésta en dos partes, *El día del juicio* y *Los años* —en una se narra su historia, y en la otra emerge su ser íntimo, ligado a cuantos lo rodean—, presenta, a modo de frescos, situaciones y escorzos que configuran un conjunto bien logrado.

Es evidente que David Viñas ha querido forjar de Antonio Vera un símbolo, mas este símbolo, para su ventura y ventura nuestra, por ese arte “boomerang” que hace a su vez del novelista, instrumento de la novela, se ha trastrocado, convirtiéndose a Antonio Vera en una criatura “viva” y, sobre todo, humanísima. Por otra parte, al enfrentar a su personaje con el ámbito de un pueblo y, por traslado, con el país, David Viñas se vincula a la línea que arranca de Cambaceres y se je-

arquiza en Payró. Justamente, sin menoscabo de la originalidad del personaje creado por David Viñas, advertimos que Antonio Vera actualiza en cierto modo a un personaje de Payró, y nos lo torna contemporáneo. Así, nos sucede recordar a Gómez Herrera, con sus desplantes cínicos, con su flexuoso oportunismo, con la mente alerta para aplicar el zarpazo, astutísimo, explicando un ser de psicología típicamente argentina. Antonio Vera tiene, además —y de menos—, un matiz heroico, casi epopéyico. Es de una virilidad que no posee el personaje ofrecido por Payró. Aquél es escurridizo, éste es de una pieza. Aquél aprovecha la ocasión, éste sale al encuentro de ella. Tienen, en cambio, semejanzas. Su desdén por la mujer, su capacidad para tomarla como “cosa” y abandonarla, una vez poseída, como “cosa”. En este aspecto, ambos son crueles. Payró disimula su crueldad con la ironía y con una buena dosis de sentimentalidad lírica. Viñas, opuestamente, reniega del ropaje lírico, y a fuerza de ser objetivo, es simplemente cruel. Entendámonos, una crueldad que posee la vida. Crueldad que lo dirige a tomar a sus personajes como con pinzas. Los tiene ante sí y los escudriña. Los ve cual seres de carne y hueso y, sin juzgarlos, los dibuja como fa-

les. Esa crueldad es, en Viñas, una actitud irracional ante la existencia, actitud que promueve en él, por supuesto, una contemplación parcial de ella. Igualmente, en *Cayó sobre su rostro* el sexo carece de la ambigüedad que le incumbe. A través de la psiquis de Vera, el sexo es un acceso y un acoso vital y feroz, sin complacencia. O, quizá, con una complacencia que hace aun más dura dicha complacencia. No obstante ello, expresamos que la objetividad que alberga Viñas para aprehender a cada personaje —para desasirse de él—, es gala y habilidad de verdadero novelista. El novelista que se transfiere a su personaje puede ser un escritor de talento, mas no buen novelista. Este debe objetivar y contar. David Viñas cumple esto con creces, sin oculamientos y con la ejemplaridad de un creador sincero. Que él allegue su visión del mundo, que ésta sea inhóspita y que su agnista sea una figuración de la época, a la que presenta con caracteres monumentales, nos parece magnífico. También Roberto Arlt poseía una visión infernal, guiñolesca del universo, y a él —la excepción del escritor de talento que puede ser gran novelista, porque con la transferencia anímica practica una sublimación —podemos aplicarle el calificativo de genial en

nuestro medio. Por su don de *incomprendido*, por su virtud de *angustiado*, por su amor *desenfrenado* hacia Buenos Aires —su patria—, por su constante *empleo* de lo grotesco, por la *superficialidad* de tantos de sus conceptos, por la *trivialidad* de algunas de sus descripciones, por el *soberbio dramatismo* que en él se agita.

Algo que también recogemos en David Viñas como novelista es su permanente atención visual y táctil del mundo que él construye. Nada deja librado al azar de la sensibilidad ajena. Todo es *algo*, y este algo es un objeto, lo definido, lo concreto por excelencia. No hay abstracción de ninguna clase. En su *Weltanschauung* priva el contacto, el roce. Sus pies se afirman sobre la tierra. Ve delante de sí. No alza la mirada. Su novela es un orbe táctil, un cosmos con olor, una materia que se palpa, que se estruja. Nos parece un rasgo muy suyo, muy personal, casi intransferible. Ahondándolo y diversificándolo puede brindar frutos singulares.

Directamente relacionado a esa característica se encuentra su lenguaje. En éste no hay rebuscamientos, no hay fraudes. Es acre, distante del pecado retórico. Los diálogos son tajantes, constituyen por sí mismos modelos de síntesis. No sobran.

Complementan una narración que sigue y se mantiene en un *status* de remisible violencia.

¿Hablar de influencias? No hay "obra" que caiga en manos de críticos y dómines, sin que de inmediato le cuelguen el sayal de algún vecino. Todo el arte es una interacción *libre* de influencias y técnicas. No por ello las obras valiosas valen más o menos. *Son*. Es lo único que cuenta. Es como querer disminuir el *Ulises*, de Joyce, al mencionar al olvidado Dujardin, o menospreciar a William Faulkner porque multiplicó hasta sus postreras —quizá— vertientes, la técnica de Joyce, o reducir a Ernest Hemingway y a Sherwood Anderson por la supervivencia de las teorías de Gertrude Stein en ellos, o limitar el aporte que significa el ciclo *Los caminos de la libertad*, de Sartre, o el mundo novelístico de Simone de Beauvoir por la presión sobre éstos de William Faulkner, Ernest Hemingway y John Dos Passos, u ocultar el beneficio hecho a la novela argentina por Eugenio

Cambaceres por el conocimiento que éste tenía de Zola, o infantilizar a Roberto Arlt porque gustaba de Dostoiewsky, de Pons du Terrail, de Jakob Wassermann. Una influencia, una técnica es un *redescubrimiento*, un renacimiento del propio ser en la esfera del arte. Más aún, es una confirmación de lo innominado preexistente en uno mismo. Cuando el resultado supera a la técnica, ésta desaparece. Mencionar "influencias" como elemento probatorio ante el tribunal de los coetáneos y el de la posteridad es mantenerse en el peldaño más bajo de una crítica "oficial" y oficiosa.

Por eso, afirmamos que *Cayó sobre su rostro* es un libro que sin ignorar las influencias o la práctica de una técnica, sobrepasa a los instrumentos, y se merece a sí mismo. Por ello, saludamos a David Viñas como a una de nuestras más justas esperanzas en el terreno de la novela nacional y americana.

F. J. S.

LAS LLAVES DE SAN PEDRO, de Roger Peyrefitte, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1955, 447 páginas.

DECIDIDAMENTE, Peyrefitte carece de humor. Podrá sobrarle ironía e información literaria, pero le falta sabiduría, ese

modo de ver el mundo por encima de las cosas mismas, comprenderlas y amarlas a pesar de la marca humana, que ya se sa-

be que no es precisamente la perfección absoluta. Por de pronto, no parece haber comprendido al ser humano, y esto es triste. En *Las llaves de San Pedro* nos hace pensar en un Diógenes por el Vaticano, buscando un cardenal humanamente impecable, un sacerdote sin íntimos conflictos psicológicos, un católico sin pecados.

¿Será posible que le haya resultado tan difícil a Peyrefitte comprender un hecho tan simple —dentro de su insondable profundidad— como el alma humana? Si este autor no ha sentido una vez siquiera el trágico drama interno de apetecer el bien y hacer el mal, de conocer la virtud y caer en el vicio, de amar al prójimo y ofenderlo; si este autor no ha llegado a entender que una vida pura tiene también sus impurezas, que un santo puede haber sido un pecador, en menos palabras, que toda criatura humana es débil y falible, si nada de esto ha comprendido, ¿qué puede decir del hombre? ¿No acabará de entender que la religión, en el fuero personal de cada individuo es un acto de fe, dogmático, misterioso e inteligible para Dios solamente? Miseria humana, suele llamársele a esto, pero es al mismo tiempo suprema grandeza. El hombre es una cosa muy grande, llena de pequeneces

hasta los bordes. Y la religión es igualmente algo extraordinariamente grandioso, aunque esté repleta de las miserias y pequeneces de los creyentes.

Sobre todo, sépalo Peyrefitte, el fenómeno íntimo de la fe sólo es aprehensible para quien tiene esa vivencia. Hay intimidades del alma difíciles de comunicar al vecino, y el sentimiento religioso pertenece a ese orden de intimidades. Es un hecho muy simple: para tener fe, es necesario tenerla previamente. Y esta paradoja ilógica, es sin embargo real en el alma del creyente. Todo lo demás es luego explicable por esta fe que ya se tiene. Pero quien no la ha sentido nunca en su conciencia, es natural que la vea ilógica, precisamente porque no es un acto racional, sino más bien preracional, que sin embargo no es esencialmente ilógico, sino estructuralmente lógico a partir de ese acto de fe inicial. Estamos en el sofisma del huevo y la gallina, que por su parte tampoco es un círculo vicioso como vulgarmente se cree. Estamos en el asunto aristotélico aquel del primer motor inmóvil, estamos, en suma, frente al problema de Dios mismo. Nosotros no creemos en Buda ni en Mahoma, pero comprendemos perfecta y claramente por qué se puede creer en ellos, com-

prendemos ese acto de fe del budista y del mahometano, y porque comprendemos amamos al budista y al mahometano aunque no compartamos su confesión. Al fin de cuentas, cada hombre tiene el derecho a la libertad de conciencia —en cuanto persona—, y no puede ser legítima ninguna burla sobre su fe, y mucho menos si esta fe es sincera. Esto es esencial para la convivencia, esto es fundamental para la concordia.

La verdad se busca de otra manera que con prejuicios o insensibilidad para los problemas. Es condición ineludible, humildad de espíritu, ausencia de supuestos previos, y sobre todo, intención irrenunciable de comprender. Pero Peyrefitte se nos muestra armado de una desconfianza crítica, que ya es un impedimento insalvable. Adonde no se puede llegar sino con ánimo de creer, es imposible que se llegue no creyendo. Y además hay que venir con amor. A ningún humanista auténtico le ocurriría la peregrina idea de burlarse de los fetichistas aborígenes ni de los politeístas egipcios, porque el amor al prójimo nos impone el respeto de su persona y de sus ideas, por más que no comulguemos con ellas. Refutar las ideas equivocadas pero amar a los hombres, es una vieja máxima y muy saludable.

No hay ningún criterio metodológico que nos imponga la obligación de pensar que nuestro prójimo es el deshonesto y nosotros los honestos. Pajitas las tenemos todos, y para ser consecuentes con estos asertos, no diremos que Peyrefitte las tenga premeditadamente, aunque aparezcan en su sonado libro.

Hay pajillas como ésta en *Las llaves de San Pedro*, que son de notoria mala predisposición metodológica: —Hijo mío (dice un cardenal al abate Víctor Mas, protagonista de la novela), lo que le interesa a la Iglesia no es la existencia del catolicismo o la de Dios, sino su propia existencia... Su preocupación fundamental es hacer reconocer esta autoridad. No vacilaría para ello en pactar con el diablo. Esto es prejuizar deshonestos a los demás y creerse uno el honesto. O como ésta obra: *Nuestras exigencias* (hace decir al mismo cardenal) *están encrespando a la Argentina, es decir, a una de las naciones más católicas del mundo.* ¿Habrá leído Peyrefitte los diarios en estos últimos tiempos, pues que de hechos recentísimos habla en su libro? Para ejemplos basta con éstos.

Las llaves de San Pedro tiende a demostrar que el Vaticano, como estado pontificio, es nada más que una fuente de

intereses, voluntad de poderío y caos de concupiscencias; que los cardenales, obispos y sacerdotes son engañadores y falaces, y que los católicos son hipócritas y pecadores. Los argumentos con que se pretenden demostrar estas falacias, son los errores, los pecados y los vicios de los malos cardenales, sacerdotes, obispos y católicos. Aquí hay una contravención seria a las leyes de la lógica. Del mismo modo que la explosión de una caldera no prueba nada contra la mecánica ni la técnica, tampoco el caso de monseñor Cipico prueba nada contra el Vaticano; del mismo modo que el error de un médico no prueba nada contra la medicina ni la traición de un soldado contra el honor de una bandera, así tampoco las mejillas enjutas y los ojos hundidos del Sumo Pontífice no prueban nada contra el dogma de la Santísima Trinidad, ni el fanatismo particular de determinado católico nada contra la probidad espiritual de los buenos católicos. Y por dar otro ejemplo, tampoco el libro de Peyrefitte prueba nada contra las bellas letras.

Esto no quita que haya verdades en muchas partes del libro, pero también hay falsedades o errores de interpretación. Traer aquí las anotaciones personales que se puedan haber he-

cho al leerlo, sería como el cuento de nunca acabar y exigiría quizás tantas páginas como las tiene el mismo libro. Tampoco Peyrefitte ha descubierto ninguna novedad ni develado ningún secreto, por más que escriba con estilo de descubridor. Muchos personajes de su novela son personas de existencia real en el mundo del catolicismo — no sabemos si el cardenal Bello lo sea—, pero de una cosa nos permitimos dudar, y es de que todos sean unos pillos e intrigantes. Increíbles, eso sí, son las palabras y razonamientos que el autor pone en boca y en escritos de los personajes, así como los ocultos y siniestros designios que pretende descifrar en sus conciencias. Nos parece que Peyrefitte no ha de haber sido el confesor de todos los prelados de Roma.

Las llaves de San Pedro es, además de injusto, un libro desorientador. Puesto que toda actitud humana encierra siempre una finalidad, la presuponemos necesariamente también en Peyrefitte. Pero es difícil acertar con ella. Por momentos parece una novela satírica para uso de incrédulos; otras se nos ocurre un panfleto herético; en algunas páginas da la impresión de querer corregir y en otras las de zaherir. Si el autor fuera católico, diríamos que es un rebel-

de y reaccionario y le aconsejaríamos un acto de arrepentimiento; si no lo fuera, pensaríamos más bien en un sensacionalista, al estilo de aquel otro Curzio Malaparte de *La piel*. Un día las emprendió Peyrefitte contra el mundo diplomático. (*Las embajadas* y *El fin de las embajadas*) y ahora se las trae contra el Vaticano y los católicos. ¿A quién le tocará mañana? Es cuestión de esperar. Sus libros son éxitos de librería, es

cierto, lo que no significa que lo sean de literatura. Quizás por ahí esté la punta del hilo.

Concluimos con un dilema, que es ciertamente una duda. Si cree en Jesucristo, ¿por qué se burla de su Iglesia? Si no cree, ¿por qué gasta su tiempo y su talento —se lo reconocemos— en asunto que no preocupan a su alma? Resuélvalo, si puede, el lector.

CARLOS A. LOPRETE

LA MUERTE DE UNA MADRE, por Roger Peyrefitte, Editorial Raigal, Buenos Aires, 1955, 146 páginas.

PEYREFITTE acaba de ser traducido nuevamente al castellano. Con *La muerte de una madre*, que llega así a nuestro conocimiento, nos colocamos frente a un perfil insospechado del autor, divulgado principalmente por *Las embajadas* y más tarde por *El fin de las embajadas*.

Todo lo que se haga en el ámbito de las letras con el objeto preciso de mostrar al lector contemporáneo qué peregrina cosa es el alma de un hombre actual, merece la más detenida de las atenciones. Sin entrar en los lugares comunes de la crítica, muy tratados y repetidos ya, sería insensato negar el profundo esclarecimiento a que ha sido sometida el alma clásica y

la romántica, tratamiento que en cambio no ha recibido el alma de hombre contemporáneo. El *homo sum* de Terencio, que ha ganado el derecho a una supervivencia retórica no agotada hasta el presente, parece juego de infantes en parangón con las cosas que venimos escuchando y leyendo últimamente. Nadie se inquieta de que cada ser humano sea un hombre; pero realmente, que existan criaturas como las muestra la novelística actual, eso ya es para considerarlo y meditarlo. La psicología caracterológica no ha llegado, que sepamos, a planos de esta índole. Tipos como Salavin, Corydon, Lucien, Calígula (el de Camus), César (el de

Wilder), Meursault, están por ahora más allá de toda psicología tradicional. ¿Les faltará todavía la consagración de M. Larousse? Estos son hijos de un nuevo siglo y sólo serán comprendidos por los críticos de la misma época, que naturalmente tienen naturaleza psíquica afin para esta tarea. Mientras llega el catálogo psicológico que se necesita, hablemos del protagonista de *La muerte de una madre*.

Todos tenemos una madre, muerta ya o para morir algún día, pero la tenemos. También la tiene el señor Peyrefitte, protagonista de la novela, pero muerta. Mejor diríamos en proceso de morir, porque así la presenta en su obra. Carecemos de elementos de juicio para saber si la novela es autobiográfica, aunque poco importa esto a los fines estrictamente literarios del relato. Que Peyrefitte sea Peyrefitte o que no lo sea, el caso es que tenemos delante a un hombre cuya madre está moribunda y termina por morir en el desarrollo de la obra. Llamaremos Peyrefitte al personaje central sin comprometernos en la equivalencia, con lo que nos evitamos el riesgo de ofensas.

El caso es que este tal Peyrefitte tiene un alma que da pavor y repugnancia. Enterado

de la gravedad de su madre, atendida en una casa de religiosas de Toulouse, juega secretamente en lo profundo de su espíritu con la idea de una eventual demora en la muerte de ella, acaso por no preocuparse o tal vez por no turbar sus habituales quehaceres con el viaje hasta esa ciudad, al punto de llegar sin tiempo para besarla y despedirla, pues su madre ha muerto ya. Luego, los vulgares cuidados del entierro y el regreso a la vida cotidiana de su oficio en París. Pocas peripecias, dicho en lenguaje de la vieja preceptiva, porque la verdadera novela está en el periplo psíquico de Peyrefitte en torno a la muerte de su cariñosa y delicada progenitora. El asunto es grave. Con ser el intento del autor realista, se comprende el análisis del trasfondo psíquico del protagonista. Sin sentimientos religiosos, aunque tampoco enemistosos para con el cristianismo; sin amor intenso, aunque tampoco desamorado; sin remordimiento ninguno, aunque tampoco desprejuiciado; reflexivo, pero, sin resultados; comprensivo, pero indiferente; mundano, pero no pervertido, el protagonista es un monstruo espiritual por eso mismo, porque carece de pasión para nada, porque no odia, porque no se entusiasma ni rebela, en menos palabras,

porque vive la vida sin interés, salvo el de vivirla meramente. La muerte de su madre es una circunstancia más en su itinerario existencial, que hay que cumplirla como a cualquier otra contingencia. Para eso hay que comprometer al mínimo la propia tranquilidad con emociones triviales, lo cual se allana poniendo sencillamente la persona de uno frente al cadáver, sin ímpetus violentos, agradeciendo a quien corresponde, pagando a quien ha servido, dando el beso de despedida a los despojos cuando los empleados de la empresa funeraria se retiran en silencio protocolar para dar a entender que se estila tal demostración de dolor, recibiendo los pésames rutinarios con amable unción, sin pensar que la vida se termina con la de la madre, no meterse por eso a cura, ni hacer un viaje al África, ni buscar novia para casarse y consolarse. "Cómprase un gato", es el sabio consejo de un amigo, porque, claro está, eso condice con la tremebunda sabiduría del alma de Peyrefitte. Aquí sucede algo más terrible que la fácil filosofía del refrán español —*El muerto, al hoyo, y el vivo, al pollo*—, porque estamos en un plano mucho más profundo, en el orden de las causas últimas de la conducta humana, en el de la conciencia

irrevelable, en el de las intransferencias personales que se guardan hasta la muerte propia. Por eso es trágico el drama presentado, porque éste es un análisis sin piedad contra el alma, un apagón de la secretísima chispa de todo ser mortal.

Para nosotros una novela es una novela —sin tautología en la afirmación y sin contravención a la lógica. Pero no podemos consentir con esta obra por un hecho principalísimo: reparamos la impresión de insinceridad que trasunta de sus páginas. Cuando se lee a Gide, a Camus o a Duhamel —valgan los ejemplos, que no son todos pero sí demostrativos— se tiene la impresión de estar frente a escritores sinceros; en el sentido que sinceridad puede tener, literariamente hablando. No viene al caso que se adhiera o no a sus mundos sensitivos o ideológicos, pues es asunto aparte. Pero estos artistas dan la impresión de vivir sus personajes. Más aún, los vive también el lector, porque comprende almas de otros seres, por muy disímiles que sean con la suya. Nos parecen los personajes creados por una especie de necesidad espiritual de sus autores, quienes al engendrarlos los sacan de sus conciencias con aliviadora y purgante gestación. Al Peyrefitte de *La muerte de una madre*, esa

creación no le es necesaria. Más parece un personaje creado para hacer juego de estilo con los notables contemporáneos.

Por otra parte, esta novela se lee desde un segundo plano, pensando siempre que estamos leyendo y, permítasenos, ésta es una de las más graves objeciones que pueda notársele a una obra literaria. Bueno será agregar además aquí, que esto lo decimos sin pensar en que Camus deba ser existencialmente idéntico a Mersault o Duhamel a Salavin. Le reconocemos a Peyrefitte —aludimos ahora al autor— hasta el derecho a tener talento, porque libro como *Las embajadas* no se puede comprar ya hecho. Sea. Pero *La muerte de una madre*, más nos viene a confirmar aquella verdad horaciana del sueño momentáneo del buen Homero: *Quandoque...*

Como caso de literatura psicológica, la obra nos trae la originalidad de un tema no abordado aún. No podemos calificarla de psicología subconsciente, porque los procesos psíquicos del personaje son evidentes y notorios para él. Nos quedaría la atribución de fronteras, dentro

de los fenómenos conscientes, y ésta es la que se ajusta al tipo de Peyrefitte. Nos imaginamos qué mundo complejo y deslumbrante de impulsos contradictorios, insospechados y oníricos podría habernos dado Joyce con este tema, con lo que atinamos por comparación a descubrir la cojera estructural de la reciente novela. Si no fuera por la finalidad meramente artística del libro, que soslaya presupuestos y teleologías moralizantes, diríamos que la pieza es la historia desnuda de un cinismo filial. El mundo de pequeñeces, egoísmos y trivialidades de un hombre común que ha querido mostrarnos el autor, es patente y real. Sabemos que hay seres como el pintado, los hemos visto, pero con todo, hay un algo evidente, acaso una desviación del tono adecuado, que inspira el desacuerdo del lector.

De la famosa ironía de Peyrefitte, pocas muestras en esta novela. Como saldo final, un gran amor a la madre, a la vida o a la muerte, a la defraudada en la hora del tránsito por ese personaje neutro, a la nuestra y a la del prójimo.

C. A. L.

SILVINA BULLRICH

Movimiento cinematográfico actual

No escribo estas notas para publicarlas en un diario cualquiera. Las destino especialmente al primer número de una revista en la que ponemos muchas ilusiones y pensamos poner todo nuestro empeño. "Ficción" es la primera revista literaria nacida de esta Revolución. Esta Revolución Libertadora que lleva tan bien su nombre pues estábamos todos aherrojados y presos, presos de un sistema, de un hombre, de nuestro propio miedo, de nuestra claustrofobia y nuestra cobardía que nos hacía estremecernos al pensar en la cárcel. Esta Revolución Libertadora dió nacimiento, como es natural, a infinidad de revistas y diarios políticos. Por fin los partidos se desentumecían, por fin se podía hablar, por fin se hablaba. Pero nuestra labia milagrosamente se volvía

política, los escritores nos olvidábamos que creíamos en la ficción, en la imaginación y en la crítica literaria, para sentir nacer dentro de nosotros un personaje político desconocido del cual estábamos grávidos sin saberlo. En cada uno de nosotros se alzaba un político; ebrios de fervor democrático discutíamos a voz en cuello planes económicos y medidas de gobierno. Nos sentíamos inteligentes pero no intelectuales; obedecíamos a la consigna mundial de esta hora según la cual el escritor no puede permanecer ajeno a la cosa pública. Pero como éramos niños recién nacidos el 20 de setiembre, empleábamos los métodos de los adolescentes fervorosos que consiste en enseñar con petulancia a las personas mayores, temas que ellos apenas presienten y las personas mayo-

res conocen al dedillo. Esta vez las personas mayores no sólo nos dejaban hablar sino que nos incitaban a hablar. Nos incitaban también a equivocarnos. Nadie nos recordaba que lo que podíamos hacer por la revolución y por la Patria renacida era hacer florecer en la medida de nuestras fuerzas su vida intelectual obscurecida durante estos diez años.

Saber que esta revista iba a aparecer y ser llamados a colaborar en ella fué como un campanazo que sonara en medio de nuestros flamantes clarines. Era la campana de nuestra parroquia, la campana de nuestra aldea. Como escritores, teníamos que interesarnos en la cosa pública, pero aclaremos: *como escritores*, no como políticos improvisados ni como una muchedumbre delirante. Por grande que sea nuestro entusiasmo, más grande es la vocación que nació en cada uno de nosotros desde los bancos de la escuela y debemos seguir ocupándonos de los temas que nos han interesado durante veinte años.

Pienso ocuparme en esta revista de las novedades teatrales y cinematográficas, pero como no se trata de un diario que puede indicar al lector lo que debe ver aquella noche, sino de una publicación bimensual, creo

que hay que ocuparse principalmente de los que en estas artes tiene un valor universal y casi me atrevo a decir perdurable.

Entre las películas que actualmente pueden verse en la Argentina hay algunas de las cuales hasta hace pocas semanas hablaba toda Europa. La más mentada fué indiscutiblemente "*Semilla de Maldad*" (Blackboard Jungle) con la cual la Metro Goldwyn Mayer pensaba ganar el León de Oro de Venecia. Desgraciadamente los americanos tienen demasiadas cualidades evidentes para no tener también un defecto evidente, y este defecto evidente es empeñarse en que el mundo no conozca de ellos sino sus cualidades evidentes. "*Semilla de maldad*" presentaba al mundo el espectáculo todo edificante de una escuela de Artes y Oficios en la cual los alumnos eran verdaderos bandoleros sin fe ni ley, ni piedad ni inteligencia, a decir verdad sin el menor rasgo humano. Cuando la Embajadora Americana en Italia asistió a la presentación de este film en privado, su decisión fué una sola e inquebrantable: el film no sería presentado en el festival de Venecia, el mundo no tenía porque asistir a ese desolador espectáculo de un grupo reducido de la juventud americana. Nada ni nadie pudo hacerla cambiar de

idea; contrariamente al movimiento literario y cinematográfico de vanguardia que consiste en mostrar lo más detalladamente posible lo peor de los propios vicios y de las propias lacras, la Embajadora de los Estados Unidos —Clara Booth-Luce— pensó que "los trapos sucios se lavan en casa". En ese momento estaba yo en Italia y compartí la indignación general con esa facilidad que tenemos todos para condenar en forma global hechos que acaso deberían ser estudiados aisladamente. Pero, ¿cómo no indignarse de que el país libre por antonomasia ejerciera por medio de sus representantes una repentina dictadura, una censura política sobre películas que ya habían podido escapar de la censura oficial? Pasaron los meses. Hace unos días vi en el Normandie "*Semilla de Maldad*", y pese a mi amor por la libertad y a mi odio por la censura, comprendo la indignación que esta película debió causarle a la embajadora y el gesto en principio imperdonable pero no incomprensible de haberla prohibido.

El argumento cabe entero en el título inglés: "*Blackboard Jungle*", es una verdadera jungla de pizarrón, aulas enteras de jóvenes fieras que parecen sentir en la escuela una sola atracción: la de hacer sufrir a sus profesores.

res; fieras humanas frente a humildes y abnegados profesores que buscan en vano el modo de subyugarlas. Naturalmente que al final el profesor bueno es más fuerte que los muchachos malos, pero esta es la moraleja, es decir lo que sobra, lo que no pertenece a la verdadera esencia del film. La verdad es la fuerza terca de la maldad, su indomable poderío frente a esa desorientación que se apodera de nosotros cada vez que advertimos que la bondad es mucho más débil que la crueldad; que la bondad no es una medida humana. Se trata de una buena película, no de una maravilla. Los americanos están demasiado habituados a machacar sobre lo convencional, a repetir que el hombre es bueno (sobre todo el hombre americano) para saber desenvolverse en ese clima de infierno. A los americanos les gusta pintar casitas claras, cocinas limpias, elegancia, belleza, gente interiormente buena y simple; sobre estas bases han hecho su cinematógrafo y no se desenvuelven muy bien en el nuevo terreno de lo vicioso y de lo sórdido, llevado a la pantalla por Francia y por Italia. Los diálogos son falsos, las actitudes de los profesores también. Es un ensayo en un nuevo género en lo que ya otros países de Europa son maestros.

"Tres monedas en la fuente", es por el contrario el típico film americano. ¡Cuántas mujeres ricas envidiarán los vestidos de estas humildes secretarías que trabajan en una oficina americana en Roma! ¡Cuántas sumas impronunciadas gastadas a lo largo de los viajes no han bastado para proporcionarnos un departamento como el de esas secretarías de una agencia de viajes! Roma misma no ha sido ni en sus mejores días más amplia y luminosa que en este cuento de hadas. Roma, que por lo general tarda en desnudarse ante los ojos del turista y se ofrece mezquinamente de a pedacitos, se entrega aquí en un esplendor de perspectivas tan sabio que nos deja anonadados. El romántico gesto de las heroínas de la novela de John Secondari resulta aquí casi superfluo pues esas jóvenes tan mimadas por el destino, tan mimadas sobre todo por Roma que les ha brindado la imagen más deslumbrante de sí misma, parecen apreciar mil veces menos los dones de la ciudad eterna que los caprichos de sus insignificantes enamorados. Son tres muchachas enamoradas de tres muchachos, no son tres muchachas enamoradas de Roma. Esa ausencia del único amor lícito, del que en ese momento invade al espectador hasta anudarle la garganta, esa ausencia de

sensibilidad ante la ciudad que se ofrece trémula, palpitante, más atrayente que nunca, pone a lo largo de todo el film una nota de mediocridad muy parecida al tedio. Creo sin embargo que por lo general "Tres monedas en la fuente" ha gustado, como gustan todos los cuentos de hadas, las historias simples que nos acunan con su ritmo de felicidad tonta y cotidiana con que sueña la mayoría de los espectadores enmohecidos en su falta de felicidad cotidiana. En los diálogos no se dice nada que merezca la pena ser dicho ni ser oído, esto, por otra parte, sería difícil puesto que las tres jóvenes no nos dan ni por un instante la sensación de albergar detrás de sus frentes lisas algo que se parezca a un pensamiento. Tienen únicamente deseos: el milenarismo de conquistar a un hombre. Estos se dejan conquistar y el agua vuelve a cantar en la fuente de Trevi. Y colorín colorado este cuento se ha acabado.

"La ventana indiscreta" es otro intento del cinematógrafo americano para imitar al europeo. Esto me resulta incomprensible puesto que los americanos con su estilo propio tienen mucho éxito y aunque a veces hagamos ironías los intelectuales críticos un tipo de film como el que

acabo de comentar tiene asegurado un éxito de público por muchos años y en muchos países. Claro está que si bien en "La ventana indiscreta" hay una cierta técnica que nos recuerda el cine europeo hay también cualidades típicamente americanas. Actores como James Stewart hay muchos pero bellezas como Grace Kelly no abundan ni siquiera en el mundo de la pantalla y su presencia basta para embellecer un film. Como además trabaja en una revista de modas los innumerables modelos que usa esta Venus moderna bastan para hacernos olvidar la técnica un tanto lenta con que transcurre el relato. Ese fotógrafo que se ha roto una pierna y debe permanecer tres semanas quieto no tiene al alcance de su mano ningún libro que pueda distraerlo del espectáculo, para nosotros un poco monótono, de las ventanas de sus vecinos. A mí no me interesan mis vecinos ni me gusta espiar por la ventana lo que ellos hacen, pero creo que infinidad de espectadores envidian a James Stewart de tener tantas ventanas en su panorama. Y por lo visto tienen razón en interesarse en lo que pasa por las ventanas ajenas, pues así se descubre un crimen; yo en cambio nunca podría descubrir un crimen. Moraleja: la gente que mira por la ventana puede ser un ele-

mento útil para la sociedad. Los colores son bonitos, la técnica perfecta, la idea buena, la realización un poco menos buena. A mi modo de ver el gran defecto de las películas americanas actuales es la falta total de ingenio y de inteligencia en los diálogos. Todo es bueno menos los dialoguistas que son sencillamente pésimos. Creo que cuando los americanos pongan más atención en los diálogos y los levanten un poco de nivel, la calidad total del film se elevará en un cincuenta por ciento. Los italianos, maestros en el diálogo popular, los franceses maestros en el diálogo inteligente, nos prueban, cada vez que vemos un film doblado, hasta qué punto su gracia residía en su diálogo. "Lástima que seas una canalla", el film italiano de Sofía Loren y Vittorio de Sica, y "La bella Otero" el film francés de María Félix son las dos pruebas más evidentes del poder del diálogo.

En "Lástima que seas una canalla" el diálogo tiene toda la gracia popular italiana; los dialoguistas han recogido cuidadosamente los términos de la calle y los han enhebrado con gracia y acierto; buscar palabras con fuerza y darles más fuerza con la ayuda del gesto del ademán es el secreto del cine italiano actual y de su éxito en el mundo entero. Los actores exageran esta

modalidad italiana, dan realce a cada palabra, viven su personaje como en el teatro, no se contentan con hacer una escena correcta, hasta logran hacernos olvidar que están moviéndose en el estrecho decorado de un estudio o rodeados de focos y de camiones con altoparlantes. Logran la naturalidad aunque se pierda un poco de belleza, un poco de elegancia, ésa parece ser la consigna del cine italiano. Y una vez más lo ha logrado en esta absurda y divertida historia de una familia de ladrones; de ladrones italianos entiéndase bien, lo que significa ladrones que se creen honrados, que no harían mal a nadie, pero no comprenden porque la propiedad ajena no puede pertenecerles a ellos si son lo bastante hábiles como para apoderarse de ella. Por otra parte como mienten cada vez que abren la boca han llegado a tomar sus mentiras por verdades y ya no saben muy bien donde está lo falso y dónde lo verdadero en ese mundo imaginario que se han construido por el simple deseo de no sentir su miseria.

"La bella Otero" es la biografía más o menos exacta de la famosa actriz que hizo temblar una época. Dos cosas hacen que valga la pena mencionar este

film: una la belleza de María Félix, otra el ingenio de sus diálogos escritos por Sauvajeon. Los franceses saben que para escribir se necesita un escritor. Eso es todo su secreto; los diálogos de sus films son tan buenos como los de una pieza de teatro, pues el cine es en realidad una nueva forma de teatro, una prolongación, otra rama si se quiere pero una misma raíz.

Antes de terminar con esta crónica cinematográfica quiero mencionar uno de los mejores films americanos que he visto en estos últimos meses y que no tardará en llegar a Buenos Aires. Me refiero al premio Oscar llamado "Al Este de Eden", dirigido por Elia Kazan y sacado de la novela de Steinbeck. En este drama conmovedor de una familia, pero sobretodo de un adolescente, surgió como una llama para apagarse enseguida en la muerte, el joven actor James Dean, muerto hace pocos meses en un accidente automovilístico. Su belleza física no demasiado excepcional, su naturalidad, su fuerza expresiva y dramática hacían de él una de las grandes promesas del cinematógrafo mundial. Ha muerto. Pero su talento quedará para siempre grabado en esta película tierna, impresionante y brutal.

Esta Sección Cinematográfica se ampliará en los números si-

guientes con una Sección Teatral en la cual trataré de comentar las novedades teatrales de nuestros escenarios. También se unirán a mis propios comentarios los de los críticos cinematográficos y teatrales cuyas opiniones nos parezcan autorizadas.

Como durante los meses de verano el movimiento teatral es casi nulo, y este primer número de FICCIÓN aparece en marzo, prescindiremos por esta vez de hacer crítica teatral. Esto no implica un desinterés por el movimiento escénico, al contrario, el teatro es una de nuestras principales preocupaciones y será una de nuestras rúbricas más importante pues creemos que de nuestro país actualmente en ebullición creadora, saldrán importantes elencos de actores y asistiremos a la revelación de más de un dramaturgo. Ya el incesante nacimiento de teatros experimentales ha demostrado cuán hondas y extendidas son en la Argentina las raíces de la vocación teatral. Esperamos que en un porvenir muy próximo se multipliquen las becas para que nuestros jóvenes actores puedan ir al extranjero a estudiar arte dramático. Es enorme lo que los Estados Unidos, Inglaterra y Francia pueden enseñarnos en ese sentido.

Así, con fe en el porvenir, y sin olvidar que entre nosotros la crítica debe ser constructiva y en muy pocas oportunidades tiene derecho a ser severa, así pienso encarar esta sección permanente de crítica teatral. No olvidemos que por lejos que estemos del resto del mundo los libros y las películas llegan hasta nosotros y por lo tanto nuestros defectos en ese terreno son menos perdonables. Los actores, en cambio, han tenido contadísimas excepciones de ver buen teatro, pues sólo nos llegan una o dos compañías extranjeras por año que dan ocho o diez representaciones. A veces ocurre que una de esas compañías es excelente como el Piccolo Teatro de Milano, otras veces es francamente mediocre como la Compañía Belga. Discernir no es fácil para los jóvenes actores que no han salido de nuestra tierra y carecen de elementos de comparación. Mi experiencia de espectadora empedernida puede permitirme ayudarlos desde estas páginas en la medida de mis fuerzas, muy débiles sin duda como es toda enseñanza teórica, toda experiencia transmitida en palabras. Pero entremos con buena voluntad en esta era de buena voluntad.

Condiciones de venta y Suscripción

Número suelto \$ 15.— m/arg.

Suscripción Argentina y países limítrofes

1 año	\$ 80.— m/arg.
2 años	„ 145.— „
3 „	„ 200.— „

Otros países

1 año	4 dólares
2 años	7 „
3 „	10 „

Este primer número de FICCIÓN terminóse de imprimir el día 28 de marzo de 1956 en Macagno, Landa y Cía., Aráoz 164, Bs. As. Argentina.

FICCIÓN publica materiales que han sido exclusivamente escritos para ella. Queda prohibido reproducir íntegra o fragmentariamente cualquiera de ellos sin autorización especial y sin mencionar su procedencia. No se devuelven las colaboraciones enviadas espontáneamente ni se sostiene correspondencia sobre ellas.

La continuidad de las entregas de la revista FICCIÓN y sus envíos se hallan bajo la absoluta responsabilidad de la EDITORIAL GOYANARTE, Paraguay 479, T. E. 31-3694.